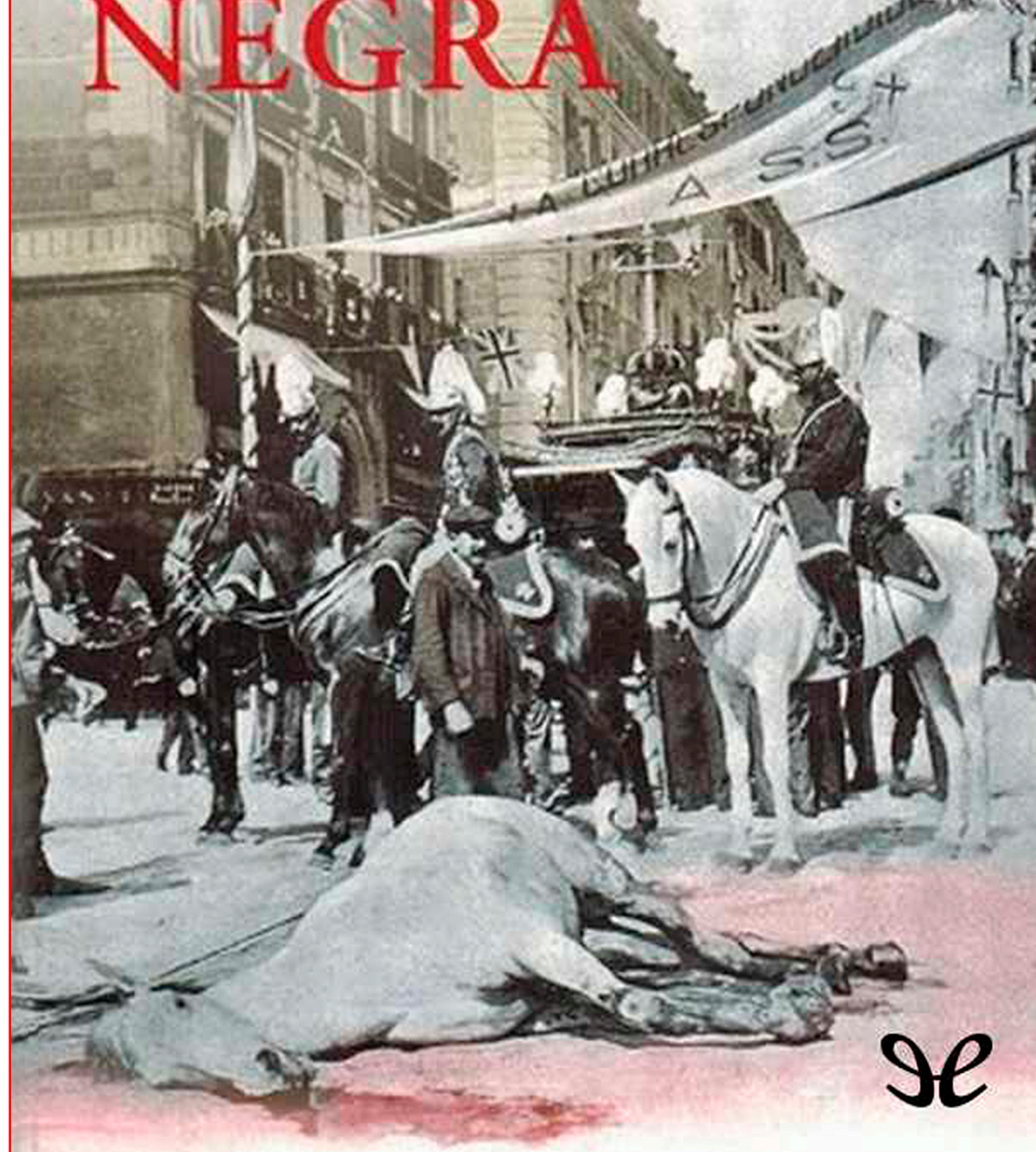


Premio Azorín 2008

MONTERO GLEZ

PÓLVORA NEGRA



de

Mateo Morral, joven anarquista catalán, llegó a Madrid sin más equipaje que el de una maleta ligera de peso aunque cargada de secretos, dramas, ideologías y un regalo mortal. Era el mes de mayo de 1906 y las calles de la ciudad se engalanaban ultimando los detalles de una boda, la de Alfonso XIII con Victoria Eugenia. Mateo Morral iba a ser el encargado de arrojar su regalo mortal al paso de los reyes: una bomba envuelta en un ramo de flores.

En esta absorbente novela, basada en hechos reales, Montero Glez reconstruye el atentado que estuvo a punto de acabar con la Restauración borbónica, y nos sumerge en un Madrid de doseles y flores, de tranvías y modistillas, de anarquistas y «vivas» al rey, por el que desfilan los personajes que marcaron una época de la historia de España.



Montero Glez

PÓLVORA NEGRA

ePub r1.2
Achab1951 12.11.14

Título original: *Pólvora negra*
Montero Glez, 2008

Editor digital: Achab1951
ePub base r1.2



I

A las ocho y media se detuvo a poner en hora su reloj de bolsillo. Llevaba la tarde entera sin dar descanso a los pies y traía la mueca del que sufre del hígado. Por lo demás, apretaba el calor en Madrid y de las cloacas subía un tufo, lo más parecido al aliento de un perro enfermo.

Con el golpe en las narices, y la mueca cruzándole el rostro, guardó su reloj en el chaleco y siguió andando hasta lo de Candelas; un sitio de cafelito, sifón y horchata que le quedaba a la vuelta de la esquina. Antes de entrar, y por ver si la camarera rubia había llegado, echó una ojeada desde la calle. Inclinandose por debajo de la persiana, aplastó su nariz al cristal y la divisó al fondo. Ahí estaba la muy pájara. Venía con la bandeja llena y el andar pimpante. Cuando ella reparó en él, pegó un respingo que por poco tira las horchatas. Luego se compuso, disimuló, y siguió sirviendo mesas, como si el teniente Beltrán no existiera, como si no le importase ser atravesada por unos ojos iguales a dos monedas de plomo.

—Vamos, rubiala —le ordenó—. Me tienes que acompañar.

El teniente no se había cambiado desde el día de la bomba. El lazo del corbatín seguía siendo un manchón rojo a la altura del ombligo y, el clavel, una costra de sangre que deshonoraba la solapa. De la cabeza, desnuda, asomaban cañones de pelo ralo, como brotes de una mala siembra. A los ojos de la Chelo, el teniente Beltrán traía el mismo aspecto que si le hubiesen tirado de un tren en marcha.

—Ahora tengo mucho trabajo —soltó ella, haciendo un racimo con los dedos—. Así.

La Chelo nunca había visto un muerto de cerca y, sólo de pensarlo, como que le revenía la fatiga. Según tenía oído, fue ayer mismo, a la tarde, cuando lo encontraron coronado por una nube de moscas cerca de Torrejón. Presentaba un balazo en la tetilla, ojos abiertos y labios del mismo color que la carne fría.

—Me sobra qué hacer, ya le he dicho. Ahora se pone esto que no lo sabe bien.

El teniente Beltrán hunde sus pulgares en los bolsillos del chaleco. Lleva los dedos prietos de sortijas y la pistola sujeta al cinto. Con la rabia flotando en el plomo de los ojos, clava su mirada en el delantal de la Chelo, en la camisa de igual paño que obligan a llevar en aquel trabajo; en los zuecos altos que realzan su estatura.

—Y si los demás lo han *identifícao*, a ver qué soluciona que yo vaya.

Pero el teniente Beltrán no contesta. Ahora pasea la mirada por el mostrador de las botellas. Trae el bigote convulso y enredado en las patillas. A estas alturas, y por más que intente componer el tipo, no puede ocultar que ha probado el obsceno sabor de la derrota. Lo lleva en las pupilas, ahogadas en el plomo de los ojos. Lo lleva también en los andares, a la que se acerca hasta el mostrador y agarra la botella de aguardiente, y arrima una copa y deja caer en ella un chorro que pronto abrasará su garganta. La Chelo se fija en la nuez obsesiva que le sube y le baja con matraca, a lo

largo del pescuezo. Entonces el teniente Beltrán se limpia con la manga y chasca la lengua, como si fuera a decir algo, pero lo contiene. En su lugar lanza la mano, igual que una garra, directa a la mejilla de la Chelo.

—Mira, rubiala, te voy a prestar yo a ti un consejo. —Y sigue diciéndole cosas con una voz que parece arrastrada por un camino de tierra, hasta soltarla con fuerza, en todo el frente del mostrador. Y vuelve a empinar la copa, ahora hasta dejarla vacía.

—Es que dicen que la seña Ana se ha *desmayao* nada más verlo —apunta la Chelo, mientras se restriega con saliva las marcas de la cara—. Y mire que si me mareo y me vienen las *nausias*.

—¿Acaso andas tú *preñá*?

Entonces la Chelo esquinó la vista para mirarle, como sólo se mira a un enemigo, mordiéndose la lengua, así que quisiera hacer saltar por su boca una buena tanda de juramentos.

—Para tu información, rubiala, te diré que tenía purgaciones.

Según tenía oído la Chelo, a eso del mediodía y por orden gubernativa, mandaron poner el cadáver sobre una plancha cubierta de hielo vivo. Los primeros en acudir a reconocerlo fueron los dueños de la fonda donde se había alojado los últimos días, ocupando un cuarto con vistas a la calle Mayor y desde cuyo balcón entregó su regalo de bodas a los reyes, según venían estos de casarse. Se llamaba Mateo *Moral*, o *Morán*, ya que los periódicos no se habían puesto de acuerdo todavía. En lo que sí coincidían era en su procedencia: «Barcelona».

El cumplido resultó ser un ramillete de flores que explotaría al paso de la comitiva regia, esparciendo tripas y zapatos por toda la calle Mayor. Al amparo del pánico, el tal Mateo *Moral*, o *Morán*, consiguió darse el piro y sembrar de sal su huida. «La detención será cuestión de horas», había anunciado el mismísimo Romanones, dando bastonazos de ciego ante la presencia del abismo. Sin embargo, el asunto tendría desenlace bien distinto. A los dos días de buscarle vivo, el tal Mateo había aparecido muerto. Y aunque los reyes salieron ilesos del atentado, la intención venía salpicando a todos los que, alguna vez, mantuvieron contacto con el autor. Y así pasó con los dueños de la fonda, el sufrido matrimonio formado por el Pepe Cuesta y señora, a la cual tuvieron que asistir con unos buchitos de anís, hasta que recuperó el sentido.

Fue culpa de la impresión que a la mujer le entró un soponcio que, si no llega a ser por el teniente Beltrán que la engancha, la de la casa de huéspedes hubiese caído redonda sobre el muerto. Ahora le tocaba el turno a ella, a la Chelo. Ponerse frente al cadáver e identificarlo. Confirmar que se trataba del mismo hombre de las otras noches, un tipo joven, con bigote del color del trigo sucio y que se dedicaba a sorber horchata en pajita con cierta expectativa, nada de particular, mientras mantenía el vaso entre las manos y se recreaba con la vista en todas las promesas que el trasero de

la Chelo le ofrecía. Y ella, que estaba al tanto, le echaba obscenidad al contoneo, provocando así la sed del cliente. «Otra horchata, por favor».

Siempre se mostraba tan educado con ella, que nunca se hubiese atrevido ni a soñar que, aquel elegante joven que sorbía la horchata con pajita mientras contemplaba su vaivén de nalgas, lo que en realidad estaba haciendo era deducir ángulos de tiro y distancias. Tenía maneras de caballero y ninguna vez perdió la compostura, es más, llegaba a destacar por sus buenas formas entre toda aquella chusma que siempre ocupaba la mesa del rincón para beber sin tasa. Verdaderos bárbaros entre los que nunca faltaba un fulano coloradote como un ladrillo y que tenía la costumbre de pagar con pesetas negras. Sus manos, además de peludas, eran proclives a tomarse ciertas familiaridades con la Chelo. «Aparte la herramienta, haga el favor», le tuvo que advertir en repetidas ocasiones. Luego estaba su resuello, tan espeso como una paletada de cemento. Según había podido averiguar la Chelo, aquel fulano era tranviero y cargaba revólver en el bolsillo.

—Ya le dije, la otra vez, todo lo que sabía. Más no sé. —La Chelo se lleva el pulgar a los labios y lo besa—. Juro por éstas, que son cruces.

El teniente Beltrán entrecerró los ojos como si quisiera escudriñar algo más en lo que acababa de oír. La sombra de una mueca cruzó su cara y alteró por un instante su bigote, como si no pudiese completar la sonrisa.

Lo de Candelas era un sitio por lo fino que habían puesto al principio de la calle Alcalá, donde La Equitativa, y a un paso de la Puerta del Sol. El negocio tenía un no sé qué de comedorcito residencial, con su anaquel de botillería en lo alto del mostrador, y sus ventiladores al techo, siempre dispuestos a zumbiar cuando el calor se juntaba. Entonces era cosa buena la subida de termómetros, pues, con el calentón en la garganta, la clientela recurría a la horchata. Y tal era su fama en Madrid que se ponía aquello de bote en bote, con las camareras yendo y viniendo de un lado a otro del local, la bandeja en alto y paseando un repiqueteo de tacones que sonaba a gloria. Había que verlas, todas de blanco, como enfermeras dispuestas para una pomposa intervención sobre la carne viva del cliente; el delantal por delante y la falda por los tobillos. Y esa faltriquera a la cintura, tintineando perra gorda y perra chica para los cambios. «¿Qué va a ser?».

—Una copita de aguardiente por aquí, rubiala.

Fue pocas horas después del atentado. Parecía recién salido de uno de aquellos boquetes que la bomba acababa de dejar sobre la piel de la tarde. Sus ropas maltrechas revelaban que había caído cerca. Se exhibía con el puro a media asta, arrancándole caladas pendencieras, como si entre él y el habano hubiese algo más que humo. Cuando le daba por ponerse así, el teniente Beltrán no respetaba las fronteras que separan a los hombres de los perros. Se bebió el aguardiente de un trago, alzando la copa con el meñique erecto, dejando relucir el sortijón cubierto de ley y de roña. La vació de un golpe y, de un golpe, la abandonó sobre el mostrador. Con el licor goteando por la comisura de los labios, y los pulgares hundidos en los bolsillos del chaleco, se puso a pegar ladridos. En ese plan fue llamando a las camareras, una por una, hasta acribillarlas a todas con el plomo de sus preguntas.

—Poneos en fila.

Primero interroga con la mirada, luego con todas las grietas de su voz. El teniente Beltrán andaba buscando a un hombre cuya descripción bien podía aplicarse a cualquiera, de estatura alta, delgado, piel cobriza y ojos claros, de mucha pestaña.

—No debe de tener más de treinta años. Gasta bigotito y viste de traje y sombrero. Botas de una pieza, de elástico, color avellana.

Cuando le tocó el turno a ella, no pudo evitar atragantarse en su propia tos.

—Quiero la verdad, zorra.

Desde muy chica tenía aprendido que sólo una rubia puede comportarse como una zorra. Así que, lo tomó como un cumplido y, decidida a ser rubia, la Chelo alzó sus pechos en banderillas y le fue al teniente Beltrán con la mitad de lo que no ignoraba. La verdad a medias era la mejor mentira que la Chelo podía contar en esos momentos. A su forma dio a entender que el hombre que andaban buscando era una de esas fisionomías que no dejan huella en la memoria.

—Si ahora mismo le veo, no le sabría decir.

—Ya.

El teniente Beltrán se llevó el dedo a la oreja y barrenó hondo, como si aún persistiese el sonido de la explosión.

La Chelo mentía y el teniente Beltrán lo daba por hecho. Familiarizado con el engaño, se retorció los bigotes y arrancó con una de sus embestidas. Sin sacarse el puro de la boca, lo llevó hasta el cuello de la Chelo, volviéndole a preguntar lo mismo pero de otra forma. «No me des momento *pa* sacar mi gallo, rubiala». La cercanía de la brasa avivó la piel y achicharró algunos cabellos. Aun así, la Chelo aguantó el tipo. «Así que no finjas, rubiala, que ahora no estás en la cama».

Por lo que pudiese tronar y mientras duró el interrogatorio, la Chelo se guardó la boca, evitando contar que acababa de ver al hombre que andaban buscando.

Le había visto en el merendero de los Cuatro Caminos, mientras bailaba un chotis muy pegadita a su *Ulogio*, ajena a la noticia que ya estaba en boca de todo el mundo. «¿Qué traes ahí que te abulta tanto, ninchi?» le guaseaba a su *Ulogio*, a la vez que le metía lengüetazos en el cuello, igualito que si su *Ulogio* fuera un pastel. «¿Qué traes ahí?». Y distraída en estas cosas, tardó en reconocerle. Tenía la palidez propia de un espectro. Sus ojos anunciaban que no había dormido nada y que no volvería a dormir nunca más. Dos manchas oscuras se habían instalado alrededor de ellos. Sin lugar a dudas era el joven de labios finos que sorbía en pajita y luego se limpiaba, con toquitos de pañuelo, el trigo del bigote.

A la Chelo le extrañó encontrarle allí, pero más le extrañó a la Chelo cuando le vio echarse al gatzate un trago de cerveza, de la misma botella, para después limpiarse con la mano que llevaba herida y envuelta en un pañuelo de sangre sucia. «¿Pasa algo, prenda, que yo no sepa?», le preguntó su *Ulogio*, cuando ella perdió el paso del chotis. «Na, ninchi, cosas mías». Y en una de esas que deslizó boca y nariz por su cuello, el *Ulogio* volvió a la carga. «Mira, prenda, no me engañes que te lo conozco en los ojos». «Na, ninchi, ya te he dicho que cosas mías», le saltó la Chelo. «Pues se te ha puesto una cara que *pa* qué, prenda —aseguró su *Ulogio*—. Lo mismo que si hubieses visto a la Cibeles echarse a andar». Y con estas cosas, la Chelo le pisaría unas cuantas veces más. Luego, cuando llamaron a su *Ulogio* de un silbido para que ayudase a poner unas bujías, «en *to* el frente el merendero», luego, la Chelo aprovechó para fisgonear más de cerca.

No le sacó ojo durante el tiempo que permaneció sentado a una de las mesas de afuera; la cara cenicienta y la mano vendada, temblando bajo la mesa. De vez en cuando la sacaba, alcanzando una botella de la que tragaban varios hombres más y de los cuales ella sólo conocía al dueño del merendero, un tal Canuto, y de vista al Lozano y a ese otro que era sastre. Bebían y callaban, envueltos en un silencio Como para cortarlo en lonchas. Había algo en todo aquello que preocupaba a la Chelo, sus ojos no podían disimular la inquietud. Era algo que no debería haber existido.

Ni el zumbido de moscardón que metían las bujías, ni el soniquete del organillo

que llegaba desde la otra punta del merendero, ni tampoco el voceador de periódicos con el extraordinario de la tarde, «Noticia bomba, noticia bomba», nada, por el momento, sacaría a la Chelo de su abstracción. Parecía como si todos los allí congregados, alrededor de la mesa, poseyeran algún secreto terrible. «Menuda nota más chachi que vas a dar estas fiestas, Canuto —decía el Yesares, probando bujías desde lo alto de la escalera mientras el *Ulogio* sujetaba—. Menuda nota más chachi, Canuto, menuda nota». Pero el Canuto no hacía caso. A su lado había otro señor, de cierta edad, con las barbas blancas y una cicatriz en la boca que, con sólo mirarla, como que a la Chelo le entraba la sacudida. Nunca vio algo parecido. Era como si faltase el labio de abajo y, en su lugar, quedase una sutura. A veces, el hombre se llevaba la mano hasta la cicatriz para limpiarse, como si le picase la falta de labio. Era una mano larga y moteada, semejante a la piel de las truchas.

Ella hacía como que miraba a otro lado pero, por el rabillo del ojo, no perdía ripio. Así estuvo la Chelo, hasta que el Yesares terminó la chapuza y bajó la escalera, brincando los últimos peldaños. El Canuto le hizo un sitio en la mesa y el *Ulogio*, de pie, apoyándose en el poste de la entrada, agarró la botella de cerveza junto con un vaso, que inclinó hasta sacar espuma del chorro. Ofreció a la Chelo pero ésta le dijo: «que no, ninchi, que no». Entonces el Ulogio, envolviéndola con el caramelo de sus ojos preguntó: «¿Pasa algo que yo no sepa, prenda?». «No, ninchi, pero me va a pasar». «Que te va a pasar ¿qué?». «El tranvía, que sale a las en punto». «Pues dame un besín». Y así fue como la Chelo se despidió de su *Ulogio*. En el fondo, la Chelo buscaba lo que todas las demás mujeres.

Con el barullo del amor dentro del cuerpo, cuando iba saliendo del merendero, por poco se estrella contra un hombre. Era un tipo coloradote y polvoriento como tomate recién cogido y que, así, al pronto, la Chelo no supo reconocer. Fue al instante, cuando se fijó en las manos peludas y los dedos como herramientas, que no pudo contener el temblor de las carnes. Era el tranviero, el mismo que iba por la horchatería y que se juntaba con todos aquellos que bebían sin tasa. Ahora traía el ceño de cemento, el morro prieto y el relieve del bolsillo anunciando hierro. Desde la misma entrada hizo una seña hacia la mesa. Entonces la Chelo tuvo un presentimiento.

Como impulsado por un resorte, el anciano de la cicatriz en el labio se levantó de inmediato. Y detrás fue el joven que ella misma había conocido sorbiendo horchata en pajita, y que siempre imaginó calculando la horma de su trasero para después calzarlo. Ahora aquel joven caminaba como si un peso secreto le hundiese en la tierra. Iba escoltado por otros dos hombres, de los que la Chelo no guardaba memoria alguna, hombres que, aunque bien vestidos, parecían ser de vida normal y recortada. Uno de ellos mayor, el otro mayor también pero más joven y con bigotes largos como manubrios. En la mesa de afuera quedaron el Lozano y el sastre, junto con el Canuto y su *Ulogio*, que le guiño un ojo a la Chelo y ésta correspondió frunciendo los labios. Al final, entre una cosa y otra, cogió el tranvía por los pelos. Durante todo el trayecto, la Chelo fue igual que si llevase por dentro una guerra, persignándose varias veces pues, dentro de unos límites, ella también era creyente. Al bajarse en la Puerta del Sol, llevaba la cara contraída, como si hiciese un esfuerzo en dominar sus recuerdos. Y al igual que ocurre con el trueno que precede a la tormenta, esa misma tarde, con el olor de la pólvora todavía reciente y las tripas de los caballos salpicando la calle, esa misma tarde, no hizo más que llegar al trabajo, cuando vio aparecerse al teniente Beltrán. Entonces la Chelo se persignó por enésima vez.

—Por si no te lo he dicho, rubiala, he de advertirte que la verdad siempre puede ser comprobada. La mentira no.

La respiración del teniente Beltrán era lo más parecido al ruido de un fuego cercano.

—Llevo poco tiempo aquí, ya sabe *usté*.

Fue a últimos de mayo, con el ir y el venir de los primeros vasos de horchata, cuando la Chelo se enteró de que necesitaban camarera en lo de Candelas y ahí que se presentó. No es que el salario fuese como para tocar castañuelas pero, cansada del sobo y de la tacañería del dueño del Naranjeros, en cuanto vio ocasión, o mejor, cuando vio a la Emilia y le vino con que ahora, *pa* lo de la boda, andaban buscando otra camarera, ahí que se presentó la Chelo.

Aun a sabiendas de que, en lo de Candelas, tampoco recibiría ni caricia

verdadera, ni ganancia regular, pero dispuesta a cambiar de aires, la Chelo tuvo el arranque y, esa misma noche y sin esperar a más, se dio el piro del Naranjeros. «Anda y que te zurzan —le dijo al dueño—. Ahí te jodas con tus castañuelas, so perro». Así se las gastaba la Chelo, mujerona brava y salerosa para unas cosas aunque asustadiza para otras. Lo de ponerse frente a un muerto era de las otras cosas y, con sólo pensarlo, a la Chelo le tiritan las carnes.

—Se va a tener que esperar a que me cambie. Como comprenderá una no va a salir con estas pintas.

Afuera ya es noche y las llamas de los faroles alumbran la calle Alcalá. Por el rectángulo de la ventana la vida transcurre con indiferencia. Piernas, faldas y braguetas, manos y cinturas, pasan de largo. Cualquiera que hubiese asomado sus narices al cristal de la ventana hubiese visto cómo el teniente Beltrán pellizca la mejilla de la Chelo hasta dejar el latido de la sangre marcado en su cara. La noche se cuela a través del ventanal que da a la calle Alcalá y, cada vez que la puerta de la horchatería se abre, llegan bocanadas semejantes al resuello de una bestia moribunda. Y por cada vez que se cierra, suena un escopetazo.

Algo se estaba cocinando bajo las aceras. El teniente Beltrán acusa el golpe de fetidez y mira su reloj, vuelve la cara y escupe al suelo. Una flema viscosa que él mismo restriega con el pie, extendiéndola como un barniz ante la mirada atenta de la concurrencia. No puede disimularlo. Tiene las horas contadas y, según parece, lo sabe. Pasan unos minutos de las nueve y la horchatería se espesa de humos y voces. Los clientes empiezan a ocupar las mesas y nadie parece darse cuenta del mal trago que está pasando la camarera rubia. Aunque el teniente Beltrán se quema con las brasas de un fuego que crepita alrededor de su cuerpo, y aunque a ratos parece vencido, todavía sigue siendo el dueño de su propio territorio.

Nadie que le mirase podía evitar reconocer en él a un cadáver al que habían arrancado los ojos y, en su lugar, habían puesto dos duros de plata falsa. De él se contaban cosas gruesas y de un color demasiado vivo para los nervios. Decían que, en sus interrogatorios, acometía por todos los flancos, sin ningún atisbo de piedad, regodeándose en la agonía y no parando hasta conseguir escuchar el eco de una confesión. Nunca faltaba la manicura con tenazas, ni los golpes con naranjas envueltas en un paño, ni tampoco las sofisticadas descargas eléctricas al baño María que amorataban el escroto de los acusados. Si alguna vez se le iba la mano, se deshacía del cadáver arrojándolo al Manzanares con una piedra por corbata. En todo Madrid era sabido que las dos cosas que más odiaba el teniente Beltrán eran, por este orden, una ficha virgen y una mujer, virgen también. Sin embargo, para ambas cosas, siempre tenía la solución.

Como si cediera a un impulso incontrolable, el teniente Beltrán vuelve a echar su garra sobre la Chelo. Y con el ansia de dominio que ejerce un policía sobre sus semejantes, se arrima. La Chelo acusa la congestión en su oreja; percibe el olor repentino, la derrota violenta del jadeo. Es como si su piel se hubiera puesto

demasiado caliente. A todo esto, la clientela sigue inmóvil, aguardando el desenlace. Ningún parroquiano va a sacar la cara por ella. Al revés, podían matarla ahí mismo que nadie movería un dedo. De eso podía estar segura la Chelo, como también podía estar segura de que ninguna de sus compañeras iba a salir en su defensa. En cuanto el teniente Beltrán entró por la puerta, la Pepa y la Lolita se hicieron las longuis. Y qué decir de la Rosa, que pasó por delante de ella y ni tan siquiera la ayudó a componerse. De todas, la Emilia era la más resuelta para la guerrilla. Pero no estaba, era su día libre, y se había ido a los toros.

El calor flotaba sobre la ciudad en forma de tormenta. Era un bochorno que hacía sudar las cabezas y las cosas que llevasen demasiada manteca. Así que difícil lo llevaba la Chelo para no acabar pringada en el atentado que habían sufrido los reyes. De momento, tenía que asomarse a un cadáver y reconocer en él al autor del delito, un joven que bebía horchata con pajita y que se sentaba en la mesa del rincón junto a otros hombres más, entre los que destacaba uno coloradote y fornido, de ceja espesa y revólver en el bolsillo.

—Vamos, rubiala.

La Chelo está por agarrar el botijo que hay sobre el mostrador, junto a la máquina registradora; uno de pitorro chato, con el barro vestido de ganchillo y que hace daño con solo mirarlo. Pero el teniente Beltrán paraliza el envite. Brutalizada por una fuerza prodigiosa que jamás un hombre había utilizado con ella, la Chelo no puede hacer más que apretar sus puños y tragarse la rabia.

—Ya beberás por el camino.

El teniente Beltrán dijo esto y la soltó, arrojándola contra las mesas. Fue tal el meneo sufrido por la Chelo, que las monedas de su faltriquera se pusieron a dar brincos y se desparramaron por el suelo. Entonces los clientes se tiraron a por ellas con viveza y desenfreno. Ni que decir tiene que la Pepa y la Rosa, ambas armadas con sus correspondientes escobas, saltaron a defender el metal. En los espejos se reflejó el tumulto. Con tanto vaivén, a la Chelo no sólo se le escaparon las monedas, también se le escapó uno de los pechos. Y los veinte pares de ojos que andaban a gatas lo devoraron con una ordinariez propia de los tratantes de cerdos. Ni que decir tiene que la Chelo era de teta brava y pezón rugoso, que disimuló como pudo, colocándose el delantal y abotonando su blusa. Acto seguido masculló algo entre dientes y le arrimó tal bofetón al teniente Beltrán, que se hizo zumbido en todas las orejas de los allí presentes. Fue igual que si hubiese pasado cerca un disparo. Algunos clientes, ya fuese por nerviosismo o por verdadera apreciación, se rieron.

Con la bofetada picándole el rostro, el teniente Beltrán tuvo una intentona de sonrisa, pero su expresión no fue más que una herida abierta más abajo del bigote. El sudor le teñía los sobacos y el cuello de su camisa era una mancha oscura que se le pegaba al pescuezo. Escurrió su frente con el revés de la mano y chascó los nudillos. Había llegado el momento de causar una impresión más fuerte de la conseguida. Y con ese propósito, el teniente Beltrán agarró a la Chelo por los pelos y, así, la sacó a la calle. «Vamos, rubiala».

Bajo la luz de las farolas, su mejilla luce en carne viva. La Chelo tiene todo el aspecto de una mujer que ha sido descubierta en pecado y es paseada en público con morboso propósito. La hoguera crepita bajo la calle y un olor, que recuerda el resuello de un perro enfermo, recorre la noche y sus alrededores. La Chelo lleva el

pelo revuelto y de sus pestañas cuelga una lágrima. Sus hombros desnudos reclaman la atención y el mordisco. El teniente Beltrán tira de ella y las gentes, que a esas horas cruzan la Puerta del Sol, paran un instante a mirar y luego siguen su camino, por si acaso, no vaya a ser que también les lleven presos. Ahora la lágrima emborrona el lunar galante, pintado en la mejilla.

Corrían tiempos de pánico y el miedo se contagiaba más rápido que la sífilis. Un portazo violento, o un mismo estornudo, o el pinchazo de la rueda de alguno de los pocos automóviles que empezaban a circular por aquel entonces, cualquier sandez, provocaba, sin conocer nadie su causa, las carreras y los chillidos de las gentes. Así venía pasando desde el jueves, día del atentado, extendiéndose el contagio, del rey abajo, por tranvías, plazas y calles, todas y todos por igual, cautivos de un peligro imaginario tan vivo que llegaba a ser real. Nadie estaba a salvo de sospecha. Sin ir más lejos, el mismo día de la bomba y en la confusión de los primeros momentos, lincharon a un hombre que luego resultó ser un guardia de paisano que perseguía a un sospechoso. Al final, el sospechoso pudo darse a la fuga y al paisano por poco le matan.

—Vamos, rubiala, que es *pa* hoy.

El olor de las cloacas llega hasta la misma puerta de Gobernación. A estas alturas, el vientre de la ciudad se ha convertido en una úlcera sangrante que encharca los puntos vitales de la Villa y Corte. También se respira trajín en la escalera, bien surtida de guardias, todos ellos con el dedo en el gatillo y el pecho cruzado de munición. Se esfuerzan por mostrar el aspecto severo que los sucesos obligan pero no lo consiguen, añadiendo cierto aire de zarzuela al momento que vive Madrid. Uno de los guardias, el de bigote color nata, se toca la gorra con el dedo en señal de saludo. «Mi teniente».

Aunque su presencia es la de un hombre acabado, el teniente Beltrán todavía es una autoridad en el cuerpo.

Alza el mentón y muestra la nuez obsesiva que parece escurrirse dentro del pescuezo. Es como si quisiera dar a entender el potencial mecánico con el que ha sido fabricada. Y como si supiera leer en sus pensamientos y no le gustase lo pensado por la Chelo, el teniente Beltrán lanza sus dedos prietos de anillos alrededor del cuello de su presa. Y a la vez que suelta, va y empuja contra la misma puerta de Gobernación. La Chelo no puede reprimir un quejido.

—Como intentes escapar, vas a ver tú, rubiala.

La Puerta del Sol siempre fue un redondel mal trazado en el centro del mapa. Un círculo vicioso semejante al paseo de un borracho por cafés, limpiabotas y policías de la peor laya. El Colonial, El Universal o el de la Montaña eran algunos de los cafés de entonces. El Felisín y el Zorzas algunos de los limpiabotas y, por lo que respecta a policías de la peor laya, el teniente Beltrán se ganaba la palma. Aunque la Chelo llevase poco más de una semana trabajando en lo de Candelas, le conocía de sobras. Y bien sabía que bajo su piel dormía un asesino.

Flaco como un naípe, y rematado a lo alto por una cabeza desnuda y en forma de bala, el teniente Beltrán pertenecía a esa clase de hombres que no contemplan el sosiego. A diferencia de toda la demás escurrimbre, el teniente Beltrán ocultaba, dentro de su cabeza, una perversa maquinaria que no conocía descanso. Era lo más parecido al motor de un automóvil, pistón, cilindro, rosca, tuerca y puñetitas varias. Elementos todos que, a esas alturas, iban necesitando algo de grasa. La Chelo pudo dar cuenta de los chirridos, del desajuste nervioso que indicaba su mal funcionamiento. «Como intentes escapar, vas a ver tú, rubiala». Tras ella, el trote corto de las mulas anunciaba el coche cargado con detenidos. «Eeehs. Sooo».

El guardia de bigote color nata se acercó hasta el carruaje. Del ómnibus blindado bajaron un puñado de jóvenes con pintas de poetas o de maricas. Llevaban las muñecas atadas a la espalda y manchas de hollín en las caras. Olían a pólvora reciente. Había uno, la mar de grandón, que lucía barba de zamarro oscurecida por la descarga. Y había otro que traía el bigote como una escoba puerca de hollines. Desde lo alto del pescante, el cochero, un guardia con barba bronca y deje chulesco, contó que habían sido los autores de una explosión por la glorieta de Bilbao.

—Aquí los traigo, *pa* que los entren en la cueva. Pasa que donde los Canónigos no cabe el pelo un coño —añadió, sin sacar ojo a la Chelo.

—A ver qué remedio —le dijo el guardia de la puerta. Y arrugando la nata del bigotón se aproximó a los detenidos.

Con la punta de la porra les fue levantando la barbilla, uno por uno. Eran media docena de jóvenes tiznados por la ceniza del anarquismo. Apretaban sus espaldas contra la fachada de Gobernación, de puro miedo. Una vez más, la Chelo pudo dar cuenta de la desvergüenza que muestran los de la autoridad cuando se saben dueños del cotarro.

«Aquí no es que tengamos mucho sitio pero, a ver, qué remedio». Volvió a mascullear el guardia de la nata montada en los bigotes, a la vez que metía la porra en los riñones del más grandón, que se iba empequeñeciendo por instantes. «No me pegue... no me pegue... no... no... me pegue», balbuceaba. Era como un tonel y, de un solo rodillazo, hubiese podido montar la porra al guardia en lo alto del bigote, pero el temor a la autoridad le impedía todo tipo de movimiento que no fuera para

someterse. Por lo que dedujo la Chelo, el otro, el que iba detrás, debía de ser su hermano, tenía los mismos ojos y un bigote rubio que le quebraba la cara negra de hollín.

—Conque jugando a fabricar bombas, cabrones. —Y el guardia de las natas le volvió a meter al grandón, esta vez en la cabeza. Un tozolón que le hizo clavar la barba al pecho y las rodillas al suelo—. Os voy a ayudar yo a encontrar la horma de vuestro zapato, cabrones.

La Chelo cerraba los ojos en cada golpe, como si los recibiese ella misma. A aquellos jóvenes les estaban cascando las liendres en plena calle, delante de todos los que por allí pasaban. «Que cunda el ejemplo». Y entre un abrir y cerrar de ojos, la Chelo pudo reconocer al delgaducho, un joven de rostro enfermizo y mirada verdosa. Las gentes se paraban a mirar, como polillas alrededor de la gran luz de la ciudad, mientras las mulas agitaban sus orejas y sacudían sus colas.

—Sooo. —El cochero de la barba bronca se había despistado con la Chelo y ahora enderezaba el tronco de mulas—. Sooo.

Por lo que la Chelo sabía, aquel joven que ahora arrojaba su miedo por los ojos publicaba panfletos incendiarios en periódicos afines a la república. El mismo día que ella empezaba en lo de Candelas, apareció con ese otro que decían que era polaco, uno de aspecto extranjero y con el pelo como estopa. Nada más verlos entrar, el tranviero se levantó para hacerles un sitio en la mesa del fondo. Pidieron cerveza y la Chelo distinguió enseguida el reflejo andaluz de su acento. Hablaba de política a voces y criticaba al Cojo, sin embargo, cuando la Chelo llegó con la bandeja, dejó a un lado su soflama para hacer lo que hacían todos, comerle con los ojos el escote cada vez que se inclinaba a servir. Y luego, hala, a seguir con su ración de trasero a través de los espejos. Aquél era su primer día en lo de Candelas y la Chelo andaba con la prisa en los tacones. Y en esas andaba la Chelo cuando apareció por la puerta ese otro hombre, el mismo que ahora estaba muerto y cuyo cadáver esperaba sobre una plancha cubierta de hielo vivo.

El teniente Beltrán se agarraba a la Chelo de la misma forma que otros se agarran a la pata de un conejo.

—Vamos, rubiala, que hay prisa. —Y tiraba de ella hasta el carro celular—. Vamos.

—Eh, alto ahí —les espetó el guardia de la nata, ahora sentado a horcajadas en la espalda del tonel—. Eh, alto ahí, no pueden subir.

El teniente Beltrán se plantó en seco. Y girando el pescuezo enseñó los dientes, como puñales:

—¿Tienes algún problema o lo tengo yo?

—Lo tiene su *selensia*, el señor ministro —respondió el de los bigotes color nata, sin bajarse del lomo del tonel.

—¿Cómo?

—Recibí orden de que, en cuanto entrase el primer coche, se avisase a su

selensia. Necesita personarse en juzgado.

—*Tié* narices. El muerto me queda a mí más lejos. Ya vendrá otro coche.

—No es posible. El día de la bomba, su *selensia* por poco se tiene que coger una bicicleta y esta mañana le averiaron el automóvil.

La Chelo apostó a que el guardia hacía méritos en vano. Después del Cojo irían los demás, por mucho culo en pompa que pusieran o por muy bien que fregasen la escalera.

—El Cojo también se baja los pantalones cuando va a cagar —le cortó el teniente Beltrán, poniendo autoridad en la voz y apretando a la Chelo con toda su garra.

En aquellos momentos salía el ministro. Alzaba papada de gallo capón y exhibía la nariz irritada, lo más parecido a un boniato al que hubiesen raspado la piel. A pesar del momento, el Cojo parecía tan seguro como el edificio de la Equitativa. El hecho de ser el hombre más criticado de España no le afectaba. O por lo menos eso daba a entender.

—¿Algún problema? —Ahora estaba en el umbral, se apoyaba en el bastón y mantenía la mirada fija en el teniente Beltrán. Desde aquella distancia, el Cojo apostaba a oporto—. ¿Algún problema? —volvió a preguntar, a la vez que le venía un impulso de orgullo que le hizo tensar papo.

Fue el guardia de la nata en el bigote el que rompió con voz chulona:

—Su *selensia*, que aquí el amigo Beltrán y yo teníamos una discusión acerca de los beneficios que nos va a traer el motor. Y por decirlo en dos palabritas que, con el motor, se va a acabar *la* estiércol de las bestias y, en poco, el automóvil sucederá a las caballerías y las ciudades van a estar más limpias y más fetén.

—Y usted, señorita, ¿qué piensa? —preguntó el Cojo, fijando su vista de reptil sobre la Chelo.

Y a ella se le atragantaron las palabras. Para empujarlas saltó Beltrán, con mucho baile de nuez en la tirilla:

—Iba a llevarla a reconocer al *secao* y me vine a por un coche.

A los ojos de la Chelo, todos los cargos de aquel edificio resultaban sospechosos. Y el ministro, no por ser ministro, lo iba a ser menos. Por lo que ella sabía, el Cojo había presentado la renuncia pero no se la habían aceptado, exigiéndole la vergüenza de seguir en su puesto. A pesar del golpe, el Cojo mostraba entereza. A su lado estaba el inspector Merlo, pollo pirante con labios que parecían carne de pulpo, tan rojos como afamados a la hora de chupar puros de rodillas. Con su pelo lustrado de aceite y ese vestir sobrado de aliño, más fino siempre que un coral, el tal Merlo era capaz de envenenar a su padre para poder fornicar después con su cadáver.

El Cojo caló de abajo arriba al teniente Beltrán, pasándole revista. Todo indicaba que no se había cambiado desde el día de la bomba. Se detuvo un instante en el polvo de los botines; en la boca abierta del pie derecho, semejante a un bostezo hambrón y necesitado de remiendo. Luego pasó revista al cerco de roña acumulada en las sortijas, al cuello de la camisa, del mismo color que los garbanzos. También se fijó en

el clavel marchito que languidecía como una costra de sangre en la solapa. El teniente Beltrán estaba pálido como la panza de un pollo recién desplumado.

—Ya me dieron aviso de lo que sucedió ayer. Me hago cargo, Beltrán, son momentos muy tensos y cualquiera puede estallar —apuntó el Cojo, con la frente fruncida y la mirada de reptil dispuesto a soltar veneno—. No obstante, la puerta del despacho del gobernador no tiene culpa. La mayoría de las veces, por no decir todas, la furia contra los objetos mal encubre debilidades y miedos personales.

El teniente Beltrán se tiró de un lado de la chaqueta e irguió su figura. Luego intentó dar forma a su pensamiento. Eran las palabras de un hombre próximo a ser cesado. No sólo de empleo, también de sueldo y jubilación para siempre.

—Tuve que llegar a Torrejón a primera hora; si no es por mí, y la ayuda de los números de la Guardia Civil, el cadáver no llega. Ha sido una jornada dura.

—Tomen el Canario —imperó el Cojo.

—Sí, señor.

Luego el Cojo volvió a lanzar sus ojos de reptil sobre la Chelo. La miró como el que hurga en una llaga reciente. Así estuvo un instante, hasta que se dio cuenta de que no estaban solos. Entonces, cogiendo el bastón de la misma manera que un pastor su garrote, el Cojo señaló a los detenidos, tirados en la entrada, puercos de hollín y salivazos, con la cabeza en sangre y el gesto de dolor.

—Que donde los Canónigos no queda sitio y, a ver, qué remedio, su *selensia* —explicó el de la nata montada.

—Encárguese de ellos, Merlo, no los expongan en la misma puerta —ordenó el Cojo.

Las palomas zureaban en la cornisa de Gobernación y, de vez en cuando, escurrían el fruto de su vientre que sonaba como gargajo al caer al suelo. Las mulas, para no ser menos, hacían lo propio y luego hundían los cascos en su mismo excremento. El ministro arrastró su cojera con ayuda del bastón de Indias, y el guardia del bigote montado en nata se apresuró servil hasta el carruaje. Y abrió la puerta.

—Adelante, su *selensia*.

El inspector Merlo cargaba unos papeles con la misma ceremonia que el subalterno lleva los útiles de matar al toro. No era poca la malicia de su sonrisa. La Chelo le conocía de oídas. Las malas lenguas señalaban que bajo sus pantalones llevaba las piernas enfundadas en unas medias escabrosas, cual sota de bastos. Y que utilizaba bragas de brocado fino a la manera de suspensorio. Una vez que el Cojo se hubo acomodado dentro del carruaje, el inspector Merlo le tendió los papeles y le hizo una reverencia, como si barriese el suelo con el tupé. Comprobó que la compuerta quedase bien cerrada y adiós muy buenas.

El inspector Merlo se quedó mirando el carromato hasta que desapareció de su vista. Por el reloj de Gobernación daban las nueve y media pasadas. El teniente Beltrán sacó su reloj de bolsillo y lo puso en hora. Luego volvió a enganchar el brazo

de aquel conejo. «Vamos, rubiala, hay prisa».

—Un momentito —le detuvo Merlo con un gesto de la mano abierta—. Un momentito, Beltrán.

Sin dejar de apretar el brazo de la Chelo, el teniente se volvió y el olor le pegó de lleno, como si un perro enfermo hubiese abierto la boca muy cerca.

De la misma manera que el organismo, en su continua búsqueda de virtudes que lo potencien, sufre adicciones que acaba alimentando como si fueran vicio, el Cuerpo de Policía tenía que tragar con el inspector Merlo. Allí donde circulasen polvos de arroz y otros picantes arreglos para las mejillas de los viejos bujarrones, allí estaba el tal Merlo, ejerciendo una inspección visual con el ojo más negro de su anatomía. Por decirlo de alguna manera, el inspector Merlo era de esos que no podía ponerse a mear si había hombres delante. Y aunque famoso por abrir el ojo negro en todo sitio de cita íntima, la Chelo sabía que, a la hora de recoger información y cebar vicios, al niño bonito lo mismo le daba pelo que lana.

Ahora, en la misma puerta de Gobernación, los ojos de Merlo eran igual a los de un perro de mirada servil que sabe cuándo hay que dejarse montar y cuándo no. «Tómales registro, Beltrán», dominó con la sonrisa invitadora. Y señaló la cuerda de presos, sobre la acera de Gobernación. «Ya has oído a su excelencia». La Chelo advirtió la resonancia, como si al teniente Beltrán se le hubiese calado el motor de la cabeza.

—Los vas tomando registro, Beltrán. Y a ella —señaló a la Chelo—, la dejas conmigo.

Los ojos del teniente Beltrán eran lo más parecido a dos puntas de acero clavadas en una roca. Entonces apretó aún más el brazo de la Chelo, como si no pudiese ocultar el temor a perderla.

—Te refresco, Beltrán, que tu trabajo consiste en seleccionar testigos molestos, no lo olvides —añadió Merlo con toda la petulancia de su torso almidonado.

Al teniente Beltrán le asaltó una mirada de irritación. La fiebre interior se fundió en el plomo de sus ojos. Escupió al suelo y se lo puso claro en un arranque.

—Me los llevo a interrogar y ella viene conmigo.

Después de decir esto, el teniente Beltrán se quedó un instante plantado, con la mueca atravesándole el rostro, como si le hubiera dado un *paralís* mientras gruñía. Luego dio órdenes al guardia del bigotón color nata para que le acompañara con la cuerda de presos por delante. El guardia de la nata, chulón y sonando pitos con los dedos, cumplió la orden. «Ele, Ele». Y así fueron enfilando todos, por la calle Mayor arriba, como un ejército derrotado camino del patíbulo.

El Gobierno Civil era un edificio con el sótano encogido de puro miedo y donde las ratas se apareaban sin descanso. La Chelo estaba al corriente de estas cosas por lo que le había contado su *Ulogio*. Con todo y con eso, lo peor era lo callado por su *Ulogio*, los silencios elocuentes que ataban los testículos con una cuerda de guitarra y que el teniente Beltrán afinaba hasta hacer cantar lo que aún no está cantado. «Vamos, rubiala».

En la puerta, un hombre se sonaba con estruendo para despejar fosas nasales.

—Qué, su *selensia*, ¿se está de espera a que venga un coche? —le preguntó el del bigote color nata.

—A ver qué —dijo, mostrando su cara jugosa de lágrimas. Y se volvió a sonar con una solemne tristeza.

—Pues crudo viene el tema —apuntó el guardia del bigotón color nata—. Hace un rato el ministro Romanones por poco se coge la bicicleta.

—Sí, pero uno ya no anda para mucho trote, que uno también es persona y necesita descansar.

El guardia del bigotón montado en nata se quedó en la puerta, charlando con el gobernador. Y el teniente Beltrán continuó su camino con la cuerda de presos por delante, todos cabizbajos y tiznados por el hollín del fracaso. Al final de la fila iba el más grandote; andaba a saltos, parecía el oso que los gitanos llevan en sus charangas pero, en vez de aro, en su nariz llevaba sangre fresca. «Vamos, rubiala». El teniente Beltrán hundía la zarpa en el brazo de la Chelo y la llevaba por un pasillo cubierto con manchas de humedad y obscenidades dibujadas a punta de navaja. Las paredes filtraban las voces. «Los policías es que hablan muy alto, prenda, por eso apenas se escucha a las ratas aparearse», le había dicho su *Ulogio*.

Hasta sus oídos llegaban las voces: «La jodimos todos, el gobernador recoge sus bártulos y a la calle», decía una. «A mí que no me jodan, que había más personas, un tipo vestido de etiqueta, con chistera, y que no aparece y que estaba en la misma habitación». Y en esto que replica alguien por encima: «No le busques más vueltas que aquí va a pasar lo mismo que cuando lo del Cánovas, el Rondín en pleno, con el Puebla a la cabeza, todos a la puta calle». Y luego salta otra voz: «El último plato que comieron caliente fue el de los disparos que Angiolillo le metió al Cánovas». Y sigue la misma voz, como un surco rayado a lo largo del pasillo. «Aquí la jodimos todos». «Aquí la jodimos todos». «Aquí ya está *to* el bacalao vendío». «A ver cómo salimos de ésta». «Tiene que haber juicio, si no hay juicio no hay mentiras». «Aquí la jodimos todos».

A lo largo del pasillo siguió el rosario de insultos que expresaban lo que, en aquel edificio, sentían por el gobernador. A la luz de las bujías, las telarañas cubrían legajos, expedientes y otros atados. «Cómo se entiende que alguien haga algo así solo, en las mismas narices de la policía». El humo escocía en los ojos y el olor que se filtraba de las alcantarillas venía cargado de fiebre. Era como si la mierda se hubiese vuelto más espesa a medida que avanzaban por el pasillo, como si cada garganta fuese una cloaca atascada. La Chelo se encogió de repulsión. «Tenemos menos futuro que una goma llena *bujeros*», escuchó la voz sucia, a la vez que sorteaba mondas de naranjas y escupideras volcadas por los suelos. Y serrín, y cristales que rechinaban al pisar y que la Chelo evitaba con dentera. «Vamos, rubiala».

El teniente Beltrán, nada más entrar en su despacho, soltó un gargajo brillante que salpicó la pared y que fue resbalando, de a poco, hasta el banco que habían puesto al filo del tabique. Lo siguiente que hizo fue descargar su mala leche sobre un hombre menudo, parapetado tras unos lentes gruesos que le hacían parecer más cegato de lo que en realidad era. Descansaba con las piernas sobre la mesa, dale que te pego a la nariz, sacándose ideas. «Que no estamos en casa de su puta madre —le recordó el teniente Beltrán con las grietas abiertas de toda su garganta—. Que no estamos en casa de su puta madre». Cuando escuchó la voz de su superior, el hombre diminuto corrigió la postura y adoptó una expresión de culpabilidad. Ajustándose los manguitos, tiró del palillero que llevaba sujeto en la oreja y se puso a escribir a golpes, como si la punta de la pluma fuese la de un clavo.

Desde los tiempos de la guerra de Cuba, y desde aquel despacho, se habían controlado las actividades anarquistas y subversivas de todo Madrid. Una estancia con ventanucos armados de herrumbre por donde se filtraba la luz de la noche, emitiendo una viscosa crueldad propia del Medioevo. De haber sabido juntar las letras, la Chelo hubiese podido describir el gusto escatológico que envolvía aquel despacho. Las telarañas gruesas de polvo que adornaban el techo eran como colgajos que retenían el paso del tiempo. De una de las paredes asomaba el brazo de una bujía, y detrás de la puerta, a la pendura de un clavo, se sostenía un bombín tan abollado como pringón. Una escupidera rebosante de flemas completaba el cuadro.

No hacía ni tres meses que los de la secreta se habían hecho con el poder dentro de la policía gracias a una de esas leyes que apilonaban dos cuerpos en uno. Y como dos culos y dos vientres no pueden darse en el mismo cuerpo, los del Cuerpo de la Judicial, con el jefe Beltrán a la cabeza, se vieron relegados por los niños bonitos de la secreta. Fue una conquista de las llamadas por asedio, y que empezó desde el mismo día que mataron a Cánovas. Iba ya para nueve años que los de la secreta se pusieron a mover el vientre de una lucha intestina, acusando a la Policía

Judicial de incapacidad para controlar a los anarquistas. Y los políticos, que con su trasero envejecían el cuero del Congreso, apoyaban el asedio, apuntalando con retórica burguesa la letrina de un civilismo atascado con la sangre del proceso de Montjuïc. Para hacerse cargo del anarquismo, se necesitaba un grupo dócil y en apariencia civilizado. Había que irlo haciendo de a poco, sin cambiar a nadie de despacho. Y así fue como, ante los ojos del teniente Beltrán, fueron ocupando posición unos renacuajos, inflados como sapos a punto de soltar el vientre.

Suele pasar cuando los grupos organizados se encuentran con atribuciones superiores a su inteligencia. Y suele pasar también que los hombres de naturaleza común a la de los burócratas acaben despachando legajos en las jefaturas. El ejemplo estaba en aquel escribiente que le habían adosado al teniente Beltrán. Diminuto como grano de pimienta y ataviado con lentes gruesos y manguitos, no era más que uno de tantos que nunca había sido nadie y, a partir de ahora, podría ser cualquiera. El teniente Beltrán le señaló la cuerda de presos.

—Aquí media docena de maricas. Parece que juegan a las bombas. Vamos a tomarlos registro.

Había uno con la cara picada y sus mejillas eran lo más parecido a dos rebanadas de bizcocho untadas con carbón. Y había otro que llevaba la cabeza hacia un lado, la cara tísica y los ojos febriles, además de los cabellos sobre los hombros, como si fueran los flecos de un mantón deshilachado. A su vera, el de ojos verdosos seguía mirando a la Chelo como buscando salvación. Sin embargo, la Chelo poco o nada podía hacer por él, tan sólo encajar las piezas de una historia en la que ella se sentía protagonista y en la que también destacaba un tranviero, coloradote como un ladrillo y otro joven, muerto ya, pero que todavía podía contar muchas cosas. Y a ella le iba a tocar sacárselas de la boca. Abrir el cerrojo de silencio que condenaba sus labios muertos.

Le vio pocas veces, pero las suficientes para que el recuerdo continuase fresco. Un joven indeciso, parado en el centro del local como si esperase la señal de alguien a quien no conocía. A ratos parecía un verdadero caballero, uno de esos que tiene como misión el amparo de mujeres desvalidas. A la Chelo le llamó la atención por su elegancia, el corte de traje de buen paño y el sombrero en la punta de los dedos, como corresponde a una persona de modales en sitio cubierto. También se fijó en las uñas, limpias y rosadas, y en el brote de vello que le asomaba por el puño de la camisa, cada vez que cogía el vaso. Una horchata que bebió en pie y sorbiendo con pajita, mientras escrutaba el local abarrotado de gente. A partir de este momento, sus ojos se moverían sin cesar, lanzando miradas a la redonda para recorrer las mesas y las sillas, la puerta y la ventana por donde cruzaba la gente. Sin parar con los ojos, dejó la horchata en el mostrador y se dirigió hasta el fondo. Las bujías rebotaban en los espejos y la figura del Mateo se repetía a lo largo del local.

La Chelo advirtió el peso de la pistola en el bolsillo, y que le torcía la chaqueta. Luego, cuando desfiló por entre las hileras de las mesas del centro, no pudo evitar

que ella y él se rozaran. El hueco era tan estrecho que resultaba casi imposible que no sucediera; entonces él lanzó su sonrisa invitadora, prieta entre unos labios tan finos que resultaban dolorosos. Lo que pasó después se comentó mucho.

Había en Madrid un par de hermanas, bailarinas de las llamadas de variedades, que se hacían llamar las Camelias. Bajo este nombre artístico, y con dos pares de piernas, instruían al respetable en todo lo relativo a la anatomía femenina, enseñando pelo y chicha en El Kursaal de la plaza del Carmen. Era un frontón hecho a medida para lucimiento y desahogo del pelotari y que, al caer la noche, mudaba su actividad ofreciendo actuaciones subiditas de tono. Eso por un lado. Por el otro, el encargado de hacerlas gustos y desnudos al carbón a las Camelias, con el consentimiento de ambas, no era otro que el pintor Leandro Oroz, el mismo que, de un momento a dos, tendrá un encontronazo con el tal Mateo.

Aquella noche, el pintor estaba merluzón de tan bebido. Según la Emilia, que siempre andaba lista para los chismes y para contar alguna intimidad de cama, según la Emilia, las últimas noches del pintor habían sido dolorosas para sus cuernos. Llegaba al Kursaal y tomaba asiento en primera fila, desde donde intentaba descifrar el lenguaje elegido por las Camelias, el código pecaminoso que establecía una comunicación casi secreta con sus pretendientes. Con los ojos escocidos de atención, el pintor interpretaba el lenguaje de la carne, condenándose al licor y a los celos. Andaba en boca de todo el mundo que un marajá le había levantado a la Anita, la más pequeña de las hermanas y, por efecto, el pintor le daba al frasco. Le echaba la culpa al escritor de las barbas que se decía marqués y que, más vivo que el aire, se había metido por medio, entre la madre y el marajá, embarcando al pintor con los cuernos por delante. Y con las defensas altas, cuando el tal Mateo se acercó hasta las mesas del fondo, el pintor embistió con una rociada de espuma de cerveza.

Entonces se arma el cisco, con el polaco y el hombre coloradote, los dos de por medio, y los clientes buscando sitio para ver la bronca de cerca. El hombre coloradote agarra al pintor de las solapas y consigue, no sólo que sus pies abandonen el suelo, sino que el rico contenido de su estómago manche el piso. Al final, el pintor acabaría rebozado en su propio vómito y a la Chelo le tocó echar serrín encima de las escurrijas. Era su primer día. Pero lo mejor vino después, cuando el joven con acento andaluz y mirada verdosa, muy solícito, fue a asistir al pintor y los pantalones le crujieron por el culo. A pesar de la cara tiznada, la Chelo no tenía dudas, se trataba del mismo joven que despotricaba contra el ministro en alto y que publicaba panfletos incendiarios en periódicos afines a la república. Un relámpago de miedo brilló en sus ojos. A su lado, el del tonel escupía sangre sobre sus rodillas. Tenía la cabeza gacha y herida, agobiada de moscas y ceniza.

«A ver, tú». La voz del teniente Beltrán señalaba a otro de los detenidos. Éste tenía ojos de ratón, cuello fuerte y un bigote semejante a un escobón grueso y con el que barría el hollín de su boca. «Nombre».

—Juan, Juan Muñoz.

—A ver, tú, ¿qué registro tocas?

—Ninguno.

—Mira que lo voy a mirar y si me engañas...

—Señor, yo no quiero complicarme la vida —apuntó resuelto—. Estos amigos —señalando al de la barba y al del bigote quebrado de hollín—, estos amigos me invitaron a una demostración de cómo se puede fabricar jabón de forma casera. —Tragó saliva—. Necesitaban un inversor.

—Y tú qué, eras el más acertado.

—No, yo no, mi jefe —volvió a tragar saliva—. Es don Luis Mora, representante de la casa de las máquinas registradoras americanas recién instalada en Madrid, en Atocha. Yo soy uno de los agentes —dijo de carrerilla—. En el bolsillo del pantalón tengo la placa acreditativa de mi cargo.

El teniente Beltrán le introdujo sus dedos prietos de sortijas en el bolsillo. Sacó la placa y la lanzó sobre la mesa del escribiente. Luego siguió clavando interrogantes.

—Así que fuiste tú el que endilgaste una maquinita de éstas en lo de Candelas.

—Sí, señor —asintió. Y con la escoba de su mostacho temblando de hollín, empezó a barrer para afuera. Contó cómo el dueño de lo de Candelas quedó sugestionado por la idea de la máquina registradora—. En cuanto le dije que así no le sisarían más las camareras, no necesité más para convencerle.

El teniente Beltrán miró a la Chelo con el gesto torcido del que digiere mal las cosas.

—Has visto, rubiala, cómo los yanquis son unos hijoputas.

Y así estuvo el teniente Beltrán durante un rato, sin parar de repetir entre dientes, una y otra vez: «Yanquis, hijoputas», a la vez que mordisqueaba el desprecio junto con el chicote del puro. «Yanquis, hijoputas». La Chelo se retiró hacia la pared, como si esperase de un momento a otro la sacudida que no tardaría en llegar, cortando el aire al del hollín en el escobón, haciéndole tragar palabras que dentro de su boca sonaban a chatarra. Entonces, saltó el joven de acento andaluz.

—Mire usted, nosotros no tuvimos nada que ver con lo del rey.

Lo soltó del tirón y sin dejar de buscar los ojos a la Chelo, como si ésta pudiese volver a echar serrín sobre las escurrijas del interrogatorio.

—Y de ti quién ha solicitado explicaciones. —El teniente Beltrán se acercó hasta él—. A ver, qué registro tocas.

—El de la pluma, señor.

—Vaya, vaya, entonces si te entramos en el abanico te hacemos un favor. También estabas allí, si no me equivoco, de inversor, pues de invertido a inversor hay poco, ¿verdad? —Y fue decir esto y ponerle la cara cerca, sin dejar de taladrarle con los ojos.

—Sí, señor, y no es por mis dineros pero me hicieron llamar, igual que al Muñoz, para la demostración de un negocio de jabones. Y yo había de publicitario con mi jefe —le soltó el joven, con la garganta rasposa de pólvora.

—Y ¿quién es tu jefe?, si es que pue saberse.

—El Lerroux, que es el que me da trabajo en sus periódicos de Barcelona.

El teniente Beltrán, con gesto ofensivo, le clavó los ojos en la bragueta. Así estuvo un instante y luego le retiró la vista. Con los párpados cerrados, como si le doliera algo, aproximó su cara al del bigote rubio y quebrado de hollín.

—Y tú qué, chulainas, ¿también tocas el registro de la pluma?

—No, yo no, yo soy industrial, tenemos, mi hermano y yo —señaló al rincón donde se encogía el tonel de las barbas— tenemos mi hermano y yo, un negocio de jabones. Estábamos probando el horno en el piso que habíamos alquilado como laboratorio y, no sé bien lo que pasó, pero reventó como si se tratase de un cráter.

—Así que, hermanos, vaya, vaya.

—Sí, señor.

—¿Del mismo padre? ¿O del mismo coño?

El escribiente, protegido tras los gruesos cristales de sus gafas, no perdía una coma de la declaración. El teniente Beltrán se acercó hasta el de la cabeza sesgada y trató de enderezársela, comprimiéndosela por el cráneo y el mentón pero, como no lo consiguió del todo, al final tuvo que agarrar los flecos de la pelambre que le caía por los hombros. «No me gusta tener que doblar mi pescuezo cuando interrogo», le advirtió. Y con un salivazo al suelo, rubricó la enmienda «Nombre».

—Felipe Martín Pindado.

—Profesión.

—Violinista.

—Ya. —Y acercándose, pero sin soltar greña, añadió—: Y ¿en qué prostíbulo?, si es que *pue* saberse.

Entre gimoteos, el violinista declaró que, desde hacía nueve años, trabajaba en el café del Vapor, allí en la plazuela del Progreso, junto a la vaquería. Y que él era hombre casado y con hijos y que, de repente y sin quererlo, se había visto embaucado en un negocio que nunca le había olido bien, aunque se tratase de jabones. La culpa la tuvo su compañero, el pianista, uno que tenía la cara cubierta de granos de carbón y que no se despegaba del lado de ese otro que no hacía más que mirar a la Chelo con ojos miedosos, demandándole socorro. El teniente Beltrán soltó al violinista y fue hacia ella. «Dime, rubiala, ¿reconoces a alguno?». La Chelo negó con la cabeza.

—¿Ni a éste? —Y el teniente Beltrán volvió de nuevo con el de las máquinas registradoras. Ahora le apretaba del corbatín, ajustándoselo al pescuezo hasta que las

cerdas del escobón que llevaba por bigote se pusieron tiesas. Sus ojos de ratón parecían salirse de las cuencas—. Así te se pone como el as de bastos. Agradécemelo, hijo de puta. —Y soltó, aliviándole la garganta. El de las máquinas registradoras abrió la boca, como si fuese a comer todo el aire de golpe. Los ojos de ratón trazaron órbitas alrededor de las cuencas.

Ahora el teniente Beltrán hinca sus pupilas en el joven de los mofletes carbonizados. Le intimida y el joven de los mofletes va a protegerse tras ese que escribe los artículos incendiarios y que pide ayuda con los ojos. Parecían dos náufragos agarrándose el uno al otro, a la espera de que llegase una tabla de salvación en la que poder hundirse. El teniente Beltrán sufragaría el hundimiento a salivazos. «Nombre».

—Leandro Rivera.

—Oficio.

—Pianista.

—¿En el mismo burdel que el espantapájaros ese? —señaló con la barbilla al de los flecos sobre los hombros—. Di.

El pianista Leandro Rivera declaró que desconocía los ideales anarquistas de los demás detenidos y para que no quedasen dudas repitió que no profesaba tales ideas. Y que si alguna vez publicó una poesía en Tierra y Libertad fue porque le obligaron a ello.

—Ya —dijo el teniente Beltrán, atravesando la mueca en el rostro—. Y ¿quién le obligó a ello?, si es que *pue* saberse.

El pianista no tardó en chivar el nombre. «Julio Camba, uno que es gallego y que tiene un hermano mayor que es Francisco». Entonces el teniente Beltrán le acertó con la rodilla en la boca del estómago y el pianista dobló como una navaja. Desde el suelo dijo que él no sabía nada, que lo único que hizo fue asistir a la presentación de un negocio de jabones.

—Necesitaban inversor y tú conocías a un invertido, ¿verdad? —Y le cruzó una bofetada con la mano abierta—. Di.

Y el pianista declaró que sí, que conocía a un americano, un tal Jorge Kin, que vivía a la entrada del paseo de la Castellana. «En el número 10.» Y no le dejó acabar cuando le volvió a cruzar la cara, para un lado y para otro, espolvoreando de hollín la estancia. «Yanquis, hijos de puta», masculló el teniente Beltrán. La Chelo contemplaba el panorama desde la pared, había un gesto de extrema soledad en su forma de estar a la mira.

—Así que pensabais haceros ricos con un negocio de jabones, en una ciudad que es un urinario. ¡Ja! A otro con ese cuento.

Y fue terminar de decir esto y el teniente Beltrán acercarse al joven de acento andaluz para comerle con la vista. Estuvo un rato así, hasta que el detenido descendió su mirada y la fue a posar sobre el gargajo, que en esos momentos se arrastraba por la pared, camino del suelo. El teniente Beltrán le enganchó por la barbilla tiznada. Bien

sabía que la residencia de los afectos se encuentra en el vientre y no en el corazón. Y de todos los detenidos, aquél le parecía sospechoso por ser, de todos, el más flaco. Fue entonces que, en el sistema nervioso del teniente Beltrán, se encendió la lámpara de alerta y la luz plomiza asomó a sus ojos. Sin dejar de apretar la barbilla le preguntó:

—¿Qué hacías la otra noche, en lo de Candelas, junto con el tranviero y con el polaco? —Y entonces el joven se atragantó—. Vamos, contesta. —El teniente Beltrán le puso la mano en la bragueta—. ¿Qué hacías?

—Nada, señor, coincidimos allí con otra gente.

La Chelo sacó un suspiro y el teniente Beltrán no pudo evitar atravesarla con su mueca.

—¿También coincidisteis con el tal Mateo, el anarquista? —Y cerró el interrogante de su mano.

La barbilla cayó grosera, sobre el pecho. Y con los alaridos todavía retumbando las paredes, el teniente Beltrán se dirigió hasta el archivador, al fondo del despacho. Lo abrió con violencia y agarró una caja de puros, que soltó sobre la mesa del escribiente, intimidándole hasta arrinconar su minúscula figura. Con las mismas manos cortó la tapadera, sacó un habano y lo arrimó hasta sus dientes, mordisqueando con nervio antes de encenderlo. Luego enganchó una silla y tomó asiento, colocando los pies sobre la mesa de esa forma tan insolente que se sabía gastar cuando acariciaba el filo del precipicio. El joven seguía retorciéndose en el suelo, con las manos atadas a la espalda y los pantalones descosidos por las partes pudendas. El teniente Beltrán masticó el humo y se lo disparó a la Chelo. Luego hizo un gesto al escribiente:

—Ve pidiéndome un coche, me voy con la rubiala a ver si el muerto nos canta algo.

El escribiente, con cierto esfuerzo, le dijo que, lo del coche, estaba difícil. Y que el gobernador llevaba toda la tarde esperando a que viniera uno a recogerle.

—Ya. —El teniente Beltrán sopló la punta del habano. Y avivando la brasa, añadió—: Cogeré el Canario. Y no quiero que me pierdas de vista a éstos. ¿Eh? Así que ve tomándoles registro, que me doy el piro y no tardo. Ya has visto cómo hay que tratar a este *ganao*. —Y a la vez que se incorporaba, agarró de los pelos al joven que retorció sus alaridos hasta arrastrarlos por el suelo—. Mira que si sigues con el *quejío* te entro al abanico, donde los maricones, para que te llenen el culo de leche. —Y bañándole con el plomo de los ojos le metió un cabezazo que le crujó la nariz—. Considerando que esperas adueñarte de España, valoras en muy poco tu patria. Tan poco como tu culo.

Y con estas cosas, y la Chelo por delante, el teniente Beltrán salió del despacho, soltando morriones de ceniza a lo largo del pasillo. La noche se encendía en Madrid con farolas moribundas y el gobernador continuaba en la puerta, esperando coche.

Los tranvías de entonces se manejaban a brazo, teniendo el conductor que sudar gota gorda cada vez que se le cruzaba por delante un desaprensivo. Ya fueran a pie, automóvil o coche de mulas, los desaprensivos de entonces abundaban tanto que, raro era el día, en que no se producía atropello. Para no cometerlo, el sufrido conductor de tranvías contaba con tres sistemas de freno, siendo el de urgencia por contramarcha el más utilizado. Parecía como si las ruedas fuesen a salirse de la caja, sobre todo cuando pillaba cuesta abajo. Es de suponer que los viajeros acusasen la frenada. Y es de suponer también que, cada detención, fuera seguida de sus correspondientes quejas. Por estos y otros detalles, para ser conductor de tranvías en Madrid había que estar hecho de una pasta muy especial, una mezcla de acero templado y fuerza bruta que facilitara su manejo, sobre todo si el tranvía era de los llamados «Canarios».

Se los llamaba así debido al color con el que los habían pintado, de un amarillo que cantaba de lejos. Para estos tranvías cantarines, la Puerta del Sol era punto de partida y arribo varias veces por jornada. En un continuo meneo de arrancadas y parones, el conductor cruzaba la Puerta del Sol manejando el Canario igual que si llevara una bestia indomable. Y fue uno de esos conductores, el mismo que cubría la trayectoria Sol-Pozas, el mismo que, ante la presencia de la pareja en mitad de la vía, tuvo que echar el freno de urgencia. Por consiguiente, se armó el revuelo y ocurrió lo de otras veces. Los viajeros, proclives al trazo grueso, empezaron a hacer juegos florales con la madre del conductor. El pueblo llano, insolente y agresivo a la hora de poner como chupa de dómine al prójimo, se echaba por la boca a toda la parentela del conductor sin pasar por alto a sus muertos más frescos. Y es que cuando se trata del insulto y la ofensa no hay idioma en el mundo con más chispa. En fin, que tal como manifestó el conductor del tranvía número 21, tablilla verde, trayecto Sol-Pozas, y tal como quedó consignado en el sumario, ocurrió a la noche.

El tranvía iba harto de gente, toda ella armada con piedras, palos y rastrillos, dispuesta a llegar hasta Pozas para dar su merecido al cadáver del tal Mateo, el anarquista. Y en un principio, a juzgar por el aspecto, las ropas maltrechas y la barba azulona, el conductor se figuró que se trataba de un mendigo o algo aproximado. «Y no le eché cuentas. Era la viva estampa del hombre que ha perdido todo y espera el paso del tranvía para tirarse debajo. Y por lo visto, no quería hacerlo solo, el muy cabrón. Con una mano agarraba a la mujer rubia, una chica joven, vestida con uniforme de asistenta o así, y que llevaba un hombro al aire».

Cuando el conductor del tranvía 21, tablilla verde, trayecto Sol-Pozas, se percató de la presencia de la pareja, y ante la dificultad de emplear el freno eléctrico, lo primero que hizo fue tocar la campanilla. Pero ni caso, y lo que es aún peor, cuando el conductor se quiso dar cuenta, la mano del mendigo ya había salido del bolsillo. Y no para pedir limosna. «Qué menos, si lo hacía empuñando una pistola». Fue

entonces cuando el conductor se dio cuenta. «El pordiosero aquel tenía una mirada imposible de decir con palabras, una mirada que ningún pordiosero puede tener nunca pues, en vez de pordiosero, sería el teniente Beltrán».

Con el episodio, a la Chelo se le erizó el vello y tuvo que juntar las piernas, como si un frío de orines cosquillease el vientre. El teniente Beltrán la subió en vilo a la plataforma del tranvía, aplicando con fuerza las palmas de la mano sobre las cachas. «Vamos, rubiala». Fue cuando la Chelo, sin quererlo, mostró sus pantorrillas firmes, el carácter de sus nalgas, la costura de sus medias y todas las promesas que puede ofrecer un trasero como el suyo. Con el ofrecimiento, descubrió el vicio de los lunares que un día pintaba junto a la boca y otras veces en sitio más oculto. «Hoy en el caño mañana en el coro». Por estas cosas, los viajeros se olvidaron pronto del conductor y dedicaron sus floreos a la nueva pasajera. Parecían hervidos ante su presencia, chupados por una fiebre interior inexplicable. Así que hubo montado, la Chelo respiró el olor a macho y aguantó el tipito como pudo ante el oleaje de los cuerpos; carne hambrienta que sorbía la saliva en alto y echaba palmas cerdas; piropo espeso con deje castizo.

Hay que advertir que la Chelo era mujer de esas que no echaban en falta más tela de la que lucían, sobre todo cuando llegaba el tiempo de las horchatas. Así que, cuando principiaban los calores, el pezón pinchaba el lienzo y los hombres tiraban lumbre a su paso. Y si con éstas, alguno había que arrimaba el escombros más de la cuenta, entonces, andaba listo pues, ni corta ni perezosa, iba la Chelo y le agarraba de ahí mismo, y se lo retorció, quedándose después tan fresca. Sin embargo, ahora, indefensa, entregada a una multitud de machos con ganas de desnudar navaja, la Chelo se hallaba más rompible que nunca. Poco podía hacer ante los pellizcos que coloraban sus nalgas. «¡Ojo al Cristo que es de nácar!». «Abran paso a la autoridad», imperaba el teniente Beltrán. «Dejen paso», mientras se conducía a empujones entre toda la aglomeración de brazos, rodillas y manos que parcheaban la carne desamparada. «Ojo al Cristo, que es de nácar».

Fue en la parada que había por Santo Domingo, cuando la sombra del revisor les bañó por completo. «Eh, usted». Era un hombre corpulento, con patillas de boca ancha y una cabellera blancuzca y rizada, igual a la de un perro de aguas y pilones. Llevaba un silbato colgando al cuello.

—Eh, usted, una cosa es que coja el tranvía fuera de su consiguiente punto de parada. Eso es una cosa. Pero otra cosa es que, una vez dentro, apoquine, como to el mundo. A ver si nos enteramos.

La Chelo advirtió las pupilas grises del teniente Beltrán, encendidas como el latón puesto al fuego. Pero el revisor no le dejó hablar:

—Apoquine.

Si para ser conductor de tranvías había que estar hecho de una pasta algo especial, para ser revisor de los mismos había que estar hecho de una pasta parecida, sobre todo en lo que se refiere al elemento a temprar, cuya cantidad tenía que ser mayor a la

del conductor. El cometido del revisor de tranvías no sólo consistía en cobrar el trayecto a cada viajero que se hubiese escaqueado del abono. Si sólo fuera por eso, desempeñar el oficio sería cosa fácil. El añadido estaba en que todo revisor de tranvías debía andar espabilado para no dejarse engañar por los muchos que se hacían pasar por policías y viajaban de balde.

—Soy el teniente Beltrán. —Lo dijo enseñando los dientes, como una fila de puñales prietos en la boca, y clavando sus dedos en el brazo de la Chelo, que mantenía una rigidez de cadáver.

—Aquí a apoquinar.

—¿Quiere ver mi identificación? —El teniente Beltrán le arrima la cara—. ¿Eh? —Y con los dientes mordisqueando la furia, le quema con todo el latón de los ojos puesto al rojo—. ¿Quiere ver mi chapa? ¿Está seguro que quiere vérmela? —Y se echa la mano a la pistola.

A todo esto, el tranvía aún no había arrancado pues tenía orden de no hacerlo si algún viajero se negaba, no sólo a no pagar trayecto, sino tampoco a abandonar. Una estrategia populista, que se habían montado los del gremio, con el fin de provocar a los viajeros y linchar al desaprensivo que se resistiese, no sólo a abonar el trayecto sino, también, a bajarse del tranvía. Sin embargo, en aquellos momentos, todo el vagón se entretenía en parchear a la detenida. Lo último que querían los viajeros era que la largaran. Y es, en ese momento, cuando el teniente Beltrán va a echarse la mano a la pistola, cuando la Chelo aprovecha y saca los codos por delante y se los clava al teniente Beltrán en las costillas. Y, sin darle tiempo a reaccionar, va y le mete un rodillazo en las partes nobles.

El teniente Beltrán pega un grito ronco como si hubiera recibido el impacto de un tranvía. Sin más tiempo que perder, la Chelo se escurre entre la gente que soba y sorbe sus carnes, y hasta arranca sus pelos más íntimos. Al final, consigue alcanzar la puerta. De un salto gana la calle y se desprende de los zapatos, aquellos zancos de madera que les obligaban a llevar en el trabajo. Con ellos en las manos, y los cabellos incendiando la noche, se tira a correr descalza. De acuerdo con esto, la Chelo parecía lo que en realidad era: una fugitiva.

La historia del Mateo, el anarquista, se estaba bebiendo a tragos por las tabernas de Madrid. Era joven, con pintas de escritor, y venía de Barcelona. Traía un drama, aún sin escribir, en el fondo de su maleta. De balcón a balcón no se hablaba de otra cosa y en los cafés se discutía a brazo partido sobre lo mismo. Las gentes se hacían sus presupuestos y la policía sembraba dudas. La gran parte creía la versión oficial, un loco enamorado de remate que, al sentir el despecho de su amada, atenta contra los reyes según venían de casarse. Ésa era la parte más representativa. La que tragaba con una mayoría aborregada que, de siempre, se había dejado pastorear. Sin embargo, había otra porción de gente que nunca se deslizaba por la superficie de lo oficial y que suponía que el tal Mateo no actuó solo. Los que así lo aseguraban parecían empeñados en poner a la policía en un brete y señalar a los cuerpos de seguridad como responsables, empañando su reputación con una mancha más grande que el mapa de España.

Entre estos últimos se daban conexiones chistosas, incluso los había que desplegaban teorías irritantes que llegaban hasta Navarra y más lejos aún, colgándolas de la rama carlista, representada por el cuñado del rey, Niño, el de las dos Sicilias. Éstos sostenían su teoría por la localización, pues, cuando el tal Mateo lanzó su bomba contra los reyes, el coche de Niño ya había pasado. El que no se hubiera atentado en la iglesia sostenía aún más su hipótesis. Luego estaban los más fantasiosos, los que explicaban la violencia anarquista sufrida en Madrid profundizando en las doctrinas secretas de una tal madame Blavatsky. Eran los llamados teósofos. Venían a decir que todo lo acontecido, y todo lo que queda por acontecer, está escrito en la carta astral de Madrid. Una carta brava y de alta reunión planetaria que soporta las siete estrellas de la osa mayor junto con intromisiones de pequeños astros que, al ser caóticos y no estar sujetos a orden alguno, resultan más concentrados, más puñeteros y más difíciles de prevenir. Si a eso se le sumaba la oposición entre Neptuno y Urano, la escena quedaba convertida en una casa de vecinos donde el pueblo y los gobernantes vivían de espaldas los unos a los otros, sólo que los unos con vistas al cielo raso y los otros con las vistas más definitivas. Había quienes matizaban en sus apreciaciones y se atrevían a situar el fenómeno del anarquismo poniéndole fecha en el almanaque, coincidiendo con el día que colgaron a Riego, cuando todavía el cadáver se balanceaba en lo alto y apareció una gitana por la plaza y pringó sus manos en el semen del ahorcado.

Ante un hecho tan decisivo, los guardias se llevaron a la gitana de inmediato, arrastrándola a caballo más allá del puente de Toledo, donde murió despellejada. Los que presenciaron el acontecimiento dieron cuenta de que, lo que duró el camino, la gitana no paró de chillar, preñando las calles de maldiciones y juramentos que hoy todavía perduran pues el semen de Riego se extendió hasta el eterno e infinito

presente. Y es por culpa de esto, y no por cuestiones terrenales, por lo que años después florecieron en Madrid ideas revolucionarias en el seno del ejército. Turbulencias que trajeron consigo el aroma del semen junto con el de la pólvora más picante. Por haber, incluso había otros que localizaban el brote actual en una esquina de la carta astral de España, allí donde la rosa de fuego ardía.

Sin dejar a un lado cálculos mágicos, al ras de las aceras habían subido filtraciones con aroma de cloaca. Un olor que impregnaba la noche y que daba que pensar. Por lo menos a la Chelo, que se sabía envuelta en una trama de pólvora negra donde se repetían las caras de los protagonistas. Ahí estaba el profundo terror al final de los ojos de ese tal Mateo, o en los del joven de acento andaluz y mirada verdosa que, en aquellos momentos, se retorció en un despacho salpicado de sangres. Y con estas cosas reflejadas en su rostro, la Chelo escapaba la noche abajo, por callejas retorcidas como intestinos, aprisa y descalza, emitiendo el resplandor venéreo de la carne en su espantada.

A la luz que alumbra el pecado, las mujeres la envidiaban con rechinamiento y los clientes volvían la vista. Cuando llegó hasta la calle Ancha, la Chelo advirtió la pestilencia, el resuello violento de un perro enfermo que llegó hasta su nariz. Entonces, se detuvo. Al fondo de la calle adivinó las pupilas falsas, semejantes a dos monedas de plomo. Pegó un respingo, como si un miedo glacial recorriera su espinazo y salió por otra calle, una que llamaban de Flor Alta y que era de mala fama y vicio manifiesto. Luego quebró por la de la Justa. El miedo anidaba en sus ojos oscuros como si la pesadumbre aguardase al doblar la esquina. Arrimándose a la pared de un callejón estrecho y que decían del Perro, la Chelo alcanzó la calle Silva. Y entonces, se volvió y se dio cuenta de que, detrás de ella, no había nadie. Así que entró en uno de los portales. Mientras caminaba por la oscuridad, le llegaban maullidos de mujeres imitando a las gatas. Salió a un ancho patio, de corrala, apenas iluminado por una luna que jugaba al escondite por los tejados de la noche. Era casa antigua y parecía que, en cualquier momento, iba a ceder, cayendo con toda la corrala encima. En el centro, un pozo de agua. Entonces, como si se tratase de una de esas bromas que se gasta el miedo, se escucharon los pasos. Venían de la calle. Y la Chelo aguantó la respiración pegada a la pared, empuñando los zapatos, dándole tiempo a que entrase. Le vio atravesar el portal, lanzando miradas en todas las direcciones, como un animal que presiente el ataque. Fue cuando a la Chelo le vino una tos que contuvo con rapidez. Ahora tenía delante la nuca, ofreciéndose larga; los huesos del cráneo, pelado y en forma de bala. Armada con los zuecos, cada uno en una mano y sin hacer el más leve ruido, tan de puntillas que era como si no se apoyase sobre los pies, la Chelo se aproximó.

II

Hasta entonces, todo había salido como miel sobre hojuelas, que dicen en los Madriles. La ceremonia, campanuda, con el arzobispo de Toledo enganchado a su báculo y con el altar mayor a rebosar de policía. Para la operación, reclutaron agentes de todos los distritos y todos los agentes fueron empleados en el mismo sitio, o sea, al cuidado de la iglesia. Tan sesuda maniobra fue diseñada desde Gobernación por el Cojo y su afición al oporto. Se trazó un plan de vigilancia con tal torpeza que los puntos vulnerables más asequibles para atentar quedaron fuera de control. El teniente Beltrán había advertido al Cojo de que los puntos vulnerables de un rey son más asequibles cuanto más de paso se encuentran. Pero ni caso. Sin embargo, el Cojo perfiló un plan donde sólo se prestó atención a los Jerónimos. «Por si, de éstas, alguien llega a la iglesia con intenciones de Miura», le cortó el Cojo en su despacho de Gobernación, el mismo día que se hizo oficial el enlace. Al teniente Beltrán no le quedó otra que lanzar un resoplido de desprecio.

Al Cojo no le gustaba que nadie le llevase la contraria y menos en su querencia, un despacho con vistas a la Puerta del Sol y desde el cual repartía raciones de misericordia. En lo que había sido Casa de Correos, empezando por el ministro, y siguiendo por la que fregaba la escalera de rodillas y en pompa, hasta llegar a los guardias de la puerta y que, llegado el caso también se ponían a fregar escaleras, todos los que allí trabajaban, desde el ministro al último demonio de la inspiración más perversa, todos, eran de una intensidad retorcida. Sólo había que verlos, a la espera de unas pesetas fáciles que incrementaran el sueldo. La dudosa reputación de los agentes de entonces venía pegada al oficio. A más veteranía, conducta más disipada, decía la regla. Y por seguir la pauta, pedían destino en los callejones más lúgubres, allí donde lograban imponer su mordida. El Cojo se encargaba de colocar y cesar al que le venía en gana. Ahora, desatada la guerra intestinal del cuerpo, llamada de las jurisdicciones, los civiles se habían hecho con el control del orden, cubriendo de diarrea los uniformes militares. Desde su despacho de Gobernación, con el trasero sobre cuero bien mullido, el Cojo se aplicaba de lo lindo en repartir raciones.

Al teniente Beltrán le puso a hacer guardia. Y así fue uno de tantos que pasaron la noche dentro de la iglesia. El Cojo le destinó a supervisar el segundo relevo en calidad de vigilante especial, entre guardias, electricistas y carpinteros con el martillo en ristre, que clavaban varas y maderos a destajo para sostener las iluminaciones. Un golpeteo que hizo retumbar los cascarones del templo durante toda la noche y parte de la mañana. Pero como si el estruendo no fuese con él, y durante el tiempo que duró el servicio, el teniente Beltrán estuvo jugándose los dineros en la timba que había montada sobre el altar mayor, dejando el pulso tartamudo a sus rivales por cada vez que sus ojos de plomo traspasaban el revés del naípe.

A eso de primera hora, cuando las cartas estaban ya desteñidas por el sudor de las

manos, a eso de primera hora, llegaron los juncos de churros recién hechos. «Un detallito fetén del Cojo, para los de la guardia». Luego aparecieron los encargados de la limpieza y unos se pusieron a barrer colillas y a vaciar los orinales, mientras otros daban cera a los bancos. El trono de los reyes lo colocaron a la derecha. Los sillones eran de talla dorada y tapicería en raso. Llegada la hora del aseo, el teniente Beltrán hizo lo que pudo donde la pila del agua bendita. Aunque calvo del todo, simuló la caricia de las manos mojadas sobre su imaginaria cabellera, como si, por aquella cabeza desnuda y en forma de bala, aún gotearan los rizos duros de antaño. En un rincón, y a tientas, se compuso el lazo de la corbata, así como las puntas del bigote. Con ayuda de un almohadón y, de un salivazo, lustró los botines. Por último, se prendió en la solapa un clavel rojo que arrancó de uno de los ramos que festoneaban el altar y, acomodado en el sillón de talla dorada reservado al rey, prendió un habano. Aspiró a placer una profunda bocanada.

Cuando se encendieron todas las luces y hasta el último rincón del templo quedó iluminado, el clavel relució como una puñalada de sangre en lo alto de la solapa. Y con el porte militar del que ha sabido ascender por méritos propios, el teniente Beltrán se incorporó a su puesto, listo para ser ejecutado en el paredón de las vanidades.

Al teniente Beltrán le había tocado permanecer en una de las tribunas reservadas a la prensa. Más que tribuna, aquello parecía un desván donde los de la limpieza habían arrinconado las basuras, los orinales y todas las botellas que se habían trasegado durante la guardia de la noche. Entre otras cosas, el teniente Beltrán reconoció el almohadón de lienzo rojo, tizado de betún y salivazos por la parte del escudo real. Y lo echó hacia un lado, de un puntapié, y siguió alerta; la mano en el cuero sudado de la cartuchera y los ojos como dos clavos que herían allí donde los pusiese.

Al igual que todo hijo de vecino, el teniente Beltrán se conocía al dedillo el árbol ginecológico de la mayoría de los invitados. En esos momentos acababa de entrar la Chata con el grotesco temblor de sus mantecas. Portaba el abanico en ristre y daba órdenes a lo largo y ancho del templo. Tenía más de cincuenta años y, desde siempre, había aparentado ser lo que era ahora, una mujer fondona y con la fatiga prendida al pecho. Cuanto más descansaba, más cansada se sentía. Parecía un hipopótamo viejo, de los de la Casa de Fieras, de esos que sólo sacan el hocico del agua para resoplar. Al teniente Beltrán no le extrañaba que su marido acabase pegándose un tiro. Pum. En la cabeza.

Aunque la Chata llevase los apellidos Borbón y Borbón repetidos hasta ocho veces, el teniente Beltrán se la sabía Araneja, descendiente de los genitales de su padre, el Pollo Arana. Todas las miserias sexuales que desprestigiaban las alcobas de palacio pasaban por la madre, la reina Isabelona. Después del Pollo Arana vendrían otros. El teniente Beltrán era de los que participaban en la teoría del dentista

americano como padre de Alfonso XII y no en el conde de Torrefiel como señalaba la mayoría. Argumentaba que Mc Keon, así se llamaba el dentista de marras, antes de venir a España, ejercía su tarea en Cuba, y que los americanos, ya de aquélla, codiciando la posición de nuestra isla, infiltraron al dentista en Madrid, como espía.

El teniente Beltrán conocía de primera mano los chismes de palacio y los puntos que calzaban sus hembras. Ahora la Isabelona había cerrado sus ojos de lechuza impúdica para siempre y, desde hacía poco, estaba en el pudridero del Escorial, junto a su hijo, aquel que fue el rey Alfonso XII, un cabrito que, de no morir tan joven, hubiera llegado a mayores. No sólo engendró al que hoy se casaba. Qué va. Ni con ésas se conformó. En sus correrías con unas y con otras, Alfonso XII regó España de bastardos. Los más sonados eran los hermanos Sanz, hijos de la misma madre, cantante de ópera y mujer con ardores de pantera a la que la Isabelona reconoció como nuera a los ojos de Dios, igual que hizo con sus hijos a los ojos del Diablo. Por más que el teniente Beltrán miraba a uno y otro lado, no encontró a ninguno de los dos hermanos en la ceremonia. Alguien dijo que la tía Eulalia había hecho todo lo posible por invitarlos, pero que había chocado de frente con el rabo y los cuernos de doña Virtudes.

En uno de los bancos, lucía Primo de Rivera esplendoroso de galones y medallas estrelladas como huevos. Desde que su tío le prometió el título de marqués, galleaba más de la cuenta. La grandeza de tal ofrenda venía a sumarse a todas las distinciones y, sobre todas las demás, a la Cruz Laureada de San Fernando ganada en Melilla de una forma que el teniente Beltrán sabía dudosa. Aun así, allí seguía, encandilando a las señoras con su bigote grasiento, dispuesto a hacerles cosquillas en lo más íntimo. De ojos turbios, como el mostrador de las tabernas, su mirada chocó con la del teniente Beltrán. Hubo una mímica de saludo cuando Primo de Rivera reconoció en Beltrán al soldado raso que compartía el secreto de su cruz.

A media hora larga de la iglesia, un joven espera al filo de la cama. Su corazón es una bomba de relojería que descuenta segundos en cada latido. Tictac, tictac, tictac. Se llama Mateo Morral, es natural de Sabadell y ha venido a Madrid a matar al rey. Mientras tanto, ocupa una habitación del último piso, abierta al jaleo de la calle Mayor. En la penumbra de su cuarto todo inspira desconfianza. Desde el gabán, lo más parecido a un hombre al que hubieran colgado de la percha, hasta la raya de luz que se filtra a través de las persianas y que, semejante a un cuchillo, amenaza su cuello. A partir de este momento cualquier detalle va a ser motivo de una interpretación viciada.

Apenas pudo conciliar el sueño pero el relieve de su cabeza había aplastado la almohada hasta dejarla hecha un guiñapo. El sudor del cuello también ayudó bastante. El cabecero se estremecía por el ir y venir de los huéspedes con su trajín matutino. De la calle llegaba la gritería. Era la multitud, una garganta impaciente ante la venida del cortejo. Antes de incorporarse, el Mateo llevó los ojos hasta el puchero vestido con papeles de colores y que servía de jarrón para un ramo de rosas. Volteó la cabeza y la luz le cortó los ojos. Se los restregó hasta que se hicieron a la penumbra y volvió a posarlos en la americana colgada en la percha, junto al gabán ruso.

La pólvora de la juventud le impide quedarse quieto. Se levanta del filo de la cama. Tan sólo para comprobar una vez más que ha echado la llave por dentro. Con un pañuelo, seca el sudor de su cuello y, por si acaso, más que por otra cosa, vuelve a abrir la puerta y pide que le traigan bicarbonato, alegando que tiene molestias en el estómago. «La cena del día anterior, ya sabe», le dice a la patrona. Y recalca que, si alguien viene preguntando por él, «no se le moleste, ya que anda algo indispuesto». Después volvió a echar la llave.

El primer día, recién llegado y ante la extrañeza del patrón, el Mateo pidió la llave para cerrarse por dentro. Así, desde un primer momento, quedó justificado su capricho diciendo que no le gustaba que nadie entrara mientras él ocupase la habitación. Con éstas, su cuarto sólo quedaba abierto cuando él se ausentara, dejándolo a la vista de todo aquel huésped que quisiera fisgonear, quitando importancia a lo que escondía su maleta. Al Pepe Cuesta, patrón de la fonda, le pareció un tanto extraña la manera de proceder del huésped y le tendió la llave envuelto en un silencio prieto donde flotaron interrogantes que ya irían cayendo por su propio peso.

Para que el silencio no se hiciese tan prieto, ni los interrogantes tan agudos, el Mateo dijo entonces que, en París, el día de la visita del zar, le habían robado, y que así mantenía sus precauciones. Luego le preguntó a qué hora tenía pensado que pasaría la comitiva. Y lo hizo con la misma despreocupación con la que sujetaba su llave. Fue cuando el Pepe Cuesta penetró en la espesura del silencio con una

seguridad que no dejaba sitio a duda alguna. El rey pasaría a primera hora, temprano, dirección a la iglesia. «Tal como me ha dicho don Emilio, ya sabe, el de *La Correspondencia de España*». Según contó el Pepe Cuesta, la comitiva de la reina tomaría Arenal y, a la vuelta, de recién casados, pasarían por Mayor en dirección a palacio dispuestos para el baño de multitudes. Tampoco había que indagar mucho para conocer el itinerario. Venía marcado por todos aquellos arcos de cartón y lata coronados de bombillas que cubrían las calles elegidas. Pancartas como la que habían puesto los de *La Correspondencia*, una sábana cruzando lo alto y que el Mateo veía cada vez que se asomaba a la calle.

Ahora, una semana después, la rigidez de sus ojos anunciaba la fiebre. Se llevó la mano a los riñones, como si así pudiera reducir el dolor que ya avisaba. Dejó el vaso con agua y el plato de bicarbonato, junto al puchero de las flores, y volvió al filo de la cama. Alcanzó un caparazón de hierro que había envuelto entre las sábanas y se lo puso entre las rodillas. Con mano segura fue moldeando las arenas hasta meterlas todas, envenenadas con el detalle oloroso de las almendras amargas. «Esencia de mirbano, una pincelada que dará intensidad al cuadro», le había dicho don Nicolás Estévanez, el viejo Espadón, a la vez que le instruía en el mecanismo de la bomba Orsini. «Una bomba capaz de exprimir hasta la última gota de monarquía posible». Con estas cosas, enroscó los dos caparazones y compuso la esfera que aseguró con las manos. A primera vista, era una bola de hierro del tamaño de una naranja, toda ella coronada por unos pinchos que, vistos de cerca, eran lo más parecido a diminutas chimeneas de metal. El viejo Espadón le advirtió que, una vez repartido el fulminante en cada una de las chimeneas, había que tener cuidado pues, a la menor presión, el mecanismo del ingenio pondría el fulminante en contacto con el explosivo. «Pasa igual que con los timbres que hay sobre el mostrador de los hoteles de categoría, los acaricias un poco y suenan».

Con la bomba en la mano, el Mateo echó un vistazo a la habitación, deteniéndose en las sombras de la ropa ahorcada en la percha. La luz del día rebotaba en el vaso de agua y emitía destellos, disparos de sol que atravesaban las espaldas de aquel gabán comprado en París y al que había sacado las etiquetas. Encima de la silla, distinguió el bulto de la maleta, lo más parecido a un ataúd forrado con piel de cerdo. Dejó la bomba sobre la cama y la cubrió con la sábana. El zumo de sangre quedaba listo para servir.

El novio no había llegado aún, pero la pompa carnal de su familia, por parte de abuela, calentaba los asientos. Las pupilas de plomo del teniente Beltrán atravesaron a la tía Eulalia. Mantenía el cutis lozano, de hembra satisfecha, y llevaba unos trapitos que hacían peligrar la reputación de la monarquía. El teniente Beltrán se recreó en la chicha tibia que transparentaba su vestido blanco. Era famosa en palacio la ternura lubricante de su entrepierna. Aquella mujer llevaba la sexualidad cosida a sus ropas y el teniente Beltrán la llevaba en ficha. Por lo mismo tenía sabido que su padre fue Miguel Tenorio de Castilla, secretario particular de la reina y tascador de bajos al servicio de la corona.

Al citado varón no sólo le adjudicaba la paternidad de la tía Eulalia, sino la de las infantas Paz y Pilar, esta última también en el pudridero. Según la versión oficial, murió tísica antes de cumplir los dieciocho. La tuberculosis siempre fue recurso en palacio a la hora de publicar el dictamen forense de sus miembros. El teniente Beltrán, hombre de sueño corto y alterado, bien sabía que lo que mató a la infanta fue un disgusto. A cualquier otra le hubiese pasado igual de haber sabido que su novio la palmó en África, saeteado por un zulú y por donde más duele. Sin ir más lejos, la infanta Paz, un año más joven que su hermana Pilar, se agarró a escribir poesía para no ser arrastrada por la pena. Ahora, Paz se había convertido en una mujer de ojillos tiernos y que ceñía su porte rechoncho en un vestido color manzana, con manto a juego. Al ir a sentarse, se le enganchó en uno de los sillones.

Los moros fueron los primeros en llegar a la iglesia. Hundiendo sus babuchas relucientes en la alfombra, cubiertos de gasa y pachulí, iban tomando asiento. Al verlos, la tía Eulalia emitió un suspiro, antojo de noches estrelladas y serpientes lúbricas alrededor de sus ingles. Y se relamió el hocico con la majestad de una yegua disfrutona y regia. El teniente Beltrán detalló los avances de la tía Eulalia en lo que ella llamaba física recreativa y que era materia sobre la que destacaba, muy por encima de sus hermanas. En lo que respecta a íntimas exigencias de la carne, la infanta Eulalia había salido a la madre. El teniente Beltrán tenía una teoría al respecto. Para él, la raíz de su comportamiento se podía encontrar en el vertedero de la infancia, escalando montañas de basura y carne infecta de catolicismo y flaqueza. Ahora, en la iglesia, la tía Eulalia apoyaba las palmas de las manos sobre los muslos abiertos, algo inclinada pero sin perder el porte del cuello, tampoco el ojo, cercano a los realces que lucían los moros de la embajada marroquí.

Luego, cuando llegaron los duques de Génova y, detrás, los príncipes de Gales, la infanta Eulalia se puso en puntillas para poder seguir al detalle las evoluciones de la carne; buscándole el ángulo más propicio, empinándose sobre uno de los cojines. Pero el gozo le duró poco tiempo, lo que el archiduque Francisco Fernando de Austria tardó en ponerse delante con sus bigotazos como los cuernos de un carnero.

El citado no se sacó los guantes blancos en todo el tiempo, igual que si padeciese alguna enfermedad de la piel, o peor aún, como si evitase en todo momento revelar la línea de un destino escrito en la palma de su mano. Y más allá andaba el príncipe de Portugal saludándose con el gran duque Vladimiro y, detrás, el príncipe de Grecia y, más al fondo, la figura oronda y grasienta del médico que le trata las almorranas al maharajá de Kapurthala.

La Chata iba y venía por la iglesia. Seguía con el trajín, colocando y recolocando príncipes despistados, gobernando la situación, toda ella sobrada de carnes y con mucho aire de abanico. Hubo un momento en que la Chata montó el lío. Faltaba el cojín donde a la hija de la Coburgo le correspondía reclinar sus piernas. Y la Chata aprovechó, llevando la queja como una vergüenza a arrojar sobre la organización del espectáculo. O sea, sobre el gobierno. Y así, la Chata se plantó donde los ministros, todos compuestos con sus casacas oficiales cortadas en París, *oh lâ lâ*, y cuyo gasto había originado la última crisis ministerial. Y con estas cosas, la Chata aprovechó la falta del cojín para convertirlo en falta de cojines y obsequiar, así, a los ministrables con un juego de palabras que ahora no viene al caso, pero que provocó la subida de colores en todos los allí presentes. Tonalidades que iban desde el escarlata hasta el rojo salmón, muy en contraste con el vestido amarillo con el que la Chata arropaba el exceso de su anatomía; tornasol de una patria que, por aquel entonces, ya anunciaba su descomposición. Al final, las rodillas de la princesa de Coburgo compartieron el cojín con las de su hija.

A todo esto, el teniente Beltrán no perdía relleno. Arrojaba el plomo de sus pupilas sobre la infanta Eulalia, mujer divorciada, con hijos mayorcitos y que seguía corrida de picores. Nunca había visto a una princesa tan absorta en sus pensamientos. Con los ojos tropicales, y manteniendo la mirada hipnótica, apretaba las rodillas, rozando un muslo contra otro, así como quien no quiere la cosa. Ya llegaría la Chata a sacarla de sus temperaturas con un golpe de abanico, cerrado y en toda la cabeza, que le descolocó la diadema. Clac. «Cruza las piernas, rediós, hermana». La infanta Paz se llevó la mano a la boca para reír a gusto. Y todo esto ocurría en la iglesia cuando, afuera, empezaron los compases de la marcha real. Chinda, chinda, tachinda chinda, chinda, tata chin chin chin.

Entonces, el teniente Beltrán bajó de la tribuna, con permiso, a la vez que pisaba botas relucientes y serias hebillas, perdón, zapatos de charol y blanco piqué. Con el brío, el teniente Beltrán llegó hasta la puerta de la iglesia y, con la mano en la pistola, salió hasta la calle. Según su reloj, eran poco más de las diez y media cuando la berlina de gala hizo su aparición entre el gentío. «¡Viva el rey!», se escuchó una voz desde la escalera. «¡Viva!», coreó la muchedumbre. Al compás de la *Marcha real*, ocho corceles bayos, peripuestos y relamidos tiraban del carruaje. Chinda, chinda, tachinda chinda, chinda, tata chin chin chin.

La mañana que llegó a Madrid, el embarcadero de Atocha hervía de gentío. Sin embargo, tal como estaba previsto, en el andén no le esperaba nadie. Así que se abrió paso entre la multitud, esquivando mozos y demás personal de la vía, mientras los golfillos anunciaban fondas económicas y los de la secreta presumían de bombín y bigotes. También había mujeres, muchas mujeres. Desde modistillas a amas de cría, sin olvidarse de aquellas otras, siempre dispuestas para recibir a los viajeros con los brazos abiertos y las piernas también. El Mateo se fijó en una de ellas, cintura flaca y melena negra, como la pólvora. Le pasó por delante, a toda prisa, mientras el resoplido de la locomotora estremecía la bóveda de la estación. El Mateo se volvió a mirarla como si la conociera de vista.

Maleta en mano, siguió su camino y llegó hasta la marquesina donde los coches hacían tiempo para recoger viajeros. Allí se acercó a la calesa que llevaba el número 92 y pidió precio. Quería saber cuánto le llevaban por acercarle hasta la fonda La Iberia, donde la Puerta del Sol, al principio de la calle Arenal, dando a entender que se conocía el camino. «Cinco pesetas», contestó el calesero con voz monótona y pegajosa, culpa de la costumbre de pedir siempre lo mismo fuese cual fuese el trayecto. Después de un regateo, el precio quedó ajustado a tres pesetas que el Mateo pagó en destino, dejando de propina una peseta más. «Ahí tiene». El reloj de la Puerta del Sol daba las doce de la mañana y unos carpinteros, martillo en ristre y boca llena de clavos, levantaban un pequeño palco de madera, justo a la entrada de la fonda.

Aunque las señas de La Iberia se las había facilitado el Quico, el Mateo se abstuvo de presentarse como conocido de él. Hubo suerte, quedaban habitaciones libres. Eso sí, con asistencia. A razón de cuatro duros al día. Entonces el Mateo se echó mano al bolsillo de la americana y sacó billetera. Muy resuelto, con uno de quinientas, pagó tres días por adelantado. La mujer de la fonda era de mejillas hundidas y altos los pómulos. El cabello recogido en un moño estiraba las sienes, rasgando sus ojos a la manera oriental. El Mateo se fijó en la falda, desgastada por las rodillas de tanto clavarlas sobre el suelo pelado. Preguntó si no tenía un billete más chico y el Mateo le dijo que no, con la cabeza. Entonces, la de la fonda le entregó un recibo y le preguntó su nombre, así como su procedencia. Y el Mateo, cogiendo un trozo de papel apuntó su nombre así como su procedencia: «Barna».

Le hospedaron en el piso primero, habitación número 27, donde un mozo le subió la maleta. Cama, jofaina de aseo y poco más que un balcón que daba a la calle Tetuán, famosa por su taberna donde se reunía «el Abuelo» cuando empezaban los socialeros. «Disculpe». El Mateo volteó y se encontró a la mujer del moño y las sienes orientales. Le traía la vuelta. Agarró el dinero y lo guardó en la cartera. «Si necesita algo más, sólo tiene que llamarme». El Mateo le echó una mirada con la peor intención que pudo. «Gracias», dijo, mientras la invitaba a salir de su cuarto.

Cuando se hubo quedado solo, abrió su maleta. Dentro había ropa recién planchada y cuellos de camisa de todos los colores, además de mudas y pañuelos con letras bordadas y dos juegos de tirantes, y un par de pantalones, y puños a estrenar. En el compartimiento llevaba el calzador, el cepillo, y también un neceser que abrió con cuidado. Dentro, junto al peine, destacaban unos frascos perfumeros. Sacó unas tijeras y, frente al espejo, fue a perfilar su bigote pero, esta vez, el pulso no lo permitió y abandonó la idea. Pasándose el peine mojado por su pelo de rata, consiguió levantar el tupé crespo. Las gotas de agua resbalaban por su frente y el espejo daba cuenta de los zarpazos de sangre al fondo de los ojos. Luego cambió el cuello de su camisa, así como los puños, rematados con gemelos de plata.

Antes de cerrar la maleta, se aseguró de que seguían allí, envueltas en un trapo con los colores de la bandera francesa, las dos piezas de bomba, soldadas en París y erizadas de pequeñas chimeneas. Entonces la frente se le frunció en un pliegue de dolor y se echó las manos a los riñones. Duró un instante. Como si el malestar se pudiera mitigar con una dosis de indiferencia, y sin más, cerró la maleta con llave. Y bajó al comedor donde ya estaban puestas las mesas del almuerzo.

El Mateo se sentó en la de la esquina. Una mesa camilla y vestida con un mantel rosado, de tacto áspero y lamparones de café. Había tres platos de loza, uno sobre otro. La servilleta, del mismo color que el mantel, lucía enrollada dentro de una copa de cristal. Se fijó en la vinagrera que, además de vinagre, contenía restos de corcho. También se fijó en el vaso chato, roto por el borde, donde habían puesto los mondadientes, algunos de ellos despuntados por el uso. El Mateo alzó la mirada, posándola en la bujía del techo, ennegrecida por las defecaciones de las moscas.

Además de mesas y sillas de diferente factura, el comedor de La Iberia lo completaban un mueble aparador, en todo el frente, y dos mecedoras, de las de rejilla, arrinconadas en la pared de la ventana. En una de ellas dormía un gato de piel negruzca. La otra la ocupaba una anciana con el rostro enjuto y perjudicado por las verrugas. Sus ojos eran rasgados y prietos, como los de un perro pequinés. Se mecía envuelta en el luto de sus ropas y tenía los pies descalzos. El Mateo detalló los tobillos, hinchados de filones oscuros, también las uñas, retorcidas y negras como las de un cuervo.

En el mueble aparador había un botijo sobre un plato de loza. Junto a él, destacaba una lechuza que habían disecado con las alas abiertas. En el estante de abajo se amontonaban las copas junto a una botella de aguardiente, Machaquito. El Mateo pudo dar cuenta de estos y otros detalles y, cuando vio a la dueña pasar, le preguntó por alguna habitación libre que diera a la calle Arenal. «Qué más quisiera yo, con lo de la boda hace días que las tenemos ocupadas». Pero aun así, la dueña le dio una pequeña solución, pues algunos de los huéspedes habían tenido la amabilidad de ceder sitio en sus balcones y, además, en el zaguán, iban a instalar una pequeña tribuna. Y con la inquietud agarrada a sus palabras el Mateo le dijo: «Ya hablaremos». La sopa no tardaría. Un caldo color escabeche y que el Mateo se

abstuvo de probarlo, no sin antes acercar su nariz al plato, igual que hacen los tordos con su pico sobre los charcos de agua sucia. De segundo, había callos con garbanzos, que el Mateo comió desgano y con una cara como si el intestino rechazase un plato tan tripero y castizo. Antes de que sirvieran los cafés, ya se había levantado de la mesa.

En la calle preguntó por una barbería cercana. Le indicaron una más abajo, en la misma calle Arenal, pegando a la confitería de Carlos Prats, donde tuvo que esperar turno sentado junto a una mesita repleta de periódicos. Mientras, el barbero hablaba de toros, o mejor, de la hombría que, con los tiempos, habían perdido los toreros. «Y lo que yo le digo, que aquí vamos a peor». Nadie de los allí presentes se atrevía a llevarle la contraria, y menos aún el que en esos momentos le ofrecía su cuello. Se trataba de un hombre moreno y que los espejos multiplicaban hasta perderlo al fondo, haciéndolo infinito. Llevaba el pelo crecido en el cogote, como los toreros. Sus labios, que parecían ser carne de pulpo, resaltaban sobre la espuma recién aplicada. «Márcame patilla». Mientras pasaba navaja, el barbero hablaba de Guerrita y de Lagartijo, poniéndoles como ejemplo. «La cintura es para bailar en las mujeres, con la cintura los hombres torear, no bailan, a ver si nos vamos enterando». En tanto, el Mateo se abría paso entre los callejones de su idea, o por lo menos eso explicaban sus ojos, mientras hacía turno. En una de éstas, al Mateo se le ocurrió preguntar por la corrida que iba a celebrarse con motivo de la boda. Lo hizo con mucho interés, intentando demostrar que sabía comer sin cuchara. Iba a ser el domingo y ya no quedaban billetes, le dijo el barbero. «A no ser que se acerque usted donde Romanones», le soltó con guasa otro hombre que también aguardaba turno. Un tipo con los mismos ojos que un jurel en barrica y que vestía guardapolvo de usurero, todo salpicado de escamas. Sin dar tiempo a más, el citado se desató a hablar del Cojo y de su afición a ver los toros desde la barrera. El barbero mandó callar, haciendo una seña por el espejo. «Aquí sólo de mujeres y toros, que cosas de cuernos mayores no se tratan en mi establecimiento».

La multitud levantó una polvareda que le emborronó la vista. Nadie quería perderse el desfile de carros, carritos y carruajes, todos ellos repletos de reyes, príncipes y dioses de una mitología condenada a la fatalidad. No obstante, igual que si fueran inmortales, los elegidos se lucían ante la mirada arrebatada del pueblo. Así caballos y dueños se igualaban, pifiando de orgullo animal, mientras los cascabeles sacudían su eterno tintineo, las herraduras arrancaban chispas fugaces de los adoquines y todas las gargantas gritaban al unísono: «¡Viva el rey!».

El teniente Beltrán no pudo disimular el odio interior que le mordía. Un resentimiento que flotaba en el plomo líquido de sus pupilas. Sus ojos eran los de un soldado que había llegado a teniente defendiendo la sombra de una bandera. Los mismos galones por los cuales él había tenido que sudar pólvora, aquel niño lo había rebasado en grado y privilegios desde el mismo día de su nacimiento. Así estaban las cosas. Por un lado, el teniente Beltrán aborrecía al rey y, por el otro, estaba obligado a protegerlo. De ello dependía que pudiese llegar a viejo con cierto decoro, que no le cesasen de empleo y sueldo, vaya. Y con la mueca de asco, como si no pudiese completar la sonrisa, el teniente Beltrán se acercó hasta la berlina de gala. «¡Viva el rey!», gritaba la gente prieta en aceras, tejados y florestas. «¡Viva!». Al teniente Beltrán le vino hasta los dientes el brusco latigazo del orgullo. Con la soberbia del jefe militar que nunca dejó de ser, el teniente Beltrán hinchó el pecho e imperó: «¡Abran paso!».

La voz entró en la sangre de toda aquella montonera de gente. Mujeres con niños de teta en los brazos, tenderos de barrio, costureras, señoritos con la mano larga y solteronas que defendían su trasero como podían de los ataques carnales, todas y todos se retrajeron con la sacudida de la voz del teniente Beltrán, dando igual la condición de cada quien y menos aún la de cada cual. La mayoría de los allí presentes llegaban de localidades tan remotas como lo podían ser Porrino, Baeza o Chiclana, por poner un ejemplo. Y por no faltar, allí no faltaban ni los maricas. El teniente Beltrán reconoció al inspector Merlo. Iba con la pestaña rizada y sacudía el abanico con desvergüenza, agitando la carne de sus labios espolvoreada de pimentón, como el pulpo que ponían donde La Coruñesa. El teniente Beltrán no se asombró por verle allí, en el palco que habían montado a la entrada, a un lado de la escalera, donde las damas de alcurnia. Era notorio que los invertidos también tienen su sitio en la monarquía desde los tiempos de Paquito Natillas. La llama de una herencia que, lejos de la genética, quemaba de puro vicio. En definitiva, para el teniente Beltrán, todo aquello no era más que un espectáculo hecho a la medida del pueblo español; un pueblo que, sobre todas las demás cosas, siempre ha cargado con el peso de la voluntad divina.

Por lo mismo, el despliegue de doseles, flores y luces, le parecía más apropiado

para una feria de barrio que para un casamiento real. Sin lugar a dudas, para el teniente Beltrán, eran ceremonias de esas que tienden a impresionar mucho más cuando las cuentan que vistas de cerca. Con todo y con eso, se mantenía con la pupila alerta, sospechando que la respuesta libertaria no tardaría en llegar. El teniente Beltrán sabía reconocer a más de cien pasos el olor picante de la pólvora, el tufo a pies de los ministros y también el de la tierra quemada por la guerra.

El día que nació Alfonso XIII, Perico Beltrán era un joven que brillaba al sol del mediodía con su uniforme vistoso y elegante de Guardia Civil. Flaco y seco como un charal, a sus diecinueve años, aún peinaba rizos que después aplastaba bajo el tricornio de hule negro. Frente a palacio, montado sobre un caballo que no era ni blanco ni pío, con la actitud erguida y la bayoneta descubierta en la punta del rifle, Perico Beltrán contaba los cañonazos que venían anunciando la entrepierna de la nueva criatura. Cuando, después del quince, llegó el cañonazo número dieciséis, la mueca de asco le cruzó la cara y siguió maldiciendo por cada cañonazo siguiente, diecisiete, dieciocho, y así hasta el veintiuno que notificaba la hombría del recién nacido.

Ni siquiera su nombre, Alfonso, se había inventado para él. Hijo único, además de póstumo, y sin hermanos varones, sin piezas de recambio en el juego monárquico, aquel recién nacido iba a ser la esperanza de los unos y el objetivo de la violencia de los otros. Renegados que nunca admitieron que Alfonso XIII había nacido con lo que los moros llamaban baraka. Buena estrella. Con todo y con eso, y a pesar de la baraka, Perico Beltrán estaba obligado, no sólo a defenderle, sino también a dominar el resentimiento brutal y despiadado que le forzaba a despreciarlo. «¡Viva el rey!», se escuchó decir a una voz tras el último cañonazo. «¡Viva!», exclamaron todas las voces al unísono. «¡Viva!». Desde ese mismo día, Perico Beltrán se escamó, como si supiera de antemano que aquel niño con baraka iba a traerle más de un problema.

Pocos años después, cuando Alfonso XIII era un canijo caprichudo y su tía, la Chata, le sacaba a pasear Madrid en coche de caballos, a Perico Beltrán le tocaría estar atento con lo que al rey chico le gruñían por las calles. El grito libertario cada vez era más numeroso y, por lo tanto, más preocupante. Sin embargo, a la Chata parecía como si le gustase tal jaleo pues, cuando escuchaba el vocerío, apartaba los visillos y mandaba al cochero ir más despacio. Apretando la nariz a la ventanilla empezaba a ladrar, con fuerza, así hasta ensordecir el grito libertario. Con éstas, la Chata daba cuenta de dos cosas. Por un lado, del mecanismo de defensa que empleaba ante los ataques y, por el otro, de la protección enfermiza con la que envolvía a su sobrino. Siempre que al rey chico se le antojaba salir, ella le acompañaba en sus paseos. La Chata se ponía aquel sombrero que era lo más parejo al excremento de una vaca, se lo ataba con un lazo a la sotabarba y, después de aupar al rey hasta la berlina, daba orden al cochero. «¡Hala, al salón del Prado!».

Cada vez que, desde lo lejos, le gritaban *hijaeputa* y el insulto libertario hería sus orejas, la Chata aplastaba la nariz a la ventanilla. Y se ponía a ladrar: «La Isabelona

nunca fue puta, no tuvo necesidad de cobrar, al contrario que vuestras madres, cabrones». Al rey chico los ladridos y bravatas de su tía le llenaban de arrojo y le ponían gamberro. Otra de las veces que salieron a pasear, y que los libertarios apedrearon su carroza e hirieron al cochero, el rey chico se bajó las prendas interiores hasta la rodilla y enseñó retaguardia y partes colgantes a los agresores. Raro era el día en que esas y otras cosas no pasaban en la Corte.

Ahora Alfonsito había crecido y con él había crecido el número de cabrones que le querían matar. El teniente Beltrán conocía a unos pocos. Desde que llegó de batirse con el moro en la guerra chica, y se incorporó como teniente al catorceavo tercio de la Guardia Civil, el terrorismo anarquista había pellizcado la carne sobrante de España hasta retorcerla en nombre de las hambres y de la justicia social. Cada vez que el teniente Beltrán escuchaba lo de *justicia*, seguido por lo de lo *social*, la mueca le cruzaba el gesto y disparaba un salivazo como ofensa. ¡Zas! Al suelo. Cuando poco después fue llamado para tomar la Jefatura de la Judicial de Madrid, el teniente Beltrán sintió el pellizco. Y con ese profundo desprecio por el peligro que le había caracterizado contra el moro, colgó el uniforme y se dejó crecer un bigotón que perfiló aún más su mueca de asco.

Mandó hacer unos trajes de buen paño para pasearse en el invierno, de colores sufridos y que remataba con bombín. Ahora que los rizos habían caído, su cabeza desnuda era un buen blanco, más para los fríos madrileños que para las balas. Tal era así que, llegados los calores, el teniente Beltrán no esperaba a más y colgaba el sombrero detrás de la puerta del despacho, por miedo a que la primavera incubase algo bajo aquel hongo. Entonces empezaba a salir a cuerpo, la cabeza descubierta y su traje de tres piezas color garbanzo, que mandó hacer a medida en un sastre de la calle Alcalá. La pechera rígida de almidón y el chaleco cruzado por la cadena del reloj le daban un aire distinguido. Le gustaba pasearlo con los pulgares en los bolsillos y hundiendo los riñones, marcando el territorio de una ley que siempre beneficiaba a otros, pero que a él también le amparaba. Desde que, por mediación de Primo de Rivera, fue llamado a ocupar la Jefatura del cuerpo especial de Policía para luchar contra el anarquismo, delante de sus ojos habían pasado un buen puñado de anarquistas. Y el que no lo era, al final acababa confesando serlo.

Sus métodos, de una atrocidad que no hacía concesiones a la clemencia, resucitaban los momentos más oscuros del Santo Oficio. Iban, desde atar las muñecas de los presos con cadenas de clavos, que él denominaba cristianas, hasta aplicar el habano encendido al miembro viril del acusado, frunciéndolo de llagas. Algunos de ellos no le sobrevivieron, como ese que decían el Suárez, al que después de tortura tuvo que dar el paseíllo hasta el penal de Ocaña. «Vamos, tira». Y a la que iba por el camino de Pinto, el teniente Beltrán le metió zancadilla y, con la culata, le abrió la nuca. Fue a mediados de junio y hacía calor. En la misma redada cazó al Tigre, que luego dejaron libre por mediación del general Weyler. Con el Enano de la Venta, como el teniente Beltrán le llamaba, nunca se sabía. Sin embargo, de Weyler abajo,

Beltrán sabía cómo tratar a aquella mancha de cabrones. Conocía a todos los que andaban por Madrid. Llevaba sus rostros grabados en el mecanismo de la memoria. «No necesito más archivo». Así se lo hizo saber al Cojo, el día después de hacerse público el enlace, delante de los policías que habían llegado del extranjero.

El Cojo los reunió en su despacho junto a los demás inspectores de distrito. Fue Merlo el que ofició de traductor. Se hallaba en pie, a la derecha del Cojo, con la repulsiva viscosidad de sus labios mojados y listos para interpretar el discurso. Mantenía los ojos hambrientos, igual a los de un perro con necesidad de ser culeado, y llevaba las mejillas con abuso de cosmético. La ristra de inspectores madrileños empezó a encender puros. Antes de arrancar, el Cojo pasó revista con la mirada de reptil a todos los allí presentes, uno a uno, dándose tiempo para que sus palabras impactasen en las entendederas más rígidas. «Será asunto prioritario salvaguardar el presente de la Restauración borbónica y, con ello, salvaguardar el futuro de un pueblo que engalana sus balcones para dar la bienvenida a la nueva reina», dejó dicho el Cojo en una introducción crujiente de pomposidad. Merlo traducía los silencios y la hilera de policías extranjeros contenía la tos ante los disparos de humo. Según dejó dicho el Cojo, todos los sospechosos de ser desafectos al régimen habían de ser rastrillados y puestos en la fresquera del abanico. Serán días largos en los que los Rondines peinarán Madrid sin más relevo que el de sus propias fuerzas. Los serenos y limpiabotas también se mantendrán alerta. Se iba a cumplir un año de lo del atentado en París y el recuerdo envolvía Madrid con el mismo tejido fatal con el que se hacen los sudarios.

Fue a mediados de febrero, en un café de París, cuando el viejo Espadón le dejó dicho que la originalidad que se gasta la bomba Orsini es debida al fulminante, repartido en cada una de las chimeneas que coronan la superficie del ingenio.

—Mi querido Mateo, eso es lo que la hace detonar de inmediato, en cuanto un cuerpo sólido choca contra ella. Por ello, una vez armada hay que andar con el tacto suave.

Mateo Morral se fijó en el temblor de sus párpados, en la larga perilla de chivo que caía como brocha sobre su garganta.

—Conozco el mecanismo, ciudadano Estévanez —dijo el Mateo con fastidio—. Lo que vengo a saber es lo que hace falta para que sea más efectiva.

—Lo único que hace falta, mi querido Mateo, es «esto». —Y el viejo Espadón se señaló la entrepierna—. ¿Ha entendido? —Y pidió otra copa de ponzoña, a la vez que se volvía a agarrar—. «Esto».

Mateo Morral le sonrió, como si hubiese sonreído ante un loco:

—Le recuerdo que estoy bautizado.

—Permítame decirle que, lo de la Rué de Rohan, no fue bautismo, sino chapuza.

—*Jaunâtre o couleur vert* —interrumpió el camarero.

—Verde, *couleur vert*, ponzoña de la verde, amigo, *vert, vert* que es el color de la esperanza.

Y con la copa en una mano y la otra en ciertas partes, el viejo Espadón se pasaba el día en aquel café del Boulevard Saint Germain hasta que echaban el cierre. Luego, ya en su casa de la Rué de Rennes, el viejo Espadón ilustraría al Mateo con algunos libros al respecto.

—Mi querido, Mateo, según nos cuenta Alfonso XI, mira qué casualidad —el viejo Espadón señalaba una página y, con la voz gorda de cantor de zarzuela, proseguía—: según nos cuenta el que fuera llamado Alfonso XI, el Justiciero, cuando el sitio de Algeciras, los moros tiraban pellas de hierro que lanzaban con truenos, ante las que los cristianos sentían un gran espanto, ya que cualquier miembro del hombre que fuese alcanzado, quedaba cercenado como si lo cortasen con cuchillo; y si el hombre caía herido moría después, no habiendo cirugía alguna que lo pudiera salvar, por un lado porque venían las pellas ardiendo como fuego y, por otro, porque los polvos con que las lanzaban eran de tal naturaleza que cualquier llaga que hicieran suponía la muerte del hombre. —Después de leer, el viejo Espadón cerró el libro como el que pega un portazo—. Plam. —Y una nube de polvo emborronó la brocha de su cuello—. Es curioso, querido Mateo, pues estamos hablando del siglo quince.

El Mateo acusó el picor del polvo en la nariz y estornudó.

—¡Salud! *Santé!* —saltó el viejo Espadón.

Luego de estornudar de nuevo, el Mateo abrió su pañuelo y el viejo Espadón

arrugó los ojos para leer en el trapo las iniciales bordadas, como dos gotas de sangre, MM. Se acarició la perilla de chivo blanco y le tendió el libro. «Lléveselo, resulta interesante». El Mateo se fijó en los títulos con los que el viejo Espadón se instruía. *Les Champ retranchés*, de Brialmont; *Virtudes militares*, de Max Cacia, *Teoría y práctica de la guerra*, de Mendoza, *Diccionario militar*, de Bardin y *Cuerpo enfermo de la milicia española*, de Marco de Isaba.

—No me lo voy a llevar, ni éste ni ningún otro. Son libros para ser quemados — soltó el Mateo, con el pañuelo desmayado entre sus huesudas manos, cansado ya de tanta teoría irritable.

—El saber no embota lanza, mi querido Mateo. Acaso no sabe usted que, para combatir las vergüenzas del clericalismo, es necesario leer a los clérigos y que, si se quiere combatir el generalismo, hay que leer a los militares. Mire lo que hizo el amigo Benito para escribir *Misericordia*, que anduvo vestido de harapos, como un soperón más en la iglesia de San Sebastián. Lleve los libros, ande. Lléveselos.

El Mateo, después de sonarse los mocos con dos bocinazos de nariz, cogió los libros con desgana. Tras esta breve interrupción el viejo Espadón continuó hablando:

—No hay que olvidar que hubo militares que condenaron el uso de la pólvora. Ya ve, un invento tan práctico que cambió las costumbres de la guerra, así como las armaduras. Y un siglo después, ya en el dieciséis, el caballero Bayardo tenía por cobardes a los españoles por tirar de lejos y sin peligro. Sin embargo, el general Bardin, en su *Diccionario*, rectifica a Bayardo, diciendo que la cobardía no estaba en los arcabuceros, sino en el mismo Bayardo. Ya le digo, mi querido Mateo, ahora también se les llama cobardes a los que utilizan la dinamita. No hay que hacer caso, al igual que pasó con la pólvora en su día, los modernos explosivos acabarán por imponerse. ¿Qué utilidad tendría entonces un invento del que no se hiciera aplicación? Dígamelo usted si lo sabe, mi querido Mateo.

Uno de los palafreneros abre la puerta de la berlina y Alfonso XIII se baja al compás de la *Marcha real*. Chinda, chinda, tachinda chinda chinda, tata chin chin chin. Viste uniforme de capitán de los tres ejércitos y la pechera plagadita de medallas. Desde donde el teniente Beltrán se encuentra, más que distinciones aquello parecen excrementos de paloma. Como si no tuviera de sobra, remata su atuendo con la banda de la gran cruz roja del Mérito Militar, toda ella cruzada al pecho. No se le conocían virtudes en el campo de batalla pero ahí estaba aquel niño saluando, Alfonso XIII, rey de España por obra y gracia de Dios. Chinda, chinda, tachinda chinda chinda, tata chin chin chin.

El teniente Beltrán no puede reprimir el resentimiento y lo asoma por los ojos. Sus pupilas recorren la doble fila de alabarderos, a un lado y al otro de la escalinata. Como si no tuvieran suficiente con las medidas de seguridad que se estaban llevando a cabo, las reforzaban con guerreras de gala. El teniente Beltrán escupe al suelo y se lleva la mano a la pistola. El rey aún no ha pisado tierra firme y ya se le viene encima otra avalancha. Es lo más parecido a un desprendimiento de carne, con los caballos relinchando y los palafreneros tirando de las bridas. «Sooo». Y a todo esto, los guardias abriendo paso con la bayoneta como estoque. Y es ahí mismo, cuando el teniente Beltrán se adelanta hasta la berlina, pistola en mano. Y grita: «¡Viva el rey!».

«¡Viva!». Responde a coro la manada. Y vuelven a agitarse los pañuelos con desvergüenza. Ésa era la única forma de contener el orden. De un berrido que unificara los sentimientos de la masa. Entonces paraba la avalancha de sopetón y, todos a coro, contestaban quietos. Una reacción primitiva, propia del ganado que sólo conoce la voz del pastor. Cosas que el teniente Beltrán tenía sabidas de cuando estuvo de soldado en la guerra chica de Melilla.

En una de éstas, el Cojo sale de su automóvil rodeado por una nube de guardias. Va enfundado en su casaca de ministro y se apoya en el bastón para mejor acomodo de su andadura. Así se conduce hasta la escalera. Su llegada se convierte en un nuevo punto de atención. Apesta a oporto y la nariz de boniato encendido le delata. Antes de echar a andar, escruta el panorama con los ojos prietos, como corresponde a un reptil de fondo. Se acaba de recortar el bigote, algo amarillento en las puntas debido a ciertas aficiones carnales que trabaja con esmero. Su cojera y los mechones que peina hacia atrás, y no sin cierta audacia, son detalles que le suman años. «Abran paso».

Agasajado por una multitud que berreaba pidiéndole recomendaciones, indultos y hasta autógrafos en los abanicos, el Sumo Pontífice de la Alcarria subió los escalones de la iglesia apoyándose firme en el bastón. En esto que los capellanes de honor descendían por la escalera con toda la carga del palio, y mucha solemnidad, a recoger al rey. Tras ellos iban los obispos de Madrid y de Sión. Entonces el Cojo, al contrario de como hubiese correspondido según el protocolo, no cede el paso a los ministros de

la Iglesia. *Pa* ministro él. Y con chulería torera, el Cojo continuó su rumbo. Tras abrirse paso entre sotanas y birretes, entró en la iglesia.

Al teniente Beltrán, que se conocía un poquito los arranques del Cojo, no le sorprendió el detalle y se acercó aún más a la berlina de gala. Con la pistola en la mano, cubrió las espaldas del cuñado viudo del rey, Niño, mientras éste bajaba a su hijo del testero. La llegada de aquel niño, el infante Alfonso María, cuatro añitos y huérfano de madre, arrancó una tempestad de apegos que se materializaron en aplausos y demás encomios. La multitud se mostraba enfebrecida, venga a sacudir pañuelos y venga a lanzar vivas. En el rostro del rey se reflejaron los inevitables celos. «¡Viva el infante Alfonso María!», aclamaba la multitud. El teniente Beltrán detalló a Alfonso XIII subiendo la escalera, inclinado hacia delante, con los hombros escolióticos y vencidos por la sombra del palio. De vez en vez, el rey se daba cuenta y recomponía la figura, pero no por mucho tiempo.

A los vítores responde con una sonrisa que pone al descubierto las encías. Es, después de saludar, cuando sus manos necesitan asidero. La izquierda precisa un cigarrillo. Lo echa en falta y con la mano derecha se sujeta el cinturón. Desde muy chico cultiva cierto hábito manual que doña Virtudes ha intentado corregir. Cada vez que Alfonsito se lleva la mano a la bragueta, su madre le zurra de lo lindo. «Eso no se hace, hijo». Lo mejor de todo es que doña Virtudes no le pegaba por el acto en sí. Qué va, le pegaba por utilizar la mano zurda. Con todo y con eso, y deslumbrado por el milagro de la luz eléctrica, Alfonso XIII entró en la iglesia utilizando la mano zurda para restregarse los ojos. Lo hizo cegado por la ristra de lámparas colocadas en el altar mayor. Por el reloj del teniente Beltrán daban las once menos veinte.

Con el mismo pie abrió la hoja de la persiana y una losa de luz aplastó su cara. Haciendo visera con la mano, se asomó al balcón. Llegó a ver la catedral a medio hacer, junto a palacio, el legado sentimental de un rey que murió sifilítico. Al frente de donde se encontraba, el Mateo atisbo otra iglesia. El Quico le tenía dicho muchas veces que estábamos en un país de curas donde todo tenía un origen divino. «Incluido el hambre, Mateo». Luego, sus ojos fueron a zambullirse en el palco, junto a Capitanía, y el Mateo detalló las sombrillas de las damas, la sotana de un cura y la escalera, cada vez más abarrotada de gente. En la puerta de Capitanía había trajín de escoltas, ayudantes y ordenanzas. El Mateo se fijó entonces en el joven fotógrafo, cargado de trípode y maletín que intentaba buscar ángulo. También se fijó en un hombre vestido de forma elegante, en el bigotón como un brochazo sobre el labio y en las cejas continuas, como las de un búho, culpa de la sombra que pintaba la chistera. Llevaba un periódico bajo el sobaco que abultaba demasiado, tanto que cualquiera podría haberse dado cuenta de que allí ocultaba algo.

El Mateo le reconoció. Sin duda alguna se trataba del mismo hombre que ayer noche esperaba en la puerta de la horchatería, fumándose un puro, mientras él recibía las últimas instrucciones del enlace, un tipo coloradote, de bigote espeso y dedos tan gordos como chorizos. «No salgas a la calle hasta que no escuches una segunda detonación», le advirtió el del enlace al Mateo. «Es por tu bien». El Mateo apretó los ojos en señal de represión. Era tarde para venir con cambios. Y eso, sumado a la cazarería con la que el hombre del enlace se sujetaba el mentón, impidió al Mateo advertir que no hacía falta más que una bomba, la que él iba a lanzar. Y que el remate sólo se podía hacer con bala, para lo cual no se necesitaban bombas, sino lo que el viejo Espadón llamaba «esto». Entonces sus ojos se abrieron al dolor y, no pudiéndolo contener, se lo agarró con las dos manos. La camarera rubia pasaba por su lado con una bandeja y el del enlace seguía con las instrucciones. «Una vez en la calle, y sin perder tiempo, has de llegar hasta donde el periódico *El Motín*, en la calle Ruiz, número 4, no tiene pérdida, segunda casa a la derecha viniendo desde la plaza del Dos de Mayo», le siguió diciendo el del enlace. «Una vez llegado hasta allí pregunta por José Nakens». El Mateo arrugó la nariz ante el olor a condumio tripero que salía por aquella boca. «Recuerda, no salgas a la calle hasta después de la segunda detonación, es por tu bien y recuerda las señas, calle Ruiz, 4, periódico *El Motín*, Nakens», le repitió otra vez el del enlace, ahora con el vaso de cerveza prieto en el puño. «Nakens, calle Ruiz, El Motín, Dos de Mayo, segunda casa a la derecha». Y mientras el Mateo memorizaba el punto, el hombre coloradote se bebió lo que le quedaba de cerveza al vaso, y arrastró su silla. «Salud, camarada». Acto seguido, se aplastó la gorra de visera y se marchó. Entonces, el Mateo no tuvo por menos que seguirle con la mirada. Afuera le esperaba el otro tipo. Un desconocido de

constitución fuerte y que se gastaba un bigote semejante a una pincelada de betún sobre la boca. Por la tensión que conservaba en el cuello, se advertía a todas luces que se trataba de un militar o de un ex presidiario, o tal vez de las dos cosas. Y por el rectángulo del ventanal de la horchatería, el Mateo pudo ver cómo se perdía calle Alcalá abajo, seguido a pocos pasos de distancia por el hombre coloradote que hasta ese momento había servido de enlace. Sin duda alguna se trataba del mismo que en ese momento estaba en pie, cerca de Capitanía, con un periódico doblado bajo el sobaco, como si en vez de periódico llevara un paquete. La mancha del bigote oscuro, y el puro humeante entre los labios, saltaban a la vista. Y apoyando las manos sobre la baranda del balcón, forrada con el rojo y gualda de las banderas, el Mateo fue a sacar el cuerpo para atisbar mejor, cuando se dio cuenta del corte en los dedos.

Al final, la bomba se le había llevado dos bocados al ir a cerrarla, uno para el índice y otro para el dedo medio. Escupió en las heridas y las frotó. De un puntapié cerró las hojas de la ventana y volvió a abrir la puerta de su cuarto. Con la mano herida en el bolsillo llamó a la sirvienta y le pidió, por favor, un jarro de agua para aseo. Echó la llave y, en la penumbra, lavó bien su mano, envolviéndola después en un pañuelo. Y cerró los ojos, como si con ello pudiese ensordecir los latidos que rebotaban contra las paredes de su cráneo. Tictac, tictac, tictac. Sobre la cama, cubierta por un trozo de sábana, esperaba una bomba Orsini a la que sólo quedaba colocar fulminante. La destapó y empezó a mirarla con necesidad, como si se tratase de una mujer a punto ya de abandonarle.

Todo el mundo se pone en pie. Las medallas y los botones lanzan chispas. A la derecha del altar, destaca el color escarlata de los cardenales. Detrás del rey va Niño, su cuñado viudo, luciendo un pulido bigote y con un atuendo que al teniente Beltrán se le antojó más acertado para un domador de leones que para el heredero al trono. De igual forma, se fija en los pantalones, azul celeste, que se gasta. Los lleva tan prietos que son la comidilla de las damas de la primera fila. ¡Oh! Hasta los oídos del teniente Beltrán llegan las murmuraciones, los excesos de secreción salivar provocados por el tamaño del sable del viudo; un corte de templado acero y que le venía, perdonando la manera de señalar, hasta poco menos de las rodillas. Algunas pretenden ver el luto en su rostro y cuchichean recordando a la que fue su difunta esposa. Sin embargo, el rostro de Niño no refleja emociones. De su mano va el infantito, todo vestido de blanco. En un descuido de su padre se soltó y, desorientado por el acontecimiento, tomó la delantera a su tío, el rey. Corría como si le hubieran frotado el culo con guindillas. La de Santo Mauro salió en su ayuda, antes de que la cabeza del infante embistiera contra el altar mayor. Y se le llevó sacristía adentro. Angelito.

A las once menos diez, por su reloj de bolsillo, el teniente Beltrán ocupó su puesto de nuevo, donde la tribuna reservada a la prensa. Desde allí pudo columbrar al Cojo. De vez en cuando, el ministro volvía su cuello y le pegaba un repaso, no sólo a él, también lo hacía con los inspectores destacados. Rodríguez, Pons y Ceballos. Al Cojo siempre le había gustado hacer que hacía algo. Aunque, a decir verdad, y a saber del teniente Beltrán, lo único que hacía el Cojo era lo que se denomina bajar a la tina. Por lo mismo, en los Grandes Salones, el Cojo era considerado todo un Honorable Pilonero. El teniente Beltrán tenía oído que, en sus años mozos, se lo tascaba a la infanta Eulalia. Eso fue de cuando anduvo por Bolonia, clavando codos y estudiando los tejidos celulares de la sociedad con pelos en la lengua. Por aquella época, la infanta Eulalia era una joven de mantecas delicadas donde el Cojo acomodaba su pierna más corta.

Cuando el rey se arrodilló a rezar en uno de los sitiales del trono, el Cojo pidió ayuda a Maura y a Canalejas que andaban por ahí cerca. Y el teniente Beltrán, a ver qué remedio, alcanzó el almohadón de lienzo tiznado de betún y salivazos frescos por la parte del escudo real, y ahí clavó sus rótulas. Y juntó sus manos en señal de oración. Pasaron los minutos y el rey se mostró inquieto. Culpa de los nervios tuvo un acceso de tos. Momento de alivio en que los allí presentes aprovecharon, incluido el mismo teniente Beltrán, para estallar en cien toses distintas con sus correspondientes carraspeos. Cuando el rey se hartó de expectorar, se incorporó. Entonces, y sólo entonces, la gente se puso en pie. Y se volvieron a escuchar toses, abanicos y murmullos.

El teniente Beltrán consultó su reloj, eran las once y diez pasadas y la novia que no aparecía. El rey miraba a un lado y a otro, mordiéndose el labio que le caía carnosos e hinchados como vagina de mujer en celo. El teniente Beltrán guardó su reloj en el chaleco y volvió a clavar sus pupilas sobre la infanta Eulalia, ahora en pie, con los muslos pegados y sin perder el aire de zorrampilina que le había hecho famosa. Por el rabillo del ojo, la infanta Eulalia calculaba los relieves morunos a través de las gasas, como si los quisiera convertir en memoria para luego hacerlos revivir en los momentos más indecentes de su alcoba. Física recreativa, llamaba a eso. Tiempos vivos en los que, cocida por un fuego de íntimos soles, la tía Eulalia rellenaba con carne magra la tripa del cagar de un cerdo. Y le daba al asunto.

Cuando, del exterior, llegan los retumbos del gentío junto a los primeros compases del himno inglés, entonces la Chata vuelve a golpearla en el cogote. Clack. Y la diadema cae al suelo. El primero en entrar es el príncipe Alejandro Alberto de Battenberg y sus hermanos, uno de los cuales va ataviado con falda escocesa. El teniente Beltrán supone, nada más verlo, que también llevará bragas. Detrás, y del brazo de su futura suegra, va la novia. Ena de Battenberg.

A los tres días de llegar a Madrid, había tomado posesión de la habitación que daba a Mayor. En un principio, el patrón le quiso colocar en otra, una que daba a la calle Factor. «Por donde también se verá el cortejo», le dijo. Sin embargo, el Mateo volvió a repetir que andaba interesado en una que diera a Mayor. «Tengo compromiso, ya le dije; unos parientes a los que quiero invitar a ver el acontecimiento». Dicho esto, el Mateo se llevó la mano a la cartera y al patrón se le vino encima la manera de remediar el asunto. Dispuesto a abrir un nuevo balcón si llegara el caso, el Pepe Cuesta le dijo al Mateo que había un huésped que podía aceptar el cambio.

Había sido el Quico el que santeó el punto de Mayor, 88. Cuando el Mateo, recién llegado de París, le aseguró que no iba a atentar en la iglesia, entonces el Quico, llevado por un impulso de esos a los que era tan propenso, improvisó un plan sobre la marcha. En la misma escuela, mientras preparaban la acción sobre una pizarra llena de números y flechas, le dio dos puntos estratégicos para atentar al paso del rey. «La fonda de la calle Arenal, para la ida», ése era el uno. El otro era otro más puñetero.

Según palabras del Quico, se trataba de un cuarto con balcones a Mayor y que ocupaba un pariente del doctor Lucien Henault. «Además de buen chaval, una joven promesa de la pintura que acababa de ganar un premio de importancia». El Mateo escuchó atento el santeo del Quico. «Anda por Madrid y, con motivo de las bodas reales, quiere aprovechar y alquilar su cuarto por estar situado en calle importante». Al Quico le brillaban los ojos de astucia. Había cazado el punto al vuelo, a partir de un comentario dicho con toda la inocencia del mundo en una conversación cotidiana que quedaba libre de toda sospecha. Y así se lo pasó al Mateo. Y de esta manera, el Mateo, a la tarde de su llegada a Madrid y recién afeitado, se acercó hasta el número 88 de la calle Mayor.

Cuando tuvo delante al patrón se dio cuenta, era un hombre común, que le sucedía lo común a la mayoría de los hombres. Víctimas de la represión que sobre ellos ejercen sus esposas, el ingenio se les aviva para ir sobreviviéndolas, o por lo menos eso es lo que dan a entender. Sin ir más lejos, las pasadas navidades, el Pepe Cuesta había perdido los cuartos en la lotería y, desde entonces, el hombre andaba con la moral por los suelos, como se suele decir. Su mujer, la *señá* Ana, era todo un reproche. Así que ahora, con la aparición del nuevo huésped, no sólo iba a taparle la boca a su mujer, sino también iba a abrirle las piernas.

El Mateo desconocía el detalle de la lotería, sin embargo, como hombre al que nunca faltó dinero, sabía que el aroma malicioso de unos billetes despertaba el ingenio, además de aliviar la represión. Y en cuanto sacó la cartera, el Pepe Cuesta saltó raudo a dar el precio. «A un paso de palacio, los balcones se cotizan», justificó. El Mateo, con la sonrisa contenida en la fina línea de sus labios, soltó a tocateja un billete de quinientas que tembló entre los dedos del Pepe Cuesta. «Ozú». Por lo

pronto, el Mateo dejó pagado hasta el 5 de junio, como si necesitase un margen de tiempo que le diera seguridad y eliminase sospechas. También le dio un par de días al pintor, tiempo suficiente para que mudase sus bártulos. Tres días después, el Mateo ocuparía la habitación. Con tal arreglo dando brincos en su pecho, el Pepe Cuesta bajó de seguido hasta donde Baliñas, la taberna de abajo, y pronto vino con el cambio. Entonces el Mateo le entregó la cédula de identidad sin habérsela pedido, más que por dar fe y ponérselo fácil a los investigadores, lo hizo por propio egoísmo. Así no había posibilidad de volver atrás.

En lo que respecta a doña Virtudes, ni el arte del maquillaje conseguía esconder los contornos simiescos de su cara. Como tampoco el traje malva lograba ocultar el color de la ropa interior, amarilla de tristeza. Doña Virtudes nunca fue querida por Alfonso XII. De todos era sabido que el rey murió enamorado de María de las Mercedes, también en el pudridero. Luego tuvo sus aventuras, como la de aquella cantante de ópera que le daba el do de pecho en las habitaciones más íntimas de la carne y que todos conocían con el sobrenombre de «la Favorita». Cuentan que doña Virtudes se quedaba penosa en palacio, contemplando a través de la ventana la llegada del rey, siempre extenuado, arrastrando el sable por el patio de armas. Los chismes de palacio andaban de boca en boca y, de las cocinas, pasaban a la calle y, de ahí, a las tabernas, donde se bebían a tragos. Y así fue por todo Madrid conocida la afición de Alfonso XII por el adulterio. Bien mirado, los líos de la carne eran un motivo más de hombría para apuntalar la Restauración.

Ahora, en la iglesia, doña Virtudes presentaba la apariencia acartonada de las momias. Sus ojos, de primate enfermo, delataban que en el fondo de sus tripas se desencadenaba una úlcera. Ella, siempre tan quisquillosa, andaba molesta por tres asuntos en lo respectivo a su nuera. De todos ellos, que el teniente Beltrán supiese, sólo dos tenían arreglo. Como la elección de una mujer protestante no era del todo satisfactoria para palacio, hicieron el apaño de su conversión hacía unos meses. Y no sólo alteraron su religión, sino también su nombre. Ena de Battenberg pasaría a llamarse Victoria Eugenia.

Fue a primeros de marzo, en San Sebastián, en una ceremonia privada, aunque festejada por las gentes que, no pudiendo contener el entusiasmo, lanzaron cohetes y chupinazos. Los balcones de las casas se llenaron de colgaduras y el rey lució su uniforme de húsar. Al teniente Beltrán le contaron que, en Miramar, en la capilla de palacio, toda adornada con rosas y claveles, la princesa realizó los trámites cubierta por un velo que parecía virginal de tan blanco. Ofició la ceremonia el obispo de Nottingham, asistido por los de Vitoria y Sión. El «Nottingham» y el «Sión» repetían en los Jerónimos.

De las otras infamias, el teniente Beltrán sabía que una se iba a arreglar en breve. En cuanto se casase el problema quedaría solucionado. Su título nobiliario y su grandeza serían, a partir de ese momento, del agrado de doña Virtudes. La tal Ena de Battenberg era hija del gobernador de la isla de Wight, lo que para el teniente Beltrán era algo así como ser gobernador de isla Perejil. Harto de una atmósfera asfixiante, el padre de la futura reina de España huyó a África para combatir con patriotismo inglés por el trono de un simio. No llegó nunca a su destino, la malaria le agarró a traición en el barco que lo conducía a su heroica quimera. Su cadáver arribó en Inglaterra dentro de un ataúd fabricado con latas y empapado en ron de caña, para su mejor

conservación. Al final, la vergüenza consiguió maquillarse de la mejor forma posible, esto es, no dándole importancia ante la opinión pública.

Sin embargo, quedaba otro dato, peliagudo y difícil de manipular, y que tenía que ver con la enfermedad de la sangre más que con cualquier formalismo. El teniente Beltrán también estaba al tanto. Lo de la hemofilia era de difícil arreglo y el rey tendría que contener sus ganas de arañar las carnes de su esposa. Desde su puesto, el teniente Beltrán se fijó en las manos de la futura reina, de una piel tan blanca que parecía que llevara guantes. También se fijó en la madre, la princesa Beatriz. Sus ojos tenían el brillo artificial de las piedras falsas. El teniente Beltrán llegó a la conclusión de que, en Inglaterra, la belleza de las clases altas se refugiaba en las hembras. Sólo en ellas la aristocracia no era decadente. No había más que echar un vistazo al hermano de las bragas escocesas para darse cuenta de lo acertado que andaba el teniente Beltrán en sus elucubraciones.

El teniente Beltrán siempre sospechó que el infierno empezaba justo al atravesar el umbral de una iglesia para dar el «sí, quiero». Por eso duraba en estado de soltería y con aventuras que no pudieran comprometerle. Había veces que tenía apetencias de carne fresca, un pelín cruda y sin adobos. Entonces, se acercaba hasta la calle San Marcos, donde había una niña a la que dejaba ejercer a cambio de favores. Había otras veces que se ponía en la calle Tudescos, en un prostíbulo situado en el mismo edificio de una funeraria. Lo regentaba una tal Sophy, inglesa y con el pubis tan blanco como sus cabellos. La dicha, además de recoger a las chicas descarriadas y darles alojamiento, hacía lo mismo con los gatos. Tendría más de una docena y, a todos, había puesto collar de cascabel, consiguiendo un efecto sonoro tan estúpido que al teniente Beltrán le sacaba de quicio. En el salón vegetaba un piano con la cola abierta y copioso de excremento gatuno. De vez en cuando, la Sophy se plantaba delante de las teclas y conseguía arrancar melodías dispersas, uniendo al ambiente puteril, el sonoro hedor de las cagarrutas. Eso era tan sólo un detalle.

Aunque tenía sus años, la tal Sophy aún conservaba las carnes duras y picantes. Fue *cocotte* en el extranjero y todavía atesoraba cierto aire de puta aristocrática. Una finura que había quien confundía con frigidez. Sin embargo, el teniente Beltrán sabía qué botones había que apretar para que la tina de la Sophy se encharcara y por su boca salieran esos gemidos, mezcla de placer y de martirio. Sólo con ponerla de rodillas, y con la cabeza gacha hasta tocar el suelo, la Sophy se dejaba brutalizar bajo la luz de las bujías. Ofrecía sus nalgas con delicadeza, como si estuviesen colocadas sobre una bandeja de plata falsa y desvergüenza.

El teniente Beltrán introducía su virilidad, como desahogo, en la negra poza abierta al centro. Y ella iba después, sin lavar sus canas íntimas, a sentar sus posaderas sobre el taburete duro, poniéndose al piano como si nada. A sus años, el teniente Beltrán era capaz de echar dos y hasta tres piezas sacramentales, eso sí, sin encadenar pero, tampoco, sin hacer penitencia. Por decir no quede que, la otra noche, desahogó el contenido de sus genitales al fondo de las nalgas de una hembra casada,

además de buen ver para todo lo que tenía parido. Cinco pequeños que berreaban, mientras ella se dejaba montar como perra hambrienta. Fue su propio marido el que le llevó hasta aquel piso de la ronda de Segovia. El teniente Beltrán le tasó nada más verlo entrar. Venía preguntando por el gobernador pues decía ser amigo suyo. «Éste es un cornudo agradecido», masculló Beltrán. Y no se equivocó en lo más mínimo.

«El gobernador no está, si fuera *usté* amigo suyo sabría que a estas horas descansa». Entonces el hombre, que dijo llamarse Juan Soto y Conde palideció y, algo nervioso, se puso a contar que había venido a hablar con don *Juaquín*, el gobernador, por ser conocido de su esposa, y tener un asunto urgente. «Ya», dijo el teniente Beltrán, repasándole con el plomo de los ojos. Aquel hombre le venía con un cuento para poder vivir del cuento. Según le refirió al teniente Beltrán, hacía poco que un desconocido había abordado a su esposa haciéndole una propuesta. La proposición cargaba dinamita pues, el mismo día de la boda, tenía que entregarle al rey, a la salida de la iglesia, un ramo de flores. El desconocido le gratificaría con diez mil pesetas. «Ya», le cortó el teniente Beltrán, mientras sacaba una caja de puros y, sin ofrecer, se llevaba uno a la boca. Mordió un extremo y lanzó la pregunta: «¿Su esposa está en casa, o está trabajando?», y fue cerrar la interrogación y escupir al suelo.

Ahora en los Jerónimos, con el recuerdo todavía fresco, entre olor a incienso y toda la parafernalia de la liturgia, el teniente Beltrán se tiró de la chaqueta y equilibró la percha. Hubo más toses y carraspeos. Después se escuchó la voz engolada del cardenal Sancha, haciendo vibrar las vocales en su tabique nasal:

—Alto y poderoso señor don Alfonso de Borbón y Habsburgo, rey católico de España, pregunto a vuestra majestad, como pregunto también a vuestra alteza, princesa de Battenberg, Victoria Eugenia Julia Ena María Cristina, si alguno de vosotros conoce algún impedimento para la celebración de este matrimonio o para su validez o legalidad; es decir, si existe entre vuestra majestad y vuestra alteza algún impedimento de consanguinidad, afinidad o parentesco espiritual; si tenéis hecho voto de castidad o de religión; y finalmente, si hay algún otro impedimento pido que lo declaren ahora y aquí mismo, y lo mismo reclamo de todos los aquí presentes.

Decían que era carlista y que se le notaba en su interpretación, pero el teniente Beltrán no pudo advertir el énfasis. Lo que sí pudo advertir fue la seña que el cardenal hizo a Niño, el cuñado del rey, al ir a dejar el báculo. Una mímica a la que el napolitano respondió de inmediato, muy sutil, nada que tuviese importancia, un mero gesto, el de echar la cabeza hacia un lado, casi invisible a los ojos de los no iniciados. En palacio, un cuchillo de temores afilaba su hoja detrás de cada puerta. Del rey abajo todos andaban metidos en un juego que al teniente Beltrán se le antojaba infantil de tan sencillo. Simplón, como mover las piezas de un retablo. Si a él le dejasen no se andaría con contemplaciones. Se emplearía a fondo con la tía Eulalia, «Vamos ya, vale de enseñar las bragas al cochero, a partir de ahora me las vas a enseñar a mí», algo así le diría, o mejor aún, ordenaría que se las quitase y que no se

las pusiese en todo el día. Castigada a ir desnuda por palacio, la tía Eulalia sería la primera en recibir correctivo por parte del teniente Beltrán. Y a la nueva cuñada, a la tal Ena, tres cuartas partes de lo mismo y por detrás, que es por donde más escuece, una y otra vez, hasta dejarle las carnes hundidas y los ojos sin sangre. Si a él le permitiesen cruzar el umbral y ponerse en el laberinto de intrigas pueriles, pasear su chulería por todas aquellas encrucijadas de salón y alto copete, si a él le dejasen, sería otro cantar. Sin embargo al teniente Beltrán le había tocado esquivar el lado más afilado de la hoja sin cruzar la puerta. Para él lo crudo, para ellos lo cocido.

A su entender, y aunque le hablase de modernos explosivos, el discurso del viejo Espadón estaba picado por la polilla. En el fondo no era más que un hombre de otra época, despedido a los márgenes del exilio y de la edad, aplastado por el nuevo siglo recién puesto.

—Todo está inventado, mi querido Mateo, en realidad no somos nadie. Nos creemos alguien por combinar distintos inventos, pero la base está ya inventada. —Y sacudió el libro que tenía entre sus manos contra la pierna y una nube de polvo borró la figura del viejo Espadón. Entonces el Mateo estornudó de nuevo—. ¡Salud! —remachó el viejo Espadón.

—Gracias —dijo el Mateo, pasándose el pañuelo por los ojos.

—Según este libro de Diego Salazar, *De re militari*, escrito, pásmese, mi querido Mateo, en 1530, según nos cuenta este libro, el nervio de la guerra son los hombres; el hierro, los dineros y el pan. Y aquí, mi querido Mateo, Diego Salazar lleva toda la razón cuando dice que, de todo ello, son más necesarios los hombres y el hierro porque sin éstos no se consiguen los dineros y la manduca. —Y dicho esto, cerró el libro. Plam. Y las partículas de polvo atascaron las fosas nasales del Mateo, que volvió a estornudar—. ¡Salud!, mi querido, Mateo. —Y le tendió el libro—. *Santé!*

—Gracias —dijo Mateo, con los ojos irritados por el polvo y sosteniendo el libro—. Gracias.

Tras los finos incisos, el viejo Espadón siguió con la matraca:

—Mi querido Mateo, el hombre es el nervio de la guerra. Sin embargo, encontrar hombres hoy en día es más difícil que encontrar oro. Por eso le vuelvo a repetir que lo único que hace falta es «esto». —Y el viejo Espadón volvió a agarrarse la entrepierna con los dedos sucios de polvo—. «Esto».

—Le recuerdo —saltó el Mateo— que lo del rey en París fue culpa del fulminante, que estaba en mal estado, nunca del arrojo.

Al oír esto, el viejo Espadón sacó pecho, y lo cargó de aire antes de dar la crítica. Según él, sólo a las bombas se les permitía fallar.

—La bomba nunca tiene la culpa. Por eso cuando falla, la culpa es sólo del hombre. No hay que olvidar, mi querido Mateo, que, al final, el rey regresó a España, vivito y coleando. ¿O ya no se acuerda?

Pero el Mateo no se arrugó ante el tono, y defendió su labor de buen soldado. Contó cómo ocurrió todo, hacía un año, en Barcelona, con el Tigre instruyendo a los grupos de acción catalanes, dándoles recetas para cocinar bombas de mano. Por lo que el Mateo sabía, el Tigre iba a ser el encargado de conjugar la acción. Un levantamiento simultáneo en Madrid, Barcelona y Cádiz.

—Sota, caballo y rey —le cortó el viejo Espadón con suficiencia y protagonismo—. Salvochea, Lerroux y un servidor. Qué me va a contar, mi querido Mateo, si eso

lo montamos en el café del Faubourg Saint Antoine, con el Malato y el pequeño Libertad y algunos otros entre los que estaban el Navarro, el Palacios y Alejandro Farras, que cuando detuvieron a todos fue el encargado de salir con las bombas.

—Yo le acompañaba —le cortó el Mateo con una sonrisa tan fina como un golpe de hacha bajo los bigotes—. Además, no se llamaba Farras, el verdadero Farras murió diez meses antes, en Barcelona. El hombre al que nos referimos se llama Eduardo. —El Mateo hizo una pausa—: Eduardo Aviñó.

El Mateo lo aseguró con el poderío que imprime el fracaso, pues había sido el mismo Mateo quien encontró los moldes en forma de pina, en un almacén de hierro viejo, por la calle de las Flores haciendo esquina con la ronda de San Pablo. Le hicieron buen precio y se los llevó al Picoret y al Miranda, para el grupo que habían bautizado como Juventud Libertaria.

—Se hicieron media docena de pinas —siguió el Mateo contando— y las enterramos en el campo del Coll y, a últimos de abril del pasado año, me tocó a mí desenterrarlas y hacer el envío, a un zapatero de aquí, de París. Las facturé en Barcelona, en la agencia del paseo de la Aduana con un nombre falso.

—Antonio Prats —se adelantó el viejo Espadón, dándoselas de sabedor en el tema.

—Sí, Antonio Prats —el Mateo cortó en seco, como si quisiera llegar cuanto antes al nudo—. Según el Quico, iba a ser el Tigre y la gente de París, entre los que se encontraba usted, los que iban a preparar las bombas que mandé. —Dicho esto, el Mateo fingió aquella sonrisa, tan fina que parecía una línea de sangre bajo su bigote. Y antes de que se le adelantase el viejo Espadón, añadió—: Y, si es que aquí todos somos humanos, ¿es de humanos dejar que el culpable eche las culpas al que no las tiene?

—No se confunda, mi querido Mateo, no critico la puntería, tan sólo la posición.

Los encargados de llevar a cabo el atentado en París, iban a ser el Tigre y sus hombres, entre los que se encontraba el pequeño Libertad y el Eduardo Aviñó, un muchacho joven, de ojos pardos y que tenía la mano derecha erosionada por una herida reciente. Al principio se especuló con la idea de atentar contra el rey durante su viaje en ferrocarril por territorio francés. Sin embargo, al final se decidió hacerlo en las calles de París, al paso del coche descubierto. Los artefactos que se utilizarían iban a ser las pinas, cargadas de nitroglicerina. Pero una semana antes, la policía cazó al Tigre, a su grupo y, con el Tigre y su grupo, parte del arsenal. Sólo quedaron dos bombas sepultadas cerca de Clamart, y que recuperó el único que pudo escapar de la redada: el Aviñó. Aunque el golpe recibido había sido duro, se decidió seguir con el plan. Y con éstas, tres días antes de llevarlo a cabo, llamaron al Quico para que les mandase un hombre a París. Y ese hombre era el Mateo.

La posición que el Mateo iba a ocupar iba a ser la de dar apoyo al Aviñó, el joven que bajo el nombre de Alejandro Farras estaba encargado de lanzar las bombas al rey, a la salida de la Ópera. Con el Tigre preso, el Aviñó era el único que sabía lanzar

explosivos con soltura. El trabajo del Mateo consistía en matar al rey a balazos si éste salía vivo tras las explosiones. Sin embargo, en los últimos momentos, en un zaguán de la calle Rohan, le vino el Aviñó con los ojos pardos de fiebre y las dos bombas en una mano, diciéndole que el brazo derecho se le quedaba sin fuerza, que «la herida andaba tierna». Así que el Mateo le alivió el peso y cogió la bomba en forma de pina. No le dio tiempo a más, pues de una bocacalle llegaba la señal. El primer silbido. Había que prepararse. «La posición, mi querido Mateo, la posición».

—Por segunda vez, y aun por tercera, pido y exijo que si existe un impedimento cualquiera sea dado a conocer aquí y ahora, plena y libremente —repetía el cardenal Sancha, con la voz engolada de distinción eclesiástica y la mitra ceñida a las sienes de vieja plata.

A pesar de la edad, mantenía la postura erguida y el brillo vivaz en los ojos. El teniente Beltrán también advirtió la mandíbula recia, las manos con dedos largos y uñas esmaltadas, capaces aún de hundirse en el trasero de los monaguillos. Sabía de primera mano que, cuando joven, al cardenal le habían metido preso en el caldero, y eso era asunto que imprimía carácter a su persona. Asistiendo al cardenal, estaba el obispo de los soldados católicos de Gran Bretaña, el venerable Brindle; ojos acuosos y nariz de águila. Lucía la Cruz de la Orden de Servicio Distinguido, ganada en la guerra. El teniente Beltrán se preguntaba qué guerra fue ésa y también se preguntaba qué llevaría el venerable bajo los faldones de la sotana. ¿Calzoncillos? ¿Bragas? O tal vez iría en pelota picada. El teniente Beltrán podía escuchar los sobresaltos de jamón cocido que le colgaban por cachas. En aquellos tiempos, la liturgia de la carne siempre andaba más cerca de lo que los venerables predicaban.

Aunque el teniente Beltrán estaba a una distancia de las que el código llama sensatas, aun con ésas, cuando el rey abrió la boca para dar el «sí, quiero», le vino todo el tufo a la nariz. El cardenal fue el que más acusó la ráfaga de mal aliento, echándose un poco hacia atrás. Era como si un perro enfermo agonizara en las tripas del rey. Una peste que se agarró a las gargantas y que provocó la arcada de las úlceras más sensibles, tal fue el caso de un yanqui, un tal *mister* Frederik Wallingford, representante del presidente de Estados Unidos, que se indispuso de mala manera. Y es que la halitosis de Alfonso XIII venía acreditada por los mejores dentistas. Acabado el ritual, el rey se levantó a besar la mano de su madre pero el trastorno del momento hizo que, además de la mano, el recién casado le aplicara un ruidoso beso en cada una de las mejillas. El teniente Beltrán se fijó en la jeta de asco que puso doña Virtudes, encogiendo el perfil simiesco, ante el resuello que arrastraba la boca de su *Buby* ^[1].

Los recién casados pasaron al trono, compuesto de colgaduras y reclinatorios, todo ello bordado con los colores de las armas reales. Desde ambos extremos del templo, la orquesta y los coros empezaron con las voces y las músicas. Al teniente Beltrán, la ceremonia se le estaba haciendo interminable. Hubo un momento en que el violín de sus tripas se unió al Orfeón de Pamplona. No era para menos, la andorga llevaba sin funcionar desde los churros, ya deshechos hace tiempo por los caldos gástricos. Bostezó. Sacó el reloj del bolsillo y, viendo la hora que era, supuso que aquello estaba llegando a su fin. Los reyes, de pie, sonreían. Era como si con la apoteosis de su amor pudieran acabar con las ganas de comer de todos los allí congregados. Cuando terminó el coro con sus canturreos, los recién casados

penetraron en las ruinas del claustro. A la luz de un cielo azul y tibio, como si de un cuento se tratase, se firmó el acta notarial, un papelazo que justificaba el despliegue ante la Historia.

Cuando los recién casados regresaron al templo, y príncipes e infantes desfilaron ante ellos, entonces y sólo entonces, se dio por acabada la ceremonia. Afuera, los alabarderos tiraron sus cigarrillos a medio consumir, pisándolos con fuerza sobre la alfombra roja de la escalinata. Y como si allí no hubiera pasado nada, adoptaron la actitud rígida del que vigila. Por el contrario, el Cojo respiró con gusto, como si ya hubiera acabado todo y el asesino hubiera perdido la ocasión del crimen. Así que fue de los primeros en salir zumbando en su automóvil. Brummmmm, brummmmm, brummmmm. Había prisa por echarse la siesta.

Alfonso XIII se cubrió con un casco, todo rematado de plumas blancas, que le bailaba en la cabeza como un mal presagio y, sin molestarse en estabilizarlo, ofreció el brazo a su recién estrenada esposa. Juntos pasaron bajo el dosel que cubría la entrada del templo. Chinda, chinda, tachinda ta ta chin chin chin. Las plumas del penacho se le airearon con los primeros compases de un himno que al teniente Beltrán ya le sonaba a charanga de tanto escucharlo. Chinda, chinda, tachinda chinda, chinda, tata chin chin chin.

Iba con la reina del brazo, flamante de medallas y postizos. Mantenía la postura en la quijada y lo hacía con más esfuerzo que dignidad, como si con ese gesto pudiese contener el peso del casco sobre su cráneo. Así, descendió con su recién estrenada esposa por la escalinata alfombrada de aplausos y, juntos, atravesaron la hilera de tropa que presentaba armas a su paso. Bayonetas, sables y alabardas arrancaban reflejos al sol. «¡Vivan los reyes de España!», gritaba una voz. «¡Vivan!», respondía a coro todo un pueblo que se agolpaba en los balcones, en las aceras, incluso en los tejados, farolas y candeleros del tranvía. Ebrios de contento agitaban hongos, pañuelos, jipijapas, viseras y boinas. Era su manera de celebrar las bodas. El teniente Beltrán se tuvo que apartar. Brummmmm, brummmmm, brummmmm. Estuvo a punto de ser cogido por el automóvil del Cojo, que se abría paso a bocinazos. Lo único que parecía preocupar al ministro era poder descabezar una siesta torera antes de ponerse a la faena del banquete. Sin embargo, el teniente Beltrán, que se conocía el paño, sabía que ahora, acabada la ceremonia, era cuando empezaban los apuros.

El sonido espumoso del chorro apaga por unos momentos la gritera que viene de la calle. La sangre de su micción salpica los bordes del orinal que sostiene a pulso, con el dolor prendido en la cara. El Mateo se fija en la roseta viva de su carne enferma, cruzada por oscuras venas de alquitrán. Es el precio de la última noche, en Barcelona, llevado por una mujer que se dejaba querer a cambio de dinero y que recibía en la habitación de una casa de la calle de la Esmeralda. Cuando el crepúsculo empezó a llenarse de murciélagos, llevado por una morbosidad enfermiza, el Mateo fue a buscarla.

La dueña de la casa le condujo hasta el final del pasillo y le indicó una de las puertas. Abrió y la encontró envuelta en la penumbra de una bata larga, abierta al lado de la pierna, dejando a la vista el arranque del muslo y la seda de la media. Llevaba el cabello recogido con horquillas en un moño alto y el Mateo presencié el bocado de su larga nuca, el movimiento de las piernas bajo el roce canalla de la carne. A la media luz del quinqué, advirtió la cicatriz de espejo que hundía su mejilla y le afilaba el pómulos. El fulgor frío que emitían sus ojos desiguales, completaba el cuadro. Luego, descubrió el dibujo clavado a la pared. Un desnudo de carne pintada del que no se desprendería nunca, lo más parecido a una enfermedad secreta de la que también se hubiera infectado la memoria. «Soy yo, cariño, aunque no me parezca», le dijo ella, mientras se soltaba el pelo sobre los hombros morenos y alargaba el trazo de los labios en una sonrisa. «Soy yo, cariño», repitió, con las horquillas en la boca, mostrando el pómulos quebrado por la cicatriz, insinuándose con garabatos de sombra en la cara oculta de sus muslos. Sentada sobre la cama y, sin sacarse las horquillas de la boca, se peinó un poco con los dedos. La luz de acetileno, sobre la mesilla, silueteaba las aristas de su cuerpo.

Luego, le empezó a contar que se lo hizo un pintor andaluz. «Malagueño, creo», de cuando ella trabajaba en una casa de la calle Aviñó. Los ojos del Mateo saltaron por encima de la indecente desnudez de su ignorancia, para recrearse en las esquinas de la carne pintada sobre el cartón, en el pecho emputecido de pólvora gitana y también en el pelo oscuro que afloraba bajo su vientre y que no se dejaba ver, pero que se intuía bajo las arrugas de la sábana. Mordió las aristas de su nuca y se perdió entre las nalgas gemelas. Una fiesta de chicha y pintura que se enfrentaba a las garras de la tradición para devorarla en mil pedazos, hasta descomponerla en bordes, picos y puntas desvergonzadas y cercanas al plano divino. En el descanso de los cuerpos, cuando el nuevo día anunciaba la partida, ella le cogió la mano y, con la voz ronca, le pidió que se la dejase leer. Fue abrísela y, de inmediato, saltar de la cama. «Lárgate —le dijo, sin mirarle a los ojos—. Lárgate».

Ahora, días después, en los ojos del Mateo afloraba el recuerdo, un recuerdo más preciso que cualquier retrato. Y después de sacudirse las últimas gotas, guardó el

orinal en el cajón. Y fue a coger algo del suelo cuando acusó la dolencia de nuevo. Entonces, con los ojos pesados de cansancio se tiró en la cama. En el suelo seguía el trozo de barra, algo doblado en sus extremos y que había conseguido en una herrería por Barquillo. Luego se levantaría a recogerlo, ahora tocaba respirar profundo, sobre la cama deshecha de temores. A su lado seguía el realce de la bomba. Con cara amarga, el Mateo se volvió hacia ella. Hasta entonces, para él, todas las mujeres habían sido un código secreto cuyas claves desconocía. En su búsqueda, le habían sembrado la semilla de una enfermedad íntima. La misma que le traería hasta Madrid, sin más equipaje que una maleta.

La tarde que llegó a Madrid cerró el trato. Después de haberse presentado ante el joven pintor para darle las gracias por la habitación, «hasta el jueves por la mañana no la ocuparé», el Mateo decidió ir andando hasta la plaza del Progreso. Eran las seis y media de la tarde y el cielo sombrío se reflejaba en los adoquines. Hacía calor en Madrid y las gentes más precavidas salían con paraguas a la calle. Sin embargo, los currelantes, ajenos a todo pronóstico, pintaban las rejas de los edificios, así como las fachadas y los bancos de la plaza. Quedaban los días contados para lo del enlace del rey y había que emplearse de lo lindo en causar una buena impresión a tanta visita extranjera.

Pasada una vaquería donde se respiraba el olor a alfalfa recién rumiada, quedaba el café llamado del Vapor. Con las primeras gotas de lluvia cayendo sobre su sombrero, el Mateo empujó la puerta. Encima de la silla, la caja de un violín mostraba el terciopelo rojo de sus tripas vacías. De pie, un joven, con pelos como flecos sobre los hombros, afinaba su instrumento. Era como si, con el arco del violín, cortase las lonchas de un jamón exquisito. En el escenario, otro joven descubría la tapa del piano. Era alto y tenía la cara como un bizcocho, culpa de una viruela mal curada. Con los primeros compases de unas valquirias lloronas, el Mateo se acercó con sorna.

—Sin duda alguna, y por mucho que lo disimuléis con vuestro poco talento, se trata de Wagner.

El del violín saludó a Mateo de barbilla y siguió afinando donde lo había dejado. Entonces el pianista, como si reconociera la voz, dejó de aporrear las teclas y exclamó:

—Mateo, dichosos los ojos que te ven. —Y de un salto abandonó el escenario, fundiéndose en un abrazo con el Mateo—. Dichosos los ojos, Mateo, dichosos los ojos que te ven. —Repetía en cada palmada. Luego, ya con más reposo, le preguntó qué era lo que le traía al Mateo por Madrid.

—Vine esta misma mañana —le contestó el Mateo—. Asuntos de negocios, ya sabes, lo de los libros. Me enteré de que habías dejado el *Nuevo Levante* y que ahora estabas contratado aquí. —Y juntó los labios en una fina sonrisa—. Y aquí ando.

—Asimismo, Mateo, pero hasta las ocho no arrancamos. Vamos mientras a tomar algo. —Y le señaló con la mano uno de los divanes despeluchados de la esquina,

invitándole a sentarse.

Pidieron unos cafés. Leandro Rivera, así se llamaba el joven pianista de la cara picada, hacía gala del éxito que estaba cosechando. Su nombre, junto al del violinista Felipe Martín Pindado, venía pegando fuerte en Madrid. «Ya tenemos más tablas que el carpintero del Arca de Noé». El Mateo contuvo la sonrisa al borde de la taza. También le dijo que no sólo los jóvenes más atrevidos iban a escuchar a Wagner, sino también viejos bujarrones. El Mateo afiló la gracia de su sonrisa y preguntó si también paraban por allí los Cambas, aquellos hermanos gallegos a los que el Mateo no veía desde hacía un par de años. Entonces el pianista de la cara de bizcocho entendió todo.

—¡Qué! ¿No te han pagado todavía?

El Quico le advirtió al Mateo que arreglase el asunto cuanto antes. Había que cuidarse de los Cambas, dos hermanos gallegos con la boca muy abierta. «Chivatos, se dicen anarquistas pero, por menos de una peseta, abandonan trinchera». El Mateo tuvo en cuenta la indicación del Quico. Por eso, su primera noche en Madrid se puso en el café que hay en la plaza del Progreso, junto a una vaquería.

—No, no me pagaron —contestó el Mateo—. Pero tú no les digas nada. Tan sólo les comentas que ando buscándolos.

—Suelen pasar a última hora, a la una de la mañana.

—¿Y el Antonio Apolo?

—Hace que no lo veo, la tira. Desde que lo entraron en el abanico.

—Pero, al final, salió, ¿verdad? —preguntó Mateo, enmascarando su interés con un sorbo de café—. Eso es lo que dicen, pero yo no lo he visto.

Dos años atrás, durante una de sus estancias en Madrid, a cargo del Quico, el Mateo conoció a todos. Fue por mediación de un joven extremeño, Antonio Apolo, cuando el Mateo entró en contacto con los Cambas. El Quico iba a sufragar los gastos de un periódico de esos que la gente de orden denominaba «de ideas avanzadas», y que tenía, como fin, estimular la incorporación a filas de futuros revolucionarios. La redacción quedaba en la calle Fomento y el periódico se titulaba *El Rebelde*. Y allí que se presentó el Mateo, con un paquete de monedas atadas y una idea en la cabeza. En cuanto se echó mano al bolsillo, la idea ganó capacidad en lo que a transmisión se refiere. Y lo de preparar un atentado contra Maura se convirtió en asunto fácil. Como tapadera pusieron la propaganda y colocación de las obras que publicaba la Escuela del Quico. Un trato comercial, a ojos vista de la policía. Los libros a cuenta eran del Reclus, del doctor Lucien Henault y de Charles Malato, libros que ni se devolvieron ni acreditaron su colocación. Pero eso al Quico le importaba poco, y menos aún al Mateo, aunque lo disimulaba.

—Mira tú que fue chica, la que le cayó al Apolo por lo del Maura —añadió el pianista, mientras relamía el azúcar del fondo de la taza. Sobre el escenario, su compañero hacía maullar el violín—. Mira tú que fue chica.

—Déjate de puñetas, peor fue la del Artal. Un crío, buen chaval, que todavía anda

podriéndose en el penal de Ceuta.

—Qué me vas a contar, mira tú, que ni los toreros se acercan tanto.

La puerta se abrió y un hombre, envuelto en un traje oscuro y salpicado de lluvia, entró en el café. Se trataba del mismo que el Mateo había visto en la barbería, a la mañana, y cuyos labios presentaban el aspecto del pulpo crudo sobre el merengue recién aplicado de la espuma. «Márcame patilla». Cuando pasó por su mesa, el pianista bajó la cabeza y sus mejillas se pringaron con el aceite de la vergüenza. El Mateo, con la taza en su mano, plegó el cuello y apretó los ojos, como si así pudiera contener el dolor. Y sopló el café. Pegó un sorbo y volvió a interesarse por el Apolo. «Hace más de un año que le soltaron, eso tengo oído». Y dejó la taza sobre la mesa y con disimulo de su mano acomodó el dolor de la entrepierna.

Tal como habían acordado, el Quico mandó los libros donde el Apolo. A los pocos días de recibirlos, vino el cheque y, a continuación, la visita de un hombre con los barrenos de dinamita. «Aquí traigo las velas». El hombre dijo llamarse Ceferino Gil y ser riojano, además de anarquista. A continuación fue detenido, junto con el Apolo. La cosa no le pintaba bien al Quico, que siempre sospechó del chivatazo. Por lo mismo, cuando entraron al Apolo en el abanico, el Mateo tuvo que regresar a Madrid para componer el asunto. Esta vez no llevaba monedas atadas, sino un talón. Así que el Mateo quedó con uno de los Cambas, el más espabilado, un gallego de buena planta con el brillo impostor en sus ojos morenos. El lugar de la cita fue una horchatería de la calle Alcalá, donde el edificio de La Equitativa, no tenía pérdida. El Mateo llevaba un talón por doscientas pesetas. Más que generosidad del Quico, aquello era la compra de su silencio. Y como el Apolo estaba recién entrado y su mujer, la Felisa, no tenía quien la cubriera, con el talón que el Julio Camba llevó a la Felisa, no sólo tapó su boca, sino también la del Apolo, que cumplió condena con los cuernos astillados pero guardando silencio.

«Los Cambas y el Apolo», le había repetido el Quico, como si aquel dato, envuelto en el papel de la aprensión, formase parte de las instrucciones. «Tienen que saber que andas por Madrid, buscándoles. Que no se encuentren contigo de sorpresa. Sospecharían del atentado y nos aguarían la fiesta». Y así hizo el Mateo, el mismo día que llegó a Madrid, dejándose ver en el café del Vapor, donde un joven andaluz con cara de bizcocho aporreaba las teclas de un piano y otro, taciturno, hacía maullar de necesidad las sonoras tripas de su violín. Dando las ocho y diez, con los primeros compases de unas valquirias flamencas, el Mateo se marchó. Afuera, la lluvia había cesado y el resuello de las cloacas llegó como un golpe a su nariz.

Por mucho que hubieran venido policías del extranjero a Madrid, y por más que unos detectives ingleses controlasen la seguridad de la familia real, de un momento a dos, podía ocurrir. Si en París, un año antes, no pudo evitarse, en Madrid no iba a ser menos. Lo que para unos era música, para otros seguía siendo ruido. Sin más apreciaciones, aunque un tanto deslumbrado por los reflejos de los sables y de las bayonetas que presentaban sus consabidos respetos a los recién casados, el teniente Beltrán tomó posición. Recostado sobre los maceteros de la barandilla, examinó el panorama con los ojos bañados en el plomo de una pesada desconfianza. El sol apretaba de firme y la cabeza del teniente Beltrán era lo más parecido al motor de un automóvil, siempre al límite de revoluciones y temperaturas. Al fondo de la iglesia, todavía quedaban los infantes sodomitas, los príncipes cornudos, los ministros triperos, las intimidades constipadas bajo las faldas escocesas y el goteo de uniformes, cruces, entorchados y galones que iban saliendo de a poco.

Sonaron rotundos los vivas, roncas las salvas y, entre tanto alboroto, el teniente Beltrán apreció el portazo. Cuando vio al rey por el ventanuco de la berlina de gala, todo él rematado por un surtidor de plumas blancas, el teniente Beltrán se puso en marcha, aligerando el paso, tal como le había consignado el Cojo en persona, la misma tarde que se hizo oficial el enlace. El Cojo había trazado su plan a toda prisa, sobre un papel sucio de café, tomando los lamparones como referencia para la carroza real. El teniente Beltrán iba a ser el encargado de adelantarse a ella, a pie y cuando la comitiva viniese de regreso. Tenía que seguir el paso del coche de los cuarterones de oro, también llamado de respeto, por ir vacío. Así que, sin más, el teniente Beltrán tomó posición, dejando a la vista el cuero sudado de la cartuchera. Y con los dedos tamborileando en la culata de la pistola, avanzó al estribo derecho del coche de respeto, tal como había ordenado el Cojo.

Delante de él, iba el coche ocupado por doña Virtudes, su yerno y su nieto, angelito. Y detrás del coche de respeto, rodaba el coche real, la berlina de gala rematada en su techo por la reluciente corona. Dentro iban los recién casados. «¡Vivan los reyes de España!». «¡Vivan!». El clamor popular ensordecía el repiqueteo de campanas. Un oleaje de cabezas, sombrillas y pañuelos, todo ello coronado por la espuma de los abanicos, amenazaba con inundar el paso de la comitiva. La hilera de guardias mantenía el cerco a golpes de culata. Se lanzaban al aire los sombreros y las flores, también los pañuelos, y hasta hubo quien arrojó prendas de vestir y paños menores. Las filas de soldados contenían la variada multitud que estrujaba el camino.

«¡Abran paso!», ordenaba el teniente Beltrán, al tiempo que seguía a la comitiva con la pistola pegada a la mano. «¡Abran paso!». Aquello no era más que el aperitivo. Ya llegaría el postre, un pastel de seis pies de altura y trescientos kilos de peso en bizcocho inglés. El *caqueval* lo llamaban. Como para chuparse los dedos. Mandado

hacer de encargo en la mismísima Inglaterra, tierra de la recién casada que, al ser hembra golosona y de tripita magra, se le hacía la boca baba con sólo acercarse a palacio. Al teniente Beltrán también, pues, aunque fuera de gustos salados, nunca despreciaba una buena crema si venía regada con licor. Con la cabeza al límite de revoluciones, le vino la resonancia de la última vez que puso en marcha la máquina intestinal. «Como *pa* no acordarse», masculló, mientras marcaba el paso del coche fantasma, también llamado de respeto. «Como *pa* no acordarse».

La cena le vino interrumpida por uno de esos encuentros que, de forma inconsciente, condicionan la existencia de un policía para el resto de su vida. Era noche estrellada y chispeante, con olor a canela y barquillo. Ambiente festero. El vecindario se engalanaba para saborear la víspera del enlace y el teniente Beltrán salía a cumplir con su tarea. El Cojo le había asignado montar la guardia en los Jerónimos, desde la medianoche, para luego empalmarla. Como al teniente Beltrán le quedaba todavía una hora, llevado por cierta apetencia gastronómica, se acercó a lo de la Concha para llenar buche. Así que, saliendo de su despacho va dándose un paseo hasta lo que era el antiguo callejón de los Gitanos, que es donde quedaba la taberna. Un lugar indecente y que en las madrugadas se infectaba de periodistas sin noticia, chipichuscas plantadas por algún torero y demás fauna de mala nota.

Aún no sabe a ciencia cierta el porqué de su gloria, pero lo cierto es que no hay amanecida en Madrid en que las mesas de lo de la Concha no estén a rebosar. «¿Qué va a ser?», le pregunta el camarero mal encarado, un chulainas flaco como raspa de sardina. Mirándolo bien, lo de la Concha ofrecía más repulsivos que hechizos. Dejando a un lado el trato personal, sólo había que atender al suelo y escuchar las cucarachas crujir bajo los zapatos; dejar caer la vista y asquearse con los salivazos que hacían patinar a los beodos. Sin embargo, no hay madrugada en la que el local no esté atiborrado con gente de pie, esperando mesa libre. Entre sus especialidades destacaban las judías con pimentón y chacina, las sopas de ajo choricero y, sobre todo lo demás, los pajaritos borrachos. Los citados pajaritos eran bocado para paladares exigentes, como el del teniente Beltrán que, de vez en cuando se daba el capricho. «¿Qué va a ser?».

El teniente Beltrán se queda con ganas de llamar al orden al camarero mal encarado. Sin embargo, llevado por el apetito de la andorga, que no por el de la guerra, pide un plato de judías pintas que, bien mirado, es forma prudente de empezar la guerra. El teniente Beltrán ya arreglaría cuentas, sabía que en esos momentos no era él quien tenía la cazuela por el asa y, por lo mismo, le podía venir un vengativo gargajo en el plato. Después de cenar le llamaría al orden, le conocía bien. Era un chispero que antes trabajaba la herrería en la estación de la Guindalera, uno de tantos que, al cerrar los tranvías de mulas, se tuvo que buscar la vida, a lo que saliera. Y ahora, aunque seguía empleado como herrero, las más de las veces ejercía de soplón.

Tras las judías, llegaron los pajaritos borrachos, un plato exquisito que el teniente Beltrán comía cogiéndolos por el pico y cortando con los dientes muy cerca de los

dedos. Los masticaba con rapidez, llenándose la boca de jugos. Y en ésas estaba, con el pico entre los dedos, cuando vio a los dos hombres entrar. A uno le conocía ya. Tanto, que el teniente Beltrán se le sabía al dedillo. Mandíbula cazarra, cara grana y ceja espesa. Se llamaba Isidro Ibarra y era habitual de las casas de comidas del centro. Remangado hasta los codos, igual le pegaba de cucharetazos a un plato de judías pintas que repetía cazuelas de callos sin dar digestión al estómago. Hombre de ideas avanzadas, había salido del abanico hacía bien poco y ahora trabajaba de inspector de tranvías en la maquinilla de Cuatro Caminos. Le entraron el pasado año, cuando lo de las revueltas por el hundimiento del tercer depósito y las barricadas proletarias encendiéndose por todo Madrid. El teniente Beltrán fue llamado a sofocar la rebelión. Su nombre, junto con el del coronel Elías, saltaría de nuevo hasta la opinión pública, que le tacharía poco menos que de criminal, debido a las formas empleadas a la hora de reducir las hordas de trapos negros y la rabia genital con la que los obreros protestaban.

El otro hombre, que aquella noche acompañaba a Isidro Ibarra, tenía una de esas caras capaces de pasar desapercibidas en todo momento. Lo que más llamaba la atención era su ropa. Vestía con cierto empaque teatral, de etiqueta y chistera, igual que si fuese a participar en la cuarta del Apolo o en alguna otra función a deshoras. Se sentó con el Ibarra al fondo, en la mesa que había pegada al cartel de toros. Mayo 1902. Función Real. El anuncio de la corrida con la que Madrid festejó la mayoría de edad de Alfonso XIII. Bombita, Machaquito y Lagartijo. Y allí mismo, bajo el cartel, Isidro Ibarra y su acompañante se pusieron con sendos platos de judías, dándose a lo que el teniente Beltrán denominaba: «una orgía intelectual proletaria». Remangado hasta los codos, el tranviario le pegaba de cucharetazos a un plato tan grande como una plaza de toros. Comía con los ojos en blanco y, de vez en vez, y con la mayor naturalidad del mundo, se desataba en un eructo de gratitud ante la comida. Sin embargo, su acompañante, aunque grandote también, conservaba ciertas maneras, las mismas que se aprenden en el ejército o en el penal, y que son resultado de una disciplina. Codos a los costados, boca cerrada para masticar, etcétera.

Cuando el Isidro Ibarra se dio cuenta de la cercanía del teniente Beltrán, agarró un cuchillo y, con la misma punta, se empezó a hurgar los dientes. Y con cierto disimulo le dijo algo a su acompañante que, presuroso, se bajó el ala de la chistera y giró su cuello. Desde la otra esquina, las pupilas de plomo se clavaron en el antifaz de sombra que le cubría la cara, y que no dejaba reconocer bien sus ojos. Isidro Ibarra palmeó, llamando al mozo. Con urgencia pagó la cuenta y se largaron. Entonces, el teniente Beltrán, con la servilleta atada al pescuezo y el pico de un pajarito entre la grasa de los dedos, se apresuró tras ellos. Llegando por donde La Equitativa, el tranviario volteó. Al ver que el teniente Beltrán les seguía, le dio un toque al de la chistera y aceleraron marcha. Al alcanzar la Puerta del Sol, se separaron. El tranviario cogió por Montera. El de la chistera siguió por Arenal. Llegando a la altura del Eslava, apretó el paso. Aunque pesado y corpulento en apariencia, corría con una

ligereza que se las pelaba. El sombrero de copa era igual a una chimenea brillante, tirando calle abajo. Y tras ella, y con la servilleta atada al cuello, el teniente Beltrán iba que echaba humo.

Llegando a Bailén, dobló Mayor arriba y, por donde Capitanía, la chistera y su dueño fueron tragados por las sombras cómplices de la ciudad. Y así fue como desapareció de su vista. A tales alturas, el teniente Beltrán tenía los pulmones hechos hojaldre. Todo había ocurrido esa misma noche, antes de la guardia. Horas después, a plena luz del día, el teniente Beltrán le volvería a ver de nuevo, en el mismo sitio donde le había perdido, como si se tratara de una aparición, o mejor, como si alguien jugara al juego de quitarle y ponerle pero sin cambiarle de sitio ni de chistera, rellenando así un retablo pueril donde el alumbrado no llega nunca a encenderse. Y de la misma manera, el teniente Beltrán le volvería a perder de nuevo, tras la explosión, cuando el humo y la sangre nublaban la vista.

Según las instrucciones recibidas, el Mateo tenía que informar al enlace de todos sus pasos, así como dar cuenta de cada novedad o alteración en el plan. «Una célula de apoyo en la que sus miembros no están trivialmente conectados», le dijo el Quico. «Ésa es la única manera de que pase desapercibida». Luego, en su mismo tono científico, el Quico le seguiría explicando que, de esta forma, al estar así relacionados los miembros de la célula, son sensibles a cualquier tipo de cambio. «Desde fuera, es imposible abortar el funcionamiento de la célula pues, la célula, es como si no existiese a los ojos de la policía y de sus chivatos». Luego, el Quico le recordó lo que pasaba en Madrid según recuentos, y que, de cada tres personas reunidas, dos eran policías y uno chivato. «También hemos de contar con las adversidades climáticas — subrayó el Quico—, y siempre resulta sospechoso un hombre esperando bajo la lluvia».

El lugar elegido era un sitio cubierto, al principio de la calle Alcalá, y que todo Madrid conocía como la horchatería de Candelas. El mismo sitio donde el Mateo quedó con el Camba, dos años atrás, para pagar arreglo por lo del Apolo. Además era el local donde trabajaba la camarera que llevaba un reguero de pólvora por cabello, la misma que le había parecido ver a la mañana, en el andén de la estación. Según instrucciones del Quico, el del enlace estaría en la horchatería las medias horas de las horas pares, a partir de las ocho de la tarde y hasta media hora más de la medianoche. «O sea, ocho y media, diez y media y doce y media», le atajó el Mateo al Quico, con cierta impaciencia. Así que, dando las ocho y media, bajo las luces confusas por la lluvia, el Mateo entró en la horchatería y se quitó el sombrero.

Caminaba como si no pudiera domar el dolor íntimo. El tintineo de los vasos y el cascabel de las risas se le pegaban a la ropa con un sudor frío. Atravesó nubes de humo hasta llegar al mostrador, donde dejó su sombrero y pidió un vaso de horchata que bebió de pie y sorbiendo en pajita, a la vez que lanzaba miradas a la redonda. Siguiendo las instrucciones del Quico, la señal visual consistiría en algo tan común como un periódico. «Pero cuidado, no un periódico cualquiera, Mateo —le advirtió el Quico, antes de darle el nombre—. Se trata de un periódico de come-curas, se trata de: *El Motín*». El Mateo cortó una sonrisa con el cuchillo de sus labios, como dando a entender lo acertado que había estado el Quico en cada uno de los detalles.

A partir de ese momento, sus ojos claros navegarían sin cesar, bordeando todas y cada una de las mesas, mientras las bujías rebotaban en los espejos como relámpagos en cielo de tormenta. Al final, los ojos del Mateo arrumbaron en la mesa más turbia, la del rincón, donde había un hombre de bigote espeso y mejillas como brasas. Estaba arremangado y con la visera echada hacia la nuca. Con los codos sobre la mesa leía un periódico. De vez en cuando, se llevaba la mano hasta la cazurrería de su mandíbula y miraba a un lado y a otro del local. Sus hechuras contrastaban con las

del hombrecito sentado a la mesa de al lado, de tan pequeño pongamos que raquíutico. Tenía ojos de sapo y poco más. El Mateo volvió al hombre que leía, arremangado y con los codos sobre la mesa. Hubo un momento en que levantó el periódico y entonces el Mateo alcanzó a leer la cabecera: *El Motín*. Entonces, el Mateo dejó el vaso en el mostrador y, con el sombrero entre los dedos, fue hacia allí. Cuando pasó por la hilera de las mesas del centro no pudo evitar el roce de la camarera rubia. Y le lanzó su sonrisa imitadora, prieta entre unos labios tan finos que resultaban dolorosos.

Para reconocer al del enlace, el Quico le señaló al Mateo que hiciese una pregunta concreta. «¿Sería usted tan amable de darme la hora?», por ejemplo. Y si la respuesta se daba abstracta, entonces no había duda, se trataba del enlace. Así que el Mateo se acercó al del periódico y le preguntó la hora en voz baja, arrastrando las palabras como si temiera dañarse los dientes con ellas. Y fue entonces, cuando el hombrecito, pongamos que raquíutico, se levantó de su silla con un brinco de rana y, así, se puso en el suelo, alzando sus ojos de batracio hacia el Mateo. «Color violeta. Hip. Camaleón hip, hip mineral», soltó de golpe, al igual que si tuviera la boca llena de cristales.

Y sin dar tiempo a más, el de las mejillas como brasas enrolló el periódico y, como diciendo «cuidado conmigo», amenazó al borracho que se hacía pasar por sapo. «Color violeta. Hip. Camaleón hip, hip mineral». Pero éste no se amedrentó hasta conseguir lo que quería, un puntapié que le desplazó hasta la hilera de mesas que había al centro. «Color violeta. Hip. Hip, hip».

—Anda y ve a la casa a dormir la curda —le advirtió, con todo su vozarrón, el hombre de las mejillas coloradas—. Y no molestes.

El Mateo asistía a su cometido con asombro. Sus ojos reflejaban las ganas que tenía de evadirse del momento. Sin embargo, el vozarrón le detuvo:

—Me llamo Isidro Ibarra, usted disculpe —le dijo al Mateo, tendiéndole su mano de dedos iguales que tripa choricera—. Me llamo Isidro Ibarra y usted debe de ser el que viene de parte del Quico, de Barcelona.

El Mateo apretó los labios y los bigotes se le ciñeron a la boca. Hizo un esfuerzo para estrecharle la mano.

—No te preocupes por éste. —Señaló al hombrecito de los ojos de batracio—. Es un pintor cornudo que anda borracho. Tú, ni caso.

Después de las presentaciones, el tal Isidro Ibarra se ajustó la visera, ciñendo su talento, e invitó al Mateo a compartir mesa. Y estaban recién sentados, cuando apareció un hombre de aspecto extranjero y con el pelo como hilaza. Venía acompañado de otro tipo, flaco también y con el rostro afilado y los ojos verdosos. Isidro Ibarra hizo las presentaciones. «Aquí el Polaco, aquí Paquito *Coperfil* y aquí un amigo que viene de Barcelona y es anarquista». El Mateo simuló una sonrisa que parecía cortada a golpe de hacha.

—Anarquista. Hip. Yo no me uniré jamássss, a la causa. Hip. Propaganda por helecho. Hip. Juajua. Por helecho —saltó el pintor cornudo con la boca llena de

cristales.

—Que te calles, ya, *Francisco Goya* y vete a la casa a pintar cuadros. Que aquí tenemos que pintar asuntos importantes —le regañó el Isidro Ibarra con las mejillas subidas de tono.

—Hip. De color violeta. Hip. Violeta.

En esos momentos, el Mateo era lo más parecido a un espectro al que hubiesen herido con el cuchillo de la realidad. Fue la voz de la camarera rubia la que le sacó del lienzo. «¿Qué va a ser?».

—*Chevecha*, hip —saltó el pintor de los ojos de batracio, levantando el dedo índice—. Una chevechita, hip.

Por vincularse de nuevo al grupo, más que por apetencia al refresco, Mateo Morral pidió horchata. El Isidro Ibarra y el tal *Coperfil* pidieron cerveza. Y el Polaco pidió un tinto con sifón, de carrerilla y marcando mucho el acento, como si lo hubiese aprendido en algún manual de gramática. Cuando la camarera rubia fue a por el encargo, las cejas de Morral se levantaron de asombro ante el proceder de los elementos de la célula, distraídos ahora en gulusmear, a través del espejo, todas las promesas que unas nalgas contenían. La camarera llevaba el pelo recogido en una trenza de mecha rubia que le llegaba hasta la grupa, y que hipnotizaba los ojos presentes.

—*Mare* mía. —Apuntó el Paquito *Coperfil*.

—Anda al *cuidao* con ella, que esa gachí anduvo liada con el Cojo —le comentó el Isidro Ibarra al Mateo, bajando la voz hasta la confidencia cerda—. Mucha mujer pa un hombre al que le falla la pierna. —Y se llevó la gorra a la nuca, desatando su talento. Y, ceñudo, carcajeó con estruendo. Después de la broma, el Isidro Ibarra propuso una adivinanza—: A ver, o teta brava y de pezón rugoso, o liso y llano y espontáneo. A ver, se admiten apuestas.

El Polaco se inclinó por la primera opción. Para él no había duda alguna, la camarera rubia pinchaba el uniforme, dijo, pronunciando las erres como si fuesen ges, produciendo un efecto de lo más cómico aunque al Mateo le pareciese lo contrario. Pasatiempos aparte, el Mateo se mostraba tenso. Inclinó su cuerpo y se llevó la mano a la cintura, como si con el solo roce de los dedos calmase su enfermedad secreta. Desde el suelo, el pintor seguía croando:

—Por helecho, hip, no soinarquista, hip, por eso soinchatable. Hip —farfullaba, intentando decir «Intachable, no soy anarquista y por eso soy intachable».

Entonces el tranviero se rascó la mejilla, que sonó áspera, como si en vez de piel tuviera lija:

—Haz el favor, *Francisco Goya*, y vete a la casa. Que no te lo tenga que decir más veces. O qué pasa, que el español es ahora una lengua muerta y prefieres que te lo diga éste en catalán. —Y señaló al Mateo.

Los espejos retrataban el conflicto, de frente y de perfil. Afuera se cerraba la noche y el rostro del pintor era igual al de un sapo que se repetía desde los distintos

ángulos del local. Entonces vino la camarera rubia, y sólo tuvo que cerrar los dedos sobre el vaso de horchata, al ir a servirlo, para estimular las babas de los allí presentes. Poco después, se montó la bronca. Fue cuando la camarera rubia brindó al respetable todas las promesas que hacían temblar la carne de su falda y las manos del pintor palparon más de la cuenta. No contento, el de los ojos de batracio se puso cargante y, en su descargo, vino a decir que, si algún día tenía dinero y la fama le sonreía, no iba a tener necesidad de cambiarse de acera, que a él le gustaban las mujeres.

—Y no como otros, hip, que les gustan sólo por guardar aparien... hip... cias.

El Mateo respiró por la boca y un ramo de venas marcó sus sienes. Entonces, como obedeciendo a una inspiración súbita, sin mediar palabra, el Isidro Ibarra tuvo su arranque bracerero. Y agarró al pintor por las solapas y le reprendió:

—Sepa usted, que este hombre —señalando de barbilla al Mateo— nos viene de Barcelona y tiene más de cinco duros y sigue siendo anarquista. Y yo, aun sin dinero, sigo siendo un hombre.

—Hip. No me disimulesss hip que en el abanico te lo rompierooon. Hip.

Fue al decir esto que, el pintor batracio, disparó una salva de perdigonazos por la boca, aperitivo de lo que vendría después, cuando Isidro Ibarra le levantó en vilo, dejándole con la cabeza próxima al ventilador y las puntas de los pies cada vez más lejanas del suelo. Entonces, de dos arcadas, el pintor desaguó todo, esparciendo gamas de color que iban del pimentón al vino tinto.

—Joer, qué asco. Llévenselo a la Casa Socorro. —Isidro Ibarra, soltándole de golpe. Plam. Al suelo.

A la sazón, el Polaco y el Paquito *Coperfil* se remangaron con urgencia para officiar de enfermeros. Y fue al ir a agacharse, que al tal Paquito *Coperfil* se le rompieron los pantalones por donde más cruje. Un sonido escabroso y empinado que abochornó las orejas del Mateo, poniéndoselas del mismo color que la sobrasada. En contraste, su cara se había puesto pálida, como la de las figuras de cera. A todo esto, el pintor seguía tirado en el piso, revolviendo las sombras de su propio vómito en una muestra efímera de lo que es el arte, pues no tardó en llegar la camarera rubia con el cubo de serrín.

—Este tío no ve *na* más que jilgueros. Qué digo yo jilgueros, este tío no ve más allá de sus propios cuernos —refunfuñó el Isidro Ibarra, con mucho gesto de brazos.

—Está borracho —consiguió decir el Mateo, con la voz igual a la de un hombre torturado que, para respirar, abre la boca.

—Con más razón —protestó el Isidro Ibarra.

—La muerte, hip, nunca podrá estar legitimizada, hip, por ideas políticas —apuntó el pintor, llevado a hombros entre el Polaco y el Paquito *Coperfil*.

Mateo intentó decir algo también, pero lo sujetó con el filo de sus labios. Le volvió el rapto de rigidez que acusó en la cintura. Y se echó la mano a los riñones.

—Paga la cuenta, que nos damos el piro —le ordenó el Isidro Ibarra con todo el

cazurreo de su mandíbula.

Afuera la noche venía caliente y, al doblar la esquina, por donde La Equitativa, les llegó el aliento de un perro enfermo.

—Las putas cloacas, desde que levantaron el edificio, menuda peste —refunfuñó el Isidro Ibarra, con una mano en la boca y la otra en la bragueta—. Espera, que voy a cambiar el agua a las aceitunas. —Y así, se desabotona, y se pone contra la fachada de La Equitativa—. *Joer*, menuda peste.

El Isidro Ibarra hace circulitos mientras orina y el Mateo se fija en el detalle, a la vez que se aproxima hasta él. Va con la mano ajustada en la boca, como una trompeta, que le pone en la oreja al Ibarra. Y cuando el Mateo le suelta que no va a atentar en la iglesia, el sonido espumoso se corta de golpe y hasta las cucarachas huyen despavoridas. La luna llena del reloj de La Equitativa marcaba las diez y media de la noche.

Hasta entonces, el último milagro había ocurrido el año pasado en París, a la salida de la ópera cuando, al ir a adentrarse en una calle oscura, retumbaron los bajos de su carroza. «Gajes del oficio», parece ser que dijo un joven Alfonso XIII, mientras se componía las ropas tiznadas de pólvora. Aquello se contaba por Madrid como si se tratase de una gracia.

El pueblo reducía su mitología a Cristo, a la Virgen, a algunos santos festeros y a la familia real que, desde no sé sabe cuándo, había sido elevada a la categoría de los dioses. Y ahora había quienes, no contentos, oscurecían de sangre el viejo cuento. «Propaganda por el hecho», lo llamaban. Y el teniente Beltrán había sido el encargado de contenerla. Desde aquella reunión mantenida con el Cojo, haría cosa de dos meses, no sólo habían perdido valor sus galones y su voz de mando, sino también su posición en el Cuerpo. A partir de ahora, cualquier inspector le podía dar órdenes. A partir de ahora, en cualquier momento, la más pequeña negligencia se convertiría en excusa para su cese.

Lo ocurrido en París, justo un año antes, había afianzado aún más la inmortalidad de Alfonso XIII. *Buby* se había convertido en un pequeño dios al que el fantasma del anarquismo, pretendía asustar sin éxito. El rey, además de la fidelidad del ejército, contaba con la fidelidad de su Guardia Real y de todos los serenos y soplones, a los que había que sumar la Policía Montada, cuerpo creado por el Cojo para justificar los dineros invertidos en una partida de yeguas. El citado organismo equino lo dirigía gente de confianza, criada en caballerizas reales. En su visita a Francia, el rey no contó con tanta seguridad como la desplegada en Madrid por aquellos días. Además, poco o nada podían hacer los anarquistas ante un rey con baraka. Según providencia, Alfonso XIII había nacido con privilegios de Dios. Y ante tal asunto no existe pólvora, ni química, ni nada que se le parezca, a la hora de tumbarle. Lo demostró cuando chico, cuando a punto estuvo *Buby* de morir por las fiebres. Y lo reafirmó en París, el año anterior. «Gajes del oficio».

Por no hacer asco al presidente de la República francesa, el joven monarca había asistido a la representación de *Sansón y Dalila*, en la Opera de París. Malditas las ganas, pues Alfonso XIII arrastraba una resaca de órdago y lo último que le apetecía era escuchar música. Para él, aquello no era más que un teatro donde los actores cantaban como si les estuvieran degollando. No había heredado la afición de su padre por el género operístico. Pasada la media noche, acabó el espectáculo y el rey, todavía algo aturdido por los excesos del día anterior, se subió a un coche descubierto para regresar al Quai d'Orsay. Le acompañaba su anfitrión, *monsieur* Loubet, presidente de la República.

El joven monarca iba reconstruyendo las escenas que le habían llevado a tal resaca; la velada con la gallega en el Weber's y los pechos succulentos que le hicieron

recordar las antiguas bomboneras de palacio; aquellos estuches siempre dispuestos sobre el piano de su tía Isabel, la Chata. Volviendo a la noche anterior al atentado, el rey pidió champaña y la gallega solicitó un vaso *specialité* de la casa que, por el color, el joven monarca dedujo que se trataba de cerveza. Cuando la gallega acercó su boca al oído del rey y le dijo lo que era, a éste se le clavó la nuez en el botoncillo del uniforme. Lo que pasó después, es lo que suele pasar cuando se encienden dos temperamentos verriundos. La gallega, mujer experimentada que había desgastado los colchones de algunos aristócratas, tiró del mantel, provocando un gran estruendo de cristalería. Acto seguido, aplastó sus nalgas sobre la mesa y dejó caer las piernas sobre los hombros del joven rey, que sorbió a buchec cortos. Ella relinchaba como yegua disfrutona, vaciando las inquietudes contenidas en su pilón.

A la Bella Otero, mujer gallega de sexo inflamado como tripa de gaita, le subía las fiebres el aliento del joven rey. Cuando introdujo sus dedos, se escuchó el chisporroteo, lo más parecido a una sartenada de pajaritos fritos puesta al fuego alto. El joven rey se los llevó hasta la nariz, y aspiró con exquisito refinamiento el perfume histórico que toda mujer guarda en sus entrañas. Y con estas cosas iba el joven rey acomodado en la carroza, componiendo los fragmentos de la noche anterior, magnificándolos en su cabeza borbónica cuando, al adentrarse en la Rué Roñan, justo en el momento de doblar a la de Rívoli, escucha otra vez silbar. Es el aviso. De inmediato llega la detonación. De los salones de alto copete, la historia había saltado a las calles y ahora se contaba en los insomnios de las tabernas de todo Madrid.

Había ido a París a buscar novia y se encontró de frente con la sombra de un fantasma que le arrancaría el sueño de cuajo. Aquella noche, a la salida de la ópera, la pesadilla del anarquismo se le pegaría para siempre al lienzo de los calzoncillos. Por mucho que *Buby* intentase disimularlo, el miedo también lo sufren los dioses aunque no les esté permitido confesarlo. A partir de entonces, su futuro asomaría lleno de imprevisibles emboscadas. Justo un año después de aquello, el presagio de que muy pronto iba a adjudicarse otro milagro, puso las tripas de la policía a funcionar antes de tiempo. «Eso es como limpiarse el culo antes de cagar», apuntó el teniente Beltrán, en el despacho del Cojo. «Y discúlpeme, su excelencia, pero así lo pienso».

Sin abandonar la plasticidad de su discurso, el teniente Beltrán fue poniendo otros ejemplos. Le intentó explicar al ministro que un fanático, dispuesto a morir, es siempre el mejor método para eliminar a un rey, cuando un rey se exhibe en público.

—Pero hay tan pocos que estén dispuestos a arriesgar su propia vida que, de esos pocos, sólo hay que preocuparse lo suficiente, no sé si me explico, su excelencia.

—Sí, hombre, que la mayoría de los anarquistas son ateos aunque parezcan cristianos —soltó el Cojo.

Y fue añadir esto y, con el mismo dedo, sobre un papel salpicado de café, ponerse a trazar el plan. «Arenal, Sol, carrera de San Jerónimo». El Cojo enumeraba las calles por donde pasaría la comitiva. Con la voz ronca de oporto, iba refiriendo las horas y las posiciones, concentrando la mayoría de los efectivos en la iglesia y salteándolos

en el trayecto. Al teniente Beltrán le tocaba hacer doblete. «Guardia en la iglesia y escolta para el coche de respeto, a la vuelta».

—Vamos a ver, la única forma de anular un atentado es adelantarse a él. No sé si usted no me entiende o yo me explico, su excelencia —le contestó el teniente Beltrán, de seguido, levantando el pescuezo, y poniendo a la vista la matraca obsesiva de una nuez que pinchaba a los ojos.

—Sí, claro, lo mismo que la víspera de la Coronación —soltó el Cojo, muy resuelto.

Entonces el teniente Beltrán acusa el reproche y corta, afilando la mueca de su cara, como si sufriese del hígado:

—Si me permite decirle, su excelencia, aquello estuvo bien planeado. En una taberna por los *Cuatrocaminos* hicimos el arsenal y pusimos el cebo. Tiene narices el regaño. Además de ser cartuchos inservibles se vendieron a buen precio. Trinqué al Palacios, al Antonio Apolo y al cabrón del Tigre, aunque luego quedase en libertad.

—Y de Francisco Suárez, se olvida usted, Beltrán.

Entonces sus ojos alcanzaron los del Cojo que eran prietos y rasgados, como los de un reptil que anuncia su mordedura.

—Francisco Suárez, si me permite recordarle, su excelencia, murió de insolación. Era a mediados de junio y hacía mucha calor. Congestión solar, dictaminó el forense.

—Vaya por Dios, una insolación un tanto discriminatoria. Ni usted ni ninguno de los guardias que acompañaban al preso la sufrieron, creo recordar.

—Dios es así, siempre castiga a los ateos —y esbozó la mueca, como si no pudiese completar la sonrisa.

Ante la exposición del teniente Beltrán, el Cojo tuvo a bien decir que eso mismo pensaba él. Además, como el Cojo era hombre siempre dispuesto a premiar, gratificaría a los que, al igual que el teniente Beltrán, hicieran doblete. «A la noche, guardia en la iglesia, por el día, escolta del cortejo». Y con éstas, el Cojo pudo seguir señalando con el dedo el lugar que correspondía a cada momento. A las nueve de la mañana saldría la primera comitiva de Palacio. La berlina de gala que llevaría al rey, a su cuñado y a su sobrino, y que tomaría Bailen hasta Arenal, y de allí cruzaría la Puerta del Sol, y continuaría carrera de San Jerónimo abajo, hasta llegar a Neptuno. «En ese momento, más o menos, saldrá la novia del Ministerio de Marina en el coche de caoba», apuntó el Cojo, como si todo lo tuviese calculado con tanta anticipación. «Dentro irá acompañada por la reina María Cristina». El teniente Beltrán, con el plomo de sus ojos, seguía el dedo del ministro. El Cojo trazaba el itinerario igual que si fuera una lección de escuela. «A la vuelta, el cortejo tomará por Alcalá, cruzará Sol hasta llegar a Mayor y, de allí, seguirá a palacio».

El Cojo lo reducía todo a algo tan simple como un juego de chiquillos en el que los traseros más sensibles siempre salían perdiendo. «No hace falta decir que todo esto es información confidencial». Cuando el Cojo acabó, el teniente Beltrán le acercó la cara hasta olerle el aliento. Fue directo. Quería contemplar un anticipo a

cuenta. El Cojo, con arrugas de astucia en el marco de los ojos le dijo que sí. Y sin apartarle la cara, añadió: «La noche de la guardia, se le adelantan un par de horas para que pueda cenar y adecentarse». Con la lengua contenida entre sus afilados dientes, el teniente Beltrán agarró el papel que había sobre la mesa.

La marca que había dejado el dedo del Cojo, y que mostraba el recorrido del cortejo, se asemejaba a un ocho trazado con mal pulso. Sobre el lamparón de café, la señal donde se estrangulaban las líneas: la Puerta del Sol. El teniente Beltrán dobló el papel y se lo guardó en el bolsillo.

Llevado por el mal humor, le dio la espalda y se acercó a la ventana. Afuera el manto oscuro del cielo cubría París y el Mateo hizo ademán de abrocharse el abrigo.

—¿Dónde va, mi querido, Mateo? ¿Es que no ve que va a llover? Además, aún no hemos empezado con la lección. Acomódese. —El viejo Espadón le señaló un sillón de orejas al que se le salían las tripas de lana, y siguió—: Le iba diciendo, mi querido, Mateo, que tenemos el hierro y, además de los dineros, y a falta de pan, tenemos ponzoña verde. —Cogió la botella mediada y se sirvió—. *Vert*, del color de la esperanza. —Y alzó su copa, bebió un trago y siguió perorando con el tono épico de las grandes batallas:

La bomba que vamos a utilizar no es nueva, ya está inventada y es lo más preciso y letal hasta ahora concebido contra un rey, mi querido Mateo. El primero en utilizarla fue Felice Orsini, de ahí su nombre. La bautizó contra Napoleón III, a la salida de la Opera de París. Desde aquel día hasta hoy el mecanismo ha evolucionado. Para que se haga una idea, querido Mateo, el sistema que vamos a emplear es el mismo que utilizan los clientes en los hoteles cuando llegan y no está el conserje. Sabe a lo que me refiero.

—No, bueno... sí, me imagino. —El Mateo ató los libros con una cuerda que encontró encima de la mesa. Lo hizo como si los fuese a tirar en la primera cloaca que encontrase abierta.

—Ah, mi querido, Mateo, ya le dije que el saber no embota lanza. —Volvió a acariciarse su perilla de chivo viejo—. Cuando llegamos a un hotel y no está el conserje, hacemos uso de ese aparatejo que suele haber en los mostradores y que se inicia presionando con la palma de nuestra mano.

—¿Un timbre?

—Eso mismo, mi querido Mateo.

Y fue contestar esto y el viejo Espadón acercarse a la mesa, donde tenía la botella casi acabada. Pero no la cogió. Qué va. Ante el asombro del Mateo, el viejo Espadón sacó una naranja del frutero y se la arrojó por lo alto. El Mateo la pilló en el aire.

—¡Pólvora! —exclamó el viejo Espadón—. Las peladuras de naranja se utilizan para hacer pólvora, mi querido Mateo. Pól-vo-ra. ¿Ha entendido?

El Mateo le escrutaba con los ojos a punto de salirse de las cuencas. Entonces, el viejo Espadón, lanzando una sonrisa paternal sobre él, le cortó el paso.

—Quédese, aún no hemos empezado. Además, está lloviendo. —Y señaló la ventana—. Ahora viene lo mejor, mi querido Mateo pues, superada la primera lección, que es la que nos permite hacer uso de lo cotidiano para beneficio de la revolución y distinguir a un revolucionario de los demás hombres, una vez aclarado esto, viene lo mejor.

La lluvia repiqueteaba tras el cristal. Afuera, la Rué de Rennes se ofrecía cubierta

de charcos y el Mateo sostenía una naranja entre sus manos con el cuidado de un poeta al que las musas acaban de revelar que, más que naranja, aquello es una bomba.

—¿Sabía usted que el hombre es el único animal que tiene el privilegio de beber sin sed? —El viejo Espadón volvió a la ponzoña verde—. ¿No lo sabía?, pues siéntese, haga el favor, que ahora viene lo mejor. —Y señaló una silla.

El Mateo se sentó con el atado de libros sobre sus rodillas y la naranja entre las manos.

—Si combinamos la pólvora con elementos químicos que expandan la carga, el resultado, mi querido Mateo, será el caldo de sangre que la monarquía necesita. Y si, en vez de pólvora, hacemos uso de una buena dinamita, envenenada con el aroma de las almendras rancias, el resultado es un cava exquisito por cada una de sus burbujas.

Se encontraba frente a la figura más venerable de la rebeldía española, don Nicolás Estévanez, un hombre que había sido masón, parte activa en la Gloriosa, pieza clave en la República, sublevándose en Andalucía, tomando Linares, batiéndose en Almuradiel, y peleando como un bravo contra la columna Borrero en la acción de San Andrés. De él se contaba que, cuando fue proclamada la república y nombrado gobernador de Madrid, lo primero que hizo fue poner un cartel en su despacho que avisaba: EL GOBERNADOR NO TIENE NI DESTINOS, NI DINERO, NI NADA QUE DAR. Decían que era tan generoso que siempre que tenía oportunidad lo demostraba, como aquella vez que salvó la vida a su adversario, el general Bonito, utilizando su propio coche para ocultarlo y ayudándole a escapar al extranjero. El viejo Espadón rechazaba la chusma y las pretensiones incendiarias.

—Mi querido Mateo, la idea del orden es una enfermedad que sufrimos los militares, por eso, el caso más flagrante de desorden que puede darse en un país es el de poner a la cabeza a un militar para llevar las riendas de lo civil. La idea militar del orden es puramente material, mi querido Mateo, como materiales son los métodos que utilizan para llevarlo a la práctica. Palo y tentetieso, es la consigna. Pero lo peor no es eso, lo peor es el pueblo que hay veces que lo pide. —Tomó un sorbo de ponzoña y alzando su copa vacía, exclamó—: Vivan las *caenas*.

Al Mateo le bastaba con escucharle para darse cuenta que aquel hombre llevaría dentro un soldado toda la vida.

—Por eso, nuestro país, mi querido Mateo, ha sido, es y será la excepción. Los que piensan que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases, se equivocan de lleno. Sólo hay que darse un garbeo por la historia más reciente de España para darse cuenta de que esto no es así. —El viejo Espadón soltaba su discurso con el empaque del que se sabe en lo cierto, acelerando el tic nervioso en los ojos y alzando su copa vacía, como si aún estuviese llena de esperanza—. La historia de nuestro país es la historia de la lucha de las clases altas por hacerse por el poder, mi querido Mateo. Sólo mirar nuestra burguesía, ya sea ilustrada o sin lustre. Cada vez que ha tenido oportunidad, se ha apoyado en la fuerza del pueblo para conquistar a la aristocracia zonas de poder. Nunca para transformar la sociedad. Eso es lo que

pasa cuando el pueblo está desposeído de conciencia de clase, que lo utilizan para luego venderlo como carne de lidia. Carne de lidia, mi querido Mateo. Carne de lidia.

La lluvia caía sobre París y el viento hacía sonar las tejas como si fuera una sacudida de huesos. El Mateo tomó aire, dejó los libros a un lado y sacó el cortaplumas de su bolsillo. Y se puso a pelar la naranja. «Con su permiso».

—Vaya, le veo muy diestro en el manejo de la hoja. ¿Se sabe afeitar solo, o es de los que necesitan barbero? —El viejo Espadón, socarrón.

Mateo tragó y fue a decirle algo, pero el viejo Espadón no le dejó:

—Ya que tiene hambre, espéreme aquí que voy a traerle algo mejor que la pólvora para que se le caliente el estómago. —Y se levantó pesado y fue hacia la cocina.

Al rato apareció con el puchero entre sus manos, burbujeante de sopa. Por uno de sus bolsillos asomaban dos cucharas de madera.

—Sopa, como corresponde a la gente fina. Tome. —Le tendió la cuchara al Mateo—. Tome y empiece. Que aunque el dicho diga lo contrario, soy de los que opinan que, con andorga llena, anda la atención despierta.

El Mateo probó la sopa con la punta de la cuchara y le vino una arcada, como si el vientre se le hubiese humedecido de asco.

—Vaya, mi querido Mateo, es usted un salvaje.

El Mateo dejó la cuchara, sacó el pañuelo y se limpió las salpicaduras del gabán. A pesar del tic en el párpado, el viejo Espadón no le sacaba ojo.

—Digamos que es usted un hombre primitivo que sólo gusta de los asados, digamos, mi querido Mateo, que es de esos que creen que la cocina española está llena de ajo y prejuicios religiosos. —Y volvió a pegar otro sorbetón a la sopa, igual a un chivo sediento ante el abrevadero—. Los que, como usted, así opinan, mi querido Mateo, no ven más allá de su historia más reciente. Pero yo a usted le voy a contar una cosa que no ha de olvidar, pues el hombre llegó a su refinamiento culinario en el Neolítico, no lo olvide, mi querido Mateo, cuando descubrió las vasijas y el arte de la cocción, convirtiendo lo crudo en cocido gracias al recipiente. —El viejo Espadón con la cuchara señaló el bulto de la pistola, en el bolsillo del Mateo—. Es curiosa la inventiva del ser humano, mi querido Mateo, cómo es capaz de llegar al asesinato previo con toda clase de alevosías para poner en marcha su máquina intestinal, asando cerdos, cochinillos, cabritos, bueyes y venados. Y es curioso como, a eso, lo denomina arte culinario, mientras que luego se horroriza cuando ha de agarrar un arma para defender su memoria. Y ¿qué es el arte culinario si no es memoria? Diga, mi querido, Mateo, contésteme.

Aquel hombre gordinflón, de perilla larga y calcetines a los tobillos, y que ahora le reprendía cuchara en mano, mostraba autoridad en todo lo que hablaba. La misma que da el haber caminado descalzo sobre el filo de un sable. «El gobernador no tiene

ni destinos, ni dinero, ni nada que dar».

—Y puestos a recordar, mi querido Mateo, está usted ante un hombre de su tiempo que mantiene viva la memoria militar y que aborrece los tribunales. Y que no quiere cambiar la espada del combatiente por la pluma del escribano de las justicias. El germen de nuestra destrucción viene incubado con lo de las Jurisdicciones. Hoy quieren ser juristas hasta los sargentos, y corren tras un despacho, sin darse cuenta de que corren al matadero. En España andan cortos con el debate, mi querido Mateo. Cómo se explica que vayan al corral y pongan a las gallinas a decidir con qué salsa quieren ser cocinadas. Y el pueblo acabe disputando acerca de quién lo ha de reventar a uno. O los jueces militares, o los civiles. Pues ninguno de los dos, mi querido Mateo, pero ya que alguien ha de juzgar, pues que sean los civiles, hombres de entendimiento perturbado por el estudio de las leyes. A los militares que nos dejen la espada.

El Mateo no le dejó seguir con la letanía. Arrojó la cuchara al cazo y señaló que se le estaban haciendo demasiadas concesiones al ejército desde el gobierno y que, en España entera, estaba renaciendo el militarismo. El Mateo puso de ejemplo lo ocurrido en Barcelona, en el asalto a la redacción del *Cu-Cut!*, a principios de año, cuando los militares entraron a saco con la punta afilada de sus bayonetas. Más de un redactor andaba aún sin poder sentarse.

—Conozco el paño, los oficiales de la guarnición, creyéndose insultados, atropellaron la redacción del periódico. Ni eso es nuevo, ni es militarismo. Además, no concibo yo que censuren las violencias de los militares los que más necesitan a los militares. Lo de la ley de las Jurisdicciones es una forma de civilizar al ejército, dándole sitio en la mesa de los burgueses, y poniéndoles a soplar cuchara. El problema de España no es el «militarismo», mi querido Mateo, es el «generalísimo», la gran calamidad del ejército cuyas primeras víctimas somos los militares.

El viejo Espadón hablaba con la boca llena, salpicando de calducho a diestro y siniestro, sin importarle que los fideos saltasen sobre su perilla de chivo veterano. El Mateo le volverá a encontrar de nuevo, en Barcelona, así y como quien dice el otro día. El viejo Espadón venía de tapadillo y su intención era embarcarse con destino a Cuba y hacer parada en Canarias, tierra que le vio nacer. Pero bajo este propósito había otros dos encubiertos. El uno era traerse de Cuba a hombres con ganas de entrar en acción. El otro era traer hasta Barcelona la cascara del artefacto. Una soldadura belga camuflada dentro de una maleta de buena factura y con la que el Mateo viajaría a Madrid.

Había quedado con él para almorzar en el hotel de Oriente, un hotel de timbre y categoría donde el viejo Espadón se alojaba. Una mesa para cuatro personas. Las otras dos personas iban a ser el Quico y el Emperador del Paralelo. Ya en la mesa, levantaron barricadas de papel y las envolvieron en el olor picante del vinagre. Asestaron cuchilladas al cochinillo relleno de tomates tiernos y, con aceite tibio, pringaron el pan de las sopas. A los postres, brindaron por el futuro con el mismo

cava con el que se escancian los sueños y que enrojeció las mejillas del viejo Espadón, siempre tan dispuesto para los escarceos con la botella. Después de la ingesta, el viejo Espadón y el Quico cogieron juntos el tranvía. El Mateo y el Emperador del Paralelo esperaron dos o tres tranvías más y, al final, tomaron uno que les dejó muy cerca de la casa donde vivía el segundo. La visita de Mateo fue breve, el tiempo que tardó en recoger la maleta que esperaba en el recibidor.

Dentro del coche de caoba, doña Virtudes sostenía a su nieto en brazos. Al lado iba el padre, Niño, mostacho de pelo duro, cabeza erguida y sable entre las piernas. El de Casería acariciaba la empuñadura con sus manos surcadas de venas azules. De vez en vez, sacaba una para saludar a toda aquella multitud que se estrujaba al paso del desfile. «¡Vivan los reyes de España!». El teniente Beltrán, aunque consignado al estribo derecho, se mantenía alerta en todos los puntos cardinales al alcance de sus ojos. «¡Vivan!». Podía escuchar el relincho de los caballos, el trote elegante de don Rodrigo Álvarez de Toledo, primer lacayo de su majestad y que se mantenía pegado a la rueda derecha, con la mirada preñada de virilidad hacia la nueva reina. A veces, don Rodrigo se adelantaba un poco, alcanzando la cabeza de los caballos emplumados que tiraban de la berlina real. Y cuadraba sus genitales en la montura.

Entre la gente se sucedían las riñas, los pisotones y las avalanchas. Farolas, tejas y guirnaldas de tranvía llevaban ocupadas horas antes. No cabía la punta de una sombrilla. La perversión de contemplar, por un instante, el paso fugaz del cortejo de dioses y reyes, no escatimaba sacrificios. Los balcones estaban a rebosar y el teniente Beltrán apostó consigo mismo que alguno iba a ceder ante tanto peso. La calle Alcalá había amanecido cubierta de arcos triunfales y guirnaldas, colgaduras de sangre y oro, banderolas de papel que la gente agitaba con un fervor patriótico, a veces tan ridículo, que subía los colores. Hubo un momento en que alguien creyó ver a la Cibeles elevándose de puntillas para así poder otear entre las cabezas, las pamelas, las viseras, las sombrillas y toda la chiquillería que se le colgaba de los cabellos. Los soldados intentaban contenerlos a pinchazos de bayoneta y, con tal medida, lo único que conseguían era que la turba se desatara más aún.

Al teniente Beltrán le daba en las narices que, en cualquier momento, una de esas viseras, o cualquiera de aquellos chavales, inofensivos a primera vista, se acercaría por detrás y bum. Cabía la posibilidad de que, entre el gentío, apareciese de pronto un chiquillo cargado de mocos y hambre, entrenado para apretar gatillo. O una mujer, una de aquellas mujeres emperifolladas que, entre sus ropas, llevase oculta una bomba del tamaño de una naranja. Sólo acercarse a la berlina de gala y bum. Como había ocurrido en el Liceo. Si eso pasaba cerca, lo peor que le podía ocurrir al teniente Beltrán era salir con vida. El impacto le agarraría por los genitales hasta encogérselos, cuando tocase firmar el cese. Sabía que en cualquier momento podía sobrevenir. Y si en París no se pudo impedir el atentado, en Madrid no iba a ser menos.

Llegando a la Puerta del Sol, al teniente Beltrán le chorreaban los sobacos. En uno de los balcones de Gobernación divisó al Cojo. Y con el pecho húmedo de transpiración, pero sin perder el paso, se desanudó el corbatín. Y fue al final de la calle Mayor, con el repiqueteo de todas las campanas de Madrid sonando el bronce, y

llegando a ese pequeño asiento desde donde se alza la iglesia de Santa María, cuando el teniente Beltrán volvió a ver al hombre del sombrero de copa. Estaba al otro lado de la calle, pegado a la tribuna que habían puesto en el Petril de los Consejos, junto a Capitanía, en el mismo sitio que la noche anterior le perdió de vista. La sombra de la chistera cortaba en dos su rostro, como si llevase un antifaz. Se había colocado detrás de una fila prieta de sombrillas y mantenía el puro encendido entre los labios. Entonces el teniente Beltrán clavó el plomo de sus pupilas sobre el periódico que aquel misterioso hombre llevaba bajo el brazo. Le abultaba demasiado, como si llevase algo dentro.

Sin tiempo que perder, el teniente Beltrán se echó mano a la pistola y cruzó por delante de la escolta. Los caballos relincharon y, por un momento, la comitiva paró en seco.

En un principio, el Mateo había jugado con la idea de llegar hasta los últimos fuegos. Así se lo hizo ver al viejo Espadón, lanzar la bomba dentro de la iglesia y conseguir una obra sangrienta. Una faena donde cobrasen forma los blancos al entrar en contacto con el bermellón de las gargantas abiertas de cuajo. Y unos cuantos gramos de pólvora chamuscando los bigotes. Y el glorioso azul purísima extendiéndose más allá de los altares, de las tribunas, de los cuerpos desollados y de las alfombras reducidas a ceniza. Sólo los correaes y las cruces resistirían con rigidez el paso de las llamas. En el centro, coronando el cuadro, las tripas del rey, tachonadas con trozos de vidrio y cartílago. Y al fondo banderas y mantos, y túnicas y golas, vomitando el humo de la destrucción. Y un Cristo con la metralla incrustada en sus ojos, surgiendo de una montaña de cascotes y almendrilla. En su cabeza recién parida brillan siete clavos, como siete puñales sangrantes, de pecado.

—¡Saltará la sangre en el barreño, mi querido Mateo! Aunque no sea San Martín, aunque no estemos en fecha. ¡Saltará la sangre en el barreño!

La idea que el Mateo le transmitió al viejo Espadón era alcanzar una explosión gloriosa de belleza que ni punto de comparación con lo de Salvador en el Liceo. A diferencia, la del Mateo iba a ser sublime, única; la expresión cruel de un ángel de alas negras, podrido de literatura y espanto, capaz de condenar a las altas jerarquías de palabra y obra, convirtiéndolas en ingredientes para su gozo de artista. El Mateo se mostró ante el viejo Espadón como un joven que cargaba con el instinto del que desea ser admirado por su propia faena.

—Advierto en usted, mi querido Mateo, que está enamorado. Y el amor, es la carga más explosiva que existe. —El viejo Espadón le dijo esto mientras volvía de la cocina de llevar las sobras de la sopa. Afuera seguía lloviendo y sobre París se extendía el manto húmedo de la noche—. Ya sabrá que, si le falló la bomba de la Rué Rohan, la culpa la tuvo el amor, porque usted no andaba aún enamorado y el amor, mi querido Mateo, es lo que hace a un hombre tomar posición en la vida. ¿O me equivoco, mi querido Mateo? —Y el viejo Espadón se le quedó mirando con el tic nervioso de sus ojos rientes.

El Mateo enrojeció por las orejas. Se llamaba Nora Falk, movía las caderas con la precisión de un reloj suizo, y el Mateo la conoció momentos después lanzar la bomba. A resultas de que sabía silbar, a la tal Nora Falk le había tocado quedarse en una de las bocacalles y dar el aviso al paso de la comitiva según salía el rey de la ópera. Nora Falk venía a ocupar la posición del pequeño Alberto Libertad, un minusválido que brillaba igual que una monedita de oro entre un montón de calderilla y al que acababan de trincar, junto con el Tigre y todos los demás del grupo. A ella también le habían llamado a última hora, improvisando sobre la marcha la posición que el destino se encargaría en cruzar con la del Mateo.

Pegada a las paredes más oscuras, consiguió llegar hasta el final de una calle ciega y que terminaba en una escalera de piedra, hundida en el socavón de casuchas y de ropa tendida. Unos chiquillos probaban a deslizarse por el óxido de la barandilla y Nora Falk bajó los peldaños a pares. Sus zapatos resonaban en la noche de París como si fueran parte del eco que sigue a toda explosión. Antes de empujar la puerta, Nora Falk volteó, asegurándose de que nadie la había visto, tan sólo los chiquillos que restregaban sus vergüenzas contra la herrumbre de la barandilla. Así se pone al abrigo de la imprenta donde esperaban los demás compañeros. Son dos hombres. Uno de ellos tiene los ojos encendidos y es el Mateo. El otro los tiene prietos de dolor y son lo más parecido a dos heridas de cuchillo. Se trata del Aviñó, que blasfema y se masajea el brazo, como si se le hubiese quedado inmóvil, intentándolo despertar. Nora Falk, con el pecho prendido de fatiga, y el esmalte de la guerra en su mirada, se sentó a horcajadas en una de las sillas. Y a la vez que se recogía las faldas, dejando al aire la sombra de sus muslos, instruyó al Mateo con los hechos acerca de la propaganda. Cuando vinieron a recoger al Aviñó y se quedaron solos, sus labios se aproximaron y, entre chasquidos de saliva y golpes de lengua, Nora Falk y el Mateo se dieron a una conversación de lo más aparente.

Ella le hablaba en un español obsceno acerca de vísceras, porciones y órganos, y el Mateo no supo bien si fue su mano después, o fue la de ella primero, la que le condujo hasta las últimas telas. La verdad es que le guió con los dedos en una lección de anatomía que nunca olvidaría. Anular y corazón, introducidos al medio, acariciando y batiendo entrañas como clara de huevo, hasta sentir al tacto lo más parecido a una pelota que se agranda. Es entonces cuando los dedos del Mateo resbalan y salen expulsados con un chorro que llega a la pared, empapando el retrato de Bakunin, el de Fanelli y regando, a su paso, la camisa y los bigotes del Mateo. Con los muslos pegados y el esmalte del placer en la guerra de sus ojos, Nora Falk le dedicó una sonrisa húmeda, de esas que nunca secan la memoria.

Luego se vieron de nuevo varias veces más, hasta hacía bien poco, en Barcelona, donde lo habían dejado, a la espera de que un soplo del destino avivase las ascuas de su amor regado por la escatología. Y con estas cosas, el lienzo único y sublime que el Mateo iba a realizar en la iglesia fue mermando en intensidad y ganando en incertidumbre. Después de calcular las posibilidades que tenía de escapar con vida si el atentado lo realizaba dentro de la iglesia, Mateo Morral llegó a la conclusión de que no era mártir de ninguna idea. Y así empezó a gestarse el cambio de escena.

Con los ojos prietos, se inyecta una dosis mayor que la última vez. La roseta de su carne sangra al contacto con la jeringa y la erección se mantiene, temblorosa de oscuras venas, igual que si circulase alquitrán o pólvora negra. El Mateo aprieta aún más las cejas, como si quisiera encontrar lo que se esconde entre ellas. Luego se lleva la mano a la tensión de sus ingles, a la dentellada carnal que sufre en secreto. A sus ojos saltan lágrimas. Muerde el pañuelo que lleva atado en su mano y guarda la jeringa en el cajón de la mesilla. Coge un mapa de Madrid y repasa con el dedo el

trayecto de huida. La calle Ruiz, cerca de la glorieta de Bilbao donde tiene que llegar sin pérdida de tiempo. «No salgas a la calle hasta que no escuches una segunda detonación —le advirtió el del enlace—. Es por tu bien, no vaya a alcanzarte la metralla». El Mateo cerró los ojos, dominándose. «Calle Ruiz, periódico *El Motín*, José Nakens, recuerde su nombre y no lo apunte», le dijo el del enlace ayer noche, mientras le daba los cartuchos envueltos en papel de periódico, bajo el velador de la horchatería. «Es dinamita de la fetén, está en buenas condiciones». Luego, después de que el Mateo disimulara la carga entre su chaqueta, el del enlace se llevó la mano al bolsillo y puso sobre la mesa una caja de rapé. «No se lo vaya a esnifar, que es fulminante».

Tal como le había enseñado el viejo Espadón, «con sumo cuidado y el pulso firme», el Mateo lo repartió por todas y cada una de las diminutas chimeneas que coronaban el ingenio. Afuera el festín de voces y músicas anunciaba la cercanía del cortejo. Guardó la cajita de rapé vacía en el bolsillo de la chaqueta y cogió del suelo el envoltorio de los cartuchos. Como si el dolor se avivara al ir a agacharse, se llevó la mano a los riñones antes de alcanzar el embalaje de parafina con el que envolvería el ramo de flores hasta ceñirlo por el talle. Y rebuscando en su maleta dio con una cinta de color y la ató con varias vueltas alrededor, así, hasta conseguir sujetar el mango de hierro, algo doblado por sus extremos, y que le serviría para lanzarlo con más acierto. Ya sólo quedaba plantar con cuidado el fruto de la muerte. La bomba Orsini.

Con barullo de venas latiendo en sus sienes, el Mateo se puso el sombrero y salió al balcón. Los guardias seguían colocados en sus puestos, también las filas de tambores y cornetas, el cura, el fotógrafo, el hombre de la chistera y los huéspedes de la casa asomándose a los balcones. El griterío entraba por las orejas y las laringes desafinaban, roncadas de tanto vociferar. Continuando la calle Mayor, y hasta donde el Mateo alcanzaba, se veían las cúpulas de la plaza del Ayuntamiento, la de San Francisco el Grande y el recorte de los tejados que perfilaba el cielo limpio de Madrid. Abajo, se distinguía la cabeza del cortejo. Entonces, el Mateo volvió a entrar en la habitación, para cerciorarse de que la puerta seguía con la llave echada. Chinda chinda tachinda chinda chin, se oía cercana la *Marcha real* y, sobre la cama, la bomba esperaba con el vientre lleno de fruto. Con pulso firme y labios prietos, el Mateo disimuló el regalito de bodas entre las flores. Y con sumo cuidado en los andares, llegó hasta el balcón. En esos momentos pasaba el coche de los príncipes de Gales.

La lentitud del cortejo le ponía todas las posibilidades a su favor. Detrás de los príncipes de Gales, el coche de caoba, donde iba doña Virtudes con su nieto y su yerno, el del sable. Chinda, chinda, tachinda, chinda chin, chin, chin. El siguiente coche es el de oro y respeto, y va vacío. Tachinda, chinda chin. Desde los balcones se agitan pañuelos y banderitas. Y justo, cuando los caballos que tiran de la berlina real llegan al punto de sombra que al Mateo le sirve de referencia, ahí mismo, lanza su regalo. Y sucede que el tiempo se detiene un instante. Y los caballos relinchan, como

si un sentido animal avisase de que aquel ramo de flores lleva dentro la misma muerte. Pero eso dura un instante, lo que tarda en producirse el estallido.

Por un momento, el cielo se llenó de cristales, gritos, aullidos y relinchos que despertaron recuerdos mal dormidos. A sus ojos asomó de nuevo la guerra. Se levantó del suelo y se restregó los párpados, como si viera borrosa la calle. Así fue abriéndose paso, entre voces agónicas y tripas desgarradas. Las cabezas y los miembros se movían, como si aún estuvieran con vida, y el teniente Beltrán tropezaba con los cuerpos, escupiendo el polvo mordido. Llevaba la pistola en la mano y el humo le tapaba el panorama. Y con los cristales crujiendo bajo la suela de sus botines, y una tos en la garganta, el teniente Beltrán se dirigió hasta donde había caído el artefacto.

Llegó al trozo de la calle Mayor, comprendido entre las bocacalles de San Nicolás y Factor, y se asomó al boquete como el que se asoma a un pozo ciego. La bomba había explotado, justo, entre las patas de los caballos de la carroza real y el juego de ruedas delanteras. «Los reyes están vivos gracias a Dios», escuchó decir, como si los relinchos de dolor fuesen paganos. Las moscas mordían la piel de los caballos, despanzurrados sobre la calle y con las tripas humeantes, igual que si un toro hubiese corneado sus entrañas. Cerca había un cura y el teniente Beltrán ordenó dar el último sacramento a las bestias quejumbrosas.

«Abran paso». No lo podía remediar, el hedor picante de la pólvora, junto con el de la carne viva, penetraba en sus fosas nasales y le traía un escabroso gusto hasta la boca. El teniente Beltrán siempre había sentido un profundo desprecio por el peligro. Y cuando, al tratar de penetrar en el portal de la casa número 88, los de la Guardia Civil se lo impidieron, entonces sacó su voz de mando y dijo: «Teniente Beltrán». Y todos los allí presentes se cuadraron.

—Acompañenme adentro —les ordenó.

Y sin más tiempo que perder, pistola por delante, y los guardias por detrás, el teniente Beltrán subió la escalera de Mayor, 88. Era como si volviese otra vez a Melilla, o como si no se hubiese ido nunca y continuase tropezando con las cabezas decapitadas, y ante sus ojos apareciesen, de nuevo, los restos de los cuerpos clavados en el muro de carga, y también apareciesen las lágrimas, culpa del humo que desprendían los caballos al arder. «Hijos de puta», blasfemó, a la vez que subía la escalera escoltado por los guardias. «Hijos de puta», repitió, con mucho baile de nuez en su pescuezo. «Hijos de puta», soltando un gargajo al suelo.

En el piso principal, encontró los cuerpos de una señora y de una niña. Por el aspecto, las dos estaban muertas. A la mujer, un fragmento de bomba se le había incrustado en la cara. El teniente Beltrán arrugó el gesto como si la presencia del cadáver le provocase una alteración morbosa en su estado de conciencia. Se acercó y cogió su mano, caliente aún, y tiró de la sortija más gorda, una piedra que era como una peladilla y que cubría el dedo medio. Y se la llevó al bolsillo. Luego dijo: «Muerta».

Como si fuera el último finiquito de su vida, así fue haciendo con los demás cadáveres que encontró a su paso. Cuando llegó hasta la habitación, desde donde había partido el explosivo, el teniente Beltrán reconoció un golpe en el olfato. Era el olor de las almendras rancias. Y la mueca se volvió a dibujar en el rostro.

—Tráiganme al dueño la casa.

Impidiendo el paso a los guardias, el teniente Beltrán cerró la puerta. A la derecha, una cama de hierro de las llamadas cameras. Encima, un colchón de lana que revelaba el vacío dejado por un cuerpo de estatura media. Delgado. Inmediata a dicha cama, una mesilla de caoba y piedra de mármol. El teniente Beltrán abrió el cajón de arriba y encontró un pañuelo manchado de sangre, una jeringa y un pedazo de algodón junto a un trapo con algo de pus. Al fondo, dos cuellos de camisa sin estrenar. En el cajón de abajo, un orinal con meados del color del brandy. El teniente Beltrán completó la mueca de asco, agarró uno de los periódicos que había sobre una consola y escupió. Era el *Diario Universal* y estaba abierto por la página donde daban la noticia del terremoto de San Francisco.

Luego se fijó en el puchero forrado de papel de colores. Clavó las pupilas en el vaso de agua, encima de un plato; dentro del vaso había una cucharilla de metal. Con la pistola en la mano, se detuvo ante otro plato de igual tamaño que tenía unos polvos blancos. Manchó su dedo, se lo llevó hasta la punta de la lengua y masculló: «Bicarbonato». En el pequeño espejo, colgado a la pared, se reflejó la mueca del teniente Beltrán. La misma que cruza el rostro a los que sufren del hígado. Siguió con la inspección, atento al desorden de pañuelos, calzones y camisas de tela firme, todas ellas con el detalle bordado al pecho, dos iniciales que eran como dos borbotones de sangre. M. M.

Sobre la silla estaba la maleta abierta, junto con más ropa y efectos personales. Al teniente Beltrán le pareció que el fugitivo había tenido mucha prisa en deshacerla. En la percha colgaba un gabán ruso al que habían arrancado las etiquetas. Tenía los codos gastados, indicando que su propietario era persona dada al estudio. El teniente Beltrán carraspeó y, pistola en mano, salió al balcón con la flema en la boca. Lanzó su proyectil sobre la calle Mayor; un gargajo de consistencia que atravesó la espesura del humo y se quedó colgado de los cables del tranvía, antes de caer, a plomo, sobre uno de los cadáveres.

Algo le llamó la atención en el balcón de al lado y acentuó la mueca de asco. Alargando el pescuezo hasta dejar la nuez debajo, detalló los trozos de carne enganchados a los hierros. Y a sus ojos volvió el plomo fundido bajo el cielo rojo de la batalla. Entonces se hurgó la oreja con rabia. Con esto, el teniente Beltrán parecía querer sofocar los gritos instalados en el fondo del cerebro, allí donde la uña nunca llega. Entonces llamaron a la puerta.

Salió corriendo escaleras abajo. En su huida, el Mateo se topó con el joven pintor que en esos momentos subía despavorido. Antes de darle tiempo a reaccionar, el Mateo se abalanzó sobre él, preguntándole a gritos qué era lo que había ocurrido. «¿Qué ha ocurrido?, ¿qué ha ocurrido?». Y así llegó hasta el portal donde su falso interrogante se confundió con los demás, todos ellos levantados alrededor del socavón que la bomba había dejado. «¡Viva el Rey!», escuchó el Mateo la voz. «¡Viva el Rey!», contestaba el coro como un mal presagio. Entonces el Mateo tapó su cara con el sombrero, no le fuesen a fotografiar y su rostro apareciese en los papeles.

Apurando el paso, callejeó por el corazón humeante de una ciudad que ardía en mil gritos. Con la boca abierta, como si el aire no llegase, se puso en la plaza dedicada a la Isabelona, donde se detuvo con un dolor bajo sus bigotes. Luego, más calmado, pero sin perder el paso, anduvo del tirón hasta la calle Ancha y, perdiéndose por la maraña de arterias lóbregas y prietas, tuvo que preguntar un par de veces por la plaza del Dos de Mayo. A su paso incesante, el Mateo dejaba atrás los comercios con el cierre echado, las carbonerías, las tiendas de remendones y los escaparates de las ortopedias, allí donde ojos de cristal le espiaban el rumbo y macabras dentaduras parecían alegrarse de su turbio destino. Rótulos que anunciaban librerías, sombreros y consultas de enfermedades secretas; paredes desconchadas por donde asomaban muñones y tarugos de albañilería; letreros escritos con el pulso tartamudo y que indicaban, con una flecha, cafés y casas de comidas. Placas con herrumbre que daban cuenta de notarios, practicantes y peinadoras; calles estrechas y malolientes con las aceras salpicadas de orín. PROHIBIDO HACER AGUAS MENORES. Y llegando a la de Ruiz, donde el enlace le había señalado el punto, el Mateo vio a un hombre que salía de dos portales más arriba y que se dirigía hacia él. Llevaba lentes, bigote y chaleco floreado. Entonces, el Mateo se echó mano al bolsillo de su americana y el hombre miró para otro sitio. El olor a perro enfermo se retorció por los callejones y llegaba hasta su nariz como un golpe sordo. El Mateo no pudo evitar encoger su bigote en un gesto doliente.

La redacción del periódico *El Motín* se encontraba situada en un bajo con dos puertas a la calle. La de la derecha estaba entornada, como si alguien esperase tras ella. En un pequeño óvalo de metal lacado, el Mateo leyó: *El Motín*. Después pegó una patada y la doble hoja se batió como un resorte. Sin darse tiempo a más, entró con la pistola por delante. En el interior, tras un chibalete amontonado de letras de imprenta, había un hombre pequeño, de bigotes largos como manubrios, y que llevaba un mango de pluma en la oreja. Levantó las manos. El Mateo le apuntó. «Vengo a ver al Nakens», dijo. Y el hombre de los manubrios señaló con la barbilla la puerta que había a su derecha. El Mateo entró sin llamar y, tras una nube de humo, reconoció la figura de un anciano con barba blanca, cejas espinosas y una sonrisa

que, de no haber estado partida por una cicatriz, hubiese sido de beatitud. Sentado tras la mesa de su despacho, José Nakens fumaba.

—Siéntese —le dijo, señalando una silla, a la vez que le miraba con unos ojos semejantes al agua detenida en los charcos—. Siéntese, que le estaba esperando —añadió—. Ya me parecía a mí que tardaba mucho.

El Mateo tuvo un arranque de tos pero lo contuvo con carraspeo. Se guardó la pistola en su chaqueta y, fue a coger la silla, cuando escuchó la voz tras él. «Don José, don José». Entonces el Mateo giró su cabeza y volvió a ver al hombre del chaleco floreado que acababa de penetrar en la humareda. «Don José, don José».

—Discúlpeme —le dijo José Nakens al Mateo. Y apagó el cigarrillo en el suelo y salió de su despacho, entornando la puerta tras él.

«¿Qué ocurre? —escuchó el Mateo preguntar al viejo—. ¿Qué ocurre?». Por lo que llegó a sus oídos, el hombre del chaleco floreado estaba presenciando el paso de la comitiva, unos portales más arriba de donde había caído el artefacto. Y según contó, los reyes habían salido ilesos. Fue escuchar esto el Mateo y llevarse a la cara la mano vendada, tapándose los ojos, como si una vergüenza repentina le hubiese cegado. Y entonces el ataque de tos se le clava en el pecho y el Mateo maldice y expectora como si fuera un hombre muerto. «¿Y mi hija? —preguntaba el anciano—, ¿qué le ha ocurrido a mi hija?».

El Mateo se había pasado toda la semana preparando el atentado, midiendo ángulos, velocidad y distancia del cortejo; el trazo de la parábola necesaria para salvar los cables del tranvía y acertar de lleno en el objetivo. Y ahora estaba vencido, con los párpados pegados de rabia y los labios prietos, dominado por el fracaso. «¿Y mi hija?, ¿y mi hija?», repetía el viejo al otro lado de la pared. «No se preocupe, don José, que está enterita, sólo ha sido el susto». La puerta se abrió y las aguas sucias de unos ojos ancianos calaron al Mateo, más allá del humo, de los huesos, y de los reproches. «No tardo —le dijo el anciano—. Espéreme ahí sentado, que no tardo».

Y el Mateo escuchó cerrarse la puerta de fuera. Por el ventanal enrejado que daba a la calle, vio las tres siluetas, la del anciano, la del hombre del chaleco floreado y la del hombrecillo de bigotes largos y mango de pluma a la oreja. Una vez que se hubo quedado solo, el Mateo recorrió la estancia. En uno de los cajones del despacho encontró unas tijeras y, con mano temblona, se recortó el bigote. Luego, después de aliviar la vejiga, prietos los dientes para contener el dolor, se masturbó hasta tranquilizar los riñones. La letrina despedía un tufo violento, como si un perro enfermo hubiera abierto su boca para ladrar al mismísimo Satán. Y con la tufarada, al Mateo le vino el golpe, la descarga que esmaltó sus ojos arañados por el fracaso. Más calmado, pero sin perder la tensión en la cara del que se sabe perseguido, el Mateo se puso a fisgonear la estancia, a curiosear entre los papeles y la tinta. De todos ellos, hubo uno que le llamó la atención. Se titulaba *Suerte en la desgracia* y el Mateo lo llevó hasta la luz del quinqué y empezó a leerlo.

Hay que alabar la explosión del sentimiento caritativo desbordado en Madrid y otras poblaciones de España ante la catástrofe del tercer depósito. Y lamentar a la vez que no se manifestara tan vivo en tantas otras como han ocurrido de pocos años acá, ya en varios hundimientos, ya en las minas, ya en aquella tan terrible del naufragio del «Reina Regente».

Y, sobre todo, en aquella tan espantosa que empezó dejando enterrados en Cuba cerca de doscientos mil españoles; continuó sembrando el mar de militares muertos en la travesía, tantos que, si fuera posible secarlo súbitamente, podríamos llegar a la Gran Antilla siguiendo la orientación que nos marcaran los huesos esparcidos en su fondo; y concluyó con aquella interminable procesión de cadáveres que andaban sin comer, vestidos de rayadillo y llamando en vano a todas las puertas para que les diesen lo que de derecho les correspondía por haber vertido su sangre en defensa de la Patria.

Y aquí el Mateo dejó de leer, y tiró el papel a un lado, con una mezcla de rabia e impotencia en sus ojos heridos.

Era un hombre de acento andaluz y que llegaba escoltado por la pareja de guardias.

—Ozú, que pensé que era como el terremoto *Sanfrancisco*.

Con un gesto de su barbilla, el teniente Beltrán le mandó sentarse en la butaca. Y de una mirada le devolvió la calma. Desde aquel momento, el Pepe Cuesta no levantará cabeza. El silencio de la habitación cayó a plomo sobre él, doblándole el cuello con el peso de la culpa. El Pepe Cuesta era como el acerico donde el teniente Beltrán clavaba sus pupilas. «A ver, nombre».

—José Cuesta Gálvez.

El teniente Beltrán se hurgó la oreja, igual que si buscara algo dentro. Así estuvo durante un instante. Luego desistió y, como si todavía llevase el pitido, levantó la voz hacia los guardias. Les dio orden para que buscasen a un hombre más alto que bajo, de cara llena y buen color, pelo salteado de canas tirando a plata y un bigote anarquista y con las guías inclinadas hacia arriba. «En el momento de la explosión estaba junto a Capitanía, en un costado de la tribuna del Petril de los Consejos. Llevaba chistera y una bomba bajo el sobaco, disimulada entre las hojas de un periódico. No andará lejos». Dicho esto, el teniente Beltrán hizo una seña a los guardias para que se fueran. ¡Ar!

Aunque ya no era jefe de policía, se comportaba como si lo siguiera siendo. Es más, en momentos como aquél, el teniente Beltrán se agarraba a una mecha ardiendo con la intención de apagarla. El Pepe Cuesta continuaba al filo de la butaca y el teniente Beltrán le empezó a interrogar, primero, con el plomo de los ojos; luego, con la saliva de su boca. «Lugar de nacimiento».

—Jerez pero *criao* en Sevilla.

—Oficio.

—Industrial.

—¿Desde cuándo lleva con el negocio? —Va a echar año y medio.

El teniente Beltrán se acercó más a él y le agarró por la patilla:

—Fe-cha —sostuvo, escupiendo perdigones con la última sílaba.

—Enero del año *pasao*.

El teniente Beltrán se supo reconocido en el miedo que el dueño de la pensión mostraba. Un temblor que con el tiempo se convertiría en culpa y que el Pepe Cuesta no se quitó de encima en toda su vida. Y cuando el teniente Beltrán le soltó la patilla y le dejó caer sobre el butacón, a plomo, entonces fue cuando el Pepe Cuesta, con la voz en un hilo, cantó todo lo que sabía. Con motivo de las bodas reales había puesto un anuncio en el periódico, diciendo que se alquilaba habitación. El lunes o el martes de la semana anterior, apareció un hombre de estatura alta, rubio, con bigote fino, ojos azules y pestañas largas. Y sólo hacía dos días que encargó que le adornasen su balcón, así como que le comprasen unos ramos de flores. Y el Pepe Cuesta señaló el

puchero envuelto en papel de colores, sobre la cómoda.

—¿Desde qué día estaba alojado?

—Desde el jueves de la semana pasada.

—¿No habíamos quedado que era lunes o martes? —El teniente Beltrán, volviéndole a enganchar por la patilla.

—Abonó por *adelantao* —consigue decir el Pepe Cuesta, en tono chillón—. Está en el libro de registro.

—Nunca me he *fiao* de los papeles. —Y le suelta de la patilla.

Es cuando el Pepe Cuesta, con la cabeza gacha, cuenta que pagó por adelantado el lunes o el martes de la semana pasada. Y que ocupó la habitación el jueves siguiente. «Tenía *pagao*, por lo menos, hasta el martes de la próxima», añadió el Pepe Cuesta con el esfuerzo de su voz convertido en sordina. «Ayer noche, regresó a las once. Y el día antes había estado poniéndole las persianas pues el sol le molestaba desde muy pronto». Según el Pepe Cuesta, en un principio, las persianas las había mandado quitar el mismo huésped, pues vendrían unos amigos a presenciar el paso de la comitiva desde el balcón. «Y necesitaba sitio».

—¿Y de dónde venía, si es que *pue* saberse?

—De La Iberia, una fonda que queda por Arenal.

Entonces al teniente Beltrán le brinca una mueca en la cara, como si contuviese la sonrisa.

—Que de qué país, tocino.

Y fue escuchar al Pepe Cuesta decir «Barcelona», y el teniente Beltrán pegar un puñetazo a la pared.

Dando las cuatro y media de la tarde, escuchó la puerta abrirse. Agarró la pistola y, de un soplido, apagó el quinqué. En el marco de la puerta, la figura del viejo Nakens era un blanco fácil. Venía solo y el resplandor líquido de sus ojos iluminó por un momento la estancia.

—Guarde la pistola, no creo que la vaya a necesitar en esta santa casa.

—He de tomar mis precauciones.

Cerró la puerta y la oscuridad envolvió a los dos hombres. Los ojos de Nakens brillaron como dos charcos en la noche. No pudiendo contener por más tiempo su denuncia, el anciano removi6 toses con interrogantes. «¿Qué pasó? ¿No habíamos quedado que la bomba se iba a poner en la iglesia?». «¿Qué arrojo es ese que nos da derecho a ejercer como verdugos?». «¿Cómo se puede alcanzar un gesto bello alzándose sobre honrados cadáveres?».

El Mateo miraba con extrañeza la mancha blanca de la barba que destacaba en lo oscuro.

—Si hubiese lanzado la bomba en la iglesia, ahora mismo no estaría aquí —apuntó con cierto cinismo.

—Tampoco el rey estaría vivo —le dijo el anciano, a la vez que sacaba del bolsillo su petaca de picadura y se liaba un cigarrillo—. El Quico me aclaró que, si no era posible en los Jerónimos, el atentado se realizaría en los toros. ¿Qué quiere que le diga?, lo de reventar el palco real en el espectáculo más salvaje de nuestro carácter ibérico me sedujo. Hacer saltar en pedazos la vergüenza y las reliquias de una sangre infecta de catolicismo y que Dios reparta suerte, era lo más indicado. Pero lanzar la bomba en plena calle, eso no tiene perdón. —Y prendió el pitillo con un fogonazo de fósforo que, por momentos, alumbró la estancia.

El Mateo miró con estupor la brasa roja frente a él. Y, cansado de recibir sanciones verbales por parte de un anciano acusica, le atajó:

—¿No eran bombas acaso las que estallaron a los pies de los sublevados en La Comuna? ¿No son sus pensamientos moralizadores, contaminaciones de un cristianismo que retardan la acción?

—Le recuerdo que moralizar es una forma de denuncia. Otro tipo de propaganda más humana que esa que ustedes denominan «propaganda por el hecho» —contestó el viejo Nakens, espesando con humo azul la oscuridad y la distancia.

—Sí, pero lo de moralizar es una forma de denuncia más bajuna y más perra. Además, cuando un atentado se realiza al aire libre, las situaciones cambian. Tanto para los hombres como para las bombas.

—¿Y ésa es forma de denuncia, explotar a la gente? Pues mira tú qué bien. Yo creo que andan ustedes equivocados. No se puede estar en contra de la explotación del ser humano en el trabajo y luego estar por poner bombas que explotan a la gente.

El Mateo enmudeció, como si guardando silencio aceptase la reprimenda. Y entonces el viejo Nakens habló con la potestad del que sabe lo que se está jugando:

—Pero no son momentos estos para reproches, aquí hay que seguir con el plan, así que, hala.

La brasa del cigarrillo cayó sobre el piso y saltaron chispas al ir a restregarla con el zapato. A tientas, el viejo Nakens abrió la puerta.

—Salga usted primero —le indicó el Mateo, apuntándole con la pistola.

—Guárdese eso, ya le dije que no lo necesitará. Y si alguna vez lo necesita, será para sellar su propio silencio. —Los ojos del viejo Nakens eran dos charcos encendidos por el calor de la conciencia.

Según salieron, doblaron por la calle Carranza, donde los vendedores de periódicos voceaban la noticia. Y cuando iban a cruzar la glorieta de San Bernardo, se les unió el hombrecito de bigotes como manubrios, ahora sin el mango de pluma en la oreja. El viejo Nakens no había tomado ninguna medida llamativa para ocultarse, aunque lo último que quería era llamar la atención. Por lo mismo, cada vez que escuchaba vocear la noticia de la bomba, miraba para otro lado. «¡Noticia bomba, noticia bomba, intentan asesinar a los reyes de España!». Y el Mateo, como un espectro al que hubiesen atravesado los balazos de la realidad más sangrienta, se echaba mano al bolsillo de la chaqueta. «¡Noticia bomba, noticia bomba, intentan asesinar a los reyes de España!».

Y así caminaron, en silencio, el viejo Nakens y el hombrecito de bigotes como manubrios, seguidos por el Mateo a una cierta distancia. Fue el viejo Nakens el que señaló el Cangrejo, uno de esos tranvías famosos por su color colorado. Apurando el paso, lo tomaron por los pelos. Dentro, el Mateo se comportó como si el viejo Nakens y el hombrecito de los manubrios fuesen sus rehenes, lanzando miradas a uno y a otro, convirtiendo cualquier movimiento en sospecha. En todo el tiempo que duró el trayecto, el Mateo no se sacó la mano del bolsillo de la chaqueta. Pararon en los Cuatro Caminos y fue a las puertas del local donde estaba puesta la oficina de consumos, en la misma glorieta, cuando el Mateo se acercó hasta el viejo Nakens. Sin sacarse la pistola de la americana, se la atornilló a la espalda. «No quiero ningún movimiento raro». El viejo Nakens paró en seco, volteó y el Mateo pudo apreciar su propio reflejo en la laguna vidriosa de los ojos ancianos. A la puerta del fielato, dos hombres departían sobre la noticia. Hablaban de la implicación carlista en el atentado.

—Culpable de un delito es todo aquel que, de él, saca beneficio —decía el más alto, un hombre de bigote cano, ojos pardos y que vestía un traje negro y sombrero hongo a juego.

—Aquí el día menos *pensao* se monta el lío padre, ya verás —apuntó el otro, rechoncho y con la camisa arremangada. Tenía trazas de leñador, a juzgar por sus antebrazos, congestionados de esfuerzo. El Mateo se fijó en la placa colgada del pecho. *Vigilante de consumos*, ponía.

Cuando el hombre de bigote cano y sombrero de hongo vio aparecer al Nakens, acompañado por el hombrecito de bigotes como manubrios y seguido de cerca por el Mateo, entonces se despidió del vigilante de consumos y entró en el local. El Mateo volvió a advertir que no quería jugarretas. El interior oliente, como un corcho empapado en mil licores, envolvió al Mateo, que parecía tambalearse a la media luz del local. El viejo Nakens pidió cerveza y, cuando preguntó por Isidro Ibarra, fue entonces que al Mateo le latió el ramillete de venas que le surcaba la sien. El hombre del hongo negro contestó que no había visto al Isidro en toda la tarde. Entonces el encargado del fielato pegó una voz al vigilante de afuera: «¡Daniel, anda y ve a buscar al Ibarra. Que don José *quíe* verle!».

El teniente Beltrán mandó llamar a los guardias y les ordenó que se llevasen al Pepe Cuesta al Gobierno Civil, en calidad de detenido. También dio orden de que mandasen telegrama a todos los gobernadores, para busca y captura de un fulano catalán de veintiséis años y que se hace llamar Mateo *Moral*

—Rubio, bigote fino, ojos azules y pestañas largas. Viste traje de color café, americana y sombreros del mismo color.

Los guardias, en el quicio de la puerta, mantenían la postura erguida y los ojos cerrados, registrando en su memoria los datos que el teniente Beltrán escupía. El Pepe Cuesta, con las manos atadas a la espalda y la cabeza abajo, parecía sumido en un mal sueño del que jamás despertaría.

—Ah, y a la que bajan mándenme a la parienta del detenido.

Doña Ana Álvarez, mujer del Pepe Cuesta y a la que todo el barrio llamaba la seña Ana, apareció con la cara encogida en un lamento. El teniente Beltrán sabía de buena tinta que las mujeres que se comportan así, es porque gimen poco en la cama. «País de cornudos y plañideras», masculló.

—Cierre la puerta y siéntese. —El teniente Beltrán señaló el sillón, aún caliente por las fatigas del marido de la *señá* Ana. Luego arrastró una silla y se sentó a horcajadas, muy próximo a las piernas de ella. «A ver, nombre».

—Ana Alvarez Varavander.

—Edad.

—Treinta y nueve.

—Ya, y ¿dónde andaba en el momento del atentado?

Contó que andaba en el balcón que da a la calle Factor. Y que escuchó la explosión y perdió el conocimiento. «Como si *me se* afuera el mundo de vista». En los primeros momentos, repuesta ya de la impresión, y recorriendo las habitaciones, fue a parar a la del catalán y entonces tuvo un presentimiento.

—¿Cómo estaba la puerta, si es que *pue* saberse?

—Abierta.

—¿Y la de la entrada a la pensión?

—También abierta.

—Ya.

—¿Recibió alguna visita durante el tiempo que anduvo hospedado?

—No, que una recuerde.

—¿Qué relación mantenía con los demás huéspedes?

—No se relacionaba mucho.

Fue aquí cuando el teniente Beltrán acercó su rodilla:

—Y en lo poco, ¿con quién, si es que *pue* saberse?

—Con los huéspedes catalanes.

—Ya.

Entonces el teniente Beltrán alarga su mano hasta el forro del sillón y la *señá* Ana despega sus muslos. Sin dejar quieta la mano le acerca la cara y el plomo de los ojos termina de calentar la carne. Ella abre la boca, como si otra vez el mundo se le perdiera de vista durante unos segundos y, es entonces cuando el teniente Beltrán saca su mano del forro del sillón. Entre los dedos hay una tarjeta de visita que el teniente Beltrán hace leer en alto a la *señá* Ana, donde pone: *Manuel Martínez, comerciante de lanas, Valencia*. Vuelve a meter la mano en el forro del sofá y saca más tarjetas con la misma inscripción. En ese momento, la puerta se abre tras él y gira su cabeza. Y la mueca de asco le cruza la cara. Son los labios de Merlo, con todo el aspecto del pulpo crudo, que vienen dando órdenes.

—Beltrán, su excelencia, el ministro, que quiere verte.

Merlo hacía su aparición acompañado por dos hombres más de la secreta. Mucha sortija y mucho pelo en el bigote. De todos era sabido que a Merlo le gustaban las cosquillas.

A los diez minutos, o así, se presentó el Ibarra. Venía con la cazurrería desencajada en su mandíbula y la camisa húmeda, culpa del sudor que empapaba la tarde. El Mateo observó el revólver, ajustado en el bolsillo del pantalón. Nada más verle entrar, el viejo Nakens le llamó a un aparte. Con la indignación relumbrando en su anciano rostro, le recriminaba. Por lo que pudo coger al vuelo el Mateo, resultó que el Ibarra le debía favores al viejo. Tanto era así que, hasta el trabajo de tranviero fue gracias a una recomendación suya. Ahora, en el fielato de Cuatro Caminos, le pedía explicaciones. Los charcos de los ojos se mostraban furiosos, como si alguien trazara en ellos rayas con el dedo. Al viejo Nakens le habían embaucado en una chapuza en la que su hija a punto había estado de sumarse a la lista de cadáveres.

—Don José, no *me* se ponga así, mantuve silencio. Ya sabe, cuantas más personas conocen un secreto, menos seguro está el secreto —saltó Ibarra.

—Pero mi hija... mi hijita a punto ha estado de ser una víctima más.

—Mírelo por otro lado, así tiene usted la *cuartada*.

El viejo Nakens, con el cigarrillo temblón en la cicatriz de sus labios, crispó las cejas.

—Déjate de tontunas, Isidro. Aquí vamos a pagar justos por pecadores.

Luego hizo una seña al Mateo que, sin sacar la mano del bolsillo, se acercó. Tras él fueron los dos hombres, el de los manubrios por bigotes y el del sombrero hongo. Todos juntos salieron a la glorieta y la cruzaron, dirección a la carretera de Francia.

—¿Qué? —preguntó el Mateo al Isidro Ibarra sin abandonar la mano del bolsillo—. Con que tenía que esperar a la segunda explosión antes de salir a la calle. Pero ¡qué puñetero! Si llego a esperar un poco más, me pillan.

—Qué quiere que le diga —contestó el tranviero—, al final el del apoyo no pudo tirar la bomba. A mí me da que le vieron y que se dio el piro.

—Menuda chapuza —farfulló el viejo Nakens.

—Chitón ahora, que esto anda lleno de secretas —advirtió el Isidro Ibarra mientras se acercaban a un merendero que quedaba en la misma parada de tranvías—. Chitón, que ahora mismo vuelvo. No tardo.

El humo de los churros emborronaba la entrada y unos niños, de largos y retorcidos rizos, corrían entre las mesas, ajenos a la noticia que voceaban los vendedores de periódicos. «¡Noticia bomba, noticia bomba, intentan asesinar a los reyes de España!». «¡Noticia bomba, noticia bomba, el asesino consigue escapar!». Una escalera de palo descansaba en la fachada, anunciando labor. Los recién llegados evitaron pasar por debajo, sorteándola. El organillero, indiferente a las bombas y a las supersticiones de la tarde, les dio la bienvenida con vueltas a la manija de su instrumento. Al fondo, una pareja se marcaba un chotis muy pegadita. El Mateo, obedeciendo a un impulso clandestino, se caló el sombrero. Ella era la camarera rubia

que servía horchatas en el local de la calle Alcalá y su pareja era el de la herrería de la calle Barquillo, el mismo chulainas que, pocos días antes, le había vendido el hierro que acababa de utilizar como mango para su ramo de flores. «Ahí tengo más —le dijo, señalando un rincón donde se amontonaba la herrumbre—. Cualquiera de ellos se lo dejo a dos reales». Con las bengalas del recuerdo encendidas en sus ojos, el Mateo abrió la boca, como si de golpe y porrazo hubiese comprendido que todo aquel caos encubría un orden interno; una línea tan recta como la soga del ahorcado. Y como si no tuviese suficiente con la boca para respirar, se desabotonó el cuello de su camisa. Ocupando la mesa más cercana a la calle, y sin sacarse la mano del bolsillo de la chaqueta, se sentó entre el anciano y el hombre de manubrios por bigotes. El otro, el del sombrero hongo, se quedó en pie, hablando con el dueño del merendero, un tipo bajito y con la cara encogida, como la de las tortugas, y que se secaba las manos en un mandilón tiznado de grasa. Luego se unieron al grupo dos hombres más, uno de los cuales iba muy planchado y, a juzgar por sus maneras y la musicalidad de su voz, al Mateo le dio que era invertido.

—A mí que me lo dejen, mira Lozano, que le cortaría lo que yo me sé, con las mismas tijeras de la tela.

El de la cara de tortuga, sin dejar de frotarse las manos en el mandilón, se acercó a la mesa. «¿Unas cervezas?». Y apenas le dio tiempo a servir las botellas cuando el Mateo adelantó su mano vendada. Y enganchó una, echándosela al gaznate. Fue un trago largo que le arrancó lágrimas de sus ojos. Luego se limpió con el revés de la mano herida, envuelta en el pañuelo de sangre sucia. La otra continuaba en el bolsillo de su chaqueta. Entonces se dio cuenta de que la camarera rubia le seguía por el rabillo del ojo. Sin perder de vista a la rubia, el Mateo se fijó en el tipo que acababa de llegar. Vestía el mono azul de los mecánicos y traía una rueda de cable enrollada alrededor de su brazo. Pegó otro trago a la cerveza y escuchó el silbido. Era el patrón, el de la cara de tortuga, que llamaba al de la herrería para que ayudase al recién llegado a poner unas bujías. «En to el frente el merendero».

El chulainas dejó a la rubia y llegó galleando hasta la escalera, que sujetó con las dos manos. Arriba, el del mono azul hacía zumbir bujías como si se tratara de moscardones en un cristal. Mientras tanto, en la mesa, envueltos en el silencio encubridor de los malos presagios, bebían y callaban. Todos los allí sentados compartían un secreto terrible. «Menuda nota vas a dar estas fiestas, Canuto», le decía el hombre del mono azul, desde lo alto de la escalera. «Menuda nota, Canuto, menuda nota». El Mateo seguía observando a la rubia, ahora frente a uno de los espejos colgados al final del mostrador. Se pintaba un lunar sobre los labios y no perdía ripio.

El electricista se puso en el suelo de un brinco y pronto le hicieron sitio en la mesa. El chulainas de la herrería se apoyó en el poste de la entrada y agarró una de las botellas de cerveza junto con un vaso y ofreció a la rubia. Y según escuchó el Mateo ésta le dijo que no, que ya se iba, despidiéndose con el rechupetón de sus

labios; plantándole un beso que, más que beso, fue una descarga de lengua. Y cuando la rubia iba saliendo del merendero, toda apurada, entró el Ibarra y por poco se choca con ella. «¡Noticia bomba, noticia bomba, intentan matar a los reyes de España!», voceaban los vendedores de periódicos.

Con las pupilas de plomo arañadas por el humo, y el roción de los escombros sobre los hombros, el teniente Beltrán hizo su aparición en el despacho. Sin darle tiempo al Cojo, le pintó el cuadro. Puso al Emperador del Paralelo en el centro, moviendo los hilos de una trama que iba directa a la presidencia. Con brochazos gruesos, el teniente Beltrán trazó un fuego de altas llamas donde hervía la gran olla política del país. Según él, los yanquis lo avivaban todo con su cochino soplido. El Cojo atendía a la exposición con los ojos envenenados por la picadura mortal de un cese que no tardaría en llegar. El Cojo intentaba mantener, como podía, la decencia de aquel bigote amarillejo en sus puntas, culpa del vicio pilonero. Sentado en su sillón, tras la mesa del despacho, se pasaba la mano por los cuatro pelos negros de su coronilla grasienta. Era como si se los hubiera arrancado a la cola de un caballo y luego los hubiese puesto ahí, con saliva y diablura.

El teniente Beltrán absorbía con el plomo de sus ojos todos los detalles de la estancia, desde la cabeza del toro que un día mató Machaquito hasta la lámpara de lágrimas donde bien podría haber colgado un jamón y media docena de longanizas. De todo esto dio cuenta el teniente Beltrán con cierta irritación en el hígado. Era un despacho que bien pudiera haber hecho pasar un mal momento a cualquiera con sentido estético. Pero el Cojo carecía de tal sentido. Estaba sentado detrás de una mesa fúnebre. Llevaba una corbata de seda gruesa que parecía comprada en una charcutería y unos gemelos que eran como dos garbanzos abrochando sus puños. Sin dejar de pasar sus manos por la coronilla pelona, el Cojo hizo intención de hablar un par de veces, pero el palabreo del teniente Beltrán tiznaba toda intentona de diálogo. Aunque al Cojo no le gustaba que nadie le llevase la contraria, y menos en su querencia, prefirió dejarle. Era lo más propio, pues el teniente Beltrán presentaba la mirada de un toro después del tercio de banderillas.

El aspecto del teniente Beltrán descubría que la bomba había caído cerca. Así que, con la intención criminal prendida en sus ojos de serpiente, el Cojo escuchó el discurso de un hombre que pronto iba a comer las lentejas del desempleo. Sus soflamas eran las de un cabreado que escupía los nervios por la boca, levantando castillos de fuegos artificiales con más petardo que bengala. Según el teniente Beltrán, desde que al Emperador del Paralelo se le había metido gobernar el rebaño, todo eran intentonas, conspiraciones en nombre de la justicia social cuyo objetivo no era otro que el de siempre: ocupar el puesto de mayoral. Contar votos como el que cuenta ganado, billetes o mentiras, y mientras, hala, a beber champaña y dedicarse a castigar la carne hasta desatracar la próstata. Y si no, a qué se debía sacar tanto periódico en un país donde tan poco se lee. «A qué coño, su excelencia», preguntó el teniente Beltrán, la voz en alto y el cuello erguido, sacando el pecho ante el Cojo.

—Propaganda que al final acaba en los retretes colgada de un gancho —contestó

el Cojo, sentado en su poltrona, recibiendo en sus nalgas la caricia de cuero que pronto le abandonaría. Como propietario de periódicos, el Cojo no le dio más importancia de la que el momento precisaba—. Eso lo digo yo, que me sé bien lo que digo —añadió, con ese deje genuino de persona adicta a los piensos rurales.

Aunque diera muestras de lo contrario, bien sabía el teniente Beltrán que al Cojo le inquietaba el asunto. Y que el Emperador del Paralelo no escatimaba en medios, y que aquellos panfletos con nombres incendiarios prendían los traseros y luego las conciencias, como si de un baño de asiento se tratara.

—Se dedica a denunciar *porculizadas*. A incitar al pueblo y levantarlo en armas, su excelencia.

El Cojo le conocía bien, de cuando aún no era todavía el Emperador del Paralelo y trabajaba de crupier en un garito de la Puerta del Sol, esquina a Alcalá, una casa de juegos dirigida por Antonio Catena, director del *País*, viejo republicano y fumador empedernido con barba amarillenta y lentes y calva morena, en contraste con su cara, de un blanco deslumbrante a la vista.

—Sí, ya sé a lo que se refiere, aquí en Gobernación debe de andar el juego de telegramas que se cruzó con Moret hace cinco años, cuando todavía Moret era ministro de Gobernación y fue acusado de permitir el pucherazo en tierras catalanas y así fomentar el separatismo. Al final se salió con la suya.

—*Diputao* por Barcelona. —El teniente Beltrán acusó con la mirada al Cojo—. Si no hubiesen sido tan blandos con él, otro gallo nos cantaría. Con un consejo de guerra sumarísimo, no tendríamos ahora tanto problema, su excelencia.

El teniente Beltrán había asistido a todos los mítines de aquel fulano de verbo incendiario. Mucho antes de ser el Emperador del Paralelo, Alejandro Lerroux electrizaba a la concurrencia desde el púlpito como un desbravador de turbas. «Quisiera traer fusiles y no discursos, plomo y no palabras», arrancaba. Y así, su voz de fuego encendía la hoguera de la protesta: «Ha llegado el momento de proceder con energías salvajes». Y entonces, la gente extasiada rompía en una ovación. «El mal que padece el pueblo es tan hondo que exige arreglos de raíz».

—A Lerroux no conviene despertarlo mucho. —El Cojo pegó los dedos índice de ambas manos—. Ahora él y Moret... ya me entiende.

El teniente Beltrán se le quedó mirando sin un atisbo de asombro, como si ya supiese que la catadura moral del Cojo era igual a la de los churros. Se dejaba dorar en todos los aceites. A la mañana con el obrero, a la tarde con el patrón, y a la noche sólo el Diablo sabrá. Las contradicciones de buen burgués acompañaban al Cojo, llegando a ser tan útiles para su supervivencia que, de dos bastonazos, las convertía en crujientes virtudes. Algo parecido le pasaba al Emperador del Paralelo y a tantos otros. «Todos mierda de la misma tripa», masculló el teniente Beltrán. El Cojo hizo como que no le escuchaba y, separando los dedos, cambió de tercio:

—¿Qué hay de una mujer que vive por la ronda de Segovia?

El teniente Beltrán no lo esperaba tan cerca:

—Cuentos, su excelencia, cuentos *pa* vivir del cuento.

Tan sólo hacía una semana de aquello. El teniente Beltrán, que se conocía el paño, salió del Gobierno Civil, calle abajo, acompañado de un guardia. Delante iba el de los cuernos oblicuos, guiándoles hasta una casa de la ronda de Segovia donde su esposa, una mujer de buen ver, daba pecho a un recién nacido. Al fondo había una sala repleta de niños chicos, todos en edad de criar. El más mayor no debía de haber cumplido los cuatro años. Berreaban de hambre.

Entonces, el teniente Beltrán se acercó hasta el cornudo y le preguntó, muy amigable: «¿Cuál de ellos es suyo?».

Sin dejar de dar pecho al más pequeño, la mujer les contó cómo había empezado todo, la otra tarde, cuando estaba sentada en un banco de la plaza, de los que dan a palacio. «Uno de esos donde tienen costumbre sentarse los oficiales». El teniente Beltrán y el guardia cruzaron sus miradas. Las sospechas eran ciertas. Aquella mujer de pezones como huevos fritos estaba dispuesta a dejarse mojar. Y, sin más, el teniente Beltrán desabotonó su bragueta y, mirando al marido, le soltó: «Se me acaba de ocurrir algo».

—Sí, serán cuentos, pero coinciden con una parte de la realidad —afirmó el Cojo, como si sospechara algo, como si quisiese cargarle al teniente Beltrán con la culpa de aquel desacierto que no fue más que una explosión de lujuria cósmica, tan antigua como el mundo y de la que se aprovechan algunas mujeres para saciar sus necesidades económicas.

Fue en aquel preciso instante cuando el velo de su incertidumbre rasgó de cuajo y los ojos del teniente Beltrán delataron la evidencia. En toda aquella tragedia le había tocado el papel de estraza con el que el Cojo iba a limpiarse el trasero doliente. Para el Cojo lo crudo, para él lo podrido.

—El teniente Mandly me contó el asunto —siguió el Cojo, sin sacarle sus ojos de reptil venenoso.

El teniente Beltrán puso una cara como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago, o más abajo aún. Apretó los dientes y el Cojo pudo ver, en el plomo de aquella mirada, toda la secuencia de lo ocurrido una semana antes, en una casa de la ronda de Segovia, donde una mujer con los pezones atiborrados de crianza, pubis de seda oscura y posaderas macizas, denunciaba el acoso sufrido por un hombre que quería atentar contra el rey.

Cuando el teniente Beltrán desahogó el plomo genital en la blandura de su entrepierna, entonces le tocó el turno al guardia, teniente como él, pero de seguridad. Su nombre, Ricardo Mandly Ramírez, de veintinueve años y con los testículos pegados al culo como los leones. El teniente Beltrán advirtió este detalle mientras se encendía un habano, sentado en una silla que arrimó a la del cornudo. Tal era el peso del marido, que se tenía que sujetar la cabeza con ambas manos. Mientras tanto,

Ricardo Mandly Ramírez, teniente de seguridad, le daba a los fuelles con la guerrera abierta y los pantalones a la deriva. Antes de culminar, y debido a la tensión con la que su mujer era atravesada, el marido rompió a contar lo que al teniente Beltrán le pareció una patraña.

Resultó que a su mujer, mientras estaba sentada en uno de los bancos que dan a palacio, por donde pasean los oficiales, le abordó un hombre. «Iba de etiqueta, con chistera, y miraba de una manera obscena». Según lo contado, esa misma noche, la mujer le volvió a encontrar de nuevo, cuando iba a por agua a la fuente de Gil Limón. «Y fue ahí cuando le hizo la propuesta. Diez mil pesetas por entregarle un ramo de flores al rey a la salida de los Jerónimos. Diez mil pesetas por entregárselo y alejarse de inmediato». Entonces, el teniente Beltrán aspiró hondo el humo del habano. «Diez mil pesetas son muchas pesetas para gente como usted que se vende por tan poco». Y, a continuación, soltó el humo.

—Aquí todo el mundo quiere sacar tajá, su excelencia —le cortó el teniente Beltrán al Cojo, masticando el impulso de los nervios.

—Al otro día, el gobernador, en persona, le tomó declaración al hombre —lanzó el Cojo sus ojos de reptil al fondo del plomo.

—Ya sé, su excelencia, y mandó a la secreta a que tomaran posición en los bancos, con la mujer, la tal Marcelina, de cebo, por si asomaba de nuevo. Y también sé que, ayer mismo, llegaron los dos, la Marcelina y su marido, con el cuento a uno de Alabarderos, uno que le tocaba hoy ir con la comitiva. Y que el de Alabarderos lo puso en conocimiento de sus superiores y por eso habían reforzado con otra fila más cada lado de la escalera de la iglesia. Sin embargo, si me permite, su excelencia, hay un detalle que se le escapa.

—¿Cuál?

—Que bombas así no existen. Por muy larga que venga la mecha, el ramo de flores despide humo. Todo el mundo se coscaría de que lleva una bomba. La otra opción es la bomba que llaman de contacto, como las del Liceo. Y ésas se tiran, no se entregan. —Entonces, el teniente Beltrán saca del bolsillo un trozo de hierro quemado por los bordes. Y lo deja caer sobre la mesa de mármol—. Un pedazo de la bomba de hoy. Todavía anda caliente. Por la soldadura, ha sido hecha en Bélgica, en Francia, o por ahí fuera.

El Cojo se quedó un momento con la pieza entre los dedos. Luego dirigió una mirada defensiva al teniente Beltrán, como la de un reptil a punto de soltar veneno. Y le dijo:

—Le refresco, Beltrán, que a partir de ahora, su trabajo consiste en seleccionar testigos molestos, no lo olvide.

Montaron en uno de los coches remolque. Mateo se sentó junto a la ventanilla. Llevaba la mano oculta en el bolsillo y la mirada alerta, prestando atención a cada uno de los viajeros. La maquinilla se puso en marcha y, sorteando carros de mulas y carretas de bueyes, dio la vuelta a la glorieta y enfiló por la carretera de Francia.

Isidro Ibarra, inspector del tranvía, ocultaba la tensión del momento, pidiendo billetes a los viajeros que iban entrando. Se había colgado al cuello la correa de una cartera de cuero viejo, y disimulaba cumpliendo su labor como nunca lo había hecho. Por lo que el Mateo había oído, aquel puesto de trabajo se lo tenía que agradecer al viejo Nakens, así como las cien pesetas que cobró por la Asociación de la Prensa cuando anduvo preso por lo del Depósito. A estas alturas todo eran reproches. Ahora, el viejo Nakens le miraba con irritación. El sudor empapaba el coche y el de los manubrios por bigote se acercó hasta el Mateo.

Y bajó la ventanilla. Entonces, lo más parecido al resuello de un perro agonizante, quemó el perfil de su rostro. Con la violencia de su mano enferma, el Mateo la cerró. «Así está bien».

El de los bigotes como manubrios escondió la mirada. El otro, el del sombrero hongo, también aguantó sus palabras. Y el Nakens, aprovechando que el Ibarra andaba aliviado de trabajo, le hizo una seña para que se uniera al grupo.

—*Atender* un momento, este hombre —señalando al Mateo—, este hombre es un periodista italiano que acaba de escapar del presidio de Ocaña. Hay que darle refugio, no le vayan a confundir con el anarquista que ha tirado la bomba. A partir de ahora ésta va a ser la escapatoria ante la autoridad. La coartada. Llegado el caso, nuestros testimonios han de coincidir. ¿Entendido?

Poco antes de llegar al quiosco grande, se apearon. El Ibarra se puso a la cabeza y, con paso ligero, se adelantó hasta un grupo de casas chatas. Y entró en la que tenía la cancela abierta. El Mateo conservaba la distancia y la mano en el bolsillo. Caminaba con las piernas arqueadas, como escocido por el roce de sus pantalones. Llegados a un sendero que había detrás del almacén de centeno, el Nakens dijo que había que esperar. Y sacó su petaca de picadura y ofreció. El Mateo negó con la cabeza y los demás liaron cigarrillos. Al rato vieron venir al Ibarra, iba con un hombre flaco que sostenía un pequeño azadón en su mano. El Mateo vio cómo el Ibarra le señalaba con sus dedos de tripa matancera. También observó cómo el hombre del azadón negaba con la cabeza, todo él irritado y haciendo aspavientos con la mano. Entonces, el Ibarra le dio la espalda. Y, con un gesto de desprecio, volvió al grupo.

—*Na*, que el Vicente Daza recula, que no quiere complicaciones.

—Mal asunto —apuntó el viejo Nakens, tirando el cigarrillo al suelo—. Mal asunto.

El Mateo contuvo el dolor afilado entre sus labios. Una línea de carne fría que era

lo más parecido a una herida a punto de abrir. Sus ojos reflejaban el asombro, como si aún no dieran crédito a tanta torpeza. Delante de él tenía a los miembros de una célula, conectados entre sí de una forma tan simple que, cualquier invitación de apoyo, estaba condenada al fracaso.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —saltó el de los bigotes largos, agitándolos como manubrios en su boca histérica—. ¿Qué vamos a hacer?

Y como si hubiese tenido una idea brillante, el viejo Nakens dijo: «Vamos a Ventas, donde el sargento Mata».

Para el teniente Beltrán, lo del anarquismo era un asunto de periferia cuyo contorno se había extendido a Madrid. Y ya no tenía vuelta atrás. Incubado en los salones *polacos* de Cataluña, el virus venía desarrollándose hasta conseguir la fiebre. Desde que se llevaron por delante al Cánovas, no se había vivido algo parecido.

Al teniente Beltrán los polacos se le atravesaban en la nuez del pescuezo y una úlcera sangrante se abría paso entre su podrido vientre, asomándole a la cara en un gesto que era como una sonrisa incompleta. Y con tales tribulaciones, el teniente Beltrán llegaba a deponer el fruto de sus intestinos en forma de butifarra.

Llevado por su olfato, a esas horas, para él no había dudas. Todo se había cocinado en los fogones de la Barcelona más indecente. Si las tripas de Alfonso XIII hubiesen hervido de metralla el día de su boda, los catalanes ya habrían formado parte del banquete. Al teniente Beltrán no se la daban con queso y menos con butifarra. Sabía lo suficiente como para reconocer la mano dinamitera de aquellos tiñosos. En las tabernas del puerto barcelonés, los niños pasaban la gorra pidiendo: «*Cinc centimets per a la dinamita*». Y le cruzó el rostro una ráfaga de odio, como si aún estuviera masticando la tierra del moro, cuando los sucesos llevaron al general Margallo a recibir un tiro tan cercano que a él le silbó el oído. El aún joven teniente, Miguel Primo de Rivera, todavía se mantenía erguido, mostrándose tan firme como juez y tan eficaz como verdugo, sin apreciar temblor alguno en el fusil, humeante y pegado al hombro, por si acaso todavía tenía que rematarlo. Beltrán lo vio todo desde su posición. Los caballos levantaron el polvo con la pezuña, igual que si el suelo ardiese ante la caída del general Margallo.

Con la soberanía de un secreto valioso notándole en los ojos, Perico Beltrán pronto se convertiría en un soldado flaco y seco. Tan silencioso como naipe en la manga cubierta de galones. A sabiendas de que las guerras se libran con los mismos fusiles en uno y en otro bando, el soldado Beltrán se acercó hasta el cadáver del general Margallo. Tenía los ojos abiertos y un agujero en el cráneo por donde podía meter los dedos y tocar el chorreante estropajo de aquel cerebro. Sus extremidades aún se meneaban como rabos de lagartija recién cortados. Sin más tiempo para el recreo, el teniente Beltrán le arrancó el reloj de bolsillo que colgaba de un ojal de su guerrera. «Un muerto no necesita contar los minutos que le quedan». El reloj aquel sería un recuerdo que marcaría su rumbo, aunque siempre atrasase. Se trataba de un Roskopf, fabricado en Suiza, números romanos y agujas robustas para facilitar su puesta en hora con el dedo. El mismo Margallo le había plantado aquella cadena de oro falso que era lo más parecido a un collar para atar perros. La más grande que encontró entre la maraña de collares, sortijas y teteras que conformaban el pago de los fusiles vendidos a los moros.

La cosa se veía venir, y Margallo tenía los precedentes de tres siglos de riñas con

los mahometanos. Así que, después de venderles fusiles, decidió hacer un fuerte, pasados los lindes del cementerio musulmán, cerca de donde los moros se arrodillaban para venerar a un santón. Apenas habían comenzado a levantarlo, los moros abrieron fuego. Ante lo sucedido, se mandó desde Madrid una fuerza expedicionaria en la que se encontraba el joven Perico Beltrán. Sería su bautismo de fuego.

Junto con un sargento, dos cabos, un trompeta y veintiún guardias más, todos al mando del primer teniente José Martínez Ibáñez, el joven Perico Beltrán embarcaría en Málaga. Era un día de mar rizada por el viento y que excitó los estómagos, abriendo vomitonas de colores sobre cubierta. Duró poco, el tiempo que tardaron en tomar tierra en la ensenada y echar a andar, algo tambaleantes todavía, por calles pingorotudas y torcidas de casas. Eran de techo tan bajo que, de haber querido entrar, no lo hubiesen conseguido sin doblar pescuezo.

Las obras para levantar el fuerte se llevaban a cabo en las afueras. Allí llegaron al día siguiente, después de pernoctar en el fuerte de Camellos, donde estaba alojado el regimiento de África. La bienvenida se la dio el mismo general Margallo, en persona, alzado sobre unos escombros y lo más parecido a un botijo puesto encima de un pedestal. Destacaba la perilla blanca, toda ella cubierta, cuan larga era, por la fina arenisca de aquellos pagos. Con el sable en la mano, el general Margallo se puso a dar órdenes. Señalaba el lugar donde había que levantar una caseta. «Como para que entren unos cuarenta soldados. ¡Ar!». Y así como quien dice, esa misma tarde, la caseta quedó hecha. Perico Beltrán, martillo en mano y clavo en la boca, andaba ensamblando los últimos listones cuando apareció Primo de Rivera, joven y teniente. Llegaba a lomos de caballo moro, levantando el polvo de un camino que se hundía en la tierra. Traía los guantes de gala en el fiador del sable y la guerrera bordada en el hilo de hierro con el que años más tarde zurciría el virgo de España.

Nada más hizo que bajarse del caballo, mandó a Beltrán a que se lo refrescase. El general Margallo recibió al joven teniente y le invitó a pasar a la nueva caseta recién construida. Pronto el sol rojizo anunció la noche y, con la puesta llegaron el aguardiente, tres bailarinas moras y un negro capón con un laúd bajo el sobaco. Por lo que la oreja de Beltrán logró alcanzar, el capón se empleó a fondo tañendo laúd, mientras las danzarinas moras acaballaban sables y charrascos. Descargado el aguardiente seminal, el general Margallo sacó los puros y una baraja de naipes. Y se echaron un tute perrero en el que, el joven teniente, Miguel Primo de Rivera, perdió el reloj de bolsillo. Al otro día lo luciría Margallo como un triunfo.

No hacía tanto de aquello y el tiempo había estragado aprisa a Beltrán. Se advertía en la cara, afilada como un cuchillo y también en su cabeza desnuda, en forma de bala. Los huesos del cráneo pelado marcaban más aún la expresión enérgica de su rostro. Arrugó la frente y puso su reloj en hora. «Quédeselo», le dijo Primo de Rivera al joven Beltrán. «Quédeselo», le repitió, con semblante riguroso y las pestañas de arena y legaña, culpa del viento de aquellos pagos. «Quédeselo, siempre

atrás». Entonces el joven oficial, Perico Beltrán guardó el chantaje en su bolsillo, a sabiendas de que quedaba activado. «Una pregunta», le apuntó Primo de Rivera antes de irse. «¿Sí, mi teniente?». Entonces, Primo de Rivera se acercó a él y se sumergió en el plomo de los ojos. «Usted es el mismo que, cuando el general Margallo cayó abatido por los moros, andaba por la torre». El joven Beltrán le dijo que no, que él estaba en donde los caballos, y que éstos empezaron a relinchar con el disparo. Y que cuando había llegado hasta donde yacía el general Margallo, ya estaba muerto aunque sus extremidades se movían como rabos de lagartija. En aquel momento, Primo de Rivera miró a Beltrán con ganas de secarle pronto.

Escupió el polvo del recuerdo en la misma puerta de Gobernación. Aun así, el pasado continuaba irritando la garganta del teniente Beltrán. Después de tragar saliva hasta quedarse seco contra la turba moruna, batiéndose como un bravo en los altos de Melilla junto a cuarenta oficiales más, el teniente Beltrán había caído tan bajo que cualquier reptil del fondo policial se deslizaba por encima de su rango. El Cojo había empleado la caridad personal y aún no le había cesado. «Le refresco, Beltrán, que a partir de ahora, su trabajo consiste en seleccionar testigos molestos, no lo olvide». Restregó el gargajo con la suela y cruzó la Puerta del Sol, poniéndose en la calle Arenal, donde la fonda La Iberia.

Doña Josefa, la dueña, por cosas de la edad, había dejado el negocio a cargo de su hija Ramona. Debido a la proximidad del trabajo, el teniente Beltrán conocía a ambas. Y rara era la noche que no se presentase allí acompañado de alguna furcia. La fonda La Iberia era lo que, según época, llamaban una fonda con pretensiones. Reunía todas las características para albergar encuentros clandestinos, ya fueran políticos, venéreos o ambas cosas a la vez. Cuando el teniente Beltrán preguntó por un joven flaco, de ojos claros, que venía de Barcelona con el bigotito bien cuidado, entonces la Ramona se llevó la mano al pecho.

—Siempre me dio mala espina —aseguró achinando los ojos en una expresión dolorosa—. Siempre me dio mala espina.

Luego contó que, sobre las once y media o las doce del lunes de la semana anterior, se presentó acompañado de un cochero.

—¿Alguna cosa que llamase la atención?

Fue cuando la Ramona no se lo pensó dos veces y saltó sobre su propia afirmación.

—Sí, la maleta. *Mu* elegante. Una señora maleta, vaya.

Para una persona acostumbrada a ver maletas a todas horas, que le llamase la atención una maleta era un detalle a tener en cuenta. Como también era un detalle a tener en cuenta que el huésped deseara una habitación exterior.

—Como ya no me quedaba libre ninguna dando a Arenal, le subí a una con balcones a la calle de detrás. A veinte pesetas por día, incluyendo comida, que debió de parecerle requetebién pues se sacó de la americana una cartera y me soltó uno de quinientas. «Cóbrese sólo tres días», me dijo.

—Ya.

El teniente Beltrán cayó en la cuenta. Desde un primer momento, el catalán había desechado la idea de atentar en la iglesia, pues de lo contrario hubiese abonado más días en la fonda. En sus ojos de plomo se reflejó la consecuencia. Buscaba un balcón con vistas al paso de la comitiva y la calle Arenal venía trazada como tal. El recorrido del rey, a la ida. Una mancha de café sobre la cuartilla y el dedo del Cojo marcando el itinerario con meses de antelación. Fue entonces cuando el teniente Beltrán empezó a sospechar de algún soplón. O de alguna soplona.

—¿Pesaba la maleta?

—No sé. El que lo debe de saber es el cochero que la trajo, o el criado que mandaron de donde Mayor a recogerla.

El teniente Beltrán no pudo completar su sonrisa. Escupió en el piso y luego lo restregó con la suela de los botines, hasta hacer brillar la baldosa.

—¿Cuáles eran sus horarios?

—Se levantaba a las nueve y dejaba la habitación, volvía al mediodía. Comía. Luego se iba otra vez y venía a la noche. Sobre las once.

—¿Qué sitios frecuentaba?

—No sé, pero la otra tarde me pareció verle donde Candelas, en la horchatería. Yo iba a una prueba con la modista y, fue al pasar, cuando me pareció verle.

El teniente Beltrán clavó sus pupilas de plomo al fondo del pasillo. Como si más allá de las paredes hubiese visto algo. Luego preguntó:

—¿Qué nombre dio?

Entonces ella, como si en todo ese tiempo lo hubiese estado esperando, sacó del delantal un pedazo de papel escrito con letra pulcra y cuidada. Y leyó: «Mateo Morral, fabricante, Barna». Luego, entrecerró los ojos rasgados. Y como por un acto reflejo se llevó la mano al moño. El teniente Beltrán no la dejó continuar.

—Lo siento palomita, hoy no tengo tiempo ni pa comer. —Y apartándola, el teniente Beltrán salió de la fonda a toda máquina.

Los dinamiteros de Madrid andaban metidos en el ajo. El teniente Beltrán lo supo nada más hablar con la de la fonda La Iberia. De resultas, el Mateo sólo había traído desde Barcelona la carcasa, una esfera desmontada en dos trozos y coronada de pequeñas chimeneas, todo un ingenio letal con soldadura extranjera. Aunque la dinamita sea material a transportar con tranquilidad y sin peligro, y pudiera haberla traído a Madrid dentro de una señora maleta, aunque esto fuese de tal manera, por nada del mundo el Mateo hubiese consentido que se la llevasen. «Ni aun queriendo disimular hubiese podido hacerlo», rumió el teniente Beltrán, deteniéndose a poner en hora su reloj de bolsillo. Por el de la Puerta del Sol daban las cuatro y media de la tarde.

El teniente Beltrán reconoció, de seguido, la mano del grupo llamado del Cuatro de Mayo. Y también la del Urales, un catalán famoso por encender las brasas de Montjuic con los papeles que costeaba el Emperador del Paralelo. Escritor de Reus, el Urales ahora vivía por los Cuatro Caminos con su compañera y varias gallinas ponedoras. Aunque el teniente Beltrán, durante su entrevista con el Cojo, evitase en todo momento dar el nombre del Urales, los cacareos desvelaban que algo había tenido que ver con la dinamita. De todos era sabido la simpatía que mostraba el Cojo respecto al Urales. Sospechosa de favores. «Con más escamas que un *pescado*», rumió el teniente Beltrán, cuando entró en el Colonial.

Mientras buscaba con la vista al cerillero, se fijó en una de las mesas, donde estaba el inspector Merlo. Le acompañaba otro hombre al que el teniente Beltrán tenía ganas de poner correctivo. Era el mismo soplón que trabajaba donde la Concha. Con los ojos turbios de placer, y los faldones de la camisa por fuera del pantalón, fumaba un cigarrillo. A su lado, Merlo se entretenía en fundir el semen de sus labios con la punta de la lengua mojada en saliva. El teniente Beltrán hizo como que no los había visto y pegó una voz al cerillero: «¡Uno de vitola!». Arrancó la primera calada y el motor de combustión, que llevaba por cabeza, empezó a rugir pensamientos en alto. Además del Urales y los del grupo, al teniente Beltrán también le daba que había alguien infiltrado en la policía, una persona que santeó el recorrido del cortejo mucho antes de que se empezasen a colocar guirnaldas. Con la nariz encogida, y la brasa del puro por delante, el teniente Beltrán salió del Colonial, a la calle. Y cruzó a lo de Candelas. Irrumpiendo en mitad del silencio que sigue a toda explosión, abrió la puerta de la horchatería. «A ver, ¿dónde está el dueño?».

Y como el dueño andaba cuadrando cuentas, y la caja registradora andaba abierta, el de lo de Candelas aprovechó para insinuar:

—No nos interesa ese tipo de propaganda —le soltó, sin dejar de contar los billetes.

El teniente Beltrán entendió el mensaje de seguido: dinero a cambio de silencio.

—Eso no es cosa mía —le dijo—. Eso es cosa de los periódicos. —Y disparó una bocanada de humo que emborronó la caja registradora.

El dueño dedujo que, si no colaboraba con la policía, la misma policía mandaba a toda la plana de periodistas. Y de la noche a la mañana su negocio dejaría de ser el sitio donde sirven la mejor horchata de todo Madrid para pasar a ser una ruina, quedando señalado como el local donde paraba el anarquista que tiró la bomba. La misma bomba que no alcanzó a los reyes, ahora caía de lleno sobre su negocio. Booom. Una vez tanteada la dimensión de la onda expansiva, el de lo de Candelas cerró la caja y declaró que él pisaba poco aquello.

—Para eso he comprado la máquina registradora —añadió, señalando el armatoste que se alzaba al otro lado del mostrador—. Gracias al ingenio americano, las empleadas no me sisan del cajón. —El teniente Beltrán cruzó por debajo del mostrador y se acercó al invento. El dueño seguía hablando—: Viene importado de Estados Unidos y cuenta los dineros en pesetas, todo un adelanto —siguió diciendo, mientras el teniente Beltrán arrancaba caladas agresivas al habano.

En una de las embestidas al cigarro, el teniente Beltrán preguntó cómo coño se abría la máquina registradora. El dueño, un tanto asustado, activó la palanca lateral y sonaron las campanillas. Clin, clan, clin. La máquina mostró su sonrisa chapada en oro, dejando al descubierto una lengua infecta de billetes que cegaron de fiebre al teniente Beltrán. Con unas décimas de calentura, sacó un duro de plata. Quitándose el habano de la boca, mordió la moneda. «Sevillano, no hay duda». El dueño tragó saliva y el teniente Beltrán se guardó el duro en el chaleco, junto al reloj, y volvió a arrancar violentas chupadas al habano. «¿Sabía usted que, por dar moneda falsa, le puedo entrar en el abanico?». El dueño se quedó mudo, sus mejillas se pusieron del mismo color que el lomo de un gato al que hubieran sacado el pellejo. El teniente Beltrán le hundió todo el desprecio de sus ojos y, dándole la espalda, se asomó a la máquina registradora de nuevo. Reflejada en el metal, observó su cara alargada e imprecisa, sus ojos grises como dos monedas de plomo y las aspas del ventilador que colgaba del techo y que hacían peligrar la suerte de todos aquellos billetes. Antes de que se volaran, el teniente Beltrán se guardó un buen fajo en el bolsillo de la chaqueta, junto a la pistola. «Yanquis, hijos de puta». Y de un golpe seco cerró la caja. Clin. Clan. Clin. Luego escupió al suelo y pidió una copita de aguardiente. «Por aquí, rubiala». A ladridos hizo llamar a las demás camareras. Y dio comienzo el interrogatorio.

Dando las ocho y media de la tarde, llegaron al parador de las Ventas. En uno de los cuartos de arriba vivía el sargento Mata, un tipo cincuentón y flaco, de pelo cano y rostro curtido por los soles del trabajo. En calzoncillos, y apoyado en el marco de la puerta, su aspecto era el de un hombre al que hubiesen despertado con urgencia. Sus ojos azules, pegados de legañas, así lo anunciaban. Detrás de él, asomó la cabeza de una mujer con el pelo blanco y los ojos cenicientos.

El Nakens, con voz secreta, contó el asunto. El Mateo observaba desde el descansillo con el rostro perturbado y la mano oculta en el bolsillo. En sus ingles anidaba el dolor secreto que ahora se abría paso a través de sus entrañas. Se llevó la mano vendada a los riñones y echó el cuerpo adelante, como si así pudiese aliviarlo.

—Para que todo vaya bien, se trata de un periodista italiano escapado del penal de Ocaña —añadió el Nakens.

—A mandar, don José, ya sabe que aquí estoy pa lo que guste —soltó campechano el sargento Mata, en calzoncillos y recostado sobre la misma puerta.

El Mateo le conocía de oídas. El sargento Mata era hombre de arrojo y lucimiento. Anduvo escapado de joven, cuando el levantamiento de Villacampa y ahora, a sus años, todavía conservaba la idea de acabar con la restauración canovista. El Mateo pudo advertirlo en sus ojos, dotados con el brillo de los bravos. Entonces sacó su mano del bolsillo y se la estrechó. Los otros dos hombres, junto con el Ibarra, se despidieron del sargento Mata y, a continuación, lo hizo el viejo Nakens abrazándolo. «Salud y república». La mujer se rascó el nido de su pelo cano, con nerviosismo en las uñas. Y le indicó al Mateo que entrase.

La estancia se reducía a dos cuartos mal ventilados, uno con camastro, y que era el que utilizaban de alcoba, y el otro hacía de comedor, con una caja a manera de mesa, tres sillas de cuerda y un par de banquetas. En el rincón, una tela por cortina separaba los fogones del resto. «¿Un café?».

—Gracias.

—Póngase cómodo, que andará cansao.

—En estos momentos, lo de cansarse es un lujo —dijo el Mateo, a la vez que acercaba una silla. La mujer asintió, sin dejar de rascar canas, y el sargento Mata cerró la puerta. Las paredes resonaron con el trote de los hombres, bajando la escalera a toda prisa.

—¿Dónde piensa dirigirse? —preguntó el sargento Mata, subiéndose los calzoncillos.

El Mateo guardó silencio y el sargento Mata, como si reconociese su indiscreción, no volvió a la carga. El puchero anunció el primer hervor y el aroma de café se confundió con la pestilencia que a esas horas invadía todo Madrid y alrededores. Era lo más parecido al resuello de una bestia envenenada.

—¿*Manchao* de leche? —preguntó la mujer desde el otro lado de la cortina.

—Sí.

El sargento Mata le señaló la mano vendada:

—¿Metralla?

—No, al ir a cerrar la bomba. Ya sabe, la sangre que es muy escandalosa.

—Qué me va a contar, unos cinco litros que llevamos en el cuerpo, y pierdes un cuarto de un rasguño y parece que te has *desangrao* como un cochino —apuntó el sargento Mata con el sarcasmo del que conoce las heridas.

La mujer puso sobre la mesa el vaso de café y el Mateo arrimó los labios al borde y sopló. Sus ojos mostraban el cansancio y el sargento Mata resolvió llamar a su hijo para que subiese un saco de paja de la cuadra con el que hacerle la cama al invitado. De seguido, apareció un chaval al que el sargento Mata presentó como su hijo mayor.

—*Tie* veintiún años. Se llama César. Tengo todas las esperanzas puestas en los jóvenes. Por eso hay que prepararlos para el futuro. La nuestra es una generación jodida para la clandestinidad, nos conocen a todos. —Esto último lo dijo con el poso suficiente para que el Mateo pudiera advertir la nostalgia en su tono—. El otro es dos años más chico, ahora duerme, está malito el pobre, de un parálisis que le dio cuando pequeño.

La mujer seguía con las uñas comidas de nerviosismo, sobre su cabeza cana. Ahora callaba y observaba al Mateo con la tragedia prendida en sus ojos cenicientos. El tal César retiró la banqueta hacia un lado y se puso a preparar el jergón de paja, junto a la mesa donde el Mateo apuraba su café. «¿*Quie* tomar otro?».

Llevaba cosa así de quince días en que la comunicación con sus semejantes se había reducido a unas cuantas frases envueltas en el recelo oculto de los secretos. Ahora, a la escasa luz de una vela, en un cuarto maloliente, mientras tomaba café, el Mateo daba muestras de sinceridad. Aunque la verdad seguía oculta, el secreto doloroso se insinuaba en los ojos. Su discurso era el de un intelectual que se salía del prototipo de anarquista de salón, término que era común a la gran mayoría de los que, más tarde o más temprano, cambiaban el aire de la pluma en beneficio de la andorga. El Mateo hablaba de ellos con desprecio, pues por su culpa se generaban los tópicos y los malentendidos. El sargento Mata y su compañera escuchaban atentos.

—Nunca sentí puñetera necesidad. Eso me salvó.

Fue decir esto y echarse la mano a la entrepierna, donde guardaba algo más que una enfermedad secreta. Y sacando un fajo de billetes que puso sobre la mesa, siguió contando que era hijo de industrial, y que por lo mismo no había pasado fatigas en su vida. «Sin embargo, el no haberlas vivido en mi propia carne no significa que no existan». Así, cuando en Sabadell se hizo cargo de la fábrica paterna, realizó una serie de mejoras sociales siempre en beneficio de la plantilla, aumentando los sueldos y aleccionando al obrero sobre cómo organizarse para realizar huelgas. Ante todo, el Mateo se sentía un artista de la propaganda, un autor todavía en proceso aunque bien armado y con discurso encendido, capaz de convencer a un auditorio de blusas y

alpargatas. Ahora, mientras el sargento Mata y su compañera le seguían atentos, el Mateo continuaba su diálogo diciendo que el cristiano hacía el bien sólo por obtener una recompensa en el más allá. «Nada que ver con el anarquismo, que busca la justicia social sin pedir paraísos a cambio».

Al sargento Mata, que tampoco creía en Dios, le hicieron chiribitas los ojos cuando el Mateo le señaló el dinero y le pidió que se quedase con la mitad. La mujer paró de rascarse y limó la tragedia de su mirada cenicienta.

—Necesito cambiar de aspecto. Comprar ropas que me camuflen la huida.

—Eso está hecho, mañana mi compañera se encargará de ello. Ahora, si me disculpa, me retiro a la piltra. Tengo que ponerme en el tajo temprano. —Y dicho esto, el sargento Mata se levantó de la mesa con los billetes en el puño y el calzoncillo caído.

—Buenas noches —se despidió el Mateo, apurando el último café.

Sopló la vela y, sin quitarse la ropa ni tampoco descalzarse, el Mateo se echó en el jergón de paja. Con los ojos abiertos a la oscuridad, como si todavía le quedase alguna duda acerca de la existencia de Dios y se hubiese agarrado a ella para no terminar con todo, el Mateo se pasó la noche acariciando la culata de su pistola.

Después de interrogar a la camarera rubia, con la combustión en su cabeza y la colilla del puro entre los dientes, entró en el Gobierno Civil. Los pasillos filtraban las voces y el teniente Beltrán, a la vez que pasó por donde el despacho del gobernador, reconoció la de Rodríguez. También reconoció las toses del inspector Pons y el carraspeo autoritario de Ceballos para anunciar que se acababa de descubrir otra bomba, sin explotar, junto a Capitanía. «Una caja de latón, atada con alambres, con un agujero como para contener mecha». «Ese cabrón contaba con un grupo de apoyo». El teniente Beltrán arrimaba el oído. Entonces, en una de éstas, escuchó la voz del gobernador imperar sobre las demás. «Ha de haber juicio, si hay juicio hay plaza para mentiras y aquí, ya se sabe, las mentiras son lo único que nos pueden salvar la situación». Al teniente Beltrán le viene el golpe en la nariz. Ahora adivina la voz del inspector Pons. «Parece que el Cojo ha presentado la dimisión». A continuación, la de su superior, Rodríguez, que retumba de flemas: «Sí, pero no ha sido aceptada, que se revuelva en el estiércol, le ha dicho el presidente». «Lo mejor es que ha puesto una recompensa para quien cace al anarquista».

Desde hacía pocos meses, los de la secreta se habían apoderado del Cuerpo, desplazando al teniente Beltrán de su cargo de jefe. Ahora, la lucha contra el anarquismo no la llevaban los galones, la llevaban los de la secreta y sus chivatos. Con la mueca en la cara, y la oreja pegada al muro, el teniente Beltrán no dejaba escapar palabra. Tras él, unos pasos le hicieron dar la vuelta. Al final del corredor venían tres guardias. Llamaron a la puerta del despacho del gobernador. «Adelante». Y una vez hubieron entrado, el teniente Beltrán siguió escuchando.

Según dedujo, a partir de lo contado por uno de los guardias, había otro individuo más con el anarquista. «En el mismo cuarto, salían y entraban y nunca permanecían reunidos en el balcón». El teniente Beltrán arrimó más la oreja. El guardia dijo llamarse Miralles Serret, con mucho acento catalán, y que estaba destinado a vigilar la calle Mayor. «En el trozo comprendido entre la esquina de Capitanía, que da a la iglesia de Santa María, y la tribuna». El teniente Beltrán se mostraba atento, sin pestañear y apretando la oreja contra la pared. «Uno de ellos lanzó el ramo de flores». Desde donde el guardia se encontraba, había podido distinguir la figura de la marquesa de Tolosa, en el balcón, esperando la comitiva. «La conozco por tener fincas en mi pueblo, Benicarló».

El teniente Beltrán, apoyado en la pared, atendía la declaración. Con el asco cruzando su cara, introdujo sus dedos en el bolsillo del chaleco y acarició con las uñas la sortija, aún caliente, que acababa de arrancar al cadáver de la marquesa. «Ya dije, en el piso de arriba pude distinguir a dos hombres, uno de los cuales, no había dudas, era Mariano Álvarez, al que conozco por haber estado implicado en lo de Martínez Campos». «Tiene que haber ficha de ése en Barcelona», saltó el inspector

Rodríguez. «Mariano Álvarez —masculló el teniente Beltrán desde el otro lado del muro—, Mariano Álvarez» y arrugó su frente. «Apuesto a que me rompan el culo que el fulano no estaba solo», ahora era el inspector Pons el que retaba a todos los presentes, poniendo su trasero en juego. «Según el dueño de la pensión, cuando llegó se encontró la puerta de la habitación entornada y la de fuera abierta». «Y eso qué tiene que ver», le recriminó el inspector Ceballos. «Pues que el que huye, por instinto, suele cerrar las puertas que va dejando atrás y, si la de la habitación estaba entornada, y la de fuera no, eso quiere decir que alguien se la habría abierto». El teniente Beltrán no pudo contener la mueca.

Salieron los guardias con el tal Miralles y volvieron al poco con otro guardia más. Por lo que el teniente Beltrán pudo cazar, también estaba destinado a vigilar el trozo de calle donde cayó la bomba. El guardia vio cómo, desde el balcón, arrojaban un ramillete de flores. Entonces, de inmediato, llegó hasta la casa mencionada. El teniente Beltrán escuchaba a sabiendas de que todo el mundo quiere ser protagonista de un episodio como el que aquellos momentos vivía Madrid. Sin embargo, cuando el relato del guardia llegó a ese punto donde las coincidencias no son casualidades, el teniente Beltrán afiló la oreja. «Conforme subía la escalera vi bajar a un hombre con chistera y vestido de forma elegante».

Hubo un silencio tras la pared. Un silencio que rompió el carraspeo del inspector Rodríguez. Se aclaró la voz y habló con la duda del que se cuestiona algo. «No se corresponde la descripción de este señor con la que dio una mujer que declaró haber sido abordada por un hombre parecido. Creo que eran diez mil pesetas las que daba a cambio de entregar un ramo de flores al rey el día de su boda». Entonces el gobernador saltó, a la defensiva: «Sí, y también se corresponden con las que tenemos del hombre que entró donde la ferretería de Peligros y compró una caja de caudales». La voz del gobernador era la voz de un cabrito pillado en desliz. «Pero, qué coños, ¿no habíamos quedado que la bomba encontrada junto a Capitanía esta misma tarde es una caja de latón, atada con alambres y con un agujero como para contener la mecha?», apuntó con voz bronca el inspector Rodríguez.

Tras el muro, el teniente Beltrán no pudo aguantar la conversación por más tiempo. Llegó hasta su despacho, abrió la puerta y escupió. El diminuto ayudante se achicó aún más cuando le vio entrar y, de inmediato, quitó los pies de encima de la mesa y agarró el palillero de la oreja.

—Orden preventiva contra el Isidro Ibarra, tranviero de los Cuatro Caminos, el Juan Salas, de oficio zapatero, el Salvador Torres, jornalero, el José Pujalte, carpintero, el Juan de Mata, este de Ciudad Real y bujarrón como todos los sastres. —El teniente Beltrán imperaba de carrerilla, igual que si su memoria hubiese registrado los nombres, apellidos, oficios y domicilios de cada uno de los subversivos afincados en Madrid—. Ah, y el Emilio Blázquez, un tiñoso que vende papel anarquista en el Habanero. Y el César Caraballo, cajista de ideas avanzadas, también. Y el Felipe Fernández, hombre lleno de dobleces, por un lado es guarda del mercado

de la Puerta Toledo y, por otro, da cobijo al periódico ese de *Tierra y Libertad*.

El escribiente, sin levantar la cabeza del papel, asentía, como si aquellos nombres y apellidos le sonasen de algo. Al teniente Beltrán le habían puesto a aquel inútil hacía sólo dos meses, cuando unificaron vientres y despachos. Ahora, la jurisdicción civil se imponía sobre la militar por mucho que sobre el papel pusieran leyes a favor de las guerreras. Había sido la forma de neutralizar al ejército. Con la llegada del nuevo siglo, los galones y el pelotón de fusilamiento se acababan. Y todo indicaba que el rey estaba de acuerdo en que la jurisdicción civil no podía tener limitaciones de ningún otro entorno. Y aunque ya sumasen docenas las guerreras caídas en el atentado, el rey no se había pronunciado a su favor, abrasando al ejército en los últimos fuegos de una rosa a la que le crecían llamas en vez de pétalos. «Ese niñoato».

—¿Decía? —preguntó el escribiente, tras la mesa del despacho.

—Na, cosas mías. Sigamos, pues nos habíamos quedado en el quincallero, Vicente, que también es de la cuerda del *Tierra y Libertad*. A este pájaro le enganché ya cuando las bombas del Congreso. Y también hay otro, que es de Valladolid, y que anduvo en Montjuïc la tira de meses, *implicao* en lo de la bomba a la procesión del Corpus. Siempre anda de líos. Se llama Mariano Álvarez. Y cómo no, también quiero a ese catalán que vive en los Cuatro Caminos, Juan Montseny. Y que todos conocen como el Urales.

—Sí, señor.

—Y que me los traigan a todos aquí, que los voy a interrogar.

—Sí, señor.

—Y que saquen al Pepe Cuesta del calabozo, dueño de la fonda de la calle Mayor, y que también me lo suban.

—Sí, señor.

Aquella noche la pasó interrogando. Hacía calor en Madrid y la camisa se empezaba a pegar al cuerpo como una mortaja. El Pepe Cuesta, cabizbajo, fue el primero en sentarse sobre el banco de la pared. Lo hizo con la espalda encorvada, la cabeza entre las rodillas y la mirada al filo del abismo. En un arrebato de piedad, el teniente Beltrán había ordenado aliviarle las esposas. «¿Cómo estaba la puerta de la habitación del fugitivo?».

—Entornada.

—¿Y la de la casa?

—Abierta.

—Ya.

—¿En qué periódico puso el anuncio?

—En *El Imparcial*.

—¿Cuándo?

—La semana pasada.

—Que cuándo salió *publicao*, tocino. —El teniente Beltrán le atizó en la nuca, con la mano abierta.

—El domingo *pasao* —dijo el Pepe Cuesta, restregándose la picazón del cuello.

—Ya.

—Si quiere le puedo traer el periódico.

—Ya le dije que no confío en los papeles. —El teniente Beltrán se le acercó, le puso la bragueta a la altura de la boca y le preguntó en bajo, buscando la afirmación —: Hasta entonces, la habitación estaba vacía, ¿verdad?

—No, la ocupaba un muchacho.

—Ah, creía que me iba a contestar lo contrario. —El teniente Beltrán, arrancándole las entrañas con las ganzúas de sus interrogantes, siguió con el cuestionario—. Por eso, el anarquista pagó por adelantado y no entró hasta tres días después. Esperaba el desalojo, ¿verdad? —El teniente Beltrán agarró al Pepe Cuesta por los pelos de la coronilla. Así que al Pepe Cuesta no le quedó otra que asentir—. Lo que no me voy a creer es que la habitación del anuncio fuese la misma desde donde tiraron la bomba.

Dicho esto, el teniente Beltrán soltó y la cabeza del Pepe Cuesta volvió a caer. Sujetándosela con las dos manos, el Pepe Cuesta dijo que la habitación del anuncio era otra. «La que da a la calle Factor». Y que se la enseñó primero y que no la quiso.

—Pero enseñó la cartera y le convenció, ¿verdad?

El Pepe Cuesta contestó que sí. Y fue en una de estas confirmaciones cuando el teniente Beltrán hizo el amago de volver a acercarle la bragueta.

—¿Y de dónde es el muchacho que ocupaba el cuarto, si es que *pue* saberse?

—Catalán —balbuceó el Pepe Cuesta.

Entonces el teniente Beltrán volvió a golpear la pared. Un puñetazo que hizo saltar esquirlas de yeso y que al Pepe Cuesta le pasó silbando la oreja.

El primero de los anarquistas en declarar había sido el vendedor de periódicos del café Habanero, un tal Emilio Blázquez, que no se conformaba con vender la prensa oficial, sino que también distribuía todos esos panfletos de ideas avanzadas. Papelajos impresos en Barcelona y más allá todavía, en el país gabacho, donde un tal *Cosmo* señalaba por escrito al teniente Beltrán, poco menos que de asesino. Le acusaba de montar el complot del día de la Coronación. Desde aquel momento, la opinión pública se había mostrado contraria a su ejercicio, llegando a contaminar las jerarquías y a atufar con el asunto a sus superiores.

Si por el teniente Beltrán fuese, ejecutaría a toda la cadena. Desde el que vende los periódicos, hasta el más importante, que es el que pone los dineros. En su mugriento despacho del Gobierno Civil, el teniente Beltrán clavaba sus pupilas en aquel hombre chaparro, cuarenta y dos años, y con la cara surcada por los soles más duros de la calle. El vendedor de periódicos del café Habanero ignoraba el porqué de su detención, y lo hacía de una forma que al teniente Beltrán le daba que pensar, como si ocultase algo. Así que le rompió la nariz del primer mandoble. Sangrando, mandó que lo volvieran a bajar a calabozos. Y que subiesen al Felipe Fernández.

—Ése que es zapatero y que da cobijo al periódico *Tierra y Libertad*.

El joven Felipe Fernández ya estaba procesado por delito de imprenta. Cuando declaró ante el teniente Beltrán, lo primero que hizo fue bajar la cabeza y poner la boca chica para condenar el atentado. Justificó su inocencia diciendo que la boda era una ventaja para los indultos, ya que éstos iban a ser tan amplios que alcanzarían a los delitos de imprenta. El teniente Beltrán le partió la boca chica de un rodillazo y mandó que subieran al cajista, al César Caraballo que, de inmediato, se puso a condenar el atentado alabando a la reina, pues era de Inglaterra, un país donde no se persigue a los hombres por sus ideas políticas. El teniente Beltrán le despachó de otro rodillazo. Las muelas del joven saltaron por los aires. Luego le tocó el turno al Mariano Álvarez, un hombre de acción capaz de dinamitar la Puerta del Sol en nombre de la anarquía. Cuarenta y cuatro años de sudor en el pellejo tostado por el currelo y la conquista del pan y de la libertad, que decía él. «Nombre».

—Mariano Álvarez Fernández.

—Profesión.

—Mecánico.

—Lugar de nacimiento.

—Valladolid.

—¿Cuántas veces estuvo detenido? —En Barcelona, cuando arrojaron la bomba a Martínez Campos, digo, a la procesión del Corpus.

—Ya.

—Sí, señor.

Serían las cuatro de la mañana cuando escuchó la puerta. Era el sargento Mata que se iba a trabajar. Tal como le dijo la noche anterior, andaba de encargado en las obras del teatro de Ciudad Lineal. Un oficio duro, cercano al de las mulas, llevando de sol a sol el carro volquete cargado de tierra. Entonces, el Mateo se incorporó y, a tientas, buscó la vela y la caja de fósforos. Rascó la cerilla y le vino el golpe de tos. El hijo mayor andaba en los fogones, pudo reconocer la sombra tras la tela que separaba la cocina del resto de la estancia. «Buenos días. ¿Un café?».

Mateo, al filo del jergón, contestó con la cabeza de forma negativa. Se llevó la mano al entrecejo y lo frotó. Por la ranura de sus párpados entornados pudo ver al chico peinarse y salir de casa.

—Adiós, y *güena* suerte.

El Mateo se despidió con la mano. Luego apareció la mujer, vestía un camisón largo, algo roído por las faldas.

—Ya me dijo el Bernardo que lo primero eran las ropas. Ahora salgo a comprarlas —apuntó la mujer, rascándose con las uñas el nido canoso de cabellos.

—He pensado... —dijo el Mateo, sin dejar de frotarse el entrecejo— he pensado, en un traje de mecánico. Y cómpreme un par de mudas, y un par de camisas de tela dura y pañuelos. Ah, y unas alpargatas.

—Alpargatas le compré el otro día unas al César, que le venían grandes. Andan ahí. —La mujer se las señaló, debajo de la caja que hacía de mesa—. Pruébeselas.

El Mateo se incorporó y el dolor se volvió a insinuar en sus ojos. Algo doblado hacia delante, llegó hasta la banqueta, donde se sentó a quitarse los botines. Se rascó los pies enrojecidos, los resaltes peludos del tobillo.

—¿*Quié* tomar café?

—No, gracias.

—Bueno, le hago uno y aquí lo dejo, por si luego entran las ganas. Yo sí que voy a desayunar. —Y siguió hasta la cocina con las uñas rascando canas.

Después de que la mujer hubo desayunado y mientras se vestía, tras la cortina, le dijo al Mateo que se esperase en la casa. Que no tardaría. Y también le advirtió, como si no lo supiese, que no le abriese la puerta a nadie. Luego fue a la alcoba y salió con el chico enfermo; la barbilla descolgada en babas, y el brazo rígido y desnutrido.

—Qué, ¿cómo le quedan las alpargatas?

El Mateo asintió con la cabeza. Entonces, la mujer agarró al chico y salió. Una vez se hubo quedado solo, el Mateo sacó la pistola del bolsillo y la acarició. Así estuvo un buen rato, con la mirada perpleja y apreciando la morbidez del hierro frío al tacto de su mano huesuda. Luego, se fijó en las letras, en el dibujo de las iniciales FN entrelazadas en el relieve de las cachas. Las rozó con los dedos de su mano herida, como si se tratase de algo íntimo. Una Browning cargada con siete

posibilidades. Ahora, a sus ojos afloraban los recuerdos, lo más parecido a una linterna mágica que le devolvía imágenes sin orden ni concierto. Tan pronto brotaban en ella todas y cada una de las mujeres que había amado, como surgían las visitas al viejo Espadón, en París, a principios de año. La perilla blanca que le llegaba hasta el ombligo y el tic nervioso de los ojos como si nunca acabara de abrirlos. «Mi querido Mateo, hay dos cosas importantes en el manejo de una pistola y que no debe olvidar. La primera es que la pistola ha de estar cargada siempre».

Cuando el Mariano Álvarez llegó a Madrid, hacía cuatro años, el teniente Beltrán ordenó que le marcaran la sombra. Todos los meses mandaba a alguien a hacerle una visita para asegurarse de que seguía en su domicilio. Un día antes de la boda regia, se personó él mismo en su casa y, al decirle la mujer que estaba en la Manigua, donde la taberna del Gregorio, y como la mujer no era de su tipo, el teniente Beltrán se dirigió hasta donde el Mariano Álvarez hacía tertulia. Fogatas de tasca donde ardían por igual los policías que los ladrones. Cuando el teniente Beltrán hizo su aparición en la taberna, el Mariano Álvarez disimuló. Era como si, de repente, hubiera cambiado la conversación que mantenía con un joven de mirada atravesada y al que el teniente Beltrán no había visto nunca. «Eh, tú», llamó al Mariano Álvarez, que se acercó hasta él. Y agarrándole por el pescuezo le dijo: «No quiero chicha *pa* mañana. Hazlo saber a los demás».

Y fue decirle esto y soltarle contra el mostrador de cinc. Entonces, el joven que acompañaba al Mariano Álvarez apretó los puños, conteniendo la ira. Llevaba un traje de mecánico arremangado y cubierto de grasa, dejando al aire los antebrazos viriles, surcados con el nervio del que tiene que ganar el pan. El suyo y el del patrón. «Nombre».

—Juan Robles.

—Mecánico de oficio, ¿verdad? —preguntó el teniente Beltrán, clavando el plomo de sus pupilas sobre el luto de las uñas del joven. Y no terminó de preguntarlo cuando ya le había lanzado las manos, como una tenaza, directas al cuello. Presionándole con los dedos detrás de la oreja, el teniente Beltrán le redujo.

—Ya lo sabéis, mañana no quiero chicha.

Ahora tenía otra vez enfrente al Mariano Álvarez. Hizo sonar los nudillos, después estiró y encogió los brazos varias veces. Fue en una de esas que el teniente Beltrán le soltó un codazo. En la boca.

—¿No quedamos en que no iba a haber chicha?

Como si masticase sus propios dientes, el Mariano Álvarez explicó que él, como presidente de la huelga de mecánicos promovida para rebajar el horario laboral, había dado orden en el Círculo de la Costanilla de los Ángeles para que no se originasen disturbios. Y que el día de ayer, durante el atentado, lo pasó jugando al tute donde la taberna del Gregorio, en la Manigua. Y que se enteró de lo de la bomba por el hijo del Gregorio que entró en el bar contándolo, y que tenía pensado condenar el atentado en la prensa.

—En qué prensa.

—En el *Tierra y Libertad* —consiguió murmurar.

—Ya.

El teniente Beltrán encendió un habano. Pegó una pitada y sopló el humo en la

punta de la brasa. Se la acercó a los ojos.

—¿De qué conoces tú al Isidro Ibarra?

Entonces el Mariano Álvarez contó que al Isidro Ibarra le había visto sólo un par de veces en su vida. Las dos con el Carbajosa, uno que era impresor. El teniente Beltrán no pudo evitar la mueca. Francisco Carbajosa era un anciano de barba blanca que todavía daba guerra.

—¿Cuándo fue la última?

—En casa del Vicente Daza, en Ciudad Lineal.

—Ya.

Amanecía en Madrid. El número de muertos se ampliaba. El de los detenidos también. Y el número de muertos y detenidos se extendía a los presupuestos con la misma facilidad que se extiende el miedo a una enfermedad venérea. «A ver de dónde iban a salir los dineros», se preguntaba la gente. La relación de daños iba del rey, abajo. Mil ochocientas cuarenta pesetas por la reparación del coche regio.

Había que desguarnecer todo el coche por dentro, componer los tableros y la concha del pescante. La bomba no sólo había hecho añicos las lunas, también había dejado los faroles tuertos, pulverizado el cuero del balancín, así como las piedras de color del escudo real. Y como aquí, por pedir que no quede, pues hasta los de la calle Mayor habían aprovechado para reclamar la reparación de la fachada, que ascendía a setecientas pesetas. El Ayuntamiento no iba a ser menos y solicitaba su parte por la licencia. Total que, al final, limpiar los colgajos de carne de los balcones y fregar toda la sangre salpicada que había en el frente, se ponía en mil doscientas cincuenta pesetas. Incluso, la florista que vendió el ramo de flores también pedía su indemnización. Tras un suceso de este calibre, la picaresca presentaba oportuna demanda incidental de su estado legal de pobreza y, así, hubo hasta una aguadora que dijo estar enferma del susto recibido. Y hubo otra que dijo haber perdido el pañuelo y el mantón, y cuyo valor calculaba en unas siete pesetas. Y mientras tanto, una de las yeguas, alcanzada por la metralla, seguía en estado muy grave con pronóstico desfavorable. La otra, la llamada Retreta, ya había sido convertida en grasa. El caballo *Artillero*, de la sección de silla, agonizaba con las tripas sueltas.

El teniente Beltrán sacó su reloj y miró la hora. Las siete y media de la mañana. Estiró los brazos y los tendones del cuello crujieron de tensión.

—Salgo un momento a darme un garbeo. Ahora vuelvo —le dijo al escribiente, mientras se secaba el sudor de la cara con la mano.

El Mariano Álvarez seguía en el suelo, hecho un ovillo de dolor. Cuando el teniente Beltrán pasó por su lado le metió un puntapié. Salió a la calle y le vino hasta la nariz el aliento de un perro agonizando. Con una flema de asco en la boca, el teniente Beltrán caminó hasta la Puerta del Sol, donde puso su reloj en hora y escupió. Pasaban diez minutos de las ocho de la mañana. A esas horas, toda España

buscaba a un hombre de veinticuatro a veintiséis años, moreno cetrino, con bigotito y peinado a la francesa, de ojos claros y vistiendo con elegancia. El teniente Beltrán sabía lo difícil que era capturarlo con vida. Se conocía el paño. Los anarquistas preferían morir por ellos mismos que ser matados.

Al teniente Beltrán le daba que la mecha venía trenzada desde Barcelona y que en Madrid sólo iban a apuntalar el escenario. El Vicente Daza había salido a relucir en la declaración del Mariano Álvarez como sale a relucir la mierda en una letrina atorada. El Vicente Daza, anciano zapatero, todavía era un punto a tener en cuenta. «Un hijoputa». Mascullando estas y otras cosas, el teniente Beltrán entró en el Colonial. Alcanzó a ver al inspector Merlo en la mesa del fondo. Andaba solo. Pegó una voz al cerillero y le pidió una caja de puros. «De los de vitola».

Tras una larga noche de vigilia, el pueblo de Madrid se preparaba para enterrar a sus muertos. Los periódicos se vendían como pan caliente, salpicando de tinta y metralla los mármoles de los cafés. Los papeles no dejaban escapar el más mínimo detalle, con los caballos agonizando de fiebre sobre las calles calientes, mientras el rey, Alfonso XIII, blasfemaba esputos de sangre y munición. En apariencia fue un generoso regalo de bodas ya que, el artefacto, venía disimulado en un ramo de flores. Unos periódicos decían que eran rosas rojas y otros que las rosas eran blancas, pero de lo que no había duda es de que el milagro ocurrió y que, a los recién casados, si exceptuamos que a ella se le sacó de cuajo el apetito, y que a él se le descolgó la mandíbula, no les pasó nada. «Gajes del oficio, *darling*».

Sin embargo, a esas horas, el número de muertos ascendía a dos docenas. De los heridos mejor ni hablar, era interminable. Eso sin contar el ganado equino, caballos y yeguas reales a los que la metralla alcanzó de lleno. Así, la yegua nombrada *Fagina* y los caballos *Flanqueador*, *Minero*, *Zapador* y *Señorito* seguían mejorando, pero no el caballo nombrado *Macbeth*, que continuaba en pronóstico reservado. Su dueño, don Rodrigo Álvarez de Toledo, rezaba por él todas las noches. La policía no evitó la masacre, tampoco apresó al osado que aprovechó el descontrol de su propio disparate para borrarse de inmediato. A todo esto la reina tapaba sus ojos ante el espectáculo de la sangre. «Oh, *God*».

El inspector Merlo leía con atención de analfabeto un periódico, arrugando la frente y haciendo mucho esfuerzo en juntar las letras, intentando descifrar un código que no era habitual para un policía. El teniente Beltrán se sentó a otra mesa. Abrió la caja de habanos y sacó uno que ajustó a sus labios. Rascó un fósforo con la uña y aspiró la primera llama del puro. Entonces, el inspector Merlo levantó la vista y le miró de costado. A través de la nube de humo, divisó las ropas maltrechas, el color que le asomaba por la tirilla del cuello, también se fijó en los dedos sangrantes y la sortija prieta en el meñique. Luego esbozó una sonrisa pintada de blanco sobre los labios crudos y siguió con el periódico. Apareció un camarero. «¿Qué va a ser?».

—Carne de buey con patatas, terrón de azúcar y copita de aguardiente. Ah, y también un plato de arroz revuelto con hígado de cabrito.

—De cabrito no queda. Sólo tenemos higaditos de capón.

—Pues higaditos de capón. Pero lo primero que sea el aguardiente.

El teniente Beltrán necesitaba el chispazo que arrancase la combustión interna. A su edad, bebía para todo, incluso para dormir, aunque la mayoría de las veces lo único que conseguía era revivir pesadillas. Por lo menos eso decía su cara. El camarero vino con el pedido y, tras pegarse un trago, el teniente Beltrán llamó al limpia. Se subió la pernera y alzó el primero de sus botines, que cayó con la boca abierta sobre la caja del limpia.

—Anda al *cuidao*, Zorzas, no me vayas a manchar de betún los dedos.

El Zorzas era un tipo áspero y que tenía sus años, además de los pelos de la cabeza de punta, como los de un erizo. Lustraba zapatos en los cafés de la Puerta del Sol y se sacaba sobresueldo con el chivateo. El teniente Beltrán le preguntó por un hombre vestido de etiqueta, corpulento y tocado por una chistera que nunca se sacaba. «Ni en sitio cubierto». «Lleva un bigote que parece una mancha de betún», añadió el teniente Beltrán. Entonces el Zorzas paró con el cepillo y bajó la mirada tanto como si le colgara del hocico. Así estuvo un instante. Luego dijo que nunca había visto a un fulano de tales características, y siguió sacando lustre a los botines del teniente Beltrán. En esto que llegó la bandeja con la manduca. El teniente Beltrán mandó al Zorzas retirarse y, con ayuda del cubierto, fue revolviendo las patatas fritas con el higadito y el arroz y la carne de buey. Sus tripas se estremecían y el sonido llegó hasta la mesa del inspector Merlo, que se acercó.

El teniente Beltrán masticó la muela y siguió metiendo cuchara a la bandeja. En su otra mano, la copita de aguardiente desprendía el olor rancio de las noches de guardia.

—Sólo es para recordarte, Beltrán, que además de la recompensa que da su excelencia, el anarquista viene de familia bien y lleva dinero encima. —El teniente Beltrán mordisqueó la cuchara. Sus pupilas atravesaron los ojos de perro culero—. Ah, se me olvidaba decirte, cuídate de él, sufre purgaciones. Ya sabes, Beltrán, las enfermedades secretas dejan de ser secretas cuando las contagia un anarquista.

La puerta se abrió, la mujer cargaba una bolsa en una mano y al chico de la otra. El chico traía las babas colgando de su mandíbula riente y señalaba la pistola. En cuanto el Mateo se dio cuenta, bajó el arma y la volvió a guardar en el bolsillo.

—Tuve que ir hasta la calle Toledo —dijo la mujer, cerrando la puerta.

El Mateo retiró el vaso de café con leche, que seguía intacto. Sin mediar palabra, cogió la bolsa y fue sacando la ropa, amontonándola sobre la mesa. Dos camisas, dos calzoncillos y cuatro pañuelos de algodón a cuadros, así como dos pares de calcetines. Encima puso la chaquetilla y el pantalón de mecánico. Tela azul y consistente. Se sacó la pistola del bolsillo y la dejó a un lado. El chico la señaló, babeante, y arrancó con la risa.

—Chisss —le reprendió la mujer.

El Mateo agarró una muda junto con el traje de mecánico, y fue hasta la cocina. Tras el cortinaje se desnudó. Mientras lo hacía, pudo advertir la sombra del chico, señalándole y riéndose. «Chisss, deja al señor vestirse».

—Qué, ¿le queda *to* bien?

El Mateo abrió la cortina e hizo un gesto afirmativo. Entonces, el chico se acercó a él con la barbilla descolgada y una gorra negra, de pelo. Y el Mateo se la puso, echando la visera hacia delante, marcándole sombras a su rostro demacrado.

—Pum pum. —El chico, con la mano como si fuera un arma.

—Chisss, deja al señor.

El Mateo cogió su pistola y se la guardó en el bolsillo del pantalón. El relieve marcaba la tela gruesa.

—¿Tiene un saco a mano, para guardar esto? —señaló con la mirada el batiburrillo de la ropa, en el suelo.

La mujer se rascó las canas cerrando los ojos cenicientos, como si quisiera hacer memoria, y fue hasta la alcoba. Al poco apareció con uno de arpillera. Se lo tendió.

—Mire si le vale éste, anda un poco viejo.

El Mateo leyó en las letras sucias, «*Azucarera de las Mercedes, Barcelona*», y allí fue metiendo las prendas. Americana, camisa, pantalón, sombrero, calcetines. Se lo echó al hombro y, sin más y sin cerrar la puerta, se largó. El maldito sol de la mañana le arañó los ojos. Un vaho cálido, de estiércol, llegó hasta sus narices. Se caló más la gorra y comenzó a andar por una barriada de calles angostas, donde chiquillos le salían al paso. «¡Es el anarquista! ¡Es el anarquista!», gritaban con crueldad, señalándole. El Mateo se paraba ante ellos y saludaba como los militares, llevándose enérgico los dedos a la visera como si, de esta forma guasona, pudiera ocultar su verdadera identidad. Pasando un campo de trigos y cebadas, y cerca del sembrado que había junto a una viña, el Mateo se deshizo del saco.

Luego siguió caminando junto a la cuneta abrasada por el sol, carretera de Aragón

adelante. Preguntó por la venta del Tío Chaleco y le dijeron que eso quedaba más atrás. Echándose al campo desierto, con el roce de una enfermedad secreta entre sus piernas, el Mateo divisó una pareja de la Guardia Civil sobre el puente del río. Entonces, volvió sobre sus pasos y tomó el camino de la izquierda. Y así anduvo, al compás de las cigarras, por tierras yermas de cardo, debilitado por el hambre y el sueño hasta que encontró una venta. Entró y pidió que le pusieran de comer. «Una tortilla a la francesa. Con tres huevos».

—Marchando.

—Y pan y vino.

—Por supuesto.

Había un coro de parroquianos sentado a la primera mesa. Hablaban en alto y sus voces atravesaban la penumbra de moscas. «El Cojo ha puesto recompensa, de su bolsillo». «Quién le pillase». El ventero se fijó en la mano herida, en el pañuelo de sangre seca que la envolvía. Se aproximó con el plato.

—¿Sabe dónde puedo pasar la noche?

—Aquí lo tenemos todo cubierto, tal vez donde el puente.

El Mateo calló y comió a toda prisa, sin masticar. Y sin darse más tiempo, preguntó cuánto se debía. «Una perra gorda». Se echó mano a los billetes, atados al braguero. Sacó el fajo y tendió uno de quinientas. Entonces el ventero empezó con las preguntas.

Con el buche lleno y la caja de puros bajo el sobaco entró en el Gobierno Civil. Mientras pasaba por el despacho del gobernador, escuchó la voz del inspector Merlo. «En Barcelona, ayer mismo, señor, me dijo su excelencia que le diese la noticia en persona». El teniente Beltrán se detuvo un instante, el puro humeando entre los dientes y las ganas de saberlo todo. «Así que ¿eso es lo que se cuece en Barcelona?». «Sí, señor».

Según le estaba contado el inspector Merlo al gobernador, ayer mismo, a eso de las tres de la tarde, en Barcelona, un grupo de anarquistas tenía propuesto alterar el orden público. Fueron vistos dirigiéndose a la Rambla, con el pérfido objetivo de saber las noticias que la prensa publicaba en sus pizarras. De allí se largaron todos a empeñar sus pistolas dando nombres supuestos. «Las armas estaban preparadas para un movimiento revolucionario en caso de que el atentado de Madrid hubiese ocasionado la muerte de su majestad». La voz aflautada de Merlo aún retumbaba en el pasillo cuando el teniente Beltrán entró en su despacho, encontrádoselo vacío. Dejó la caja de puros sobre la mesa y volvió a salir. El teniente Beltrán llegó hasta el final del pasillo, luego rascó un fósforo y bajó la escalera que quedaba a su izquierda.

En la penumbra, su oído alcanzaba a escuchar los gemidos de las ratas aparearse, el dolor de los presos y el pisar de las botas de los guardias. Cuando vieron al teniente Beltrán se cuadraron.

—Vengo a por el Urales.

Los guardias se perdieron en lo espeso de la cueva y el eco de sus botas se confundió con el de los cerrojos. Al poco le trajeron al de Reus. Conservaba la soberbia en su rostro y los anteojos le daban cierto aire distinguido. «Nombre».

—Juan Montseny.

—Domicilio.

—Calle Cristóbal Bordiú.

—Número.

—Tapado con barro.

Entonces, el teniente Beltrán lanzó su mano abierta, y le cruzó el rostro. Los lentes cayeron y el teniente Beltrán los pisó hasta hacer crujir el suelo de cristales. Juan Montseny, el mismo que se hacía llamar Federico Urales, mantuvo el perfil erguido y la mirada fija en el resplandor de plomo que le bañaba por completo.

—Cuéntame tus relaciones con el Isidro Ibarra, uno que ahora es tranviero y que vive unas cuadas más arriba de tu hotelito.

—No sé de quién me habla.

—Vaya, vaya, con el soplón de Montjuïc. Perdió la memoria. —Y el teniente Beltrán lanza el revés de su mano, otra vez, contra el rostro.

Los ojos del detenido emitieron un destello de rabia. Entonces de la calle llegó el

alboroto. Las pisadas sobre el adoquinado. Como si arriba de las cabezas, alguien martillease a conciencia. Por lo que llegaba hasta sus oídos, el teniente Beltrán supo que traían detenido al hombre de la chistera.

Con los ojos hechos a lo oscuro, subió la escalera de dos en dos, poniéndose raudo en el pasillo. A pesar de la penumbra, en cuanto le vio supo que no era el mismo. Se trataba de un extranjero que dijo llamarse Hamilton, Roberto Hamilton o algo así. Parecía bebido y, según contaba el cabo de la Guardia Civil que le tenía esposado, le había visto en la estación del Mediodía, vagando por los andenes y sin decidirse a comprar billete. Le pareció el sospechoso que andaban buscando.

—De camino aquí tuve que pedir refuerzos. Le quisieron linchar.

El teniente Beltrán no atendió toda la exposición. Ordenó que cogieran al Urales y a todos los demás presos y los condujeran a la Modelo.

—Aquí no cabe una liendre.

—Sí, señor.

—A todos menos al Pepe Cuesta.

—Sí, señor.

Cuando entró en su despacho se encontró en su puesto al escribiente.

—Le he dicho que no está en casa de su puta madre. Retire los pies de la mesa.

El hombrecillo empequeñeció por instantes, hasta hacerse tan diminuto que las gafas le venían holgadas. Entonces se las sujetó con el dedo, sobre la nariz, y corrigió su postura. Cuando el teniente Beltrán le pidió explicaciones por su ausencia, el de los manguitos le contó que había recibido orden urgente del gobernador para ir al Retiro y escribir un letrero en un árbol.

—¿Qué? ¿Cómo que un letrero? —El teniente Beltrán puso el punto al interrogante de sus pupilas, hundiéndolas como el plomo sobre aquel escribiente que le había tocado en suerte—. ¿Qué?

Al hombrecito le temblaron las piernas. Miraba a su superior con los ojos arrugados tras sus lentes de aumento. Entonces le volvió a contar lo mismo, pero exponiendo con más detalle.

—Sí, un letrero, como los que hacen los enamorados. Por orden del gobernador, en el paseo de Lamos, en el arbusto que hace el sexto de la primera fila, a la altura de un metro aproximadamente de su tronco, me tocó hacer un vaciado como de medio centímetro de profundidad, a navaja. Y en el mismo poner una inscripción y luego pasar el lápiz. «Que se vea bien», me ordenó el gobernador, y por eso me pareció lo más propio remarcar con lápiz.

—Ya.

El teniente Beltrán salió a la puerta y alcanzó con la vista el fondo del pasillo, y más allá todavía. Luego volteó con la pregunta:

—Y ¿qué decía el letrero?

—«Ejecutado será Alfonso XIII el día de su enlace. Un irredento». Y en el lado izquierdo y, en perpendicular, la palabra «Dinamita». Y luego encima del rótulo una

calavera cruzada con una cruz. Han hecho fotos y todo.

El teniente Beltrán volvió a perder su mirada al fondo del pasillo y más allá todavía, donde se cocinaba una versión oficial que favorecería a los anarquistas. El plato aún estaba crudo, pero después del fuego y del aliño, las pruebas que apuntaban a un loco enamorado tendrían el sabor conveniente. Al no poderlo evitar, todos pasaban a ser cómplices del aderezo. El teniente Beltrán acentuó la mueca de asco y escupió al suelo.

El calor pegaba las ropas y un tufo de fiebre subía hasta las aceras. Era lo más parecido al resuello de un perro a punto de palmarla. El teniente Beltrán restregó su gargajo con rabia y salió del Gobierno Civil. Cruzó la acera de enfrente y, de dos zancadas, se puso en el número 88. Por su reloj de bolsillo daban las seis de la tarde. Un día después, los curiosos seguían haciendo corrillos frente a la casa. Apiñados alrededor de la grieta, esmaltaban con anécdotas e intrigas las circunstancias del suceso. A esas horas, todo el pueblo de Madrid quería participar en el atentado. Los unos fabulando con su cercanía en el momento de los hechos. Los otros pidiendo el parné sin contemplaciones tras haber sido perjudicados por el remolino. En algunos corrillos se hablaba del padre que había llevado a su hijo a ver pasar a los reyes y que había vuelto a su casa sin él.

El teniente Beltrán se fue abriendo paso entre el gentío que ocupaba la entrada al portal. Un hombre, pequeño y giboso, le salió al paso. «¿Adónde va?». El teniente Beltrán le clavó las pupilas con la misma ferocidad de una rata ante un fósforo encendido. Vestía guardapolvo abotonado hasta el cuello y andaba barriendo los cristales del suelo. Todavía conservaba en su rostro el color de pergamino viejo que se les pone a los que acaban de recibir otra oportunidad en la vida.

—Perdone, teniente, no le había reconocido. Mi nombre es Agapito Isla, para servirle. Soy el portero de la finca. —Y sostuvo el escobón con firmeza, cruzado al pecho como un rifle—. Si quieren que declare de nuevo, aquí, a su disposición.

El teniente Beltrán le apartó. «Con permiso». Igual que si le hubieran frotado una guindilla por el trasero, subió escaleras arriba. La puerta de la casa estaba abierta y la mujer del Pepe Cuesta, la *señá* Ana, sumergía las manos en el aguaducho, fregoteando los platos del almuerzo. Una torre de ollas, cazuelas, palanganas y orinales daban cuenta del trabajo acumulado en los días posteriores a la bomba. Sin darle tiempo, el teniente Beltrán pellizcó con dominio la pantorrilla por encima de la falda, llegando hasta el vientre, mientras con la otra mano acariciaba la culata de su pistola. Las yemas de los dedos se detenían en el cuero sudado de la funda. El barniz de plomo en los ojos advertía la urgencia. En la cocina no había nadie más. Entonces la *señá* Ana preguntó por su Pepe. Y el teniente Beltrán le lanzó sus manos al cuello. Y fue aflojando, de a poco, hasta decirle que no se preocupase, que pronto estaría de vuelta. Con la voz jadeante, el teniente Beltrán siguió contando que habían pedido certificados de buena conducta. Según decía el telegrama oficial, recibido hacía unas horas de Sevilla, el Pepe Cuesta había trabajado en varias imprentas. «Y se le tiene por hombre de ideas avanzadas».

La *señá* Ana dejó caer el plato, al suelo, y se llevó la espuma de las manos a la cara. Esquirlas de loza saltaron hasta el teniente Beltrán que las recibió sin parpadear. «Rozó en el balcón de abajo, primero, y desde allí efectuó la onda expansiva. Lanzó

la bomba y salió huyendo sin saber si había acertado», rumió.

—Nunca me dio mala espina —declaró la mujer del Pepe Cuesta, compungida ante el teniente Beltrán. Según ella, salía de casa por la mañana, a eso de las once, y regresaba a igual hora por la noche. Eso sí, se encerraba en la habitación con llave pues temía que le robasen el dinero mientras dormía. «Le había sucedido en París, según contó, cuando la visita del zar». La voz de la seña Ana sonó agitada, como si tuviese que hacer un esfuerzo para hablar.

—Ya.

—Ayer, a eso de las once de la mañana, dijo que se encontraba mal y pidió agua y bicarbonato. Le di el vaso con una cucharilla, y cuando pasé por la puerta me atreví a mirar por la cerradura de la habitación.

—Entonces, ¿no había echado la llave? —corta el teniente Beltrán, hincando ahora sus pupilas en las anchas caderas.

—Ahora que caigo, no.

—¿Y qué vio si es que *pue* saberse?

—Le vi a él, de espaldas, sentado al filo de la cama, parecía que se limpiaba los botines.

—Ya.

El teniente Beltrán recorrió los flancos, el relieve del muslo que se marcaba a pesar de la tela oscura.

—Y de su marido ¿qué?

—Mi Pepe es un buen hombre. *Mu* trabajador.

—Ya.

Entonces el teniente Beltrán alargó su mano y la enganchó del vestido. La atrajo hacia él por las caderas, dilatadas hasta la necesidad. Con la voz pegada al oído, el teniente Beltrán preguntó que si recordaba cómo estaba la puerta, después de la explosión, cuando se acercó al cuarto.

—Sí, ya le dije que abierta. Luego la entorné. —Y entonces la *señá* Ana rompió en un gemido de gata insatisfecha.

Al final, ninguno de los parroquianos reunió lo suficiente para dar cambio al Mateo. Así que el ventero, narcotizado por la tinta del billete, se acordó de que podía hacerle un hueco. «Claro está, si no le importa dormir en donde las cuabras», le siguió diciendo al Mateo, mientras le retiraba los platos y sin dejar de mirarle las manos. La una herida y la otra en el bolsillo del pantalón, donde se marcaba el relieve de la pistola. Una punzada de dolor asomó a su rostro cuando el ventero le recalcó que, por un poco más de dinero, le pondría de cena un pan pringado con sardinas. «De los de pico duro, eh, pan candeal, eh, del bueno».

Mateo resolvió pronto:

—Está bien, a la mañana temprano partiré. Ya me dará el cambio.

Una sonrisa le salió de cuajo al ventero. Tenía la cara hinchada de carnes y el billete atenazado entre los dedos. «Ahora le preparan la cama», dijo, y pegó una voz a la chiquilla que andaba detrás del mostrador. Los parroquianos estaban a la mira y a la escucha, como si asistieran a la terminación de un acto que sabían ajeno. El Mateo, con los ojos entornados, se frotó el entrecejo. Cuando la chiquilla acudió para decir, «ya está», entonces el Mateo se levantó de la silla. Con la cintura envarada de dolor, y la mano en el bolsillo, se acercó hasta el ventero y le pidió que le pusiera el pan con sardinas, que se lo envolviese en un paño, que se lo llevaba.

—Qué, ¿*cansao*? —pregunta el ventero, con una sonrisa cruel en sus labios—. Pues na. Ahora la niña le indica el camino.

Con un cuchillo de a tertia abrió el pan y, sobre el mostrador, fue rellenándolo con unas cuantas sardinas tuertas que iba sacando de una barrica. Chupándose los dedos, el ventero trituraba el pescado contra la miga. «Ahí tiene», le dijo al Mateo cuando hubo acabado de envolver la vianda con el mismo paño que usaba para secarse las manos. «Ahí tiene». El Mateo se lo puso bajo el sobaco y, sin sacar la mano del bolsillo, siguió a la niña que le indicaba el camino. Llegó hasta los establos y el olor caliente le provocó la arcada. La luz que se colaba por el ventanuco era una lámina de polvo vivo. La niña señaló el jergón. «Si necesita algo pegue una voz». Cuando se hubo cerrado la puerta, el Mateo sacó la pistola. Se arrimó a la pared y miró por el ventanuco. Vio al ventero dirigirse hacia el puente, observó su figura perdiéndose en la tarde tostada por el último sol. En la cara del Mateo se manifestó la angustia. Cogió el pan y, sin guardar la pistola, salió de los establos y echó a correr a la deriva por tierras de cardo y espino todo lo que el dolor le dejaba. A la caída del sol, esquivó las sombras que le salieron al paso; siluetas de charol que recortaban su camino. Extenuado, y con el reflejo de las primeras estrellas en sus ojos, el Mateo se cubrió la cara con la gorra y se tiró a dormir. De fondo se escuchaban los aullidos lejanos de los perros, el tibio rebuznar de alguna borrica y el quejido erótico de las lechuzas. Los grillos habían dejado de cantar por un momento, para volver después

con arrebató. Cri cri cri cri cri.

Cuando el sol despuntaba ya en el horizonte, se restregó los ojos. De rodillas, abrió la mitad del pan con sardinas. Lo comió con ganas, aunque entre suspiros, como si el dolor le hubiese agarrado los intestinos. La otra mitad la envolvió en el paño. Y se incorporó. A lo lejos se divisaban las figuras de unos bueyes y, más acá, unos labradores doblaban el espinazo ante la primera luz del día. Ahora el Mateo era un espectro al que un cuchillo de realidad había herido hasta sacarle la negra entraña. Resopló con lentitud y se puso en camino, llegando hasta una finca donde un hombre cavaba al fresco de la mañana. Era un tipo flaco, con el rostro arrugado, y el azadón prieto en el puño. Se había cubierto la cabeza con un pañuelo al que había hecho cuatro nudos. El Mateo se aproximó.

—Buenas, dígame: ¿hacia dónde queda Toledo?

El hombre se enjugó el sudor de su frente con el revés de la mano y cuando alzó su vista, y se encontró delante al Mateo, le lanzó una mirada de abajo hacia arriba. Y sin dejar de mirarle, le señaló el camino con el mango del azadón. Entonces el Mateo, por anular sospechas, hizo lo que sabía hacer en estos casos. Y de la misma manera que, después de tirar la bomba, escapó pegando gritos y preguntando por lo sucedido, ahora le tocaba salir del apuro. Así que para borrar cuidados, el Mateo preguntó:

—¿Y sabe si allí habrá trabajo?

Entonces el hombre se volvió a enjugar el sudor de su rostro enjuto, esta vez con la palma de la mano. «¿Ha *cavao* alguna vez?», le cuestionó al Mateo. Y así, la pregunta que el Mateo había formulado para despistar, quedaba convertida en un cepo que le retendría durante unos minutos.

—Pues *na*, aquí hay tajo de sobra, coja la herramienta y hala, a hacer surcos. Por cada media docena, una perra gorda.

El Mateo dejó el pan, agarró la azada y, cuando fue a doblar los riñones, una descarga en sus ojos anunció el dolor. Y tiró la herramienta a la tierra. El hombre flaco arrugó la cara en una sonrisa.

—Ya sabía yo que, con mano tan fina, poco conocimiento se *pue* tener del trabajo de la tierra.

Entonces, el Mateo volvió a coger el pan y tomó rumbo hacia donde el labriego le había señalado que quedaba Toledo. Caminó con la mano crispada en el bolsillo y las piernas torcidas, escondiendo entre ellas un secreto que le enfermaba. Cuando se encontró con un joven que andaba escardando garbanzos, el Mateo le preguntó si el pueblo que se veía cerca era Toledo. El muchacho le contestó que no, que era «Ajalvir».

—¿Dónde va esta carretera?

—A Cobeña.

—¿Hay ferrocarril allí? ¿Y posadas?

—Ferrocarril no hay.

—¿Y posadas?

—Dos. Una en el medio el pueblo y otra más allá.

El Mateo le dio las gracias por las indicaciones y siguió su camino, tirando el medio pan con las sardinas y el paño en la misma cuneta. Nada más entrar al pueblo, en una de las casas abiertas a la fresca de la mañana, entró a preguntar si tenían jamón.

—No, aquí no. Esas cosas en la plaza. —Le cortó un hombre armado con guadaña—. En una tienda, allí, en la plaza. Esto es la casa de un particular. —El hombre tenía el pellejo recocado por los calores del campo y la nariz ancha y empotrada a la cara, culpa de los golpes de la vida.

—Usted dispense.

—Queda *dispensao*.

El Mateo, en su derivar por calles enredadas de piedra, llegó hasta una posada. Se metió la gorra en el bolsillo y pidió que le hicieran algo de comer. Una anciana, con el pulso vacilante detrás del mostrador, le dijo que no podía en ese mismo momento, que se le acababa de morir una cuñada y que tenía que cerrar. Entonces el Mateo pidió pan, contestándole la anciana que sólo tenía el necesario para la familia. Pero con todo y con eso, delante había una panadería donde podría comprarlo, añadió. Y con el pulso azorado, la anciana señaló al frente.

Cuando el Mateo entró en la panadería de Cándido Gallego, compró una libreta de miga tierna, prefiriendo pagar con calderilla los dieciocho céntimos, que perder otro billete. Luego anduvo dando vueltas por el pueblo, hasta llegar a la otra posada. Había un par de gitanos apostados en la misma puerta. El Mateo les dio los buenos días y entró en la penumbra de moscas. Cuando sus ojos se hicieron a la media luz, pidió de comer algo caliente a una chiquilla que había tras el mostrador. Ella se fijó en el dedo vendado. Entonces el Mateo aprovechó y pidió un trapo. La niña le miró asustada y le comentó que no, que no tenía y que además se había muerto su madre y no sabía hacer nada de cocina. Entonces el Mateo le dijo que para hacer un par de huevos fritos no había que saber mucho. Fue cuando le vinieron los gitanos. «Deja a la muchacha en paz».

—Por lo pronto te *jalas* el pan que llevas ahí y luego pides de almorzar en otro lado —le señaló el más rubio, con los ojos como hogueras—. ¿No serás tú el anarquista ese que andan buscando y que el Romanones da una recompensa de mucho parné?

—No, yo vengo del pueblo de allá, iban a contratarme como maquinista pero ya estaba cogida la plaza.

El otro gitano se le quedó mirando muy fijo. El Mateo bajó la cabeza y salió a la calle para sentarse en un poyete que había en la misma puerta. Cuando se quitó el pañuelo de sangre que cubría su dedo, se le acercó el gitano más rubio a mostrarle su mercancía. «Pañuelos de bolsillo». El Mateo compró dos, pagándolos con una peseta de plata chica. Aprovechando la cercanía del trato, le preguntó por dónde quedaba la estación de tren más cercana. Entonces, la muchacha, que había salido del mostrador,

le señaló la de Torrejón de Ardoz. Y cuando le vio tomar el camino de Daganzo fue tras él y le indicó de nuevo a gritos que por ése no. «Por el otro lado, por el otro lado». Cuando el Mateo salió de Ajalvir daban las once y media de la mañana.

El pintor catalán se llamaba Auguste Henault. Era flaco, de maneras suaves y con la pelusa de un incipiente bigotito que emborronaba su labio superior. Dijo tener nacionalidad francesa aunque ahora vivía en Barcelona, donde había sido premiado.

—Entonces, en qué quedamos. ¿Eres *polaco*?

—Sólo unos cuartillos.

El teniente Beltrán puso una cara, como si alguien le machacara el hígado.

—Y el amigo al que le cediste la habitación, ¿también tiene unos cuartillos?

—¿Qué? —preguntó asombrado el joven pintor—. La primera vez que le vi fue cuando apareció con Cuspineda, el huésped al que le dije que estaba haciendo un retrato.

—¿Cuánto sacaste por la habitación?

—Nada.

El teniente Beltrán hizo un amago con la cabeza. El pintor retrocedió y fue a tropezar contra la mesa de su despacho.

—Entonces, ese tal Narciso Cuspineda, ¿tiene cuartillos catalanes o no?

—Lo único que sé, es que es del barrio de Gracia. Mantengo con él una relación laboral.

Eran las diez de la noche, el calor apretaba en Madrid y el pintor Henault tiritaba de frío.

—¿Cuánto tiempo llevas en Madrid? —Yo, desde hace dos meses.

—¿Y ese tal Narciso, con el que mantienes una relación laboral?

—No sé, pero poco más de medio año. —En el momento de la explosión, ¿dónde se encontraba?

—Conmigo, en el dintel del portal, yo estaba subido en una silla.

—¿Había alguien más?

—Sí, la Sara.

Entonces el teniente Beltrán tuvo un gesto de desprecio hacia el pintor, acobardado ahora en un rincón del despacho. Sacó su reloj de bolsillo y se detuvo un instante en su esfera, como si el tiempo hubiese empezado a atrasar desde el primer momento en que se lo arrancó al cadáver del general Margallo. La sangre le teñía su perilla cana. Tenía en la cabeza un balazo y los ojos abiertos en una interrogación para la que no existían respuestas. El joven soldado, Perico Beltrán, escondió el reloj en su bolsillo y miró a la redonda, por si alguien le había visto. En la torre, el que vigilaba era una figura diminuta que seguía de espaldas, parecía ajeno a la guerra intestinal que se había provocado entre los altos mandos.

Sara Roselló era conocida por todo Madrid como «la Sala». El mote tenía doble acierto pues su marido llevaba un negocio de salazón situado en la misma calle Mayor, cerca del Gobierno Civil. Un hombre con los mismos ojos que un jurel en

barrica y que no se quitaba el guardapolvo ni para ir a misa. Arrastraba la sórdida existencia de un tendero, más pendiente de hacer números que de hacer gustos a su mujer. El teniente Beltrán, que se conocía el asunto, siempre había tenido ganas de enganchar a la Sala y ponerle la mano encima, o debajo. Era valenciana y contaba con veinticuatro años de edad. Vivía con su marido en Mayor, 88. Cuando su marido salía para la tienda, ella empezaba a recibir la traca. El teniente Beltrán iba a ir a buscarla, andaba en eso, cuando la mano del inspector Merlo le tocó el hombro. Traía secreción salivar en las comisuras de la boca, cruda y del mismo color que la carne de pulpo.

—Su excelencia está muy disgustado, me dijo que te recordase que sólo quería que seleccionases testigos molestos. —Y erguido como un pavo con todas sus plumas, añadió—: Y el Urales no es molesto aunque, puesto a molestar, puede hacerlo más que nadie. Traigo orden para que la extiendan a la Modelo y ponerle a él y a todos en libertad, incluido el Pepe Cuesta.

—¿Algo más? —le preguntó el teniente Beltrán metiéndole los ojos en la cara, recién afeitada.

—Sí, sólo recordarte que los hombres de Tressols, en Sabadell han detenido al padre del anarquista.

—¿Y?

—Pues que su hijo llevaba cinco meses fuera de su casa y también llevaba una buena suma de dinero. Un cheque por diez mil pesetas. Con padres así, no es de extrañar que los hijos salgan perturbados.

El teniente Beltrán escupió al suelo y, apartando al inspector Merlo, salió a la calle. Llevaba la pistola sujeta al cinto y los bolsillos cargados de puros. A grandes zancadas llegó hasta la Puerta del Sol. Había mucho jaleo en Gobernación. En esos momentos salía el Cojo del Ministerio, los guardias, apostados en el portalón, intentaban mantener la compostura oficial que el momento requería. El ministro arrastraba su cojera taurina con ayuda del bastón de Indias. Uno de ellos, el de bigotón color nata, se acercó hasta el automóvil del Cojo, aparcado en la misma acera. Abrió la puerta. Rugía el motor. Una vez que el Cojo se hubo acomodado en el asiento, se ajustó las gafas al boniato que tenía por nariz y adiós muy buenas.

El automóvil pegó un giro tan ceñido que por poco atropella al teniente Beltrán, que movió los brazos como si fueran aspas. Brummmmm, brummmmm, brummmmm. Fue corriendo tras el automóvil pero, llegando a Alcalá, desistió. Era inútil. Por el reloj de La Equitativa daba la media noche. El teniente Beltrán se apoyó en la farola y tomó aire. De las cloacas subía una fetidez tan violenta como la exhalación de un perro, a punto de estirar la pata. Con la palma de la mano se secó el sudor de la frente. Volvió a poner en hora su reloj de bolsillo y, con el tiempo encima, el teniente Beltrán intentó adelantarse a todos los relojes. Cuando llegó hasta el portal del número 88, tuvo que esperar todavía un poco hasta ver aparecer al Pepe Cuesta con el pintor.

—No os vayáis a creer ahora que andar de casa al Gobierno Civil es libertad.

Según la *señá* Ana, un alguacil se había llevado la llave de la habitación. Entonces, el teniente Beltrán torció el gesto y abrió la puerta de un puntapié. Dentro permanecía el tufo a almendras amargas y la maleta abierta sobre la silla. Pegó otro puntapié y las camisas se desparramaron. Luego guiñó el ojo, como el que mira a través de un catalejo, y bordó un gargajo certero sobre las iniciales del fugitivo. M. M. De esta forma, la habitación desde donde se había cometido el atentado quedaba convertida en despacho para interrogatorios. Acercando la brasa del puro a los ojos de los acusados, los fue llamando de uno en uno. Sólo faltaba el diminuto escribiente para levantar acta. Así estuvo el teniente Beltrán toda la noche, indagando acerca de la relación existente entre los huéspedes y el atentado. De amanecida, el teniente Beltrán se empleó a fondo con la Sala, haciéndola gritar cada vez que le retorció las muñecas como una fregona.

El primero en pasar fue Narciso Cuspineda, de oficio impresor y que se declaraba católico y que estaba suscrito a un periódico, pero no de ideas anarquistas. «En todo caso regionalistas», apuntó con el acento muy marcado. El teniente Beltrán se llevó el dedo hasta la oreja y barrenó a fondo. «Se trata de *La Veu de Catalunya*».

—¿De qué habló con el fugitivo, si es que *pue* saberse?

—Del tiempo, de las lluvias y de las bodas reales.

—Ya. —El teniente Beltrán le arrimó la brasa del puro a la mejilla—. Y no le llamó la atención nada de su paisano.

—Sí, claro, que siendo catalán, gastase cinco duros diarios para ver el espectáculo.

Entonces el teniente Beltrán apagó con furia la colilla en el rostro del tal Narciso Cuspineda. Lo hizo una y otra vez, como si, en vez de mejillas, el tal Narciso Cuspineda tuviese ceniceros. Y pegó una voz al pintor Henault que entró con la tiritona encima.

—Hazle un retrato ahora a tu compañero de habitación —le dijo, mientras agarraba por la barbilla al Narciso Cuspineda—. Mira qué dos lunares más galantes le han salido en la jeta.

El pintor seguía temblando junto a la puerta. El teniente Beltrán hizo un barrido con los pies al tal Cuspineda y le soltó, dejándole caer sobre la cómoda. Luego fue hasta el pintor y, agarrándole del pelo, le acercó la punta del chicote, como una escoba. «Abre bien los ojos».

El pintor, con el cuello tirante, hizo un esfuerzo y los abrió. El teniente Beltrán le clavó los suyos, antes de empotrarle el cabezazo.

—Me gusta mirar a los ojos al que tengo enfrente mía antes de arrancarme contra él.

Aquello fue sólo el principio de una larga noche que culminó con la Sala, hecha

un despojo de carne corrida, sobre la almohada donde días antes había dormido el anarquista más buscado de toda España. Atada al cabecero de la cama, el teniente Beltrán probó con ella recursos más propios del medioevo que del nuevo siglo. Con el puño prieto de sortijas, gapeado hasta los brillos, se lo entró a la Sala llegando al antebrazo. Y con la boca suelta en la oreja, le ordenó que arrease a agitar el salero. Dando por su reloj las nueve y media de la mañana, el teniente Beltrán abandonó la casa y, con el esfuerzo de los interrogatorios clavado en las sortijas, llegó andando hasta la calle San Marcos, donde las niñas incitaban al delito. El teniente Beltrán era muy popular entre ellas. Se comportaba como un verdadero perro con aquellas flores de alcantarilla, tiernas aún pero, no por ello, sabedoras de la debilidad del teniente Beltrán ante ciertos servicios. En los momentos de empuje, apretaba bocados al cuello y los pezones.

Llegando a la esquina, el teniente Beltrán pegó los ladridos de rigor. Desgreñada y con los pies descalzos, se le acercó una niña. El aliento de su sexualidad anunciaba que no había parado en toda la noche. Aunque aún no tuviese la edad permitida, sus dientes chicos deshacían al más hombre.

—No, con la boca no, con la mano. —El teniente Beltrán se desabotonó raudo la bragueta, mostrándose animado, como si el trajín de la noche le hubiera fortalecido—. Me gusta que me cuentes cosas, así disfruto el doble —añadió—. Busco a un forastero grandote con mostachos, viste de etiqueta. —La niña cerró la mano y el teniente Beltrán cerró los ojos y se echó contra la pared—. Suele usar chistera y... —El teniente Beltrán dio un respingo antes de continuar—:... fuma puros.

—Creo que sé quién dice. —La niña pegó un tirón y el teniente Beltrán emitió un quejido—. Si es el que yo *semo*, es maño. —Sus ojos brillaban con el esmalte de la indecencia—. Pasó por aquí la otra noche con uno muy *colorao*. Se dedicaron a mirarnos con piedad. —Al teniente Beltrán los huesos de las rodillas le crujieron.

—¿Por qué sabes que es maño?

—Por la voz, tuve un cliente igual, son inconfundibles —le suelta la niña, mientras limpia el plomo seminal de sus dedos, restregándolos contra la pared.

El teniente Beltrán se abotonó la bragueta y miró su reloj de bolsillo. Las once menos cuarto. Sin más, se puso camino del embarcadero de Atocha. A esas horas de la mañana, los de los carruajes esperaban a los viajeros del expreso de Barcelona. La chiquilla le vio desaparecer por la calle San Marcos abajo, antes de que asomase por la esquina un nuevo cliente, un hombre de aspecto extranjero y con el pelo como estropajo al que ella conocía de vista y que le habían dicho que era polaco.

Al teniente Beltrán no le costó trabajo dar con el cochero que llevó al anarquista hasta la fonda de Arenal. Entre carretillas, mozos de cuerda buscándose la vida, y personal voceando fondas y pensiones, se abrió paso hasta él. «¿Está seguro?».

—Sí, por las señas que me da de su maleta, se trata del mismo. —Las mulas movían el rabo, espantando las moscas. Los demás cocheros miraban con desconfianza—. Sin duda alguna.

—Ya.

Tal como había sospechado el teniente Beltrán, el calesero del ómnibus número 92, bajó con su coche a la estación del Mediodía a recoger viajeros del expreso de Barcelona. El mismo que llega todos los días a las once y veinte de la mañana. Y que el día señalado, el calesero andaba en la marquesina de la salida cuando, entre los viajeros procedentes del tren expreso, apareció un hombre joven con una maleta en la mano.

—Piel de cerdo, legítima —añadió el cochero—. De la fetén y con *to* los cierres metálicos.

—¿Llamó la atención algo más?

—Qué quiere que le diga, pero no me sorprendió el regateo, me lo supuse, viniendo de Barcelona pocos hay que no lo hagan. Cuando le dije que apoquinase cinco pesetas por llevarle hasta La Iberia, entonces se le abrió la boca como si viniese del sacamuelas.

—¿Pesaba la maleta?

—No, poquito peso.

—Ya.

A los dos días del atentado, continuaban ingresadas dos yeguas con pronóstico leve y cuatro caballos, de los cuales sólo el llamado *Zapador* y otro llamado *Minero* eran de pronóstico reservado. Por lo demás, el calor deshacía los últimos colgajos de carne enganchados en los balcones de una casa que ya empezaba a ser conocida como «La casa de la bomba». La calle Mayor era una procesión de curiosos que contemplaba el socavón del suelo, la metralla incrustada en las paredes, la cancela rota y el salpicón de sangre sobre la fachada. Agapito Isla, el portero de la finca, seguía barriendo.

Amontonaba los cristales en una esquina del portal. El teniente Beltrán se acercó. Sin mediar palabra hundió la mano en la montaña de basura para sacar, al pronto, un mango de hierro como de dos palmos y algo doblado por los extremos.

—Debe de ser un trozo sombrilla —comentó el portero. Y en tono confidencial, añadió—: Han venido los de la secreta, llevan toda la mañana arriba.

El teniente Beltrán se detuvo un instante con el trozo de hierro en la mano. Sus ojos alcanzaron Capitanía, el sitio donde perdió a un hombre con chistera y un periódico al sobaco. Preguntó al portero, por si le sonaba de algo. «Es maño», le señaló.

—No sé, ya me lo preguntaron un par de veces el otro día y me pusieron delante a un tipo extranjero, por si le reconocía, pero yo no lo había visto nunca. De todas maneras, si requieren de nuevo mis servicios aquí Agapito Isla, *pa* servir lo que manden. —Y cruzó la escoba al pecho, como un fusil.

El teniente Beltrán salió del portal con el mango de hierro por delante, arreando. «Abran paso». Y de dos zancadas se puso en el Gobierno Civil. Cuando llegó hasta su despacho, el aliento febril de un perro enfermo se le vino encima. El inspector Merlo le esperaba dentro, rechupeteando uno de los puros. El escribiente seguía en su puesto, diminuto y con manguitos, haciendo como si no existiese.

—Te imaginaba en otro sitio —le lanzó el teniente Beltrán a Merlo, mostrando la mueca en el rostro.

El inspector Merlo ciñó los labios crudos al puro y luego se lo sacó despaaaacio, haciendo aros de humo con la boca. Y jugó con ellos, metiéndoles el dedo a la vez que preguntaba con guasa al teniente Beltrán:

—Y eso que traes en la mano, ¿qué es, Beltrán? ¿El bastón con el que terminas a las mujeres?

El teniente Beltrán seguía plantado en mitad del despacho, como una roca a punto de saltar en pedazos. El inspector Merlo se incorporó, sujetando el puro con el dedo y, con la sonrisa extendida, dijo:

—Sabes que no ha gustado nada a su excelencia tu proceder, Beltrán. Pero que nada. Y que al marido de la Sala, tampoco.

El teniente Beltrán apretó la barra. El de los manguitos cerró los ojos insignificantes tras sus lentes de aumento. Y Merlo se llevó el puro a la boca, rechupeteando con los labios prietos y entornando los ojos por cada vuelta. Luego le ofreció la punta al teniente Beltrán. De un manotazo, el puro acabó en el suelo.

—Tranquilo, Beltrán, tranquilo. Tú, límitate a encontrar al fugitivo, como hacemos todos. Aquí te dejo al alcance los retratos del anarquista. Es un hombre apuesto. Y recuerda lo de la recompensa.

El teniente Beltrán agarró el taco de las fotografías y las abrió en su mano, como si fueran naipes. Se abanicó con ellas. Nunca se fiaría de un retrato. Sabía cómo funcionaba la cabeza de un hombre en ese sentido. Primero se mira a la fotografía y luego se buscan tipos que coincidan con la misma. Sin embargo, para el teniente

Beltrán, los mecanismos de la mente humana no eran tan sencillos. Según él, se daban casos en que la mente, siempre predispuesta a encontrar puntos de semejanza, olvidaba las diferencias y sucedía que se encerraba al que no era. Y, al final, tocaba trabajar el doble, arrancando confesiones que sólo convencían a los demás y atorando los sótanos con detenidos que, no pudiendo controlar el esfínter, daban de comer a las ratas con el fruto de su vientre.

—Para lo único que valen los *afotos* es para esto —contestó el teniente Beltrán, sin dejar de abanicarse. Hasta los pequeños pelos negros que asomaban por su nariz, y que se enredaban con el bigote, se agitaron con el movimiento. Entonces Merlo soltó una carcajada semejante a un relincho y, con meneos de guarra en celo, salió del despacho. El teniente Beltrán le vio por el pasillo alcanzar la puerta del gobernador y golpear en el cristal con repiqueteo de zarzuela. Antes de entrar, el inspector Merlo arrugó los labios crudos y le lanzó un beso.

Una vez Merlo hubo entrado donde el gobernador, el teniente Beltrán se puso en el pasillo. Llevaba la barra de hierro en el puño. Arrimando la oreja a la pared, con la mueca de desprecio atravesándole la cara, se colocó a escuchar las voces. Ahí dentro andaban tan excitados como si hubieran encontrado ladillas en el lienzo de un pañuelo al ir a sonarse los mocos. «No hay todavía una prueba concluyente para organizar escarmiento contra los círculos proletarios de aquí. —Era el gobernador el que así hablaba—. Mientras los de la *jurisdicción* de guerra se nos estén tranquilos, no vamos a embarrarnos mucho», seguía la voz del gobernador con su deje andaluz de barraca de feria. «Nada pueden hacer, desde que el Moret les pegó el tiro de gracia, aunque la culata hiriese con su retroceso jurisdiccional». Ese era Merlo, siempre tan redicho. Por lo que el teniente Beltrán escuchó, el Cojo seguía manteniendo una cadena de favores con el Urales. Y que Tressols, desde Barcelona, ya andaba con sus hombres detrás del cerebro del atentado, un tal Francisco Ferrer, masón fichado por la policía que participaba como director de una escuela de ateos. Había escapado a Francia y en el ambiente anarquista de Barcelona era conocido como el Quico. Y fue escuchar su nombre y el teniente Beltrán agarrar el mango de hierro con el puño firme y contenerse la rabia, apretando fuerte la mandíbula.

Por sacar la tripa de mal año, a finales del siglo XIX, el joven Perico Beltrán se alistó en la Guardia Civil. Dónde iba a estar mejor, si allí podía mentir, estafar, asesinar y encima, por todo ello, premiaban. Así que muy pronto se distinguió por sus ideas, malas como un dolor y, con éstas, organizó su primera intriga. Fue en la primavera del año 92, con un montaje oscuro que tenía por objeto la colocación de dos bombas en el Congreso de los Diputados, implicando a dos anarquistas extranjeros y a un confidente del cual se libraría entrándole preso. Tal estratagema tenía como fin justificar una represión que iba en aumento. Al año o así, vino lo del atentado fallido en el jardín de la casa del Cánovas, donde su autor, Paco Ruiz, un redactor de panfletos incendiarios, murió por imprudencia al manipular la botella de pólvora. Perico Beltrán se distinguió por su energía y temperamento a la hora de detener a todos aquellos que, aunque no tuviesen relación con el hecho, pudieran tener influencia sobre las blusas negras y las alpargatas proletarias.

Al Paco Ruiz le acompañaba el Francisco Suárez, al que Beltrán hizo masticar las sobras de carne de su compañero ante la mirada bisoja del Cánovas. Luego, el joven Perico Beltrán condujo al preso hasta el penal de Ocaña, jurándole que cuando saliese le mataría. Nueve años después, cuando Perico Beltrán ya era jefe de la Judicial, cumplió su promesa en el camino de Pinto. Así se fue forjando la leyenda del guardia civil modelo, ideado por el duque de Ahumada, fundador de un cuerpo que mantuvo durante años el hedor corrupto de la represión. «Paso corto, vista larga y mala intención» era su lema.

Después de lo de Melilla, y con el grado de teniente trenzado en la bocamanga de su uniforme, Perico Beltrán fue llamado a ocupar la jefatura del cuerpo especial de policía para la represión del anarquismo. Diez mil pesetas anuales, más las propinas, le hicieron abandonar el uniforme y ocupar un despacho cargado con el nutritivo olor de los establos. No se daría cuenta hasta años más tarde, cuando la presencia del abismo era inevitable. Si Primo de Rivera mató a Margallo de un tiro en la cabeza, a él le mataría de una forma más cruel, interviniendo en la decisión de darle aquel cargo.

El primer servicio que el teniente Beltrán prestó, como jefe de la Judicial, fue marcando a Alejandro Lerroux, cuando este último aún no se había convertido en el Emperador del Paralelo y, tan sólo, era un orador al estilo de un cura macho que convertía todos sus mítines en un regajo de pólvora. Con los gestos precisos de un crupier, y el verbo incendiario, se subía al púlpito y conquistaba a las masas combinando la saliva y la metralla. El teniente Beltrán le tuvo tan cerca que bien podía haberle disparado mientras calumniaba, muy tieso, como si le hubiesen metido una escoba por el trasero, y con la panza semejante a una torre de neumáticos. Sobre la tribuna, era un blanco fácil. Un tiro directo a la cabeza, igual que hizo Primo de

Rivera con la del general Margallo. Bang.

Lerroux hablaba en las plazas públicas como un sacamuelas. «Francia tuvo una Bastilla, España tiene su Montjuïc». Entre el público que le vitoreaba, andaba el Urales, aplaudiéndole cada punto y aparte. Si Juan Montseny era el número «dos», Lerroux hacía el «uno» y, el Quico, el «cero». El teniente Beltrán se tragó la rabia, como si estuviera tragándose la culpa por el olvido después de tantos años cuando, recién nombrado jefe de la Policía Judicial, llegó hasta la fonda La Iberia y la hija de doña Josefa era entonces una morena de ojos orientales que hermoseaba la Puerta del Sol. Él acababa de colgar el uniforme y presumía con su corte de traje de buen paño. Bajo el sombrero hongo escondía un cráneo pelado que maquinaba sin descanso. Para completar el cuadro de su rostro, se había dejado crecer el bigote, poblando de pelo negro la agresividad de su boca.

No está muy claro si fue primero el jefe de policía el que clavó sus pupilas en la Ramona o fue la Ramona la primera en cazarlo, pero lo cierto era que mantenían una relación que salpicaba de brasas la Puerta del Sol y alrededores. Fue uno de los primeros días, nada más empezar la relación, cuando le dijo que su madre tenía unos papeles que le podían interesar.

Eran unas cartas olvidadas, de cuando en la pensión hubo un congreso de masones, antes de la guerra de Cuba y alguien, de los que allí estuvo participando, se los dejó olvidados. La Ramona leyó en alto y el teniente Beltrán advirtió la escasa atención a las reglas de la clandestinidad del que firmaba la carta. «¿Qué nombre pone?», preguntó. «Lo firma un tal Cero», respondió la Ramona. El teniente Beltrán le pidió que siguiese leyendo más cartas. Fue cuando la Ramona, voz en alto, empezó el encabezamiento de la siguiente. Con el dedo en el renglón, la Ramona arrancó a leer: «Quisiera traer fusiles y no discursos, plomo y no palabras». Entonces el teniente Beltrán tuvo un sobresalto. «Ha llegado el momento de proceder con energías salvajes. El mal que padece el pueblo es tan hondo que...». El teniente Beltrán no dejó que siguiera. «Trae aquí». Y agarró el papel lleno de tachones, garrapatas de tinta sobre la piel del tiempo. «¿Y quién firma esto?», preguntó, como si el nombre del firmante fuese a coincidir con lo que en esos momentos le cruzaba las líneas de su frente. «El primero de los trescientos», le dijo ella. «Ya», y puso una sonrisa sin acabar.

Si Lerroux era el primero de los trescientos, quién diablos era el Cero. El signo de interrogación llevaba cinco años incrustado en su cabeza como una bala. Ni la Ramona, ni su madre, la Josefa, le podían decir con exactitud de quién se trataba. La una era muy pequeña y la otra nunca llevaba libro de registro de los huéspedes. Para qué, si tenían a los policías de su parte. Ahora que la Ramona había aprendido a llevar las riendas del negocio al estilo de su madre, tampoco apuntaba el nombre de los huéspedes. Sin ir más lejos, el del anarquista lo escribió él mismo, en un pedazo de papel que ella cogió y, después de leerlo, se echó al bolsillo del mandil. «Mateo Morral, fabricante, Barna», había puesto, como si, de esta forma, dejando su

verdadero nombre, y con una bomba en su corazón, ya no pudiese apartarse del camino. Como si con eso, el anarquista hubiese activado un resorte que le empujase a seguir, no dejando posibilidad alguna de echarse atrás, ni tampoco de parar los latidos. Escondarse bajo otra identidad le hubiera restado valor para continuar. Por lo mismo, el anarquista había escrito su nombre. «Mateo Morral, fabricante, Barna». Ahora que el teniente Beltrán sabía quién era el Cero, sólo le quedaba apretar el mango de hierro con el puño firme. Impulsado por la furia, se desató contra la puerta del gobernador, hasta dejar el marco desnudo de vidrios.

Trayendo el camino que llaman de Daganzo, desde Ajalvir, el Mateo entró en Torrejón. El reloj de la iglesia daba la una menos cuarto. En la fuente pública de la plaza, el Mateo se lavó y bebió agua. Con la cara empapada dirigió sus pasos hasta una taberna que le quedaba enfrente.

El tabernero era un hombre de bigote candongo, ojos bovinos y carrillos brillantes. El Mateo se descubrió y, sentado en la madera dura de uno de los bancos, pidió un cuarterón de sardinas y otro de queso. «Cuarenta céntimos». Masticó aprisa y en silencio. Luego, por seguir despistando, preguntó si en Alcalá había fábricas donde trabajar. Y el tabernero le contestó que sí, al tiempo que sacaba punta a los bigotes con los dedos. «Aquí el que no trabaja es porque no quiere». Entonces, el Mateo arrugó la frente en un pliegue de dolor y contuvo la respuesta, como si reprimiéndola calculase las posibilidades que tenía de escapar con vida. Por la misma ventana, el tabernero le indicó el camino hacia Alcalá. Y por el mismo camino, el Mateo se perdió de vista, llegando a las tapias del parador llamado de la Tía Corona y, de allí, hasta la estación de ferrocarril donde preguntó por el que salía para Zaragoza. Con la andorga llena, sólo le quedaba permanecer alerta, esperando a que el tren llegase.

Una mujer, sentada sobre una cesta, comía un mendrugo de pan. A su lado, un hombre cubierto con sombrero de cáñamo, se rebanaba los callos de los pies, navaja en mano. El Mateo dio las buenas tardes y se puso a hacer tiempo, arrimándose al muro desconchado. Las moscas zumbaban alrededor de su cara y un olor a rebaño le advirtió que los de la Guardia Civil le seguían de cerca. Los tricornios asomaban en la tarde con el ímpetu de los malos presagios. El Mateo se caló la gorra y, pegado al muro, salió de la estación.

La pareja de la Guardia Civil se detuvo a hablar con el hombre del sombrero de cáñamo. El Mateo, agazapado detrás del muro, sacó su pistola. Desde donde se encontraba pudo ver al hombre señalar con su navaja al frente. Entonces, el Mateo respiró por la boca, abriéndola como si le faltase aire. Y cuando la Guardia Civil tomó el camino señalado por el hombre, entonces, el Mateo guardó su pistola y se puso a andar. Siguió la vía resplandeciente, al sol de una tarde pegajosa y cubierta de moscas.

Cuando iba por donde el paso a nivel, escuchó el silbato, volteó y se encontró, a lo lejos, con la figura oronda del jefe de estación. Desde el filo del andén le llamaba al orden. Hacía señas con una banderola para que el Mateo se retirara de la vía. Y así hizo el Mateo, tomando el camino del río, marchando con las alpargatas mal calzadas sobre tierras de siembra. Con paso atormentado, culpa de una enfermedad que le atravesaba la oscura entraña, y después de mucho andar el Mateo divisó un caserón de techo hundido y ladrillo rojo. Tenía un carro en la entrada y un cartel en lo alto que

decía Ventorro de los Jaraíces.

«Se sirven comidas de encargo», leyó el Mateo a un lado de la puerta. «Aguardientes y vinos». El sol de la tarde se apagaba bajo el saledizo de tejas y el Mateo corrió la cortina de tela. Cuando sus ojos se hicieron a la media luz, encontró a una mujer morena, fondona y con el pelo de hebras blancas. Llevaba un delantal largo y atado a la cintura con un cordel. El Mateo preguntó qué podía hacerle de comer.

«Bacalao, chorizos, huevos, salchichón». Repitió la mujer, como en un salmo, sin prestarle atención, mientras cambiaba el agua a una palangana de bacalao. Sólo cuando el Mateo mandó que le hicieran una tortilla a la francesa, la mujer se dio cuenta. «De tres huevos». Entonces reparó en él. Y con las manos en remojo pegó una sacudida al agua. Fue cuando el Mateo se adelantó: «¿Es cierto que andan buscando por aquí al anarquista?». Y ella afirmó con un gesto.

—Se lo pregunto, porque vengo de Cobeña y me he encontrado muchas parejas de guardias en el camino. Y todos me decían lo mismo, que tuviese cuidado, que podía andar cerca.

Entonces salió la voz rasposa por detrás, diciéndole que no se preocupara, que los anarquistas no hacían nada. El Mateo, se volvió hacia donde venía la voz y descubrió a un hombre con boina, acompañado por dos mujeres que cubrían sus cabezas con pañoleta. Bebían vino. Una de las mujeres recriminó al hombre con la mirada. «Caté, no te metas en cosas de política». La otra no perdía de vista al Mateo, ahora sentado a una de las mesas y con la mirada alerta. Estuvo con los labios prietos hasta que le sirvieron la tortilla de tres huevos. «Pan y vino». Y sólo habló para pedir una tajada de bacalao.

Durante el tiempo que duró la ingesta, el hombre de la boina explicaba a las mujeres que, lo del anarquismo, era como lo del cristianismo. Con la última pinchada de bacalao, el Mateo reprimió las ganas de explicar que él no era mártir de ninguna idea. Y se llevó el vaso de vino a la boca. Para él no habían existido jamás los cristianos, en todo caso, si hubo uno, murió clavado en la cruz. El Mateo sostenía que, después de Cristo, no hay creencia, tan sólo instintos, sinónimos todos de impotencia, mansedumbre y pasividad. Volvió a beber y el hombre de la boina se levantó a pagar.

Cuando el hombre marchó acompañado de las dos mujeres, el Mateo preguntó, a la del ventorro, que si aquéllos se dirigían a la estación. La mujer afirmó con la cara y después salió a la calle, quedando el Mateo solo, bañado por la penumbra y con la mano en el bolsillo, acariciando la culata de su pistola. No tardaría en aparecer otro hombre, con un bigote que era semejante a una fila de orugas peludas, y ojos chicos y nerviosos. Llevaba el pantalón arremangado, como si viniese de pisar uvas o de pescar sardinas. Detrás de él, asomó la mujer. Entonces, el Mateo se levantó con la mano en el bolsillo y el ojo avizor. El hombre le preguntó qué de dónde venía, y fue cuando la rigidez de los ojos del Mateo se deshizo en una expresión infantil, como la

de un niño al que hubiesen pillado en una mentira.

—De Cobeña —respondió el Mateo, sin sacar la mano del bolsillo—. Voy para Zaragoza y me paré en su casa a tomar algo.

—Está bien, póngase cómodo, todavía queda un rato para que pase el tren. Es que ya sabe, se comenta que por aquí anda el anarquista de la bomba a los reyes. —Y fue terminar de decir esto, el hombre, y salir apresurado del ventorro.

Los ojos del Mateo brillan como hoja de cuchillo cortando la luz. Toma asiento y, al poco, aparecen los tres guardas. Traen el sudor en los trajes de *rayadillo* y el pecho ceñido por bandoleras de cuero. Dejan las escopetas sobre el mostrador, con familiaridad.

—¿Qué hay, Fermina? ¿Dónde anda tu Jenaro?

—Ha ido *pa* Torrejón.

El Mateo vio cómo la mujer le señalaba con los ojos. Y los tres guardas llevaron sus miradas hacia la mesa donde él se encontraba. La mujer puso una jarra de vino sobre el mostrador. Plam. Y los tres guardas se sirvieron. El Mateo observaba cada uno de sus movimientos con la mano en la pistola. Luego, el más joven sacó una petaca de tabaco e invitó a una ronda de picadura. El Mateo se fijó en la moneda aplastada, amuleto para atraer la suerte, y fue cuando dijo:

—Parece ser que en palacio también son supersticiosos. Resulta que a la nueva reina le han clavado herraduras en la puerta de su aposento, por ver si la hemofilia no los invade.

Los guardas se miraron. El más alto destapó sus dientes en una risita propia del ratón que ha descubierto el sitio donde guardan el queso. Agarró la escopeta y el Mateo pudo leer la chapa de metal con el nombre «Soto de Aldovea».

—Usted es catalán, ¿verdad? —le preguntó al Mateo con chispazos de orgullo cazador en cada una de sus pupilas.

—Sí —contestó éste, sin perderle los ojos desde la mesa en penumbras.

—¿Trae documentos?

—No —el Mateo, seco como un golpe de martillo.

—Entonces he de detenerle, llevarle a Torrejón, ya sabe, lo del anarquista ese.

El Mateo no contestó, se levantó de la silla y fue saliendo. Los otros dos guardas continuaron en el mostrador. «Ahora vamos —le dijeron al compañero—. Adelántate tú que ahora vamos».

—No hace falta, voy y vengo en *na*.

Fue entonces, cuando el Mateo empezó a contar cada uno de sus últimos pasos, entre dientes y empezando desde atrás. «Cien, noventa y nueve, noventa y ocho, noventa y siete», y así anduvo hasta que, al llegar al cero, la linterna mágica le deslumbró su memoria por completo. Y llevó la mano herida hasta la muñeca que sostenía el arma. En el momento de ajustar la puntería, creyó escuchar al viejo

Espadón. «Mi querido Mateo, lo segundo y más importante ya se lo dije al principio». Entonces el Mateo hundió gatillo y vio al guarda caminar un instante, con la escopeta entre las manos, para después caer como muñeco relleno de serrín. Después, el Mateo anduvo alrededor de veinte pasos más antes de buscarse la tetilla a cañón tocante.

Cuando el teniente Beltrán subió la escalera, por su reloj de bolsillo daban las once de la noche. Llevaba la cara punteada de cortes, culpa de las esquirlas que saltaron de la puerta del gobernador. Sin darse tiempo, agarró al pintor Henault del pescuezo y le llevó hasta la habitación que ocupaba el fugitivo. Una vez allí, le empujó hasta la pared. Y acercándole el plomo de sus ojos, el teniente Beltrán le dijo:

—Ahora me lo vas a contar todo.

Entonces el pintor, con voz nasal, culpa del impacto recibido durante el interrogatorio anterior, y tiritando de miedo, declaró que volviendo del museo, por la carrera de San Jerónimo, se encontró con el Narciso Cuspineda y con el dueño de la casa, el Pepe Cuesta. Y allí mismo le dijeron que se había presentado un hombre interesado por la habitación. «Quiere quedarse a ver el paso de la boda», añadió el Pepe Cuesta, alegre ante el chollo. «Trae dineros».

—¿Por qué supiste que iba a pasar la comitiva bajo el balcón?

—Por el periódico.

—¿Qué periódico?

—El de *La Correspondencia de España*.

El teniente Beltrán le enganchó del cuello. Y presionó con las puntas de los dedos, clavándoselas en la tráquea.

—Explícate mejor. —El teniente Beltrán soltó de golpe y el joven pintor tuvo un vahído.

—El señor Cuesta tiene conocidos en el periódico, alterna con ellos en la taberna de abajo. Nada más enterarse, hace un mes o así, me lo propuso.

—¿Cuánto dinero?

—Nada.

—Pocos cuartillos de sangre catalana tienes tú. —El teniente Beltrán volvió a lanzar la garra—. O es que me engañas.

Y así estuvo un rato, apretándole del cuello contra la pared hasta que le vio inflado como una goma, a punto de pinchar por los ojos. Entonces relajó la mano.

—¿De qué conoces a uno que apodan «el Quico» y que se llama Francisco Ferrer?

Fue cuando el vahído vino más intenso y el pintor se desplomó, al suelo. Y el teniente Beltrán pegó una voz para llamar al Pepe Cuesta, que apareció arrastrando los pies y con la cabeza gacha. A pesar de haberle visto, el Pepe Cuesta tropezó con el cuerpo del pintor, tendido en el suelo. Y con el impulso fue a parar sobre la maleta, abierta en el centro de la habitación y semejante a un ataúd a la espera de ser colmado. Al ir a levantarse, el Pepe Cuesta se pilló los dedos con uno de los cierres. «A ver, que yo me entere. El anuncio en el periódico salió un domingo 20 de mayo, ¿verdad?», interrogó el teniente Beltrán con la voz ronca de flemas y la puntera del

botín abierta y amenazante.

El Pepe Cuesta asintió desde el suelo.

—Y el lunes 21 de mayo se presentó el anarquista preguntando por lo del anuncio del periódico, ¿verdad?

El Pepe Cuesta siguió afirmando con la cabeza entre las manos y sin levantarse del suelo.

—Y resulta que, el criminal, el domingo estaba en Barcelona y el periódico se hace desde los Madriles. —Y fue terminar de exponer esto, cuando soltó la patada, haciéndole negar al Pepe Cuesta varias veces con la cabeza. «A ver si nos ponemos de acuerdo».

Afuera se escuchan pasos marciales, cada vez más cerca, y el teniente Beltrán se vuelve. En el umbral de la puerta aparece el coronel Luis Bourgon, juez instructor de la jurisdicción militar y que tenía todas las trazas de un chicharro vestido con guerrera. Su voz de mando dio orden de conducir al Pepe Cuesta. «¡Ar!». Se acababa de recibir la noticia de que un hombre se había suicidado en Torrejón, a la altura del ventorro de los Jaraíces y cuyas señas coincidían con las del anarquista.

—Y usted —dirigiéndose al teniente Beltrán—, y usted coja un coche y vaya hacia allí. De ser el mismo que andamos buscando, intentarán linchar su cadáver y arrancarle los pelos de los sobacos. Hay que mantener el orden. Y aunque usted ya no sea de los nuestros, aquí toca arrimar el hombro. ¡Ar!

Cuando el teniente Beltrán se asomó al balcón y vio el automóvil del Cojo, rugiendo junto al trozo de suelo hundido por la bomba, sus pupilas de plomo empequeñecieron con expresión de derrota. El coronel Luis Bourgon iba al volante y el Pepe Cuesta en el asiento de al lado. A su manera de ver, para el teniente Beltrán aquello era una letrina estancada a la que todos corrían para llenarse la boca. La confirmación del peso del derecho constitucional sobre la jurisdicción militar, dicho por lo fino, era igual a un trasero abierto que dejaba caer su fruto sabiendo que la ley de la gravedad amparaba. Ningún mandato real podía llevarse a efecto si no estaba refrendado por un ministro, y más verdad allí no había. El Cojo, como buen cacique, había prestado su automóvil a la causa militar, y no por hacer sentir útiles a los inútiles, sino para pegarles el tiro de gracia. Aunque la mayor parte de los caídos en el atentado pertenecían al fuero militar, así como la caballería en pleno, el proceso sumarial se escribiría en los salones de la clase política, clase que, dicho sea de paso, el teniente Beltrán repudiaba.

El automóvil subió por Mayor y el teniente Beltrán le perdió de vista, pero no de oído. Tardó un rato en disiparse el petardeo del motor. Así que al teniente Beltrán no le quedaba otra que subir a pata hasta la Puerta del Sol y ponerse en el hotel París a esperar un coche. Por el reloj de Gobernación daban las dos de la madrugada cuando llegó una tartana, acharolada y con pintas fúnebres. El cochero traía el bigote afectado y cara de solemnidad. El teniente Beltrán le ajustó el cañón de la pistola al cogote y ordenó: «A Torrejón».

El teniente Beltrán se hizo todo el camino en el pescante, sin relajar la pistola, atornillada a la nuca del cochero. Éste mantenía las riendas al galope, con el látigo resonando sobre el lomo de las bestias. Cruzando la noche, al llegar por donde el Ayuntamiento de Torrejón, el teniente Beltrán saltó de la tartana en marcha. El olor a pólvora taponó sus fosas nasales y encogió el bigote en una mueca que atravesó su rostro.

Todo el pueblo de Torrejón y alrededores se concentraba allí. Un piquete de la Guardia Civil disolvía la rabia a culatazos. El coche del Cojo, aparcado en la misma puerta del Ayuntamiento, era blanco de la turba. Le habían arrancado las puertas y pinchado los neumáticos. Las farolas corrieron con la misma suerte. La cosa no terminaba de pintar bien y el teniente Beltrán pegó un par de tiros al aire. Aun con ésas, le costó alcanzar el Ayuntamiento. Cuando llegó a la sala donde decían que estaba el cadáver, una pareja de la Guardia Civil le dio el alto con los brazos extendidos.

—Vengo de parte del coronel Bourgon —dijo, alzando el pescuezo, mostrando la nuez obsesiva que pinchaba a la vista.

—Espérese ahí.

El teniente Beltrán, con la pistola en la mano, y una rabia volcánica en el plomo de sus ojos, apartó a los guardias y entró con paso seguro hasta la sala. Además del coronel Bourgon y del Pepe Cuesta. Y también había un médico, con guardapolvo blanco y embozado en un pañuelo. Su voz, velada, transmitía referencias acerca de los dos cadáveres que había sobre un tablero por el que resbalaba la sangre. Según apuntó, uno correspondía al de un hombre como de treinta y cuatro años, estatura alta, pelo y bigotes rubios, ojos azules, vistiendo traje de *rayadillo* y una bandolera con la inscripción en su chapa del Soto de Aldovea, y a quien el mismo médico reconoció como Fructuoso Vega. Mostraba una herida de arma de fuego en la boca.

El otro cadáver era el de un joven de unos veintiocho a treinta años, estatura alta, ojos claros, cara estrecha, pelo castaño oscuro, corto a los lados y poblado en el tupé. Nariz y boca regular, y dotación sexual notable, a juzgar por el relieve que le levantaba el pantalón de mecánico. Tenía los ojos entreabiertos y una herida de bala a la altura de la tetilla izquierda y que ya había hecho costra, aunque la sangre parecía correrle todavía a lo largo del pecho. Además de tener arrancados la mitad de los pelos del bigote, presentaba un moretón en el pómulos y otro en el labio, junto a la barbilla. Las moscas zumbaban alrededor de los dos cadáveres.

El Pepe Cuesta asentía con la barbilla al pecho y el coronel Bourgon se estiraba los pantalones por la entrepierna, como si le rozasen. En cuanto vio entrar al teniente Beltrán, dio orden de que se metiese el cadáver en una caja mortuoria y que fuese conducido a la estación de ferrocarril de Torrejón. Sería escoltado por refuerzos de la

Guardia Civil. «¡Ar!».

—Te montas con él en el vagón del tren correo que viene de Barcelona. En el embarcadero de Atocha espera un furgón de Sanidad. Por si hay chusma he pedido escolta hasta el Buen Suceso.

A la salida del Ayuntamiento, ayudado por el médico y protegido por dos parejas de la Guardia Civil, el teniente Beltrán sacó la caja del muerto. El pueblo torrejonero no ocultó su indignación y, a la vista del féretro, prorrumpió en mueras al asesino y al anarquismo, al mismo tiempo que vitoreaba a los reyes de España. Fue preciso, ante las manifestaciones de hostilidad de los vecinos, y a fin de impedir que destrozaran el cadáver como se proponían, sumar seis parejas más de la Guardia Civil, para que así rodeasen el carro donde iba el féretro. Una vez en la estación, el teniente Beltrán pasó sus fatigas hasta que pudo meterlo en tren.

La Guardia Civil reducía a culatazos a la chusma mientras él, con el impulso natural de sus genitales, introducía la caja en un vagón pringado de moscas. Cuando arrancaron, y se hubo quedado a solas con el cadáver, el teniente Beltrán registró a fondo. Le sacó las alpargatas, de tela verde, por si allí escondía los dineros. Las sacudió, pero nada. Luego sus dedos prietos de sortijas llegaron hasta los calzoncillos, a cuadros y de tela dura. El teniente Beltrán se los bajó al cadáver y advirtió un suspensorio de seda que no podía contener tanta chicha. Los dedos del teniente Beltrán reconocieron a fondo la carne enferma y oscura. Con una mueca de asco, escupió al suelo. Una de las moscas fue a refrescarse en el esputo reciente. Le habían limpiado hasta el último céntimo.

La pareja de la Guardia Civil llegó al vagón con ruido de toses y el teniente Beltrán, sin tiempo para subirle los calzoncillos al finado, disimuló el registro, cubriéndole con la misma tela de los pantalones. Luego puso la tapa y se sentó encima de la caja. Cuando llegó al embarcadero de Atocha, y tal como le tenía anunciado el coronel Bourgon, un carro de Sanidad, arrastrado por dos mulas, esperaba con las puertas abiertas. Y con ayuda de la pareja de la Guardia Civil, introdujeron el féretro. Al teniente Beltrán también le tocó ir sentado encima, haciéndose así el trayecto, desde Atocha hasta el Buen Suceso.

Afuera se empezaban a agolpar los curiosos, pronunciándose a favor de la monarquía e infiriendo gritos contra el anarquista. Dentro, esperaba el Moret, con el gobernador y el Cojo. También estaba el inspector Merlo, que se había hecho unos caracolillos para el acontecimiento. Sólo le faltaba la peineta para ser igual a uno de esos invertidos que pululan por los urinarios públicos. En un rincón se hundía el Pepe Cuesta. Mientras el teniente Beltrán colocaba el cadáver sobre una plancha de cinc, a un lado del pasillo, el coronel Bourgon discutía con todos ellos. Se le había hecho requerimiento de que dejara el cadáver a disposición del juzgado civil, tras lo cual refunfuñó y blasfemó en alto, consiguiendo el efecto dramático deseado por un pícaro de zarzuela.

—Ya arreglaremos —le dijo el Cojo, guiñándole su ojo de reptil.

Luego, el inspector Merlo se acercó hasta el teniente Beltrán, así como de pastaflora. Y le transmitió nuevas órdenes. A partir de ahora, el teniente Beltrán iba a ser el encargado de las rondas de reconocimiento. Su trabajo consistiría en ir a buscar a los testigos. «Personas que le conocieron en vida, ya sabes, Beltrán», añadió el inspector Merlo con mucho ruido de baba en sus labios crudos.

Y con la diligencia oficial recién salivada, y en un coche de caballos, el teniente Beltrán llegó hasta la casa de huéspedes situada en Mayor 88. Y en el mismo coche que le llevó hasta allí, metió a la mujer del Pepe Cuesta, la *señá* Ana. Dando las once de la mañana por el reloj del Buen Suceso, bajaron del coche. Antes de entrar en la cripta, el teniente Beltrán puso en hora su reloj de bolsillo. Después de que la mujer del Pepe Cuesta tuviera un desmayo, y una vez repuesta, el teniente Beltrán volvió a por la Sala. Luego hizo lo mismo con el tal Narciso Cuspineda. A las dos de la tarde por su reloj de bolsillo, sin coches libres ya en Madrid y con los tranvías atorados, el teniente Beltrán volvería varias veces a recoger testigos, todas a pie. Dando las seis de la tarde, fue a por el pintor Henault.

Aunque el sol caía a plomo, y llevaba una camisa de lienzo, el joven pintor tiritaba de frío. Caminó todo el trayecto arrastrando los pies como un anciano abatido por los años. Cuando se puso frente al cadáver, no tuvo dudas. El cabello, la frente, los pómulos, así como el aspecto general de toda la cara, se correspondían con el mismo a quien se refirió en sus anteriores declaraciones. A pesar del castañeteo de los dientes, el pintor Henault declaró largo y tendido. En su descargo, hizo hincapié en las manos, finas y huesudas. Entonces, el teniente Beltrán volvió a cruzar la mueca y bajó los calzoncillos al cadáver, dejando a la vista el suspensorio inflado de carne. Fue cuando el pintor incrementó su tiritona.

—¿Cuántas veces compartisteis secretitos? —El teniente Beltrán agarró al pintor por la camisa, rompiéndosela por cada vaivén—. ¿Cuántas? —Y así estuvo el teniente Beltrán hasta que una mano le tocó el hombro. Volteó. El pelo acaracolado en las sienes, los labios de pulpo crudo y las pestañas entrecerradas del inspector Merlo, avivaron su rabia.

—Beltrán, puedes irte a descansar.

El teniente Beltrán le bañó con el plomo derretido de sus ojos. Y, sin más, soltando al pintor Henault sobre el hielo que conservaba el cadáver, salió apurado de la cripta del Buen Suceso. Y arrancó a cruzar Madrid. Ahora le tocaba sacar la última carta de la manga. La que le salvaría la partida: la camarera rubia que trabajaba en lo de Candelas.

Aunque el cadáver había sido identificado como Mateo Morral Roca, veintiséis años, soltero, natural de Sabadell y procedente de Barcelona con cédula personal núm. 4136, aunque los datos coincidían y no había que darle más vueltas al asunto, con todo y con eso, al teniente Beltrán todavía le quedaba lo más importante. Necesitaba saber si el reconocido era el mismo hombre que frecuentaba la horchatería, el mismo que ocupaba la mesa del rincón con ese otro hombre,

coloradote y al que tenía localizado como Isidro Ibarra, tranviero de los Cuatro Caminos. Un rematado al que el teniente Beltrán había *entrao* en la Modelo, cuando las broncas por lo del depósito de aguas.

Si la rubiala le despejaba la incógnita, el teniente Beltrán podría desatar el nudo ciego que le llevaría hasta el extremo de la mecha. Y prendería al grupo al completo. Bien sabía el teniente Beltrán que un atentado de esa magnitud no lo puede realizar un hombre solo ni aunque esté enamorado. Así que, sin dar descanso a los pies y con la mueca del que sufre del hígado, llegó hasta la Puerta del Sol, donde se detuvo un instante a poner en hora su reloj de bolsillo. Las ocho y media de la tarde. Con las narices arrugadas, culpa del tufo a vientre enfermo que subía de las cloacas, el teniente Beltrán guardó su reloj en el chaleco y siguió andando hasta lo de Candelas, el local donde la camarera rubia servía cafelito, sifón y horchatas.

III

Aunque nunca había visto un muerto de cerca, le dio que el teniente Beltrán lo estaba. A la luz de la noche, yacía en el suelo igual a un muñeco con la cascara de la cabeza abierta al medio. La Chelo, en cuclillas y descalza sobre la sangre, le arrancó la pistola de la cintura y se la arrebujo en el delantal, como si, en vez de pistola, se tratase de un recién nacido. Y así salió la Chelo, corriendo calle abajo, a la luz de las candelas, quebrando las aceras indecentes de la noche. Sin apenas respirar, llegó a Barquillo, donde la herrería de su *Ulogio*, junto a la farmacia. El cierre estaba echado. En apariencia, no había nadie dentro.

A su *Ulogio* no le gustaba que ella se pasase por allí, le había dicho. Pero esta vez era diferente. Ahora la Chelo buscaba algo más que sudar su amor en la penumbra de un cuarto, ahora, necesitaba protección. Volvió a llamar con la mano prieta, sobre el cristal de polvo, levantándose en puntillas, como si aún llevase los tacones puestos y tensando los muslos, dejando reflejar en el trozo de vidrio el lechoso arranque de sus senos; el delantal arrebujo donde dormita la pistola. Al otro lado de la puerta, los pasos la llevan a destaparla con violencia. Unos ojos de animal salvaje asomaron tras el cristal de polvo. Se abrió la puerta a medias y la mano indicó que entrase. «¿Qué te pasa, prenda?».

—Na, ninchi, que creo que he *matao* a un hombre.

Y entonces ella, entre sombra y herrumbre, le contó a su *Ulogio* todo lo sucedido. Desde el principio, desde la misma tarde que explotó la bomba, cuando el teniente Beltrán llegó a la horchatería y empezó a pegar ladridos. A cada requerimiento suyo se estremecía un pájaro en el surco de sus senos. «Lo peor de las mentiras, prenda, es que luego te tienes que acordar de ellas», señaló su *Ulogio*. Ella pudo percibir irritación en la mirada de lobo. Y el olor de la última jarana pegado a las ropas. «Trae aquí, prenda».

La Chelo le tendió la pistola con la palma abierta, como si en vez de pistola fuese un pez frío en la noche caliente. Y continuó con el relato:

—Luego estuvo hablando con el patrón. No sé qué ciscos se traían con la máquina registradora.

La Chelo siguió contando que el teniente Beltrán salió con los bolsillos repletos de parné. Y los ojos como dos duros sevillanos. En la mirada del *Ulogio* brillaron pavesas. Chispas encendidas de un fuego que avivaba sus adentros. La Chelo, entonces, va y cuenta el desenlace, el forcejeo que mantuvo esa misma tarde, cuando el teniente Beltrán volvió a aparecer en lo de Candelas.

—Y *to* porque no quise irme con él a ver al muerto.

—¿Estás segura, prenda, que se trata del mismo? —preguntó su *Ulogio*, rodeándola con los brazos.

«Sí, ninchi, sí». Y le dio los detalles del joven que apareció en la horchatería, el

buen paño y corte de su traje, el sombrero como una caricia de fieltro en la punta de los dedos y su piel morena, y las manos surcadas de nervios, y las uñas limpias y rosadas. Las bujías rebotaban en los espejos. Era su primer día y ella iba y venía sin dejar de mirar por el rabillo del ojo.

—Me pareció un tipo curioso. —Esto último lo dijo echándole vinagre en los celos. Así reaccionaba su naturaleza de mujer ante el olor a jarana de las ropas.

—Prenda, no me saltes con reproches ahora —replicó el *Ulogio*.

La Chelo se quedó un instante mirándole. Un soplo de tiempo que el *Ulogio* cortó con la caricia de su nudillo, sobre las mejillas, limpiándole los churretones. Luego ella siguió diciendo que le volvería a ver, en el merendero de los Cuatro Caminos. «Mientras bailábamos», añadió la Chelo, sin poder contener las lágrimas, como queriendo indicar cuánto le entristecía todo aquello. Su pecho se levantó en un suspiro y su *Ulogio* le ciñó el cuerpo con un solo brazo. «Tranquila, prenda, tú tranquila». La besó muy prieto y, como si quisiera acabar pronto con el sainete, el *Ulogio* alzó la mirada y levantó el brazo armado con la pistola. «¿Sabes usarla?», preguntó a la Chelo.

—No, pero parece fácil, sólo hay que apretar el gatillo —replicó ella, con una lágrima en su voz.

Aunque asustadiza para otras cosas, cuando se trataba de defender su pellejo la Chelo era mujerona brava. En la negrura de la fragua, el *Ulogio* le daría una lección rápida sobre el funcionamiento de la pistola. «Recámara, corredera, gatillo, percutor, *diente escape* y, aquí, nos vamos a parar, prenda, pues al presionar el gatillo, se suelta el *diente escape*, y el percutor golpea el culo de la *pildorilla* y así que sale impulsada. Es fácil. Luego se vuelve a cargar por sí misma, pudiéndola disparar una y otra vez, pum, pum, pum, así hasta acabar la munición. Mira, prenda, hay dos cosas importantes en el manejo de una pistola y que no debes olvidar. La primera, la pistola ha de estar cargada siempre».

—¿Y la segunda?

—Mano izquierda, prenda, mano izquierda que sujete bien la derecha, por la muñeca, y así no fallar el disparo —le soltó su *Ulogio* con un azote cariñoso en las nalgas—. Y ahora vamos a por el *secao*, hay que esconderlo.

Salieron de la herrería y tiraron por Barquillo, recorriendo la calle San Marcos, donde las niñas mostraban sus dientes de leche al arrimo de los portales. En menos de diez minutos, a buen paso, ella por delante y descalza, llegaron a la concurrencia de calles que había puestas justo detrás de la que llamaban Ancha. Eran las calles impúdicas de un Madrid que la Gran Vía desfiguraría a los pocos años, sajando el tumor venéreo a ritmo de un libreto de zarzuela. Nombres de retumbo carnal y que despertaban lujurias con sólo pronunciarlos. Calle Flor Baja, calle Parada o calle Garduña. También estaba el callejón del Perro que comunicaba la calle de la Justa con la de Tudescos. Y desde ahí, atravesando la maraña de arterias de resonancia oscura, doblando las esquinas decoradas con mujeres de carne viva y mala fe, desde

ahí, la Chelo y su *Ulogio* se pusieron en el portal tachonado de clavos. «Aquí es. — Le señaló la Chelo—. Aquí». Entonces, su *Ulogio* sacó su pistola de la caña del botín; una pistola pequeña y que parecía de juguete. La empuñó con una mano, mientras que con la otra se sujetaba la muñeca. «Cúbreme», dijo. Y la Chelo hizo lo mismo, levantó su arma, espalda contra espalda, avanzando por el corredor oscuro hasta doblar hacia la luz del patio. Lo primero que vieron fue la chaqueta, derrotada junto al pozo de agua. El clavel continuaba en su sitio, marchitando la solapa. Percibieron los maullidos de las gatas. Arriba, la luna seguía con su juego por los tejados de la noche y abajo, tirado en suelo, donde no se veían los baldosines, culpa del charco de sangre, estaba uno de los zuecos. Por lo demás allí no había nadie.

No era un hombre, era un despojo humano. A duras penas había conseguido levantarse y alcanzar el pozo con el filo de los dedos. Apoyándose en la piedra caliente de la noche, llegó a ponerse en pie. Luego, arrancó su chaqueta, lanzándola al suelo hecha un guiñapo. Agarrando una manga de la camisa, hizo de ella jirones con los que fue vendando su cabeza. Se echó mano al cinto y subrayó la mueca de sangre cuando supo que estaba desarmado. Miró su reloj de bolsillo. Las cuatro y media. Escupió al suelo y tiró a andar. Al llegar a la esquina de Flor Baja se le vidrió la mirada, y allí fue que se tuvo que sujetar a la pared, a tomar aire. Los ojos de las mujeres se encendían de odio ante la figura del teniente Beltrán. Y así anduvo hasta llegar a la calle Mayor.

Faltando diez minutos para las cinco, por su reloj de bolsillo, y con la cabeza vendada, el teniente Beltrán entró en el Gobierno Civil. Un tufo le atravesó el pescuezo y la mueca de asco le marcó la boca. Tambaleándose por el pasillo llegó hasta su despacho vacío. Sobre la mesa, un saco remendado que habían dejado allí, como si se tratase de un regalo siniestro. El teniente Beltrán lo abrió y fue sacando ropas, soltándolas sobre la mesa. Unos pantalones, la americana color café y unas botas color avellana, con elástico. Al fondo, la camisa sudada y unos calzoncillos de lienzo con cercos de orín.

—Lo dejó aquí uno que se presentó con su hijo, diciendo que lo encontró por la Guindalera —apuntó la voz menuda del escribiente, desde el marco de la puerta.

—Ya —soltó el teniente Beltrán, como un suspiro, al tiempo que se arrancaba la otra manga de su camisa—. ¿Queda aguardiente?

—No sé, yo vengo a recoger mis cosas.

—¿Qué?

Entonces el hombre insignificante contó que el Moret había cesado. Y el Cojo con él. Y que aunque no se hiciese público hasta la semana siguiente, el gobernador les había reunido para decírselo. Sin embargo, el escribiente menudo había corrido con baraka. «Me voy a los Canónigos, de auxiliar». El teniente Beltrán le arrojó su mueca de asco. Luego, revolvió cajones hasta conseguir una botella. La destapó con los dientes y se echó un trago al gollete, para después empapar los jirones de camisa en licor. Goteando se los llevó hasta su cabeza y se hizo un vendaje en forma de bala. Cuando el escribiente iba saliendo, le llamó.

—¿Sí? —preguntó el hombrecillo, bisbiseante—. ¿Sí?

—La pistola.

El escribiente le miró sorprendido tras sus lentes de botella. Llevaba los brazos cargados de legajos, pergaminos y libros en los que abundaba el polvo y los tachones.

—Que me des la pistola, que allí no la vas a necesitar. En los juzgados sólo hace falta pluma.

—Ah, sí.

Y el hombre insignificante dejó los legajos por un momento en el suelo, sobre los cristales y las escurrijas de serrín revueltas con esputo. Se llevó la mano a la cintura y le tendió la pistola al teniente Beltrán. Una Browning cargada de posibilidades y gatillo a estrenar. El teniente Beltrán estiró su mueca pero, aun así, no pudo completar la sonrisa. Vio al hombre menudo perderse, pasillo adelante, y escuchó de nuevo a las ratas, tras la pared del despacho. Por sus chillidos estaban en pleno apogeo. Apuró la botella de aguardiente, se echó la mano a la bragueta y la pistola al cinto. Por su reloj de bolsillo daban las cinco y media de la mañana. Sin mangas en la camisa, y con el chaleco sudado al cuerpo, el teniente Beltrán salió a la fresca.

Bajo la venda de su cabeza, el teniente Beltrán ocultaba una maquinaria sangrante. El motor asesino que hunde su dedo en el gatillo silencioso de la madrugada. Su propósito: acertar un objetivo cada vez más difícil. Recámara, pistón, corredera, percutor, cilindro, rosca, tuerca y puñetitas varias, elementos todos que, a esas alturas, chirriaban de necesidad. Así que, con la venda en la cabeza a la manera de turbante, encaminó sus pasos hacia Puerta Cerrada y de allí tomó por la calle Toledo.

La fresca de la mañana erizaba el vello de sus brazos y las voces del mercado le envolvían igual que si anduviera por un zoco moro. Los vendedores pregonaban sus mercancías con el deje de un cante morisco. El olor a fruta cortada y carne en salazón se mezclaba a golpes, junto con el resuello febril de un perro contagiado de cólera. El cielo pintaba rojizo, como si de un lienzo de sangre se tratara. A sus ojos de plomo volvió a asomar la campiña arrasada por el fuego. Las nuca abiertas a culatazos. Los pedazos de carne humeando y la sangre gorda que hace barro la tierra.

Le cruzó por el rostro una ráfaga de odio, de ese odio brutal y despiadado que nace del charco más arrabalero. El mismo charco que le dio de mamar y al que volvería cuando tocó embarcarse en Málaga, junto con otros tantos oficiales dispuestos a calmar la sed africana. Para el teniente Beltrán, África no había acabado, para el teniente Beltrán, África empezaba ahí mismo, en el sitio donde colgaron a Riego, en el olor de todas esas gentes que se ponían a pregonar su género con un canto largo de cochambre y morería. Y un sol que encendía a lo lejos el barrio de las Injurias, un suburbio de poco más de dos o tres calles que eran un inconfesable estercolero. Un arrabal indecente que se extendía desde las Américas del Rastro hasta más allá de la tripería, pasados los Ocho Hilos, casi llegando a donde Tío Boluco tenía la huerta. Y allí que se perdía el barrio. El teniente Beltrán bien sabía que era ahí, donde podía encontrar la punta de la mecha que se le había ido de los dedos. En su reloj de bolsillo iban a dar las seis menos cuarto.

Son horas en que las gentes del mercado ocupan la plaza con sus carretas, sus bueyes y toda la pestilencia que sube hasta las narices igual a un hierro colado de malos olores. El teniente Beltrán escucha el discutir de las voces, subiendo y bajando el precio de las verduras y de las sardinas, igual que si estuvieran en un burdel de

Melilla regateando el precio del amor. El teniente Beltrán se estira las puntas del chaleco y pasea entre las voces que se escuchan por todas partes, lo más parecido a una letanía grosera y prolongada que se hunde en las carnes de las pocas mujeres que asoman a esas horas. «Cebollas, patatas, asaúras, tomates».

El teniente Beltrán luce pistola en la cintura, por si hay que desbravar a algún macho, y camina sin bajar la cabeza, a pesar del vendaje. El pescuezo se mantiene firme y la nuez, obsesiva. Así llega hasta donde se alinean las tinajas de vino, los fardos de bacalao y las cubetas de arenques coronadas de moscas. «A cuarto la caja, ni sube ni baja. A cuarto la caja, mira la niña qué raja». Y pisando mondas de patata y hojas de berza, el teniente Beltrán entra en la taberna de Malacatín.

Tal como le había advertido su *Ulogio*, no se separó ni un momento de la pistola. «Ni *pa* cuando tengas que ir a orinar», le había secreteado sobre el catre de muelles, mientras lanzaba bocanadas de humo a la penumbra, como un piel roja marcando señales de guerra. La Chelo aún jadeaba, y un cuadrado de luz lechosa caía a través del ventanal, sobre el piso de piedra. Con la picadura de los golpes en la carne, su *Ulogio* le había achicado los miedos. La borrachera salvaje del peligro que puso a temblar sus nalgas, ya había pasado. «¿Adónde vas?», le preguntó la Chelo, tendida sobre el camastro de muelles.

«No tardo, prenda», contestó él, mientras se peinaba con la saliva en los dedos. Y mientras encendía otro pitillo, volvió a repetir lo de la pistola. «Ni *pa* cuando tengas que ir a orinar». Dos caladas más y tiró el cigarrillo al suelo de piedra. Fue al ir a pisarlo cuando saltaron las brasas a iluminar la herrumbre amontonada en la fragua y los pies descalzos de la Chelo. «Tengo que irme al Naranjeros, prenda, he quedado ahora en pasarme a recoger al Chacón», «Llevo llaves», «No tardo», etcétera.

Cuando la Chelo le conoció, ella aún andaba de relaciones con el Cojo y él no se había instalado todavía por su cuenta, a la entrada de Barquillo, junto a la farmacia. Por aquel entonces, su *Ulogio* currelaba en la Guindalera, donde los tranvías, poniendo clavos a las pezuñas de las mulas de carga. Pero con la llegada del tendido eléctrico, los tranvías ya no necesitaban mulas ni bestias parecidas, y vinieron los despidos. Y empezaron las protestas, los petardos, la propaganda por el hecho, el desecho histórico donde germina el objetivo común que siempre viene a ser el menos común de los objetivos. Desde aquel momento, tres industrias sujetarían el país. La mar, el campo y el carril. Y como en Madrid, lo de pescar se da poco, y menos en el Manzanares que es un asco de río, y de la segunda industria mejor ni hablar, la del carril se convertiría en la más floreciente de todas las industrias de la capital. La Chelo se sabía la historia, barricadas de papel ardiendo en la noche, cristales convertidos en polvo al paso de la carga de caballería y manifestaciones donde las gargantas emitían el *quejío* feroz del hambre. Y en todo aquel follón, anduvo metido su *Ulogio*. Después vino lo de las cuerdas de guitarra atadas a los testículos y una mutilación que humilla más que la propia muerte. Y luego todo lo que ella tuvo que hacer para que su *Ulogio* quedase libre, y que sólo ella sabía. Vergüenzas que iban más allá de dejarse penetrar por la carne impropia del teniente Beltrán. El puño prieto de anillos, aderezado con el vinagre y la sal del escozor, y que a la Chelo le sangró el vientre, hasta vaciar su fecundidad.

Ahora, lo de la herrería tampoco daba lo suficiente y, como cada vez iba a menos, su *Ulogio* se había tenido que emplear en oficios diversos. Donde la Concha, pisando cucarachas, alguna que otra noche y con el cantaor Antonio Chacón, de secretario. «A llevarle y traerle de los tablaos y conseguirle gachís». La Chelo callaba, como si con

su silencio afirmase lo necesario que era un jornal, la debilidad de la carne cuando el dinero que cuenta y suena es inevitable, cuando el estómago sucumbe y el filo del abismo no permite un paso más. El Cojo la recogía en su automóvil. Le gustaba tomar velocidad mientras ella, desde el asiento de al lado, le desabotonaba despaaaacio. Los lamparones en el tafilete encarnado de la tapicería daban cuenta de las veces que el Cojo había alcanzado la meta. Luego, ella se limpiaba los labios con el revés de la mano y le preguntaba por cosas que el Cojo respondía complacido, asuntos que tenían que ver con cuestiones de palacio y que eran secretos de Estado, pero que el Cojo revelaba con la boca llena y la lengua zarzuelera, sorbiéndole la flor y la carne del pilón que encharcaba su bajo vientre. El asiento se mantenía inclinado y el motor en silencio, mientras las luces de palacio cabrilleaban cercanas y la noche se extendía sobre Madrid como un manto de posibilidades. Después de preñar con grandezas sus sueños de niña pobre, el Cojo la acercaba hasta el trabajo. La plaza de la Cebada se iluminaba con los destellos del automóvil. El dueño del Naranjeros salía a recibir a su empleada rubia con una palmada en el culo, a lo que el Cojo siempre sonreía con humedad en el bigote. Luego, el Cojo se ajustaba las gafas de búho sobre sus ojos de reptil y adiós muy buenas.

Fue en el Naranjeros donde la Chelo conoció a su *Ulogio*, ni que decir tiene que cuando le vio de primeras, quedó atraída. Un Tenorio castizo de patillas negras y ojos de rufián, peinando el tupé de los canallas. Su *Ulogio* era de esos que, con sólo alzar la ceja, prenden el reguero de pólvora que toda mujer esconde. Y la Chelo no iba a ser menos. La noche que le conoció, ella venía de ganarse un sobresueldo con la bragueta del Cojo, y él estaba esperando que Chacón acabase de cantar. Fumaba un cigarrillo, de pie, a la entrada del cuarto. Dentro, unas gitanas de moño y perla jaleaban al Pontífice del Cante, mientras se echaba una soleá que le sentaba como un traje a medida.

Mardita sea mi suerte
que mi novia ma pillao
en la cama con la muerte.

Tocaba Luis «el Jorobao» que, más que tocar, removía los sonidos negros de la sonanta. También andaba cerca el Ceniza, que era *picaor* de la cuadrilla del Gallo y que manoseaba los muslos a una de las gitanas. Fue cuando la Chelo le pasó por delante al *Ulogio*, mostrándose en el espejo colgado en la pared, junto al cartel de toros que anunciaba la corrida regia con la que Madrid festejó la mayoría de edad de Alfonso XIII. Bombita, Machaquito y Lagartijo.

Con el meneo de las reales hembras, la Chelo le arrancó un quiebro, «Aayyyy, chulapona mía». Y tirando la bandeja, la Chelo entró en el cuarto y se arrancó a bailar en crudo, haciendo crujir las tablas y las dentaduras, dejándose comer por el *Ulogio*, que la devoró con descaro, encendiendo las brasas de su bajo vientre cada vez que le

plantaba los ojos encendidos. Los clavaba jondo, muy jondo, con la calentura de una navaja pasada antes por el fuego. Y eso a ella le gustaba.

Acabó a la madrugada, con los párpados entornados sobre un catre de muelles y el hormigueo de la lengua salivando la punta de sus pechos, sudando amor en la penumbra de un cuarto con olor a hierro. Después de esa noche vinieron más noches. Luego fue que a su *Ulogio* le entraron en el abanico. Y ella hizo el resto para que le soltasen pronto. Aunque seguía con él, también seguía de relaciones con el Cojo. Entre otras cosas, porque su *Ulogio* le obligaba a ello. Ella contaba y él escuchaba. «Arenal, Sol, San Jerónimo». Así le señalaba los puntos de ida con la boca llena de besos. La Chelo bajaba hasta el casorio y volvía a subir, dibujando un ocho sobre el mapa moreno del vientre de su *Ulogio*. Entre chasquidos de saliva, ella iba soltando el itinerario mortal. Ahora, en la soledad poblada de la herrería, mientras por el ventanuco clareaba, la Chelo retenía la pistola con las dos manos, a la espera de que se apareciese un fantasma recién salido de la tierra de los muertos.

«Ésta tiene seis posibilidades —le había dicho su *Ulogio* antes de marcharse, desde la otra punta del catre, al tiempo que guardaba su pistola en la caña elástica de los botines—. La tuya, siete». Ella no le respondió, sus ojos indicaban que ahora conocía la verdad. Se levantó tras él para asegurarse de que la puerta quedaba bien cerrada. Lo hizo en puntillas, como si aún llevase los tacones puestos y tensando los muslos, dejando reflejar el vaivén de la carne en el trozo de luna apoyado en la pared.

La taberna de Malacatín quedaba en la calle la Ruda, a un tiro de piedra del mercado y a dos o tres pasos del Naranjeros. Sus desayunos eran de fama y pocos cuartos. Vasito de aguardiente, galleta y terroncitos de azúcar, arreglaban el cuerpo de los madrugadores y de los insomnes. En el local, no sólo se daban cita los currelantes, sino también todos aquellos chotacabras de buena familia que, atraídos por el perfume canalla del barrio, no perdían la hora del desayuno. Aquella mañana había trajín y don Julián, el dueño, andaba tras el mostrador, sirviendo, cuando vio entrar por la puerta al teniente Beltrán, sin más mangas que las de su chaleco y una venda de sangre a la cabeza. De seguido, le plantó la botella de aguardiente y un vaso, sobre el mostrador arañado. Sabía cómo tratar a la clientela. El teniente Beltrán arrancó el corcho de la botella con los dientes y terció el vaso.

—Qué, qué se cuenta el marajá de Kapurthala —preguntó el inspector Merlo, guasón, recostado en el mostrador, con la punta de la lengua entre la carne cruda de su hocico y los caracolillos chorreando las sienes. Destacaba el cerco malva de la noche en sus párpados, igual que si los hubiera pintado. También destacaban los colmillos salivosos, con hambre de chicha.

Se escucharon las risas de los parroquianos. El teniente Beltrán ajustó el plomo de sus ojos hacia donde el inspector Merlo se encontraba. Y las risas callaron. Todavía era capaz de acribillar una mosca en pleno vuelo, sólo con mirarla. Así que, se echó el vaso al gollete y la mano a la pistola. Julián, el dueño de la taberna, se quedó inmóvil tras el mostrador. Más al fondo, apiñados alrededor de una mesa, había una montonera de jóvenes. Eran los mismos a los que, horas antes, el teniente Beltrán había paseado hasta el Gobierno Civil. Con la cara cubierta de hollín y la sangre, seca ya, sobre sus ropas, celebraban la puesta en libertad. Lo hacían a tragos, igual que piojos en la cabeza de un borracho. Parecían recién salidos de una de esas novelas llenas de chinches y demonios. En cuanto vieron entrar al teniente Beltrán, se levantaron en desbandada. Pero la pupila de plomo los paralizó por completo y volvieron a sentarse, agachando cabezas e intentando esconder las caras machacadas detrás de las botellas. Junto a ellos había dos hombres más, borrachos también, a los que pareció no importarles la presencia del teniente Beltrán. Discutían con entusiasmo de beodos. Uno de ellos, de barba honda y lentes empañados por fina gasa de niebla, pedía a voces la guillotina eléctrica en la Puerta del Sol. Además de su barba selvática, destacaba la manga vacía. «Hemos de fundar Salento, como hizo Robespierre», dijo, con mucha rigidez en su espina dorsal. Y alzó su vaso con la única mano que tenía.

—Hip, hip, camaleón mineral, hip —interrumpía el otro, un hombre con ojos de batracio herido.

—¿Acaso no funda Romanones su policía con una partida de yeguas cojas? —El

manco de las barbas floridas hablaba con un ceceo impostado. Al teniente Beltrán le habían advertido que, además de gallego, también era marqués o algo parecido. El inspector Merlo, apoyado en el mostrador, escuchaba atento su intervención—. El simple movimiento de un vaso es un acto trascendental. De la misma forma, con una simple carta escrita al marajá, se fundará una nueva dinastía en la India. Un príncipe de sangre hispana terminará con la dominación británica.

Las barbas le caían desde el vacío famélico de sus pómulos y la delgadez enfermiza descubría la demora de sus comidas.

—Hip, hip, camaleón mineral.

Julián, el dueño de la taberna, desde el mostrador, se inclinó ante la autoridad y puso al teniente Beltrán en antecedentes. Según le contó, andaban celebrando que una de las Camelias, aquellas hermanas que enseñaban la chicha en el Kursaal, la llamada Anita, se había prometido en matrimonio con el marajá de Kapurthala. Y que como la Anita no era virgen ni nada que se le pareciese, habían puesto remedio al asunto llevándola a una zurcidora, no sin antes pasarla por la piedra de la flamenquería en el Naranjeros.

—Y en ésas andan, teniente. *Na* grave —añadió Julián.

El teniente Beltrán clavaba el plomo de sus pupilas en la barba selvática del manco, como hipnotizado por su discurso ceceante. Julián, el dueño, con la voz temblona, siguió contándole que el asunto podía haber salido peor, pues el marajá de Kapurthala se había ido de Madrid indignado, ya que ofreció a la madre de las Camelias cien mil francos por su hija Anita. Como mediador del asunto, y por su conocimiento de lenguas, la madre de las Camelias se había servido del pintor que ahora andaba herido por los cuernos. Don Julián, tras el mostrador, le señaló. «Camaleón mineral, hip, camaleón mineral».

—Total —siguió contando don Julián—, total, que el pintor, arañado por los celos, se subió a la parra pidiendo comisión. Y el marajá se volvió a París, y la madre de las Camelias, muy enfadada, se puso a buscar al de las barbas para que escribiera una carta al marajá, una carta de amor y como si la escribiese la Anita —continuó Julián en voz baja—. Y resulta que, el de las barbas, no lo hizo por dinero, qué va. Según él, lo hizo por terminar con la dominación de los ingleses en la India. —Y don Julián se llevó el dedo índice a la sien, dando a entender que aquel que se decía marqués estaba loco.

Ahora el de las barbas se había subido a la mesa. Con la voz retumbando en su garganta como si de un pozo se tratase, declamaba:

—En cualquier momento se aparecerá el marajá a lomos de un elefante de trompa erecta, trompeteando igual que las trompetas del Juicio Final.

—Hip, hip, camaleón mineral —remataba el discurso el pintor de los ojos de batracio, teñidos por la vigilia y el alcohol.

Y es, en ese momento, cuando se abre la puerta de la taberna. Y el teniente Beltrán, como si la corriente le atravesara los riñones, arquea la cintura y voltea. Sus

dientes son una fila de puñales que dan la bienvenida a la pareja, un hombre y una mujer a los que ya conoce. El hombre no es otro que el de la herrería, el *Ulogio*. La mujer que le acompañaba es morena y lleva la mirada encendida como la pólvora. El teniente Beltrán conoce el paño, es la misma que currela en lo de Candelas, una hembra casquivana como gata de portera y que llaman la Emilia. Sin apenas darles tiempo a entrar en la taberna, el teniente Beltrán dispara la pregunta:

—Entonces qué, sigue Chacón en el Naranjeros.

Al *Ulogio* le cambia el color de la cara. Ahora su piel evidencia el parón de la sangre, como si se le hubiesen secado las venas y sus mejillas se volvieran verdosas, igual al tapete de un casino descolorido por las meadas de los gatos. Sus ojos son dos farolillos a media llave que poco o nada pueden alumbrar. Su cara refleja la vergonzosa tensión del miedo. Tiene un amago de agacharse y sacar la pistola que esconde en la caña de su bota pero un pinchazo de terror detiene todo movimiento. Tuvo que ser la Emilia, sin perder el asombro ante el aspecto que presentaba el teniente Beltrán, la que contestase que Chacón llevaba un rato largo cantando. Y que el Naranjeros estaba a rebosar. Habían venido de toda España a ver al Pontífice del Cante y a despedirse de la Anita.

Luego, a la vez que ronchaba un terrón de azúcar, con los nervios enredados en la punta de su lengua, la Emilia siguió declarando que, en un principio, el personal había ido a escuchar cantar al de la Matrona, un gachó jovencillo, sevillano él, que la estaba armando por ahí abajo y al que querían contratar. Pero al final nada, que el tal Matrona era un bocas y que no se había atrevido con el Chacón. En el espejo barnizado de humo se reflejaron sus palabras.

—La verdad es otra que yo la sé —saltó Julián, el dueño, desde el otro lado de la barra, mientras le cambiaba el vaso al inspector Merlo—. La verdad es que el del Naranjeros es más *agarrao* que un chotis.

—Chisss, eh, cuidao. Al Chacón no hay *naide* que le haga sombra —saltó la Emilia, rechupeteando un terrón con ruido de salivas—. Naide. —Esto último lo recalcó cachondona y con arrojo, aunque en el fondo se encontrase perdida en un laberinto interior donde cada minuto contaba como minuto perdido. El *Ulogio* seguía a su vera, la mirada desolada y los dedos nerviosos, dispuestos a cometer una torpeza.

—Manuel Torre, Manuel Torre, ése sí que es un fenómeno —apuntó el de las barbas, aleteando su manga vacía y brindando su vaso al respetable, como un torero ante una plaza rebotante de apetitos de sangre—. Manuel Torre, Manuel Torre...

«Pa torres, las de Balmoral». Saltó Julián, más por cambiar el tercio que por creencia. No quería problemas en su local, y menos en los que la policía tomaba parte desde el principio. Pero el de las barbas andaba con la boca caliente y, sin que nadie lo hubiese pedido, se arrancó a hablar de los cantes de fatiga: «El cante jondo nace del tajo y del currelo, de la fragua y del trillo y lo demás son cantes de señoritos. Por eso el mejor es Torre, gitano de raza y cantaor largo y de fatiga, y eso lo digo yo que para algo soy marqués». El teniente Beltrán arrugó la frente, como si se desatara el

oleaje sobre sus cejas.

Desde el final del mostrador, el inspector Merlo se pasaba la punta de la lengua por el labio crudo. Hizo una seña al *Ulogio*, que hasta ahora no había abierto la boca y continuaba con la pálida en el pellejo. Mantenía la mirada alerta del que se encuentra acosado y listo para la torpeza. Por el reloj del teniente Beltrán pasaban veinte minutos de las seis de la mañana y allí seguía la Emilia, con el teatro, intentando ganar tiempo a lo irremediable. La caída del telón no tardaría en llegar.

—Tú, qué sabrás de cante, marqués —increpó la Emilia al de las barbas, a la vez que ronchaba y tragaba—. Tú qué sabrás de cante por mu marqués que seas —continuó ella, intentándole quitar peso al capote del momento, sin perder de vista al *Ulogio*, que caminaba hacia el inspector Merlo.

La negrura de la noche se borró de los ojos del inspector Merlo cuando el *Ulogio* llegó hasta él para cuchichearle. Como pintados por el rimel de un nuevo día, recobraron el esmalte del vicio. Mojó la punta de la lengua y con ella se extendió la saliva por el morro crudo. Debía de ser algo muy importante lo que el *Ulogio* le refería, algo que, la Emilia, desde donde se encontraba, no conseguía alcanzar.

Entonces, a la Emilia no le quedó otra que aprovechar el momento y acercarse hasta el oído del teniente Beltrán para decirle, con la lengua en la oreja, que ella sabía dónde estaba la rubiala. «Anda escondía donde el *Ulogio*». —Ya.

Y el teniente Beltrán la apartó con el hombro. Apurando de un trago el aguardiente, se restregó la boca con su brazo desnudo. Y con los dedos juguetones en la culata de su pistola, el teniente Beltrán caminó hacia el fondo de la taberna, donde el inspector Merlo y el *Ulogio* secreteaban con chasquido de saliva. Cuando pasó por la mesa de los jóvenes tiñosos, éstos se plegaron. Sin embargo, el de las barbas, sin bajarse de la mesa, siguió dándole a la perorata: «Que pongan la guillotina en la *Puerta el Sol*, y que la estrenen con la cabeza de Chacón». La Emilia, perdida ya en un laberinto interior donde van las mujeres rechazadas, fue tras el teniente Beltrán y éste soltó el brazo, como un resorte, directo al pecho, que la dobló al suelo. Entonces el *Ulogio*, desde el final del mostrador, hizo un ademán que el inspector Merlo contuvo, retorciéndole la entrepierna como si fuera un trapo a escurrir. El *Ulogio* emitió un grito ahogado, como si se atragantara. Entre todo, Julián, el dueño, había salido de detrás del mostrador para asistir a la Emilia, que continuaba en el suelo. Entonces, el teniente Beltrán, con la cabeza vendada pero sin perder aplomo, se plantó frente a la mesa y replicó al de las barbas, tirándole de la manga vacía. «El mejor es Chacón, ya ha oído usted a la gachí».

—Y éste es un payo que canta como un canario flauta —añadió Merlo, señalando al *Ulogio*—. Te lo regalo. —Y empujó con fuerza al *Ulogio*, sobre el teniente Beltrán que le agarró del pescuezo, y se lo llevó hasta el retrete.

Nada más abrir la puerta, un aliento de fiebre, le pegó de lleno. Arrugó la nariz y

metió un meneo al *Ulogio*.

—Haz memoria, el otro día, en la Concha, junto al tranviero, un fulano elegante, con chistera. Vamos, haz memoria. —Al *Ulogio* le tenía cogido por la nuca. Así como metía su cabeza en el ojo ciego de la letrina, así que se la sacaba cuando lo creía conveniente.

—No sé a quién se refiere —contestó el *Ulogio* con vocecilla de flauta rajada.

—Vamos —le dijo, y le sacó la cabeza del sumidero—. Vamos, cabrito, haz memoria.

La cara del *Ulogio* apareció cubierta con el desecho tripero, como una arcilla orgánica aplicada sobre la piel del chivato. Era lo que el teniente Beltrán llamaba solución profiláctica para conseguir confesiones. El discurso del marqués de las barbas llegaba hasta el excusado. «Guillotina eléctrica en la *Puerta el Sol*».

—Pidieron judías y una fuente pajaritos. Pa beber, vino —dijo el *Ulogio*, con la respiración entrecortada y la boca chorreando despojo.

El teniente Beltrán le rodeó el cuello con su brazo desnudo. El crujido de la vértebra sonó como un disparo de revólver. «Los anarquistas sois como los moros, pero los moros son más limpios. Por lo menos se lavan el culo antes de ponerlo». Sabiendo que no tenía más que sacar, el teniente Beltrán registró el cadáver. En uno de sus bolsillos, encontró el manojito de llaves.

Por el reloj de La Equitativa daban las siete y media. Hasta la calle Barquillo llegaba la sonería de la mañana, sucia y picante de polvo tras el cristal de la fragua. Dentro estaba la Chelo, acurrucada en un rincón y traspuesta por el cansancio. Mantenía la pistola entre las manos. Creyó escuchar la puerta y tuvo un sobresalto, pero pronto los párpados volvieron a cargarse de sueño. Cuando los abrió de nuevo, ya era tarde y la pistola pesaba. El teniente Beltrán la apartó de un puntapié y se agachó a recuperarla. Hubo un amago de sonrisa en sujeta, como si se reencontrase con una antigua novia. Ahora tenía una pistola en cada mano y el brillo feroz en los ojos del que no sucumbe ante la presencia del abismo. A la media luz de la herrería, sus pómulos eran semejantes a dos nueces. Y por su laringe desfilaba una sombra obsesiva, la cascara de un fruto que pinchaba a la vista.

—Vamos, rubiala. Que el Mateo nos va a contar.

Los ojos de plomo paralizaron a la Chelo. El teniente Beltrán se acuclilló ante ella con el vendaje pegajoso de sangre a la cabeza. El aliento grosero calentó su morro.

—Déjeme ¿dónde está el *Ulogio*?

El teniente Beltrán no pudo completar la sonrisa y clavó el cañón de la pistola en la espalda de la Chelo.

—Está cantando, en prevención. Le tiene el Merlo. Tu *Ulogio* va a necesitar recuperar los derechos de propiedad de su culo. Da gracias a que yo esté aquí. De lo contrario, a tu *Ulogio*, sólo le hubiera quedado de hombre el nombre. —El teniente Beltrán se acercó tanto que su propio aliento le rebotó con asco—. Aun con un solo testículo funcionaba bien tu *Ulogio*, ¿verdad, rubiala? —Lo de «testículo» lo dijo con tal empaque que dio a entender más de lo que la palabra significaba.

Fue al ir a levantarse, cuando la Chelo vio el trozo de hierro, una vara maciza cubierta de herrumbre, a pocos pasos. Entonces sus ojos se encendieron. Desde muy pequeña tuvo fijación por los genitales masculinos. Con el tiempo, ya empleada en el oficio de la calle, había aprendido a dañarlos de las dos maneras posibles. Y aunque actuó rápido, el teniente Beltrán, que también andaba resabiado en daños genitales, impidió el golpe. Y la vara cayó al suelo. El eco metálico se mantuvo en el aire durante un soplo.

—No hagas tontunas, rubiala. Si colaboras no habrá problemas. Además tienes buenas amistades en la política.

La Chelo contuvo su ira, prietos los puños, sin pestañear frente a las dos monedas de plomo que ahora brillaban con el fuego de la muerte.

—Ya sabes, rubiala, los enredos son nuestro trabajo y, de no haberlos, pues nos los inventamos.

Ella le miró resignada, con los ojos puestos en el suelo fue saliendo de la herrería. Iba descalza. El teniente Beltrán iba detrás, con los dos cañones apuntando a su

espalda y la mirada en el bocado de la nuca; en la mecha rubia, ya despeinada, que caía hasta el arranque de sus nalgas. Malicioso y desconfiado, el teniente Beltrán caminaba a la espera de un movimiento inexistente para acariciar el gatillo y ponerla a bailar, ahí mismo, con los pies descalzos sobre la calle. Pero no hizo falta. Como dos enemigos secretos, envueltos en un silencio de sepulcro, tomaron el Cangrejo hasta Pozas. En cuanto el conductor reconoció a la pareja, echó el freno de urgencia por contramarcha y, de inmediato, tocó la campanilla. «¿Suben?», preguntó.

Resultó ser el mismo conductor del tranvía número 21, tablilla verde, trayecto Sol-Pozas que, después del suceso ocurrido en el día de ayer, había cambiado de color y de vía. Así que, cuando les vio por Barquillo, a ella descalza y con el uniforme de asistenta todo sucio, y al teniente Beltrán con la venda en la cabeza y la cadena del reloj cruzada al chaleco como serpiente de oro, el conductor se restregó los ojos. Para él eran lo más parecido a dos espectros de esos que te persiguen en horas laborables. Ni que decir tiene que hubo protestas por la frenada pero que el conductor las calló por completo. Lo consiguió con un golpe de voz y una cachiporra. Así que nadie rechistó cuando el teniente Beltrán, con la cabeza vendada y los brazos desnudos, subió detrás de la Chelo. Incluso hubo quien les cedió asiento.

Dentro del tranvía, a la Chelo le asaltó una mirada de sumisión, como si en su ánimo creciese el respeto por aquel joven silencioso que bebía horchata en pajita, y que parecía haber ideado todo, de tal modo que ella se sintiera protagonista de sus macabros planes. Durante el tiempo que duró el trayecto, su mirada dio a entender que se sentía más cerca de aquel joven que de todos los demás que la rodeaban.

—Vamos saliendo, rubiala.

El conductor de tranvía, con una mezcla de acero templado y fuerza bruta, declaró que se apearon en Pozas, junto con los demás pasajeros. «La calle de la Princesa estaba atiborrada de gente que esperaba la salida del cadáver, todos armados con palos, rastrillos y guadañas», manifestó el conductor con los ojos como platos. Así los vio bajar y pasar por delante de su cabina, y también pudo ver a una mujer saliendo de la iglesia. Era morena, con la melena suelta, y se abría paso a empujones. Llevaba una pistola entre sus manos. Parecía de juguete. Se acercó de tal manera que le hundió el cañón en el vendaje. Todo ocurrió muy rápido. «El cristal de la cabina *me se llenó de sangre*».

En su cabeza, sólo le quedaba sitio para una bala. Por eso, cuando la Emilia le ajustó el cañón, el teniente Beltrán se detuvo un instante y, con la muerte avanzando por el plomo de sus ojos, completó la sonrisa. Antes de caer, dio dos pasos al frente. Llevaba las pistolas por delante y la sangre había quedado detrás, cubriendo la cabina del tranvía. Por el reloj de la iglesia del Buen Suceso pasaban cuarenta minutos de las ocho de la mañana, y el barullo que se montó fue aprovechado por las autoridades, dando orden de salida al cadáver de Mateo Morral y evitando así su linchamiento.

Un día después de practicarle la autopsia, el cuerpo de Mateo Morral fue conducido en un furgón mortuario al cementerio civil del Este, donde recibirá sepultura en cuarta clase temporal, zona de adultos, cuartel 3, manzana 1.^a, letra C. Unas horas antes, en una tumba vecina, dieron sepelio al teniente Beltrán. Fue una ceremonia silenciosa a la que sólo asistió el sepulturero, un hombre que asomaba el cardenillo de los dientes por cada paletada. Aquel día tuvo más trabajo de la cuenta. Cosa así de diez minutos después de echar la última tierra sobre el tal *Morral* o *Morán*, ya que los periódicos continuaban sin ponerse de acuerdo, cosa así, de diez minutos después, vino otro más. Se trataba del cadáver de uno al que llamaban el *Ulogio* y que tenía una herrería en Barquillo, justo pegando a la farmacia. El día anterior, el inspector Merlo se lo había encontrado muerto en los retretes de una taberna de la calle la Ruda, cerca del mercado. Por la hora que era, el inspector Merlo se sirvió del cadáver.

Abrupto en sus pensamientos, así como en su acción, el inspector Merlo cargó con él hasta un carro de bueyes que había frente al mercado. La Emilia iba por los suelos, con las manos prietas en los tobillos del inspector Merlo y el pecho arrastrado por llantos. Maldiciones estiradas como lamentos moriscos y que no pararon en todo el camino. El inspector Merlo dio orden al dueño del carro, un labriego con sombrero de paja y la frente sudorosa y encogida, semejante una manzana al horno. «A la cripta del Buen Suceso», le dijo con dominación de señorito, al mismo tiempo que se pasaba las palmas de las manos por sus aceitosos cabellos. «Dese prisa».

Llegaron a tiempo, cada vez aparecía más chusma con hoces y rastrillos. La salida de la cripta del Buen Suceso se había taponado como una cloaca y el tufo a sumidero atravesaba Madrid. Por la hora que era, andaban ultimando el traslado del cuerpo del Mateo Morral al forense, donde le realizarían la autopsia. Y así fue como el cadáver del *Ulogio* le vino al inspector Merlo que ni pintado. La misión que iba a desempeñar sería el colofón miserable a toda una vida rozando el ilegalismo. Su cuerpo, después de muerto, iba a servir para despistar a la chusma. Y de esta forma, se evitaría el linchamiento del cadáver del Mateo. Sin embargo, el inspector Merlo dejó fuera de sus cálculos al teniente Beltrán, como también dejó fuera de sus cálculos su reloj de bolsillo, que siempre atrasaba. Razón de más por la que el teniente Beltrán se

apareció antes de lo previsto. Fue cuando la Emilia le vio desde la misma puerta de la iglesia, bajándose del tranvía. La Emilia acababa de dejar el cadáver de su *Ulogio* preparado para el engaño dentro de una caja a la que se le salían las puntas de los clavos. Había hecho todo el viaje en el carro de bueyes, abrazada a su cuerpo frío, mientras el inspector Merlo se pasaba la lengua salivosa por el lado más vivo de los morros. Fue aquí cuando la Emilia descubrió la pistola en la caña de la bota.

Por esa condición que tienen los espejos de multiplicar los acontecimientos, en el momento en que la Emilia aprieta el gatillo en Madrid, la policía de Barcelona tira abajo la puerta de la casa donde el Quico se encontraba retozando con su amante, Soledad Villafranca. Sin apenas darles tiempo a vestirse, se los llevaron presos. El verdadero nombre del Quico era el de Francisco Ferrer Guardia, cuarenta y siete años, amigo del Emperador del Paralelo y director de la Escuela Moderna, además de hombre dedicado al magisterio de lenguas. Así que fue detenido, así declaró que conocía al Mateo desde hacía unos tres años, con motivo de haber traído a la Escuela a una hermanita suya llamada Adelina, para que se educara a la manera laica. Hicieron amistad y Francisco Ferrer, ante el deseo que el Mateo mostraba, le propuso encargarse de la biblioteca y de la dirección editorial de su Escuela.

A los dos días de su detención, el Quico fue conducido a Madrid en un tren expreso. El vagón iba atestado de guardias. No sólo custodiaban al cautivo, sino también el baúl donde iban las pertenencias del Mateo. Según el acta levantada en Barcelona por el jefe de vigilancia Antonio Tressols, dentro compartían sitio: una bota de vino, cinco cartas de su hermana Adelina, la licencia del servicio militar junto a algunas facturas y toda la colección de cartas amorosas dirigidas a su nombre por una tal Olga Brandt.

Al final, estas cartas se perdieron pues, para la versión oficial, lo más conveniente era ofrecer el perfil de un loco no correspondido en el amor. Así, Mateo Morral quedaría justificado por la Historia como un hombre obsesionado, un perdedor radical que, por despecho, atenta contra los reyes. Para fortalecer la coartada oficial, el mismo Mateo había participado con otras cartas, unas postales que mandó desde Madrid a Soledad Villafranca, profesora de la Escuela Moderna y mujer a la que se beneficiaba el Quico.

Cuando al beneficiario le preguntaron por este detalle, declaró desconocerlo. De haber sabido que el Mateo mantenía relaciones amorosas con la misma mujer, eso, el Quico no lo hubiera permitido. Entre otras cosas, el Quico era conocido por los números que se calzaba. Le llamaban «el Sultán Rojo» y muchas otras cosas más. Con tales virtudes, sus enemigos le acusaron hasta de montar misas negras. Además de las cartas amorosas dirigidas a Mateo Morral por Olga Brandt, se decidió perder lo restante, esto es, la bota de vino, la cartilla militar y las cartas de su hermana Adelina. Por lo cual, el baúl llegó a Madrid vacío. La pérdida quedó registrada de tal manera que, pronto, caería en el olvido.

Al día siguiente, con el resultado de la autopsia sobre el mármol fresco del despacho real, en palacio, se llegó al convencimiento de que, las tripas de los muertos civiles mezcladas con las de los muertos en acto de servicio, y puestas a hervir sobre el aliento enfermo de los caballos, daban como resultado un plato infecto al que

moscas y barbas militares acudirían con el primer golpe de olor. Y si los militares tomaban las riendas del asunto, la mala prensa recaería otra vez contra España por parte de toda Europa. Estaba en juego lo del reparto de Marruecos y, en fin, tal y como le sugirieron a Alfonso XIII, Francia era una República dolida con España desde lo de la guerra franco-prusiana por andar buscando rey. En resumidas cuentas, por aquellos días no se sabía quién andaba más asustado, o el rey, o todos aquellos que empeñaron sus armas en Barcelona, bajo el mismo nombre, el de una mujer llamada Amparo Montesinos Climent y que regentaba, junto a Vicente Peris, una casa de mujeres de la vida, dicho por lo fino, en la calle de la Esmeralda número 20. El tal Vicente Peris era un ilegalista valenciano de treinta años, estatura regular y recién llegado a Barcelona con la barba muy negra y la cara muy pálida. Desde chico andaba dedicado a amasar fortuna de los bajos fondos. Lo hacía de la misma manera que el alfarero amasa el barro hasta darle forma de botijo. Después de colocar las armas a la Amparo, Vicente Peris se dio a la fuga. En el bajo de la calle Esmeralda trabajaban tres chicas, además de la jefa. Dos de ellas eran madre e hija, la otra era una mujer joven con la enfermedad escrita en la piel. La misma que contagió al Mateo y que venía de estar empleada en el burdel de la calle Aviñó.

Mientras tales cosas pasaban en la esquina del mapa donde la rosa de fuego ardía, en el centro, en Madrid, en el barrio de Ciudad Lineal, acompañado por una fila de guardias, el inspector Merlo se llevaba preso al Vicente Daza, de oficio zapatero. A sus sesenta y cinco años, y como convenía a su estado de segunda infancia, quería vivir tranquilo.

Su declaración fue la punta de una mecha que no tardaría en llegar a la carga. Tal como quedó escrito en el sumario, en la tarde del atentado, estando el Vicente Daza en el huerto de su casa, apareció el Isidro Ibarra, y con él fue a un merendero cercano, donde encontró a cuatro individuos más, a ninguno de los cuales conocía. Uno de ellos tenía una imperfección en el labio. Tras la declaración, el Vicente Daza estuvo un día preso, quedando libre en el mismo momento en que ingresaban en prisión los detenidos: Isidro Ibarra, Bernardo Mata, Aquilino Martínez, Pedro Mayoral y el anciano del labio belfo y bigote teñido de nicotina, José Nakens.

A José Nakens le bajaron del coche celular como si fuera un asesino. Iba esposado y su entrada en prisión hizo dividir a España. Por un lado estaban los que veían al anciano periodista como un republicano «comecuras» que vivía en continua contradicción tapando su maldad con franciscanismo de cabello de ángel. Entre otras muchas cosas, le achacaban su implicación en el asesinato de Cánovas, por haberle dado cobijo al Angiolillo. Y eso era asunto que aún escocía en los traseros más conservadores. Desde el campanario mayor, el cardenal Sancha tocaba para sentar a Nakens en un sillín, con el tronco erecto y pegado al palo del garrote. Sin embargo, por el otro lado, José Nakens tendría sus defensores. Toda la plana mayor de las figuras de la época. Empezando por el anticlerical Galdós y siguiendo por Sorolla y la luz de sus pinceles, sin olvidar a Benavente, ni a Mariano de Cavia, ni tampoco a un comprometido Dicenta. Los hermanos Álvarez Quintero también andaban indignados y pidieron la libertad del anciano. Con la fibra de Unamuno y la música de Ruperto Chapí, se terminó de montar el lío. Incluso, el mismísimo Moret, picado aún por las pulgas de su caída, no tuvo más remedio que salir en su defensa. Desde el extranjero se les uniría Edmundo de Amicis, Anatole France, Maeterlink y Lombroso. Fue lo más parecido al caso *Dreifus*, pero en español.

Pedro Mayoral y Aquilino Martínez eran los dos hombres que escoltaron a Mateo Morral, junto con José Nakens y el Isidro Ibarra, hasta la casa de Daza, primero, y de Bernardo Mata, después. Pedro Mayoral era escritor, de cuarenta y tres años de edad, pelo cano y bigotes largos como manubrios. En el momento de ser detenido, vestía traje de americana oscuro y sombrero de paja. El otro, Aquilino Martínez, de sesenta y dos años de edad y profesión litógrafo, era calvo, con el rostro pálido y cargado de hombros. En el momento de ser detenido, vestía traje de americana negro y sombrero hongo. Con los ojos nublados de cansancio, Aquilino Martínez quiso conservar su

estado de segunda infancia y, por ello, negó el haber estado en Ciudad Lineal. Tras la comparecencia tuvo un careo con Pedro Mayoral y se derrumbó, rectificando en su confesión, aunque salpicándola con la espuma infusa del orín reciente. Así realizó la declaración más escatológica de todo el sumario, cuando apuntó que estaba haciendo aguas menores y que, por lo mismo, no escuchó ciertas conversaciones. También obsequió su excrementoso parecer acerca del periódico *El Motín*, diciendo que no lo leía, que se lo mandaban y que lo destinaba al servicio del retrete.

Un día después, en la cárcel de mujeres, ingresaban Emilia Díaz Izquierdo y Concepción Pérez Cuesta. La una trabajaba como camarera en lo de Candelas, el sitio de cafelito, sifón y horchatas que habían puesto en la calle Alcalá. Su delito: homicidio. La víctima: Pedro Beltrán Vallejo, teniente de la Guardia Civil y antiguo jefe de la Unidad de la Policía Judicial, cesado de sus funciones una hora antes de su fallecimiento. La otra detenida era la compañera del sargento Mata y una de esas mujeres que ni firman ni pintan por decir no saber. Se rascaba el pelo cano con las uñas comidas de nervios. Tras ruedas de careos y testimonios de insolvencia, al año o así, todos quedaron libres. No podía haber sido de otra manera ya que las premisas fueron montadas sobre una conclusión ya existente de antemano. Mateo Morral pasaría a la Historia como un loco enamorado que, por despecho, lanzó su bomba a las ruedas del carro real. Cuando el Quico salió a la calle, se encontró su fortuna menguada y su nombre untado de barro por parte de la herencia inquisitorial de España. El rey, Alfonso XIII, no tardaría en cobrarse la deuda.

Dos años más tarde de haber sido absuelto, el Quico se vio acusado de preparar el terreno donde lanzar sus rosas de fuego. La Semana Trágica, en la que se incendió Barcelona y poblaciones cercanas, necesitaba un culpable y el Quico venía señalado desde Palacio. Después de jugar con soldaditos sobre el mapa de África, y de haber limpiado del ejército el semen rancio que en su día dejase Riego, Alfonso XIII daría su merecido al Quico, mandando que le fusilaran. Vestido de apache, es decir, como un delincuente común, el Quico pasó su última noche en capilla, escribiendo a su amigo Cosmo, es decir Charles Malato, anarquista que denunció desde Francia a la España Inquisitorial con nombres y apellidos: Narciso Portas, Becerra del Toro, Alfonso XIII y el teniente Beltrán.

Por seguir con el juego de espejos donde los destinos rebotan y toman idénticas avenidas para acabar cruzándose, cabe señalar las horas finales del Quico, antes de ser ejecutado, cuando en capilla apareció un cura al que conocía de pequeño. Asaltado por el tiempo pretérito y con el futuro más negro que el foso que le esperaba, el Quico se mordió la rabia. Rogó que no le vendasen los ojos y que no le pusiesen de espaldas para recibir el fuego. «Me sobra valor para esperar a la muerte de frente», les dice a sus verdugos. Su pasado ya no anda detrás, ahora camina con él. De esto se daría cuenta en el momento de su detención, cuando el Quico huía de su pueblo, Alella. Iba por la carretera que lleva hacia Granollers y las iglesias ardían a sus ojos con el fuego escarlata. Ante tal espectáculo, nadie le iba a negar al Quico que la iglesia que más alumbra es una iglesia incendiada. Sin embargo, las cenizas le ahogan y el humo taponan sus fosas nasales. El Quico era la viva estampa del hombre que ha perdido todo y espera el paso del tren para echarse a sus ruedas. En una de éstas, es reconocido por unos de su pueblo, con los que había jugado de chico. Lejos de salvarle, le torturan, atándole por los codos y dándole a beber orines en vez de agua. En la jefatura de la policía le desnudan y le visten de *apache*... Es la noche del 31 de agosto de 1909. El pasado le ha cogido por el cuello y no tiene intención de soltar.

Si en un primer momento, el miedo del rey a represalias europeas había salvado a Ferrer, esta vez iba a ser distinto. Alfonso XIII taponó todas las grietas por donde pudiera asomar jindama. Y pensó que lo mejor sería fusilar al Quico de inmediato, antes de que empezaran con fuegos artificiales los de la prensa extranjera. Llegadas las ocho y media de la noche, el 12 de octubre de 1909, resuena en el castillo de Montjuïc la sentencia de muerte. Ferrer firma el edicto y no tira. Cuando es conducido a capilla pide que quiten del lugar ciertas figuras y atributos religiosos para poder estar más cómodo, no fuera a cometer irreverencias, tan lejos de su ánimo. Luego empiezan a llegar los curas y a todos les agradece el ofrecimiento. Dice no comulgar con el cristianismo. Cuando después de irse el último jesuita, apareció el

padre Capellán de la Casa de Caridad, el Quico reconoce, de seguido, al monaguillo que un día fue a su lado. Y entonces la sogá del recuerdo vuelve a dar otra vuelta alrededor de su cuello. Sería la postrera, antes de ser ejecutado. La primera fue al salir de Alella, su pueblo, cuando huyendo a pie se topó con el Bernadas, al que conocía de chico por haber jugado juntos. Fue el que le ató con la sogá, amenazándole con pegarle un tiro y dándole a beber orines para calmar la sed. La otra vuelta del recuerdo se la pegarían en el juicio. Con una perfidia inspirada en los manuales de la Santa Inquisición, al Quico le colgaron un Sambenito cosido de retales. Aquellos escritos lejanos que una noche ensuciaron las cuartillas de una fonda en Madrid, y que el Quico firmó como Cero, resultaron prueba sólida a ojos del fiscal y se presentaron contra él. Cabe recordar que la fonda estaba situada en la calle Arenal y era conocida como La Iberia. Y que fue donde el Quico estuvo hospedado con otros masones, con ocasión de homenajear a Ruiz Zorrilla.

La citada fonda seguiría funcionando un buen tiempo, al contrario que la casa de huéspedes del Pepe Cuesta que cerró a los pocos días del atentado. El edificio desde donde Mateo Morral lanzó su ramillete de flores sigue conociéndose en Madrid como «La casa de la bomba» y, en la planta baja, continúa la taberna que en su época se llamaba Baliñas y que hoy se llama Casa Ciriaco, famosa por su cocina y por ser lugar donde el actual Rey de España para a cenar de vez en cuando. En una de sus paredes puede verse la fotografía del momento en el que la bomba explota sobre la comitiva. Cabe resaltar en ella la figura de don Rodrigo Álvarez de Toledo, así como las patas de su caballo, *Macbeth*, alcanzadas por la bomba. La fotografía fue tomada por el joven Eugenio Mesonero Romanos que, en el instante del atentado, se encontraba tirando fotografías junto a Capitanía. Aquella impresión se publicó al día siguiente del atentado, en la primera de *ABC*, y daría la vuelta al mundo.

Los anarquistas nunca perdonarían a Alfonso XIII la ejecución de Francisco Ferrer, por eso, antes de exiliarse, el rey sufriría otro atentado más. Aconteció en la primavera de 1913, cuando el rey regresaba a caballo de la Jura de Bandera. Por la calle Alcalá, pasada la Cibeles, un hombre se destacó entre la multitud, sacó su revólver y disparó sobre él. Bang. Bang. Se llamaba Rafael Sancho Alegre, era anarquista catalán y mal tirador. Uno de los disparos le despellejó el guante al rey, el otro hirió al caballo. Fue condenado a muerte y después conmutada la pena por la de cadena perpetua. Con la Segunda República salió libre.

Lo curioso del caso es que Rafael Sancho Alegre fue salvado del linchamiento por la propia policía. Una vez esposado, se le conduce hasta el número 48 de la calle Alcalá, donde vive el dentista de Alfonso XIII. Es allí donde se le practica el primer interrogatorio, a duras penas, pues nada más hizo que entrar, cuando el anarquista cayó redondo al suelo, culpa del tufo, lo más parecido al aliento mefítico de un perro con rabia. Acto seguido, asomó el rey. Alfonso XIII traía la dentadura postiza desajustada de tal modo que, cada vez que abría la boca para decir: «Gajes del oficio», se le venía hacia delante. El de Rafael Sancho Alegre sería el penúltimo de una serie de atentados frustrados contra la monarquía. Por último, cabe recordar aquí cómo acabaron sus días los demás actores de esta zarzuela sangrienta, que sólo sirvió para engordar la morcilla rancia de la Historia de España.

Alejandro Lerroux, después de caminar descalzo sobre los vidrios de la Segunda República, vivió el exilio. El que fuera Emperador del Paralelo sufrió la miseria, aunque nunca se mostró aterrado ante la presencia del abismo. Moriría en Madrid, acogido por el Conde Romanones. El Cojo no sólo ayudaría a Lerroux, sino también a la Chelo, sacándola de Madrid y financiando sus primeros días en Barcelona, mientras esperaba un barco para partir a otras tierras. Incluso, hubo una última bajada a toda velocidad por los altos del Hipódromo y un lamparón más en el tafilete rojo de la tapicería de su automóvil. Aunque dimitió, el trasero del Cojo seguiría envejeciendo los butacones a cargo del gasto público y, por lo que se sabe, continuó hasta el final de su vida ejerciendo de cacique pilonero.

La Chelo acabaría en París, dejando su corazón oculto en el frío sepulcro de los desengaños. En un principio, el viejo Espadón, don Nicolás Estévanez, aquel hombre que sólo utilizaba el tenedor para peinarse la perilla, a su vuelta de Cuba, le dio cobijo en su casa. Sin embargo, harta de pasar necesidades y con el estómago deslavazado por tanta sopa de hígado con cebolla, la Chelo marchó pronto de allí. Con la llegada de la guerra que luego llamaron primera guerra mundial, la Chelo ganó billetes de todos los colores. En una casa, frente al Sena, recibía a los soldados. Una noche, apareció uno, solitario y con los ojos tiernos, dijo ser francés aunque hablaba español. Pagó, pero no se quiso acostar con ella. Dijo estar casado y tan sólo

acarició su cuerpo con las manos frías y los ojos cerrados, como si quisiera así hacer memoria para luego dibujarlo a solas. Ella no le preguntó su nombre pero, de haberlo hecho, él no se lo hubiese ocultado. Se llamaba Auguste Henault, y pronto moriría en el frente. Sus cuadros y apuntes todavía andan dispersos por todo el mundo. Uno de ellos es el esbozo de una mujer, tendida sobre la cama y de espaldas a un espejo donde resalta la trenza rubia cayendo por su espalda, como una mecha a punto de ser encendida.

Por seguir con la vena artística, el gallego de barba honda y manga vacía que oficiaba de marqués en las noches, publicó un poema dedicado al anarquista, sacudiendo con violencia el polvo literario de un Madrid cruzado por los cables del tranvía. Su título: *Rosa de Llamas* [2]. El nombre de Mateo Morral traería hasta la bohemia la resonancia oscura de los adoquines de la calle Mayor, abiertos a la sombra de sus barbas. Fue el único, de todos ellos, que logró un sitio linajudo en nuestras letras, encendiéndolas con el interruptor del genio. De los demás, poco o nada queda. Tan sólo decir que los hermanos Molano murieron sin que ni siquiera se enterasen de ello los gusanos. Algo parecido ocurrió con Francisco Iribarne, aquel chaval que firmaba en los periódicos como David Copperfield y que todos llamaban Paquito *Coperfil*. A lo más que llegó, fue a sumergirse en las cloacas del periodismo calumniador. Desde las páginas del *Intransigente*, periódico de corte incendiario, reveló un chisme que dinamitaría la imagen del movimiento. Francisco Iribarne, que por llenar buche vació costal, no tuvo reparos en soltar lo que le dijo el anarquista Tárrida del Mármol a Malatesta, cuando, exiliados ambos en Londres, se enteraron de la absolución de Ferrer. «Hay que conseguir que le vuelvan a meter en la cárcel», le dijo el uno al otro, para tener así una justificación por la que seguir luchando desde el exilio.

Algo más reconocido fue Julio Camba, el menor de los hermanos Camba. Escritor de pasta acomodaticia, llegó a tener firma reconocida. Cuando fue llevado a declarar por el atentado de la calle Mayor, dijo profesar ideas anarquistas, habiendo estado varias veces enjuiciado por delitos de imprenta. También dijo haberse pasado por la cripta del Buen Suceso a ver el cadáver de Mateo Morral y apuntó que se correspondía con el del mismo hombre que, hacía dos años, se le presentó en la redacción de *El Rebelde* con los bolsillos repletos de monedas. Desde entonces no le había vuelto a ver. Julio Camba también cantó con cierto gusto musical, diciendo que conocía a Leandro Rivera, pianista, al que no veía desde hacía un año por lo menos. Y aunque hubiese paseado con él hasta altas horas de la madrugada, no había ido nunca en su compañía hasta el paseo de la Castellana número 10.

Juan Soto y Conde, marido de Marcelina Sánchez Porras, siguió con su rutina de cornudo, ejerciendo en su casa de la ronda de Segovia. No figuró como damnificado y, por lo mismo, ni él ni su mujer cobraron un céntimo. Padre de familia numerosa, cuando tocó preparar cuna para una nueva criatura, lo hizo con las astillas de sus cuernos. Un recién nacido que, con los años, daría cuartos al pregonero, cuando a su cara asomó la mueca del que sufre del hígado. El moco blanco con el que el teniente Beltrán fecundó el vientre de Marcelina Sánchez Porras sería otro detalle más del archivo que ocupa el atentado de Mateo Morral.

Fiel a sus principios, Joaquín Ruiz Jiménez continuaría pasándose por la Ronda de Segovia. Primero, unas cuantas carantoñas a los niños y luego, unos gustos a la madre. Aunque cesado como gobernador civil de Madrid, Joaquín Ruiz Jiménez seguiría envejeciendo el cuero de las sillas oficiales. Subsecretario de Gracia y Justicia, fiscal del Tribunal Supremo, vicepresidente del Congreso y alcalde de Madrid hasta tres veces, entre medias tuvo tiempo para hacer de ministro y presidente del Consejo de Estado. Demasiados cargos para levantar erección. Por lo mismo, las visitas de Joaquín Ruiz Jiménez a la Ronda de Segovia eran tan fugaces. En lo que tardaba Juan Soto y Conde en cambiar un pañal, Ruiz Jiménez resolvía su pesadez prostática.

Por el otro lado, Juan Montseny, tonelero de Reus, que firmaba como Federico Urales, fue desterrado de Madrid debido a una polémica que tuvo con los constructores de Ciudad Lineal. Entonces marchó a Barcelona donde se consagrará a escribir teatro y a enemistarse con algunos sindicalistas. Siempre a la greña, Juan Montseny polemizaría con todo quisque que se le pusiera al paso. Cuando estalla la guerra, y España entera pierde la paz, se mantiene firme ante la sublevación militar y aconseja a su hija Federica Montseny que se encargue del Ministerio de Sanidad. Tras la derrota, marcha al exilio donde muere. Contaba setenta y ocho años de edad.

El más longevo de todos fue «El Tigre», apodo que recibía Pedro Vallina por los zarpazos que le pegaba al capitalismo. Médico y hombre de acción, luchó toda la vida como el felino que era, muriendo de puro viejo, en el exilio, a los noventa y un años de edad y después de haber visto perder todas las guerras desde su trinchera libertaria. Dejó unas memorias succulentas, cargadas de dinamita cerebral. En cuanto al hombre misterioso, de la chistera y el traje de etiqueta, hay que hacer notar que fue nacido en Velilla de Ebro, Aragón, y que respondía al nombre de José Burgos Tella. Y que fue llamado días antes del atentado y una vez que el Mateo hubo advertido al del enlace que no lanzaría la bomba en la iglesia. La tarea de Burgos Tella consistiría en favorecer la huida de Mateo Morral después de que la monarquía volase en pedazos. Así que, decidido a crear un foco de atención que dejase el camino libre al regicida durante los primeros instantes, Burgos Tella quedó dispuesto en la acera de Capitanía,

al costado de la tribuna situada en el Petril de los Consejos y manteniendo la distancia suficiente como para no ser alcanzado por la bomba que el Mateo iba a arrojar.

José Burgos Tella contaba entonces con treinta y cuatro años, además de experiencia en explosivos, y una bomba casera bajo el sobaco. Se trataba de una caja amarrada con alambres y con un orificio por el que asomaba la mecha. Sin embargo, no pudo llevar a cabo su propósito. El teniente Beltrán se cruzaría en sus intenciones y, por lo mismo, también se cruzaría al paso del cortejo. Culpa de ello, la bomba del Mateo caería antes de tiempo. Fue un instante. El suficiente para que los reyes salieran ilesos. Sin más ayuda que la de sus dos piernas, José Burgos Tella se deshizo del artefacto, dejándolo tirado en el suelo, y salió huyendo de Madrid. Llegaría hasta Bilbao, ciudad donde se tuvo que esconder en un retrete. Aunque los de la Guardia Civil hurgaron entre los excrementos, no darían con él. Con el olor pegado a las ropas pasó la frontera a Francia desde donde saldría, poco tiempo después, hacia Argentina.

El citado, José Burgos Tella, era un militar con hoja de servicios brillante, según lo certifica el Jefe del Regimiento Infantería Reserva de Vitoria N.º 15, validado con su sello en seco del Depósito de Guerra. Ingresó al Servicio Militar Obligatorio el día 12 de diciembre 1891 y fue dado de baja el 21 de enero de 1902. En el transcurso de su incorporación al servicio se alistaba en el regimiento «Batallón de Ingenieros de Filipinas», hasta la capitulación de esa plaza, en el cerco de Manila, donde España pierde Filipinas a manos de los yanquis. La tarea que cumple José Burgos Tella es delicada y requiere pericia. Se trata de colocar minas y explosivos para demorar el avance enemigo, tarea parecida a la que desempeñaría tiempos anteriores, durante los sucesos de Melilla que se vinieron a llamar la «guerra chica», y donde es distinguido con la orden al mérito militar.

En Melilla, no sólo tuvo su bautismo de fuego, sino que también le tocó, desde donde se encontraba haciendo guardia, ser testigo de la muerte del general Margallo por un disparo que realizó el joven teniente Primo de Rivera. Ajustándose los gemelos, pudo ver asomar a un soldado que, enseguida, distinguió como de la Guardia Civil por el correa que se gastaba, de un color tan naranja que cantaba de lejos. También pudo ver cómo, el del correa naranja, se aproximaba hasta el cadáver y cómo le daba la vuelta a los bolsillos y arrancaba su reloj, el mismo que había perdido Primo de Rivera la otra noche, jugando al tute perrero. A decir verdad, Primo de Rivera nunca tuvo mucho aprecio al regalo que su tío Fernando, el marqués de Estella, le hizo cuando ingresó en el ejército. «Retrasa a posta —le advirtió—. Para que así llegues puntual al cuartel», añadió el tío Fernando, como escupiendo.

Se trata de un Roskopf de fábrica suiza y números romanos que, al día de hoy, sigue atrasando. Y lo hace de tal manera que, más que retrasar, regresa. Y vuelve, otra vez, a las ocho y media de la tarde del primer domingo de junio del año 1906, reinando en España Alfonso XIII y en el cante Antonio Chacón. Aprieta el calor en Madrid y de las cloacas sube un tufo tan intenso como para marear a un perro.

Agradecimientos

Un libro se debe a otros tantos libros y éste no iba a ser menos. En primer lugar, cabe aquí citar el libro que me puso tras la pista de Mateo Morral, el escrito por José Esteban y titulado: *Mateo Morral, el anarquista*. Fue editado por Blanco Chivite, y fue Blanco Chivite el que me puso en contacto con Pepe Esteban. Ahí empezó todo. Luego vinieron los demás libros sobre el atentado, como el escrito a pachas por Susana March y Ricardo Fernández de la Reguera y titulado: *La boda de Alfonso XIII*. Y también el firmado por Francisco Camba, *Cuando la boda del rey*.

Xavier Casals, historiador, me mandó un listado bibliográfico en el que cabe destacar la biografía de Ferrer escrita por el profesor Juan Avilés. Y esa otra obra, titulada *La rosa de fuego* y que fue escrita por Joaquín Romero-Maura, hoy descatalogada y que mi padre, por prescripción médica, encontró revolviendo en una librería de viejo. Susana Picos me hizo llegar dos libros fundamentales a la hora de documentarme. Uno, el de Álvarez Junco, titulado: *El Emperador del Paralelo*, la jugosa biografía de Lerroux. El otro, la biografía de Romanones a cargo de Javier Moreno Luzón.

El editor Juan Cerezo, amigo y cómplice, me hizo envíos deslumbrantes. Las memorias de Baroja y el libro dedicado a Ferrer fueron piezas claves para completar esta novela. Cuando tocó conocer el funcionamiento de las fuerzas de represión de aquellos tiempos fueron útiles los libros siguientes: *Piltrafas del arroyo*, de Roberto Bueno, así como el titulado *La Guardia Civil en la Restauración*, de Miguel López Corral. Para los uniformes y guerreras me serví del escrito por José María Bueno Carrera acerca de la historia del uniforme en la Benemérita. También cabe citar aquí el libro escrito por Martín Turrado Vidal, *La policía en la historia contemporánea de España*.

Para el viaje por el Madrid de la época me dejé guiar por Rafael Cansinos Assens y *La novela de un literato*, así como por *Las máscaras del héroe*, de Juan Manuel de Prada. Guía de Madrid de Fernández de los Ríos y Las calles de Madrid, de Pedro de Répide hicieron el resto. De igual forma, Josep Maria de Sagarra me puso en contacto con la Barcelona de la época. El color local, los giros y el argot se vieron completados con el libro de Juan Antonio de Zunzunegui, *La vida como es*. Luis Alberto de Cuenca me prestó su «soleá» para ponérsela a don Antonio Chacón, como traje a medida.

La parte libertaria se fue haciendo gracias a la lectura del libro de Jean Maitron, titulado *Ravachol y los anarquistas*. Y también de ese otro: *La banda de Bonnot*, de Bernard Thomas. Charles Malato, Lombroso y el doctor Vallina, junto con el esbozo enciclopédico de Miguel Iñíguez, me situaron en la doctrina. Nicole Muchnik me regaló el libro *El corto verano de la anarquía*, de Enzensberger. Y mi adorada Irene Lozano me hizo llegar su libro acerca de Federica Montseny, la hija del Urales. La

comida la puso Vázquez Montalbán y su panfleto contra los *gourmets*.

La parte monárquica tuvo su desarrollo gracias a Joan Díaz y María Casas, que me mandaron todos los libros escritos por Juan Balansó. Arturo Pérez-Reverte y Hugo Rodríguez ayudaron con la pólvora, la nitroglicerina y la mala leche necesaria para que esta novela estuviese documentada al dedillo. Las hermanas Tey me dieron cariño, durante todo este tiempo. Y las chicas de la agencia literaria de Mercedes Casanovas hicieron tres cuartos de lo mismo.

Legajos y archivos también fueron montonera y es aquí donde toca corresponder a mis blogeros por toda la atención prestada, en especial a Miguel y que, escondido bajo el alias musical de *Child in time*, me puso en contacto con todo lo relacionado con el pintor Henault. También he de agradecer el interés al camarada Marc, que me explicó el funcionamiento de la bomba Orsini, y al escritor Pedro de Paz, que puso a mi disposición su archivo libertario. Por último, el amigo Santiago Castelo me abrió a deshoras las puertas de *ABC*, para que pudiese revolver en los papeles. Bendito sea.



MONTERO GLEZ. Seudónimo de Roberto Montero González. Escritor español nacido en Madrid en 1965. Su obra tiene influencias del esperpento de Valle-Inclán y del «realismo sucio» de Charles Bukowsky. En 2008, obtuvo el Premio Azorín de Novela por su obra *Pólvora negra*.

Ha escrito hasta la fecha once novelas entre las que destacan: *Sed de champán* (1999), *Manteca colorá* (2005), *Besos de fogueo* (2007), *Pólvora negra* (2008) y *Polvo en los labios* (2012).

Notas

[1] Cuando Alfonso XIII era un crío y perdió su primer diente de leche, doña Virtudes, su madre, encargó al padre Coloma que escribiera un cuento sobre el diente caído. Así fue como nació la leyenda del Ratoncito Pérez. En el citado cuento, el personaje principal es el pequeño rey Buby I que, al perder su primer diente, recibe la visita del Ratoncito Pérez. Éste le mete la punta de la cola en la nariz y le hace estornudar, quedando así Buby convertido en ratón. Así, Buby acompaña a Pérez hasta su morada, en la confitería de Carlos Prats, donde vive junto a su familia dentro de una caja de galletas. El Ratón Pérez le presenta a su familia y le invita a una taza de té. Después emprenderá su honrosa misión, que consiste en acompañar al Ratoncito Pérez en todas las visitas a las casas donde un niño pierda su diente de leche. Y cambiárselo por un regalo. De aquí le viene a Alfonso XIII el cariñoso apodo de Buby, una tontuna como otra cualquiera. <<

[2] *Rosa de Llamas*, por Valle-Inclán

Claros lejanías... Dunas escampadas... / La luz y la sombra gladiando en el monte. /
Tragedia divina de rojas espadas / Y alados mancebos, sobre el horizonte.

El camino blanco, el herrén barroso / La sombra lejana de uno que camina, / Y en
medio del yermo, el perro rabioso, / Terrible el gañido de su sed canina.

...¡No muerdan los canes de la duna ascética / La sombra sombría del que va sin
bienes, /El alma en combate, la expresión frenética, / Y el ramo de venas saltante en
las sienes!...

En mi senda estabas, mendigo escotero. / Con tu torbellino de acciones y ciencias: /
Las rojas blasfemias por pan justiciero, / Y las utopías de nuevas conciencias.

¡Tú fuiste en mi vida una llamarada / Por tu negro verbo de Mateo Morral! / ¡Por su
dolor negro! ¡Por su alma enconada, / Que estalló en las ruedas del Carro Real!... <<